

Un chico y su perro en el fin del mundo

C. A. FLETCHER

minotauro

Índice






You
Tube

SINOPSIS

Me llamo Gris. No he ido nunca a la escuela. Jamás he tenido amigos y en toda mi vida no he conocido suficientes personas como para jugar un partido de fútbol. Mis padres me han contado que antes el mundo estaba lleno de gente, antes de que se vaciara. Pero nunca nos hemos sentido solos en nuestra isla. Nos tenemos los unos a los otros, y tenemos a nuestros perros.

Entonces llegó el ladrón.

Novela elegida como una de las mejores historias de ciencia ficción de 2019 según Kirkus Reviews. Una historia con el estilo de *La carretera* pero con un toque esperanzador.

Un chico y su perro en el fin del mundo

C. A. FLETCHER

minotauro

Dedicado a los que nadan a medianoche y a todos
los miembros pasados y presentes del Club de
Bebedores
de Té de las Dos de la Tarde.

Sobre todo a Jack, Ari, Molly y Hannah.

Que siempre haya hogueras, perros y risas en vuestras playas, sin importar el tiempo que haga.

Una nota a propósito de los *spoilers*

Sería una gentileza para con el resto de los lectores —por no hablar del autor— si todo lo que descubráis al seguir el viaje de Gris por las ruinas de nuestro mundo queda en secreto entre nosotros…

C. A. F.

Un hombre me robó a mi perro.
Seguí sus huellas.
Me han ocurrido cosas malas.
No podré volver a casa.

Capítulo 1
El final

Los perros nos han acompañado desde el principio.

En los tiempos de los cazadores-recolectores, cuando salimos de África y empezamos a dispersarnos por el mundo entero, fueron con nosotros. Vigilaron nuestras hogueras mientras dormíamos y nos ayudaron a cobrar las presas en el largo amanecer, cuando cazábamos nuestros alimentos, cuando aún no los criábamos. Y luego, cuando nos volvimos granjeros, guardaron nuestros campos y vigilaron nuestros rebaños. Cuidaron de nosotros y nosotros cuidamos de ellos. Aún más tarde, cuando levantamos pueblos, ciudades y urbanizaciones, compartieron nuestros hogares y familias. Entre todos los animales que nos han acompañado en el largo camino de los siglos, los perros siempre han sido los más cercanos.

Y los que quedan todavía están con nosotros, aquí, en el fin del mundo. Y es verdad que ya no existen leyes, salvo las que decreta uno mismo, pero te prometo que si alguien me roba a mi perro puede estar seguro de que, por lo menos, iré tras él. Si no fuéramos leales con los que amamos, ¿qué importaría todo? Sería como perder la memoria. Sería como dejar de ser humano.

Sería como morir, aunque sigamos respirando.

***

Bueno. Lo que te estaba contando. Resulta que el mundo no terminó con una explosión. Ni siquiera con un gemido. No quiero que me entiendas mal. Sí hubo explosiones, algunas grandes, otras pequeñas, pero eso fue al principio, antes de

que la gente empezara a comprender lo que sucedía.

Pero en realidad las explosiones no fueron el final. Eran síntomas, no causas.

El final de verdad fue la Castración, aunque nunca se haya sabido qué la provocó, ni si habríamos tenido tiempo para hacer algo. Por aquel entonces circularon tantas teorías como personas sin hijos: un estallido de rayos cósmicos, un arma química que se descontroló, polución (es que, colegas, dejasteis vuestro mundo hecho un desastre), una especie de mutación genética transmitida por un virus del espacio, e incluso unos dioses enfurecidos del tipo que fueran. Eso lo pensaron los que practicaban alguna religión. El «cómo» y el «porqué» fueron perdiendo importancia a medida que la gente se acostumbraba al «qué», y se daba cuenta de que el «cuándo» que iba a ser el gran final se acercaba como un frente de tormenta del que no iban a poder escapar ni siquiera los más veloces, ni los más ricos, ni los más inteligentes, ni los más poderosos.

El mundo —en su aspecto humano— había padecido una castración, o se había vuelto estéril —quizá ambas cosas a la vez—, y el caso es que la gente dejó de tener hijos. Bastó con eso. La generación de los últimos nacidos —el Baby Antiboom, como lo llamaban ellos mismos, para demostrar que la ironía sería una de las últimas cosas en morir— envejecieron y envejecieron hasta que murieron, como siempre habían muerto los seres humanos.

Y en cuanto hubieron muerto, todo terminó. Sin explosiones, sin gemidos siquiera. Más bien con un suspiro de cansancio.

Fue un apocalipsis dulce. Y aunque probablemente resultó muy amargo para las personas que lo sufrieron, tuvo lugar. Y ahora los pocos que quedamos —y que somos cada vez menos— estamos solos, atrapados aquí, en el después.

***

¿Cómo es posible que te cuente todo esto sin haber muerto yo mismo? Porque soy una de la excepciones que confirman

la regla. Se calculó que quizá un 0,0001 por ciento de la población mundial escapó a la Castración. Los llamaban «los atípicos». Eso significa que si antes de la Castración había 7.000.000.000 de personas, menos de 7.000 podían tener hijos. Uno por millón. Según como lo mires, porque como en realidad se necesita a dos personas para hacer un niño, sería más bien una de cada dos millones.

¿Quieres saber cómo se me aplica eso de «atípico»? Tú, en una foto vieja que tengo de ti, llevas puesta una camiseta con el nombre de un club de fútbol todavía más viejo. Se te ve muy feliz. Yo en toda mi vida no he conocido personas suficientes como para formar dos equipos de fútbol y jugar un partido. El mundo ha quedado así de vacío.

Si esto fuese un relato de verdad, quizá todo empezaría con una situación tranquila y se iría desarrollando hasta llegar a un cataclismo, y tal vez un héroe, o un puñado de héroes, se enfrentarían a ese cataclismo. He leído muchas historias de ese tipo. Me gustan. Sobre todo esas en las que se junta un grupo con muchas personas, porque la misma idea de un grupo con muchas personas me resulta interesante. Es algo que no he visto en toda mi vida, aunque sí haya presenciado muchas otras cosas.

Pero esta historia no es de ese tipo. No me la he inventado. Voy a escribir lo que ocurrió en realidad, contaré lo que sé, explicaré lo que tuvo lugar. Y todo lo que sé, incluso mi propio nacimiento, tuvo lugar mucho más tarde que ese apocalipsis tan plácido.

Tengo que empezar por explicar quién soy. Soy Gris. No es mi nombre de verdad. Tengo otro más bonito, pero siempre me han llamado así. Dicen que cuando era un bebé lloriqueaba y me quejaba sin cesar. Empezaron a decirme que mi humor era como el de un día gris, y a llamarme Día Gris, y ahora que soy mayor me llaman simplemente Gris. Ya no lloriqueo. Papá dice que soy paciente y que eso es bueno. «Paciente» quiere decir que no me quejo mucho. Dice que le parece que agoté todas mis quejas antes de

aprender a hablar, y que ahora, aunque le hago muchas preguntas, por lo general me adapto a todo. Dice que eso también es bueno. Y lo es. Quejarse no sirve de nada.

Y siempre tenemos mucho que hacer. Aquí, en el fin del mundo.

Aquí está mi hogar, y mi hogar es una isla, y somos mi familia. Mis padres, mi hermano y mi hermana, que se llaman Ferg y Bar. Y los perros, por supuesto. Mis dos perros son *Jip* y *Jess*. *Jip* es un terrier de patas largas marrón y negro, con el pelo áspero y unos ojos que no pierden detalle. *Jess* es alta como *Jip*, pero tiene el pelo suave, el cuerpo más estrecho por los hombros y una mancha blanca en el pecho. Los dos, hermano y hermana, son de raza mezclada, iguales pero distintos. *Jess* es una rareza, porque parece que hoy en día las crías de perro sean todas macho. Puede que eso también tenga que ver con la Castración. Tal vez el desastre que nos afectó también los afectara a ellos, pero menos. Hoy en día nacen muy pocas perras. Tal vez sea un inconveniente que han encontrado los perros, un castigo por su lealtad, un daño colateral a escala cósmica, un daño injusto, por haber estado a nuestro lado durante todos estos siglos.

Somos los únicos seres humanos en toda la isla, y eso está bien, porque es una isla pequeña y nos viene bien a los cinco, aunque a veces pienso que nos vendría mejor y no resultaría tan claustrofóbica si fuéramos seis. Se llama Mingulay. Así es como se llamaba cuando tú vivías. Se halla en la costa atlántica de lo que en otro tiempo fue Escocia. Más al oeste no hay nada, excepto el océano y América, y estamos seguros de que allí tampoco queda nada.

Al norte se encuentran Pabbay y Sandray, unas islas bajas donde llevamos a apacentar las ovejas y los caballos. Más al norte se encuentra la isla más grande, llamada Barra, pero nunca vamos allí, y es una lástima, porque allí hay muchas casas y construcciones de gran tamaño, pero jamás hemos puesto el pie en ella, porque ocurrió algo y sus tierras son malas. Se hace extraño que durante toda la vida hayamos navegado frente a una isla tan grande que incluso

tiene un pequeño castillo en el centro del puerto y nunca desembarquemos. Es como un picor que tienes en un lugar donde no puedes rascarte. Pero papá dice que si pusiéramos pie en Barra sufriríamos algo mucho peor que un picor, y que como es eso lo que mató a sus padres, no vamos. Es una isla de infortunio y las únicas criaturas que aún viven en ella son los conejos. Parece que no gusta ni siquiera a las aves, ni siquiera a las gaviotas. No hemos visto nunca que se posaran sobre las arenas húmedas que cada cierto tiempo cubre la marea.

Al nordeste de donde vivimos nosotros se encuentra una serie de islas bajas llamadas Uist, y también Eriskay. Son sitios más felices y vamos allí muy a menudo, y aunque ahora ningún ser humano vive allí, hay mucha vida salvaje y campos donde crecen patatas. Una vez al año vamos allí y acampamos durante una semana, más o menos, y cogemos cebada y avena de lo que habían sido terrenos cultivados junto al mar. Y en ocasiones vamos a vikinguear. Mi padre llama «vikinguear» a navegar durante más de un día y dormir fuera de casa, y dedicarnos al pillaje como los marinos de antaño que salen en los libros, con sus drakares y sus gestas heroicas. Pero nosotros no somos héroes. No somos más que carroñeros que tratan de sobrevivir, que buscan cosas útiles que se hicieron en el mundo antiguo y que se han conservado, piezas de repuesto y materiales que podemos llevarnos de las casas abandonadas. Y libros, por supuesto. Los libros pueden ser muy útiles, siempre que se hayan salvado de la humedad y las ratas. Pueden llegar a durar cientos de años sin ninguna dificultad. Leer también nos ayuda a sobrevivir. Nos ayuda a saber de dónde venimos, cómo hemos llegado hasta aquí. Y sobre todo a mí, aunque lo único que haya conocido en toda mi vida sean estas islas bajas y vacías. En cuanto levanto la cubierta de un nuevo libro, es como si abriese una puerta por la que puedo viajar muy lejos por el espacio y por el tiempo.

Incluso el mar inmenso y el cielo abierto resultan claustrofóbicos si no logramos escapar de ellos.

En fin, ese soy yo. Y ahora tendríamos que saber quién

eres tú. En algún sentido tú ya sabes quién eres, o por lo menos, supiste quién eras. Porque estás muerto, por supuesto, como casi todos los seres humanos que han caminado por el planeta, y además llevas mucho tiempo así.

¿Y por qué le hablo a una persona muerta? Ya volveremos sobre esa cuestión. Pero ante todo tenemos que continuar con esta historia. He leído lo suficiente como para saber que tengo que explicarla a medida que avanzamos.

Capítulo 2
El viajero

Creo que no nos habríamos fiado tanto de él si no hubiera navegado con velas rojas.

La embarcación se veía desde muy lejos, mucho más lejos de lo que se habrían visto unas velas blancas contra las pálidas brumas del noroeste. Aquellas velas rojas eran un estallido de color que llamaba la atención y capturaba la mirada, como un grito repentino al cabo de un largo silencio. No eran las velas de una persona que trata de atacar a traición. Tenían la honrada brillantez de la amapola. Quizá por eso confiamos en él. Por eso y por su sonrisa, y por sus historias.

No te fíes de nadie que te cuente buenas historias. Al menos mientras no sepas por qué te las cuenta.

Había subido hasta lo más alto de Sandray cuando divisé las velas. Me había fatigado y estaba de mal humor. Había empleado toda la mañana en rescatar un ancla que la semana anterior se había soltado del bote de Ferg. Era una labor dura y pensaba que tendría que haberla hecho él. Pero Ferg decía que sus oídos no le permitían bucear a la misma profundidad que yo y que las anclas no crecían en los árboles. Después de eso, me había empeñado en rescatar a un carnero que se había caído y quedado atrapado en una estrecha grieta entre las rocas que se alzaban frente a los pastos. El animal no había sufrido heridas graves, pero era tozudo e ingrato, igual que la mayoría de los de su especie, y no se dejaba atrapar por mi cuerda. Me golpeó en dos ocasiones con las patas traseras. La primera vez me dio en el mentón con tanta fuerza que se me astilló una de las últimas muelas del lado derecho de la mandíbula inferior.

Solté una palabrota y volví a intentarlo. Tenía unes feas heridas en los nudillos, porque a continuación las patas del animal me habían aplastado los nudillos contra la roca, y entonces me incorporé, me pasé la lengua por el puño y empecé a gritar palabrotas de verdad. Fue entonces cuando vi su embarcación.

La súbita aparición de aquella mancha de color me detuvo en seco.

Me asombré tanto que no se me ocurrió relacionar el sabor de la sangre con el color rojo de las velas. Pero, por otra parte, no suelo tener ese tipo de presentimientos. En ese sentido no me podía comparar con mi otra hermana, Joy, que siempre parecía adivinar si alguien estaba a punto de volver a casa y olía la llegada de la tempestad en un día luminoso. Ahora ya no creo mucho en ese tipo de cosas, aunque sí creía cuando tenía menos años y pensaba menos, cuando correteaba con ella por la isla, feliz y sin más preocupación que saber a qué hora cenaríamos. En aquellos tiempos, su capacidad de prever el futuro me parecía algo tan cotidiano y auténtico como el agua fría del manantial que brotaba detrás de la casa. Luego me hice mayor y empecé a pensar más, y llegué a la conclusión de que sus presuntas dotes adivinatorias no eran más que pura suerte, y dado que Joy desapareció para siempre en el negro acantilado que se levantaba a un lado de la isla, me pareció una suerte muy poco digna de confianza.

Si de verdad hubiese tenido poderes para prever el futuro, no habría tratado de recobrar la cometa, ni se habría matado al despeñarse en aquel instante brutal y solitario. Si hubiese podido prever el futuro, habría esperado a que regresáramos a la isla y pudiéramos ayudarla. Vi la cometa atrapada en la grieta y me di cuenta de que podríamos haberla alcanzado con el azadón largo, y que nadie habría sufrido ningún daño. Pero lo que hizo fue tratar de recuperarla por sí misma y se cayó al vacío, a más de doscientos metros por encima del lugar donde olas que habían cobrado fuerza a lo largo de dos mil millas marinas se estrellaban contra el primer objeto inamovible que

encontraban: la oscura pared del acantilado que se halla detrás de nuestra casa. Pero no quiso esperar a que la ayudásemos. Siempre era impaciente. Una criaturilla obstinada que siempre tenía prisa por ponerse a la altura de Ferg y de Bar y hacer lo mismo que ellos, aunque fuera mucho más joven. Mucho después, Bar dijo que casi parecía que siempre hubiera tenido tantas prisas porque presentía que le quedaba menos tiempo que al resto de nosotros.

No encontramos el cuerpo. Y con la desaparición de Joy también desapareció mi niñez, aunque por aquel entonces contaba ocho años, y ella tan solo uno más. Dos cumpleaños más tarde, cuando yo ya tenía un año más de los que ella iba a tener jamás, mi cerebro ya era lo mismo que ahora: plenamente adulto. Si bien ahora, muchos años después de aquello, Bar y Ferg todavía me tratan como si fuese un bebé. Pero es que tenían seis y siete años más que nosotros. Por ello, Joy y yo siempre fuimos los bebés. Nuestra madre nos llamaba así para distinguirnos de los otros dos.

Pero después de que Joy cayera al vacío, mamá no volvió a llamarnos de ningún modo. Dejó de hablar. La encontramos a medio camino en la ladera que bajaba desde el acantilado y también estuvimos a punto de perderla. Por lo que llegamos a entender, se había echado a correr ladera abajo, a ciegas, quizá enloquecida por el dolor, quizá porque quería llegar al bote con la esperanza absurda, y condenada al fracaso, de salir al agua y navegar contracorriente en torno a la isla hasta encontrar a una niña que no podía haber sobrevivido a la caída. No volvió a hablar porque se cayó hacia delante y se golpeó la cabeza contra una roca y casi se le reventó el cerebro. Se le había abierto una herida en la sien y le salía sangre aguada por los oídos.

Aquel fue el peor de nuestros días, aunque los que vinieron después no fueran mucho mejores. Mamá no murió, pero ya no estaba. Su cerebro tenía demasiadas heridas, o demasiadas cicatrices como para que pudiera salir de su ensimismamiento. Papá dijo que en el Antes la

habrían llevado a un hospital y le habrían operado el cerebro para aliviar la presión. Pero estamos en el Después, así que papá se decidió a hacerlo él mismo con un taladro de mano. Lo habría hecho si hubiera sido capaz de encontrarlo, pero el taladro no estaba donde debería haber estado, y entonces mamá dejó de sangrar y durmió durante mucho, mucho tiempo, y el líquido dejó de rezumarle de los oídos, así que tal vez fue mejor que papá no tratara de abrirle un agujero en el cráneo para salvarla.

Espero que así sea, porque sé muy bien que Ferg escondió el taladro. Vio que yo lo veía, pero nunca hemos hablado de ello. Si habláramos, le diría que lo admiro por lo que hizo, porque papá habría matado a mamá y después habría tenido que vivir con ese horror, aparte de todo lo demás. Y aunque mamá se quedara encerrada dentro de su cabeza, aún podemos sentarnos a su lado y cogerle la mano, y a veces mamá nos estruja la nuestra y casi sonríe, y eso es reconfortante, ese trocito fantasmal de mamá que todavía existe, el calor de su mano, la piel contra la piel. Papá dice que ese día fue el más terrible que hayamos vivido y que ya lo hemos dejado atrás, y que ahora tenemos que salir adelante y vivir, igual que a gran escala el mundo sufrió lo más terrible que podía sufrir y de todos modos ha seguido existiendo.

A veces la coge de la mano cuando es de noche, junto a la hoguera, cuando piensa que ninguno de nosotros se da cuenta. Lo hace cuando nosotros no estamos, porque piensa que lo interpretaríamos como un signo de debilidad. Un hombre adulto que necesita un momento de calor. Quizá sea así. Pero quizá la verdadera debilidad consista en ocultar esa necesidad. Eso es lo que Bar le dijo a Ferg una noche en la que estaba triste y nadie se dio cuenta de que yo escuchaba.

***

Habría tenido tiempo suficiente para abandonar el carnero, llamar con un silbido a mis perros para que dejasen de

cazar conejos y navegar la milla escasa que me separaba de mi hogar para advertir a los demás antes de que el viajero llegase a tierra. Podría haberme tomado mi tiempo, porque los agudos ojos de Bar también habían visto las velas rojas y mi familia ya estaba a la espera, lo que quiere decir que Bar y papá estaban en la orilla y Ferg no estaba con ellos. Bar no estaba convencida de que fuera necesario que Ferg se escondiera y vigilara con la escopeta, porque pensó que la embarcación que navegaba con velas rojas se parecía a la de los de Lewis, y que tal vez lo único que ocurría era que los de Lewis habían encontrado unas velas nuevas. Los de Lewis eran una familia de seis personas que vivía cinco islas más al norte. Eran los seres humanos más cercanos que conocíamos, y los conocíamos bien. Bar se había recogido los cabellos en una larga trenza que le llegaba hasta la cintura y con el tiempo se emparejaría con uno de los muchachos. Así lo había decidido, pero como Bar era Bar y siempre tenía que ir a la contra, decía que no veía por qué tenía que darse prisa en elegir a uno de los cuatro. Al fin y al cabo no iban a marcharse, y tampoco quedaban más chicas con las que pudieran emparejarse. Se trataba de una familia con inclinaciones prácticas y a veces uníamos fuerzas para realizar tareas para las que no bastaban cuatro pares de manos, pero no aceptamos nunca su propuesta de ir a vivir más cerca de ellos, y a ellos jamás se les ocurrió tampoco mudarse más al sur. O si se les ocurrió, no les gustó la idea. Pero eran nuestros vecinos y no había otros seres humanos en más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Nosotros los llamábamos los de Lewis, aunque en realidad su apellido era Little. Y cuando las velas rojas se acercaron todos nosotros vimos que Bar se había equivocado, que la embarcación que navegaba bajo las velas rojas era distinta. Era más grande y el hombre que llevaba el timón tenía cabellos largos que ondeaban al viento cual gallardete. Todos los de Lewis se cortaban el cabello casi al cero por motivos de higiene, incluso Mary, la madre, aunque de todos modos ya parecía más hombre que mujer, aunque hubiera dado a luz a cuatro muchachos.

El viajero de cabellos largos era el único que se hallaba en la embarcación, aunque esta, a primera vista, parecía demasiado grande para una sola persona. Viró limpiamente hacia las aguas menos profundas que se hallaban al socaire del pequeño promontorio que se erguía en nuestra playa. Demostró que tenía buen ojo para encontrar el sitio donde echar el ancla, y mientras anclaba, nos saludó. Su voz era ronca pero fuerte, y nos dijo que quería desembarcar, si se lo permitíamos. Venía con mercancías que quería intercambiar y conocía nuestro paradero gracias a los de Lewis, de quienes se había separado dos días antes. Nos traía una carta de ellos y la agitó en el aire. El papel blanco destacaba contra el mar cada vez más oscuro a sus espaldas.

Papá le hizo señas para que se acercara, y entonces el hombre arrió un pequeño bote por un costado de su embarcación y remó hasta la playa. Lo ayudé a bajar y tiramos del bote hasta que sobrepasó la línea superior de la marea.

Sentí la mano de papá sobre el hombro, como una advertencia, como para prevenirme contra mi excesivo entusiasmo y mi falta de prevención, pero luego me revolvió el cabello corto que tengo en el cogote. Solo lo hace cuando se siente bien.

Me llamo Abraham, dijo papá, al tiempo que le hacía un gesto con la cabeza al desconocido. Puedes llamarme Abe. Y este es mi muchacho, Gris.

Hola, Gris, dijo a su vez, con una sonrisa que me gustó desde el mismo momento en que dividió la espesa barba pelirroja con su blanco fulgor. Y entonces, antes de que pudiera preguntarle su nombre, los perros vinieron disparados a acorralarlo. Ladraron y gruñeron, y vinieron hechos una enorme maraña de dientes y colas, y entonces, cuando el hombre se arrodilló para saludarlos, empezaron a menear la cola y los gruñidos se transformaron en gañidos, porque todos y cada uno de los perros parecían deseosos de que el desconocido que había llegado por el mar les diera palmadas y los acariciara. Sabía cómo tratar a los perros y nos dijo que había perdido al suyo tan solo unas semanas

antes. Se había caído por la borda durante una tormenta en el cabo y lo echaba en falta como si hubiera perdido un brazo. Era una perra medio husky y se llamaba *Saga*, y dijo que era inteligente como un hombre, blanca, negra y parda, con un ojo castaño a juego con las orejas y el otro azul a juego con el cielo. La llevaba dentro del pequeño camarote para que no corriera peligro, pero entonces la embarcación topó con una ola de dimensiones mucho mayores de lo habitual y el hombre se cayó y se hizo daño, y *Saga* lo oyó gritar de dolor y, como era una perra inteligente, se arrancó la correa con las patas y salió corriendo a ayudarlo. La siguiente ola se la llevó por la borda y el hombre no volvió a verla, ni siquiera llegó a distinguir su cabeza entre las montañas de agua que se erguían tras la popa, y el viento lo empujó tan lejos que ya no le quedó ninguna posibilidad de encontrarla. Nos enseñó la cicatriz que tenía en la cabeza, y la gentileza con que acariciaba el pelambre de nuestros perros mientras hablaba nos dio a entender que su dolor era mucho más profundo que las heridas en la piel que ya habían sanado.

Como te decía antes, era una buena historia. Y más adelante descubrí que una parte de lo que nos había contado era verdad. La perra con un ojo castaño y otro azul, inteligente como un hombre, era tan verdad como la propia muerte.

Me imagino que conocer a una persona nueva no debía de resultarte tan interesante como a nosotros. Tú viviste en un mundo en el que continuamente aparecían personas nuevas. Si estabas en una ciudad, la muchedumbre debía de girar a tu alrededor como un gran banco de caballas y tú debías de ser tan solo uno entre miles, o millones, y seguro que estabas encerrado a solas en tus propios pensamientos. Pero al mismo tiempo formabas parte de algo mucho más grande. Aquí, ver una cara nueva es un acontecimiento, casi un trauma. Las personas nuevas son tan escasas que es lo mismo que si encontráramos una especie animal totalmente desconocida. El viajero no se parecía a nadie que hubiera

conocido jamás. Para empezar, sus largos cabellos eran abundantes, ondulados, y tenían el color de las llamas. Era pelirrojo. Había leído sobre ellos y los había visto en fotografías de colores desvaídos, pero jamás había conocido a ninguno en la vida real. Sus cabellos eran de un color sorprendente, tan extraño y violento como las explosiones de flores anaranjadas que habíamos presenciado en las otras islas, siempre cerca de antiguos jardines. Mi madre, cuando aún hablaba, las había llamado safrán[1]. Conocía todas las flores y las plantas. Bar me dijo que mamá le había contado que los safranes no eran nativos de las islas, pero eran duros y resistentes, y por eso habían sobrevivido igual que nosotros. Y el hombre no tenía tan solo los cabellos rojos, sino también la barba roja, como una cortina de pelo que le colgaba de la cara hasta la misma altura que los cabellos que le colgaban de la nuca. Su piel era pálida, pero se había curtido a la intemperie, y sus ojos, que observaban el mundo bajo el alto acantilado de su frente, eran de un color azul peligroso. No sé por qué pensé que el azul era peligroso, pero esa es la palabra que me vino a la cabeza en cuanto los vi. Quizá porque entonces se volvieron hacia mí y hubo un momento, antes de que se diera cuenta de que lo observaba, en que los vi sin la sonrisa que al instante volvió a aparecer en su rostro, y sé que todo esto lo pensé entonces y que no me lo imaginé luego, cuando ocurrió lo que ocurrió. Pensé sin lugar a dudas que eran de un color azul peligroso, pero luego llegué a la conclusión de que lo mejor sería dejarlo correr.

Quizá tú, que habitabas un mundo repleto de variedad y posibilidades de elegir, tenías más costumbre que yo de fiarte de tus entrañas cuando conocías a alguien. Yo apenas si tenía —y sigo sin tener— a nadie con quien comparar a las personas que me encuentro. Por ello, cuando al cabo de un instante me sonrió, descarté el azul peligroso y llegué a la conclusión de que me había llevado esa impresión tan solo porque era distinto. Por el color azul. Porque hasta entonces solo había visto ojos castaños y verdes. Y cuando sonreía, sus ojos no parecían fríos en absoluto, pero quizá

era por eso por lo que resultaba difícil hacerse una idea completa de él, porque ambos elementos se superponían, el fuego de sus cabellos y el temblor del hielo en sus ojos. El rostro que era duro como un martillo cuando no sonreía, y la sonrisa que parecía prestar calidez al mundo cuando se dirigía a ti.

Las primeras palabras que le dije fueron pareces un vikingo. Y lo parecía. Lo había visto, o más bien había visto caras parecidas a la suya en libros de historia e ilustraciones antiguas. Hombres que llevaban cascos con cuernos y empuñaban hachas, y se dedicaban al saqueo.

Y lo que me dijo entonces aquel hombre que había venido navegando desde el norte fue:

¿Qué es un vikingo?

Lo que demuestra que incluso una pregunta puede ser una mentira si se pregunta de una determinada manera.

Capítulo 3
¿Quién eres?

Te descubrí un verano, mientras nosotros mismos vikingueábamos. Ferg empezó a meterse conmigo porque me ponía a escribir, porque quién iba a leerlo en un mundo donde no queda nadie, y papá dijo que era el resultado natural de haber leído tanto. Dijo que el que lee mucho empieza a pensar como escritor, igual que la persona que crece con un violinista en casa empieza a silbar y aprenderse las melodías sin pensar, como había hecho Ferg. Leo mucho. Ya hablaré de eso. Papá toca el violín. Le reconocí a Ferg que tal vez tenía parte de razón, porque yo mismo no sabía para quién estaba escribiendo. Todas las personas a las que conocía ya se sabían mi historia, porque formaban parte de ella. Pero quizá lo que quería era escribir una especie de diario, y entonces Ferg me dijo pues escribe igual que hablas, no lo hagas complicado, y yo le dije pero es que cuando uno habla, habla con alguien, por lo menos la mayor parte de las veces, y Ferg dijo pues entonces usa tu imaginación: imagina a alguien y piensa en él mientras escribes y entonces pensé en ti, en el muchacho que tiene mi misma cara.

Eso es. Tú.

Sales en una fotografía que encontré un verano en una casa de North Uist. En aquella ocasión buscábamos piezas para el molino de viento que nos da electricidad y papá sabía que había molinos de viento del mismo tipo en North Uist, cerca del antiguo viaducto que la une con Berneray. Navegamos hasta allí con el lugre. Mientras papá y Ferg estaban atareados en sacar la turbina de un viejo molino que se había venido abajo, fui a ver si encontraba algo en la

casa grande que se divisaba desde lejos. Habíamos decidido pasar la noche en ella. Ya la habíamos visitado otras veces. Era sólida, de piedra, con un tejado que aún resistía bastante bien la acción de los elementos. Lo mejor de todo era que dentro había un montón de estanterías con libros y algo que llamaban mesa de billar.

Era uno de esos edificios antiguos, una granja que habían ido ampliando a lo largo de los años, y por eso era muy grande en comparación con las otras casas de la isla. En otro tiempo las paredes habían estado encaladas, pero ya quedaba muy poco recubrimiento y el edificio se había vuelto gris, con un tejado de pizarra oscuro y ventanas de cristal intactas, que parecían observarme mientras me acercaba por el viejo camino. Había un coche que se había podrido hasta los ejes y se hallaba en medio de las hierbas altas, junto a la puerta de atrás, como si esperara el momento de abalanzarse sobre alguien. La puerta ya no se abría con tanta facilidad como en la visita de tres años antes, pero yo también era mayor y la abrí de una patada, aunque con cuidado para que no se desencajara y pudiéramos volver a cerrarla cuando nos marcháramos. La dejé abierta y esperé a que los perros entraran antes que yo, para que asustaran a las ratas si había alguna.

Jip y *Jess* entraron corriendo en la casa, sus zarpas hurgaron en el suelo de plástico agrietado, gimotearon y ladraron como siempre que se excitaban, pero no oí, ni de lejos ni cerca, los sonidos propios del asesinato de una rata, y no tardaron en dejar de hacer ruido y volvieron al trote, con cara de defraudados y algo heridos, como de costumbre, como si les hubiera prometido una diversión que no había llegado a materializarse.

Algo había cambiado desde la última vez que habíamos estado en la casa. Yo no habría sabido decir lo que era, y tampoco veía ni olía nada que me pusiera en alerta, pero algo había cambiado. La otra vez la habíamos encontrado igual que cualquiera de las casas en las que entrábamos: húmeda y mohosa, repleta de objetos que podían resultar conmovedores o absurdos según la visión del mundo que

tenga cada uno. Así, por ejemplo, papá siempre volvía hacia la pared las fotos de personas que encontraba en las casas abandonadas. No sé por qué lo hacía, pero él contaba que quería dar reposo a los espíritus, pero en realidad no cree en espíritus, o por lo menos él dice que no cree. Bar, mi hermana, tiene la misma costumbre, y dice que lo hace para que los ojos de los muertos no nos miren.

No creo que lo piense de verdad.

A mí me parece que lo único que quiere es asustarme, porque cuando está de buen humor le gusta bromear y chinchar a los demás. Aparte de los libros, lo que a mí más me fascina en las casas abandonadas son las pequeñas colecciones de objetos que la gente solía poner en las estanterías. No son solo las fotos. Excepto en las habitaciones que están a oscuras, hay muchas que han perdido color hasta el punto de parecer papel mojado. También están las figurillas de cerámica, y las tazas y las jarras, y las cositas de cristal, y de madera, y muchas otras cosas. Adornos. Trofeos. Recuerdos. Objetos que en otro tiempo significaron algo para alguien, que significaron lo suficiente como para que les otorgaran un espacio para poder verlos todos los días. Nosotros no tenemos verdaderos adornos, ni nos queda tiempo para recuerdos. Lo único que nos preocupa es sobrevivir, seguir adelante, no parar. Cada vez que vikingueamos, papá nos dice que no tenemos tiempo para reliquias ni *souvenirs*, tan solo para cosas útiles. Quizá sea ese el motivo por el que me he decidido a escribir esto. Es un *souvenir* que me cabe en el bolsillo. En fin, no lo sé.

Tu foto.

Tu foto es un recuerdo, eso está claro. Significaste algo para alguien, aunque quizá ese alguien fueras tú mismo. Te encontré debajo de la mesa de billar. Y la manera como te encontré fue extraña y secreta, y como las fotos son pequeñas, te llevé conmigo y nadie se enteró, y ahora vives entre las páginas del cuaderno en el que escribo todo esto, y creo que continuarás siendo un secreto mientras nadie lo lea.

Ya había estado en la sala con la mesa de billar la última vez que habíamos ido a la casa. La mesa ocupaba casi toda la habitación. Estaba cubierta con un guardapolvo que había empezado a deteriorarse por las puntas. Unos cien años de cargar con su propio peso habían empezado a abrir agujeros. Quitamos el guardapolvo e hicimos rodar las bolas brillantes sobre el color verde pálido de la superficie de juego. Tratábamos de hacerlas entrar por los orificios. En otro tiempo había habido unos palos para golpear las bolas, pero los estantes donde se guardaban estaban vacíos. Me gustó el movimiento fluido de las bolas y el vigoroso repiqueteo con el que entrechocaban. Apenas si conocemos movimientos tan puros en el mundo de nuestro día a día, porque todo es muy confuso. Había una estantería grande con libros a la izquierda y una ventana con los postigos cerrados en la pared adyacente. Ya conocía los libros, pero en esa nueva visita tenía más años y quería ver si mi yo más adulto encontraría libros que antes no me habían interesado.

No había manera de abrir los postigos. Podría haberlos abierto por la fuerza, pero no lo hice. Como la luz no entraba en la habitación, los libros se conservaban bien, y sabía que si abría los postigos por la fuerza después no sería fácil cerrarlos. Las bisagras se oxidan, y si no son los tornillos, que se oxidan y acaban por desencajarse dentro de la madera vieja. Por ello, saqué el mechero y encendí la lámpara de aceite para alumbrarme. Entonces el mechero se me escapó de la mano y rodó bajo la tela que colgaba alrededor de la mesa de billar.

Las otras veces que habíamos estado en la casa no te vimos por culpa de las cajas. Alguien había amontonado cajas de losetas de corcho de un extremo a otro bajo la mesa. Eran las mismas losetas de corcho que se desprendían del suelo de la cocina a la que se llegaba por el mismo pasillo. Lo que no habíamos notado era que las cajas estaban alineadas bajo el borde de la mesa y que el centro estaba vacío, como una caverna de paredes cuadradas, una habitación escondida dentro de una habitación. El mechero

se había metido por el estrecho espacio que quedaba entre dos de las cajas y descubrí el secreto al apartar una de ellas para recobrarlo.

Las lámparas de aceite de pescado producen más olor que luz, pero el escaso fulgor de la mía me bastó para darme cuenta de que alguien había utilizado aquello como escondrijo. Lo que me llamó la atención fue el reflejo de la llama de mi lámpara en los frascos de cristal que estaban al otro extremo, envases con cabos de vela en su interior. Las velas antiguas arden mejor que las que hace Bar, y por ello mi primera idea fue llevarme los cabos y buscar por si encontraba alguna que todavía no se hubiera consumido. Me metí bajo la mesa y fue así como encontré la cámara de los secretos.

Alguien había dormido allí. Debía de hacer mucho, mucho tiempo. Había un saco de dormir sin enrollar, mantas y almohadas, y a lo largo de la pared interior que formaban las cajas también vi libros, latas y paquetes de medicamentos. Había una ristra de bombillas diminutas sujetas con cinta adhesiva bajo el borde de la mesa, como esas que ponían en los árboles de Navidad en las fotos viejas que he visto. Pero, por supuesto, no estaban encendidas ni volverían a estarlo. Me hicieron pensar en cómo debía de haber sido aquel lugar escondido cuando las bombillas brillaban… Acogedor, alegre, quizá incluso un poco mágico. En la cara inferior de la mesa, que era de pizarra, alguien había pegado unas pocas losetas de corcho para que el escondrijo tuviese un techo decorado. Un techo y un tablero para sujetar papeles con chinchetas. El tablero estaba cubierto de fotografías y dibujos.

Quizá fuese porque la hilera de bombillas no volvería a encenderse jamás, pero me entraron ganas de ver todo aquello con una iluminación mejor que la que me ofrecía mi lamparilla humeante, y por ello encendí algunos cabos de vela y me eché sobre el arrugado saco de dormir. Noté como el relleno sintético se hacía polvo bajo mi peso. Y fue entonces cuando te vi. Tú eras la foto que estaba justo encima de las almohadas. Debías de ser lo último que veía

antes de apagar las luces la persona que dormía allí, y también lo primero que veía al despertar por la mañana. O quizá esa persona que dormía allí eras tú. Quizá aquello fuera tu refugio. En cualquier caso, fuiste importante para alguien. Querido. Tal vez llorado. O celebrado. O lo uno y lo otro.

En la foto, estás haciendo la rueda en la playa, y a tu lado hay una chica que debe de ser tu hermana. Es un día claro y soleado. Os parecéis mucho. Ella es más bajita. La foto os ha captado cuando estáis en el punto más alto, inmóviles para siempre entre la arena y el cielo, con los brazos y las piernas abiertos, y os reís. Los ojos os brillan de puro regocijo. Tú miras de cara a la cámara. Ella te mira a ti con una cara de emoción y alegría tan intensas que me duelen. Y a tu otro lado hay un terrier de patas cortas que también salta y te mira a la cara, con las mandíbulas abiertas para sonreír o para ladrar. Y del mismo modo que a veces pienso que te pareces mucho a mí, la muchacha también me resulta familiar. Si entrecierro los ojos y le echo imaginación, pienso que se parece a lo que podría haber sido Joy. Tal vez por eso me llevé la foto. Porque por supuesto no tengo ninguna foto de mi hermana ya mayor, porque será pequeña para siempre. Quizá se me ocurrió que me ayudaría a recordar cuando envejezca, y entren cada vez más recuerdos en mi cerebro, y se metan en el espacio donde antes solo estábamos nosotros dos. También es posible que ese leve parecido sea el único motivo por el que te escribo esto. Lo único que tengo claro es que jamás, en toda mi vida, he visto una fotografía que me alegrara y me entristeciera tanto a la vez. Y aunque faltara la chica —así es como se ve la foto cuando la doblo para meterla en el cuaderno, entonces solo os veo a ti y al perro—, parece que seáis las últimas personas felices que quedan en el mundo, antes de que empiece el Después.

También puede ser que te escriba mi vida porque las personas con las que podría hablar sobre estas cosas ya no están, o ya no pueden responderme. Papá dice que pienso demasiado. Dice que hago demasiadas preguntas. Dice que

cree que la falta de respuestas siempre me hace infeliz. No sé si será cierto. Sí sé que detesta mis preguntas. Como si le quitaran algo, porque no sabe cómo responder. Lo único que busco es información, no responsabilidad por algo que en cualquier caso es demasiado grande como para recaer sobre sus hombros. ¿Y cómo es que todo el tiempo en el que no trabaja ni toca el violín lo pasa con la cabeza hundida en un libro que solo cuenta datos si no es porque él también busca una respuesta?

Y eso es lo otro que me llevé de la cámara de secretos. Los libros. La misma persona que había creado aquella madriguera había dispuesto una hilera de libros en uno de sus lados, y después de pasar un rato en el suelo, de espaldas, contemplando las fotografías, me volví de costado y les eché una ojeada. Reseguí varias veces la hilera de lomos con la mirada, en ambas direcciones, y luego empecé a sacarlos al azar y a leer los textos de cubierta. No eran libros con información práctica. No eran libros de historia, ni manuales técnicos como los que papá insistía en hacernos leer para que no se perdieran conocimientos importantes, lo que un tiempo más tarde empecé a llamar leibowitzismo. Eran ficción, historias inventadas. Tardé un par de minutos en comprender qué era lo que todos aquellos libros tenían en común, pero en cuanto lo hube entendido, sentí una nueva sacudida, una especie de sorpresa cercana a la emoción, aunque no entiendo por qué me fascinaron tanto. Todos los libros hablaban sobre futuros imaginarios en los que tu mundo, el Antes, había desaparecido. Todos ellos eran historias sobre mi ahora, el Después, escritas por personas que no tenían ni idea de cómo iba a ser.

Me llené la mochila de libros y luego encontré en la buhardilla una bolsa en la que metí el resto. Papá y Ferg trataron de convencerme para que los dejase allí, pero estaban de buen humor, porque habían encontrado dos piezas de repuesto de molinos antiguos que aún podían funcionar, y también se alegraron con las tres cajas y media de velas viejas que había hallado bajo la mesa. Pero no les

hablé de la estancia escondida, y después de salir volví a poner en su sitio la caja. Si aquello era tu lugar secreto, sigue siendo secreto. Al menos que yo sepa.

Durante el otoño leí todos los libros, algunos de ellos dos veces (fue entonces cuando empecé a llamar leibowitzismo a la obsesión de papá con los manuales técnicos y libros de ciencia, por uno de esos libros, que se llamaba *Cántico por Leibowitz*, sobre unos monjes que viven en un lejano futuro en el que el planeta ha quedado arrasado y tratan de reconstruir todo tu mundo a partir de un manual sobre electricidad que encuentran en el desierto). Leí los libros con la esperanza de encontrar alguna buena idea, pero todo lo que saqué de ellos fueron pesadillas y una especie de tristeza que tiñó todos mis pensamientos durante varias semanas.

Sé muy bien que es imposible sentir nostalgia por algo que no se ha conocido, pero a menudo ese era el tipo de añoranza que despertaban en mí los libros. Papá no soportaba que los leyera. Pensaba que eran lo más absurdo que se podía imaginar, profecías antiguas que de todos modos no se habían cumplido. A mí me gustaban. Y me siguen gustando. Es verdad que lo que cuentan sobre la vida de después del final no es verdad, pero si sabes leer entre líneas acabas por descubrir que explican muchas cosas sobre el mundo de antes. Como si te dieran respuestas a preguntas que no te habías planteado porque no sabías lo suficiente. Aunque si le dijera eso a papá solo conseguiría que se enfadara todavía más. El pasado ya no existe. Dice que solo tenemos el ahora, y que las únicas respuestas que nos resultan útiles son las que nos ayudarán a sobrevivir en el futuro.

Capítulo 4

Relatos de un viajero

El forastero de la vela roja nos explicó que se llamaba Brand.

Llevaba una bolsa. Pesaba lo suficiente como para que se le viera andar un poco inclinado mientras caminaba ladera arriba, por el lugar donde habíamos puesto el pescado a secar sobre las rejillas. Se sentía la cercanía de la lluvia, pero aún no había empezado a caer, y nos detuvimos para disfrutar de la última luz del sol vespertino en un banco que se hallaba frente a la casa principal. El hombre dejó la bolsa en el suelo con delicadeza y aceptó con gratitud un tazón de agua que habíamos llenado en el riachuelo.

Esta agua es buena, dijo. Limpia y fresca.

Contempló el bacalao y la caballa que se secaban en las rejillas.

Si os sobra pescado, podría daros a cambio algo que he traído, nos propuso.

Es que ya tenemos todo lo que necesitamos, le respondió papá.

No, os vendría bien un convertidor de voltaje para el molino de viento, dijo el viajero, sonriente. Pero si os parece bien podemos hablarlo mañana. Vuestros amigos de Lewis me han contado que últimamente teníais problemas.

Papá ponía una cara como si el viajero ya se hubiera salido con la suya en un negocio en el que ni siquiera estaba interesado. Pero de hecho el forastero tenía razón. El molino hacía cosas raras y papá pensaba que se debía al convertidor, y llevaba más o menos un año murmurando entre dientes que tendría que salir de viaje para tratar de

encontrar otro.

Humm, murmuró papá. Quédate esta noche a comer con nosotros. Dejemos los negocios para mañana. No hay prisa.

De acuerdo con mi limitada experiencia, papá siempre hace las mismas dos preguntas a los pocos viajeros que encontramos: ¿Sabes de alguien más? Y: ¿Va a venir aquí? Nunca me queda claro si pregunta por esperanza o por miedo, pero como nunca hemos ido en busca de otras personas creo que más bien es miedo.

Antes de que yo naciera, mamá y papá fueron a la tierra principal. Hay que seguir la cadena de islas hasta un río que se llama Clyde. Fueron con una embarcación y volvieron con cuatro. Cada uno pilotaba la suya y remolcaba otra más pequeña. Trajeron con ellos muchas de las cosas con las que he crecido. De hecho, la embarcación que remolcó mamá es la mía. Siempre había pensado que la eligió a causa de su nombre, *Dulce Esperanza*. Un día papá me dijo que la había escogido porque inspeccionaron un montón de embarcaciones en el batiburrillo del puerto deportivo abandonado y la que olía menos mal cuando abrieron la escotilla fue esa.

Habían emprendido dos viajes a la ciudad que en otro tiempo se llamó Glasgow en busca de cosas que pudieran aprovechar, y luego dejaron de ir. En cierta ocasión, Ferg les preguntó por qué, y papá les respondió que allí había algo que ni mamá ni él se explicaban, pero que les robaba sus fuerzas y los dejaba muy abatidos, hasta el punto de que ninguno de los dos quería volver a ese sitio, por muchas cosas que pudieran llevarse. Uno de los recuerdos que tengo de mamá, de cuando aún hablaba, fue que me contó que había encontrado una biblioteca muy grande con kilómetros de estantes y las puertas abiertas. Habían dormido allí varias noches, habían acampado sin peligro alguno en una fortaleza repleta de libros. Cuando se marcharon, mamá cerró la puerta para que no entrasen los gatos ni los zorros, y dijo que si algo podía convencerla para que volviese allí era la biblioteca. Cuando aún podía

leer, le gustaban mucho los libros, sobre todo las narraciones, y creo que eso también lo he heredado de ella.

Así, papá hizo sus primeras preguntas y Brand le respondió que sí, pero que no eran muchos y que le parecía que cada año eran menos, y que no, que nadie pensaba venir donde estábamos nosotros.

Y entonces, sin que nosotros le insistiéramos, empezó a contarnos su historia. Hablaba bien. Su voz profunda y su sonrisa fácil te capturaban poco a poco, con dulzura, con tanto disimulo que no te dabas cuenta de que te había seducido hasta que sus agudos ojos ya habían capturado los tuyos, e incluso entonces parecía que tan solo estuviera compartiendo una ocurrencia divertida, como una broma. No parecía que nos estuviera engañando.

Lo que sí parecía un señuelo eran las tentaciones que sacaba de su bolsa sin contención alguna y dejaba sobre la hierba, a nuestros pies, mientras hablaba. No parecía que tuviese otra intención que apartar estorbos mientras buscaba lo que estuviera buscando en el fondo. Al cabo de poco estuvo rodeado por una variedad de objetos interesantes, como cuchillos, prismáticos y botiquines de primeros auxilios —que parecían de origen militar—, y un par de *walkie-talkies* que había que hacer funcionar con manivela, así como varias latas y botellas cuyo contenido, sin duda, descubriríamos en cuanto le preguntáramos.

Sé que tiene que estar por aquí, dijo, al tiempo que, sin reparo alguno, dejaba un nuevo tesoro en el suelo y volvía a meter la mano en aquella bolsa que no parecía tener fondo.

Intercambiábamos miradas sobre su cabeza agachada, pero no expresamos ninguna emoción, aparte del interés. En los ojos de papá no se atisbaba ni la más ligera traza de una advertencia, y lo más cercano a cierta prevención frente al nuevo huésped fue la nariz que Bar arrugó exageradamente mirándome a mí.

Yo sabía lo que me quería decir. Aquel hombre olía distinto. No era que oliese mal, pero no era de los nuestros.

¿Todo el mundo olía igual cuando el mundo estaba

lleno? ¿O quizá cada uno de vosotros olía distinto? Gracias a las fotos viejas, sé el aspecto que tenía una multitud, pero no sé cómo olía. Ni siquiera qué sonidos hacía. A menudo me lo pregunto. ¿Acaso todas las voces se fundían en un único sonido, igual que el entrechocar de los guijarros en una playa pedregosa se trasforma en un único fragor y un único estruendo bajo las olas? Me imagino que debía de ser así, porque si no, el que oyera todas las voces distintas a un mismo tiempo se habría vuelto loco. Quizá es que os volvisteis locos. Quién sabe. En cualquier caso, Brand terminó por encontrar lo que buscaba y lo sacó del fondo de la bolsa con un gruñido de satisfacción. Era una botella larga, de cristal transparente, y se la entregó a papá con una sonrisa en los labios.

Dijo que era un regalo para el anfitrión.

Pero al mismo tiempo nos previno. Teníamos que andarnos con cuidado. La bebida era fuerte y mareaba a quien bebía demasiado. Papá se rio y le explicó que ya lo sabíamos todo sobre el alcohol, porque producíamos cerveza de brezo y aguamiel. Pero la botella era del Antes y todavía estaba cerrada. El líquido era claro, como agua turbia, y aunque había perdido la etiqueta de papel mucho tiempo atrás, había unas letras repujadas que se erguían con orgullo en torno al cuello de la botella. Decían: «AKVAVIT».

No es nada habitual encontrar una botella del pasado remoto sin abrir. El Baby Antiboom provocó que muchas personas quisieran ahogar sus penas. Pero Brand no le dio mucha importancia al regalo. Nos dijo que tenía más. Había encontrado una embarcación militar varada en tierra, escorada sobre un estuario en el lejano norte. Tal vez fuera noruego. En su interior se habían conservado cajas sin abrir llenas de comida enlatada, degradada por el tiempo, así como material médico. Y Akvavit. Akvavit en cantidad. Nos dijo que era bueno, pero sabía a alguna especia. Quizá a eneldo. No era el sabor esperado, pero no estaba mal cuando uno se acostumbraba.

Entramos en la casa y el cielo empezó a escupir. Le dio

una excusa para llevar adentro el contenido de su bolsa y exhibirlo de nuevo sobre la estera que había junto a la chimenea. Entonces papá abrió la botella, y Bar y yo preparamos la cena. Hicimos un guiso de bacalao salado y patatas. Todos nosotros bebimos, excepto mamá, que estaba sentada junto a la chimenea, como siempre. Sus ojos no se apartaron en ningún momento del rostro del pelirrojo. Es comprensible, porque se trataba de una novedad, y las novedades no abundaban, si bien parecía más horrorizada que interesada. Papá explicó que se había hecho daño mucho tiempo antes, y Brand inclinó la cabeza hacia ella y sonrió, al tiempo que levantaba el vaso.

Por la señora de la casa, dijo. *Skol*.

Me atraganté con el alcohol. Me sentí como si me bajara fuego por la garganta y mi primer pensamiento fue que Brand nos había envenenado, pero entonces apuró su vaso de un solo trago y me sonrió.

Aguardiente, explicó.

Era un buen nombre. Sentí que ardía en mi interior. Tosí y asentí con la cabeza.

Es algo todavía mejor, dijo papá, que nos fue mirando en círculo a todos nosotros. Es un viaje por el tiempo.

Se hizo un largo silencio. Yo no sabía qué había querido decir.

Estamos saboreando el pasado, corroboró Bar.

Exacto, dijo Brand. Eso es lo que siempre pienso cuando lo bebo. Esto es lo que les gustaba beber. Este es el sabor del Antes.

Amargo. Áspero. Y pensé que no tenía ni una traza de dulzura. No era como la aguamiel que nos hacíamos nosotros.

Pero el viaje por el tiempo no fue el único regalo mágico que nos dio en aquella noche de comercio desigual. Nos tendió otra trampa, que era más dulce, y que por serlo fue la que nos atrapó. Y como todo lo que hacía Brand, venía tan bien revestido de relato que no alcanzábamos a ver dónde se ocultaba el peligro.

Nos contó que provenía del sur, de una familia que

había vivido en la tierra principal, en la costa opuesta a donde nos hallábamos nosotros. Pero sus dos hermanas y su padre, toda su familia, habían enfermado y habían muerto hacía mucho tiempo. Desde entonces, no había dejado de viajar. Nos llevamos una sorpresa, porque siempre habíamos pensado que la tierra principal estaba desierta. Nos explicó que no sabía de nadie que viviera allí en ese momento, pero que él y su familia habían crecido en unos remotos parajes agrestes, cubiertos de juncos y de agua, en una costa del sureste conocida como el Broad, o los Broads, un sitio tan desierto y olvidado que les había parecido seguro hasta que dejó de serlo. Vivían en una casa grande edificada sobre una isla llana en medio de un estuario, tan cercana a tierra que se podía ir nadando por ambos lados, sin necesidad de vivir en un lugar aislado por las aguas, como hacíamos nosotros.

Su padre había sido, según sus propias palabras, un inventor, un hombre que comprendía las máquinas antiguas y que sabía construir y reparar las que eran mecánicas. Brand dijo que era bueno en frankensteinizar. Nos explicó que Frankenstein era un monstruo de las historias antiguas que estaba hecho con partes de seres humanos. No le expliqué que se equivocaba, ni que había leído el libro y sabía que Frankenstein era el doctor enloquecido que creaba al monstruo. Lo único que había querido decirme era que su padre era hábil en ensamblar máquinas antiguas que estaban diseñadas para hacer una cosa y unirlas con otras para que hiciesen algo nuevo, como por ejemplo transformar una rueda hidráulica que había encontrado en la tierra principal en una bomba que se movía con las mareas y sacaba agua de un hoyo profundo que habían abierto en la isla. Vi que los ojos de papá se iluminaban mientras nos lo contaba. Ahora todos nosotros somos Frankensteins, porque no se hace nada nuevo y tenemos que coser los retazos viejos que aún no se han podrido para crear nuestra propia tecnología. Brand había aprendido de su padre, pero después de que todo el mundo muriera se marchó de su hogar. Abandonó los Broads y navegó por el

mar. Nos dijo que su intención había sido encontrar a otras personas.

Nos explicó que era cartógrafo de seres humanos, vagabundo y comerciante, pero como sus encuentros con otras personas eran muy escasos, no vivía del comercio, sino de la pesca y de lo que podía encontrar. Pero con nosotros sí quería comerciar, y aunque nos dijese que quería bacalao salado y verduras, y toda la comida de la que pudiéramos prescindir, me di cuenta de que le interesaban mucho los perros. Y sobre todo mis perros. Estaba muy pendiente de *Jip* y *Jess*, me di cuenta desde el principio, aunque de hecho lo expresaba y no trataba de mantenerlo en secreto. Se puso en cuclillas y los acarició, y les separó los labios para verles la boca. A primera vista parecen perros pequeños, pero tienen colmillos largos y dientes afilados bajo la piel. El hombre asintió para expresar su aprobación.

Apuesto a que tus perros son buenos cazadores, dijo, al tiempo que miraba a papá. Papá me miró a mí y asintió.

Son los perros de Gris, respondió. Y tienes razón. Esos dos son la muerte de todo conejo que se ponga en su camino.

De hecho, si *Jip* y *Jess* tenían algún defecto era que se tomaban los conejos como un reto especial, y se pasaban todo el día cazándolos cuando se les presentaba la más mínima oportunidad. En la isla donde vivíamos no había ninguno, ni los había habido en toda mi vida, pero sí se encontraban algunas madrigueras en Sandray, y después de la desaparición de los seres humanos habían criado en cantidad en las Uist. Los perros debían de haber heredado aquella obsesión de sus padres. La madre, *Freya*, había ido un día a las dunas a cazar conejos y no había regresado, aunque buscamos y buscamos. El padre, *Wode*, es tan viejo que ahora está más quieto incluso que mamá. Se pasa la mayor parte del día dormido a sus pies, pero en otro tiempo también disfrutaba asesinando conejos. Siempre que íbamos a las islas grandes, *Jip* y *Jess* empezaban a gimotear cuando aún nos hallábamos a media milla de distancia, y eran los

primeros en saltar por la borda cuando llegábamos a tierra, se echaban a correr por las dunas y el machar donde los conejos tomaban el sol. Lo único que cazaban con mayor obsesión aún que los conejos eran las ratas, y en las casas abandonadas había muchas. Parecía que cazaran los conejos para divertirse. Los perseguían y les cortaban el paso una y otra vez por la arena y la hierba con una especie de entusiasmo asesino. Pero las ratas se las tomaban como algo personal, como una especie de terrible ofensa, y sin lugar a dudas sus ataques contra ellas eran guerra, no deporte. Siempre que entrábamos en una casa abandonada, empezábamos por enviarlos a ellos para que acabaran con todas las ratas.

Mientras acariciaba a los perros, Brand nos contó que había pasado trece años viajando y que durante ese tiempo estuvo buscando seres humanos y viendo el mundo. Había navegado por el Báltico y llegado a los fiordos de Escandinavia, y luego recorrió la costa desierta de Europa hasta Gibraltar, y la costa atlántica de África. No llegó a entrar en el Mediterráneo, aunque sí había remontado hasta bastante adentro algunos de los ríos navegables que penetraban en el continente. Todos nosotros escuchábamos con atención mientras nos contaba lo que había visto y lo que no, como las tres familias que vivían juntas en una casa grande y antigua del archipiélago de Estocolmo, un puñado de islitas que se hallaba en torno a la antigua capital de Suecia.

La primera vez que los vi pensé que eran fantasmas, nos dijo. Era como si estuvieran copiados el uno del otro. Todos con ojos muy claros y la piel pálida, y cabellos rubios, casi blancos, como hierba algodonera.

Dijo que las mujeres eran muy bellas, pero que le habían resultado enervantes, y no solo por la extraordinaria semejanza física entre las tres familias. Nos dijo que sonreían demasiado y lo dejó ahí. No le había importado separarse de ellas, ni tampoco que lo único que se llevó de ese lugar fueran extraños recuerdos y su costumbre de decir *skol* cuando brindaban.

Nos habló de un barco fantasmagórico que había visto de pronto en un día gris y sin viento por el mar del Norte, y que tan pronto como Brand saludó, el barco desapareció en un banco de niebla y no volvió a dejarse ver. Todo ocurrió tan rápido que estuvo a punto de descartarlo como si se hubiera tratado de una alucinación, hasta que unos minutos más tarde la embarcación de Brand, que no podía moverse por la falta de viento, sufrió una sacudida como consecuencia del agua que desplazaba el misterioso barco, que parecía —lo que resultaba aún más misterioso— moverse en silencio, como impulsado por una fuerza propia, porque no había viento que pudiera hinchar las velas.

Había navegado hacia el sur por el canal de la Mancha y remontado el Sena. No solo había llegado a París, devastada por el fuego, sino que antes, en el estuario, dio con lo más parecido a un pueblo que hubiera visto hasta entonces, cinco o seis familias que vivían como nosotros, pescadores y granjeros.

Me cayeron muy bien, dijo. Pensé que algún día, cuando hubiera viajado lo suficiente, regresaría y aprendería su idioma, y viviría con ellos.

Pero dos años más tarde regresó al norte, después de un largo viaje por España y después por África, y ya no estaban.

No había ni rastro de ellos, comentó. Y en sus campos de cultivo habían crecido tantos hierbajos que era como si jamás hubieran estado allí. Como si los hubiera soñado.

Y por un instante, mientras hablaba, pareció que sus ojos contemplaran algo que se encontrara mucho más lejos que la hoguera a la que estaba mirando.

África…, dijo Bar. ¿Hacía mucho calor?

Sí, siempre, respondió Brand.

A mí me encantaría viajar, afirmó Bar, sin prestar atención a la mirada que papá le dirigía. Para saber cómo son otros lugares.

Y entonces Brand se puso en pie y dijo que tenía que salir a mear, y yo, al levantarme para acompañarlo al

cobertizo donde teníamos la letrina, tropecé con las cosas que había por el suelo. La verdad es que mi primera intención fue impedirle que saliera, para que no sorprendiera a Ferg, porque sabía que se había quedado al lado de la puerta abierta para escuchar lo que decíamos.

Me quedé junto a la puerta y fingí un estornudo para darle tiempo, y vi como escapaba, y entonces salí a la luz ya escasa del anochecer y le indiqué a Brand dónde estaba la letrina. El chubasco había pasado y ya no llovía.

Está allí, le dije.

Brand contempló el cobertizo alto y estrecho, que se hacía notar entre los edificios de piedra más bajos.

Bien, respondió con una sonrisa. Suerte que has venido a enseñármelo. Si no, no habría sido capaz de encontrarlo.

Me pregunté si sospecharía algo, pero su sonrisa quitaba hierro a sus palabras. Lo vi marchar entre los brezos hasta la caseta y me fijé en que, al mismo tiempo que andaba, sus ojos no paraban de mirar en todas direcciones. En ese momento pensé que sabía que lo observaban.

Después de lo que ocurrió y de la manera en que ocurrió, ya no lo tengo tan claro. Pero el resultado final fue igualmente malo.

Capítulo 5
Mermelada

El estofado olía bien y la conversación en torno a la mesa era aún mejor, y la emoción de poder hablar con una persona nueva hizo que reinara un ambiente de día de fiesta. Todavía tenemos días de fiesta, porque papá dice que debemos ser conscientes del paso del tiempo y de las estaciones, y por ello celebramos los cumpleaños, la llegada del verano y la Navidad, aunque no practiquemos ninguna religión. Me sentí mal por Ferg, porque se había quedado fuera, escondido y en guardia. Yo miraba sin cesar a papá, a la espera de que cediese y anunciara que su otro hijo iba a llegar en cualquier momento, y esa habría sido la señal para que Ferg esperase tan solo un poco más y luego entrara, lleno de inocencia, y se quedara acompañándonos a los cinco que estábamos alrededor del fuego. Pero papá no quiso.

Me fijé en que Bar también interrogaba a papá con los ojos, y me di cuenta de que él le hacía un levísimo gesto con la cabeza. Minutos más tarde, se levantó y se acercó a la cazuela. Decía que en su plato faltaba bacalao, que solo había patatas. Yo había iniciado una profunda conversación con Brand, pero vi que Bar abría la pequeña ventana que se encontraba en la pared, al lado de la chimenea, y sacaba con disimulo un cuenco al exterior.

Lo siento, dijo Bar cuando Brand se volvió al sentir el aire frío en la nuca. Es que el aire está muy cargado.

No tengo nada en contra del aire fresco y de sentir una brisa en la espalda, dijo. He pasado tanto tiempo en el mar que me siento asfixiado si paso demasiado tiempo dentro de una casa. Ya no soy capaz de dormir en tierra. Si no siento

el balanceo del mar, no llego a cerrar los párpados.

Papá se sentó junto a mamá y fue sirviendo cucharadas por turnos, una para ella y otra para sí mismo, como siempre hacía. Bar estaba sentada en el otro lado y le limpiaba la barbilla a mamá cada vez que babeaba. Me había habituado de tal modo a esa rutina que hasta entonces no me llegué a plantear que a otras personas les pudiera resultar extraña, o incómoda. Por supuesto que había dedicado muy poco tiempo a preguntarme qué podían pensar los extraños sobre nosotros y nuestra forma de vida, porque apenas si había extraños.

Sin embargo, parecía que Brand se sintiera incómodo con la visión de una mujer adulta a la que alimentaban como si fuera un niño. Miró hacia otro lado y vio un montón de libros contra la pared. Se dio cuenta de que yo lo observaba y me preguntó para qué eran, y empezamos a hablar sobre los libros, para que mamá pudiera tener la privacidad que, visiblemente, Brand consideraba necesaria. Cuando le expliqué que los libros eran míos y que en todos ellos había historias, y que nadie más pensaba que sirvieran para algo, empezó a preguntarme sobre lo que me gustaba, y por qué. No tenía costumbre de que me preguntaran por mis cosas, y supongo que por eso prescindí de toda reserva y se lo expliqué. Le conté que me gustan especialmente las historias de apocalipsis y distopías, porque siempre es interesante ver qué visión tenía el Antes sobre el Después. Me dijo que no entendía la palabra distopía, y se lo expliqué. Luego me preguntó cuál de los libros era el peor, y sin pensarlo le hablé de ese que se llama *La carretera*, sobre un padre y un hijo que viajan a través de lo que creo que es Estados Unidos. Noté desde el principio que no terminaría bien, y no termina bien. Se lo expliqué y asintió como si hubiera dicho algo muy inteligente, en vez de un breve resumen de una historia que había leído.

Quizá fuera eso lo que ocurrió en Estados Unidos al terminar todo, dijo. Tal vez después del Intercambio quedó un número de cabrones con fuerza suficiente como para poner en marcha ese tipo de horrores.

Espero que no, le respondí. Y se lo respondí en serio, porque no tendría que haber nadie que sufriera ese futuro. Ni siquiera personas lo bastante enloquecidas como para unirse al Intercambio Limitado.

Al oírnos hablar del Intercambio, papá volvió a la conversación, y debido a eso y a que mamá ya había comido suficiente, todos los que estábamos en la mesa nos pusimos a charlar. Brand preguntó qué historias nos habían contado sobre todo aquello. Papá respondió que nadie sabía quién lo había empezado, y que todos los que participaron, los supervivientes, dijeron que la culpa había sido de los otros. Ocurrió cuando en el mundo aún se hablaba, cuando por última vez las naciones se preocuparon por lo que otras naciones pudieran pensar sobre ellas, antes de que todas se encerraran en sí mismas. Dijo que cinco o diez años después habían dejado de hablarse. Brand asintió. Su padre y su madre se lo habían contado de manera parecida.

Fue un acontecimiento que tuvo lugar unos setenta años después de la Castración. Tres veces veinte más diez. El tiempo de la vida del hombre, como dice la Biblia. Lo sé porque uno de los baby antiboomers lo escribió con aerosol en la pared de la vieja iglesia de South Uist y el tiempo no lo ha borrado, aunque todos los años pasemos por allí y lo veamos cada vez más descolorido:

> LOS AÑOS DE NUESTRA VIDA SON TRES VECES VEINTE MÁS DIEZ,
> Y CUATRO VECES VEINTE EN LOS MÁS FUERTES.
> PERO SU FUERZA ES TRISTEZA Y AFÁN. PORQUE PRONTO PASAN Y VOLAMOS. SALMOS 90.10.

Pienso que la persona que lo escribió pasaba por lo más triste de la fase de tristeza y afán de su vida, porque las letras se ven temblorosas y rabiosas a la vez. Bar dice que es como un aullido de la generación de los últimos nacidos.

Para entonces la población mundial ya había experimentado un drástico descenso. Papá me expuso el problema en forma de ejercicio de matemáticas y por eso

conozco las cifras. En tiempos de la Castración éramos unos 7.700 millones de personas. Como he dicho, tres veces veinte y una vez diez años después de eso ya solo quedamos menos de diez mil. Me mareo solo con pensar en unos números tan grandes, y en que nuestra especie se precipitó por un acantilado tan escarpado como el que está detrás de nuestra isla. Según los cálculos, debíamos de haber caído a exactamente 8.500 personas en setenta años. Solo que la tasa de mortalidad debió de ser aún más elevada, porque había muchos otros problemas.

Sabemos mucho menos sobre esos acontecimientos más recientes como el Intercambio, la Convulsión y la Hambruna que de lo que ocurrió antes, porque toda la historia fiable que conocemos proviene de los libros, y los hay en abundancia. Pero después de la Castración salieron cada vez menos libros y por fin dejaron de aparecer, igual que disminuyó la población mundial, como si la gente hubiera pensado que no tenía sentido escribir para el futuro si no había futuro. También es posible que siguieran escribiendo en internet, que era una telaraña de redes electrónicas que ha dejado de funcionar. Por ello, las historias que han ocurrido de verdad durante los últimos años pasan de boca a oído, y aunque sean más cercanas en el tiempo contienen más mitos y leyendas que otras cosas que sucedieron antes, porque esas sí se pusieron por escrito. Por eso, siempre que unos desconocidos se encuentran, hablan sobre los últimos días del Antes, del Largo Adiós, porque comparan las distintas versiones que han oído sobre unos mismos hechos, con la esperanza de que el recién llegado aporte una pieza nueva a un rompecabezas que jamás se podrá completar.

Y por supuesto que las historias que se han comunicado a través de nuestra familia no nos dan una visión global de lo que ocurrió, porque lo vieron desde la orilla, o se enteraron por lo que les contaban otros, y de todos modos estuvieron algún tiempo aislados de todo el mundo, no diremos en campos de concentración, pero tampoco libres, hasta que los baby antiboomers llegaron a la concusión de

que estudiarlos no les serviría para revertir la Castración, y que tampoco podrían repoblar el mundo con ellos, porque eran muy pocos. Fue entonces cuando los padres de papá vinieron aquí, lejos de todo, y no quisieron saber nada del resto del mundo hasta que el resto del mundo dejó de existir. Creo que en parte lo hicieron también por delicadeza, porque papá me contó que recordaba que su madre le había dicho que los baby antiboomers, que para entonces habían pasado de los cincuenta años y estaban más cerca del final que del principio, contemplaban su juventud y su piel sin arrugas con algo extraño en los ojos, algo que se movía entre el dolor y los celos, y una ira —no siempre— controlada.

Abrieron las puertas y nos dejaron marchar, le había contado su madre. Y aunque ellos insistieran en que siempre habíamos tenido la libertad de irnos, el mismo hecho de que se tomaran la molestia de decírnoslo daba a entender que en realidad era todo lo contrario. Así que nos marchamos y nuestro camino no terminó hasta que hubimos puesto mar y tierra por medio, y entonces nos instalamos aquí.

Instalarse en una isla no es una cosa tan extraña, ni tampoco una locura, dijo papá.

Brand asintió, y por supuesto todos nosotros entendíamos por qué. En los últimos estertores del Antes, el viaje por tierra se había vuelto cada vez más difícil, y luego cada vez más peligroso.

Pero el mar nos depara caminos que van en todas las direcciones, dijo Brand. Lo dijo con una especie de orgullo en la voz, como si los mares hubieran sido un reino que le perteneciera en exclusiva. Pero nos contó que había navegado por medio mundo y tal vez tuviera derecho a complacerse en ello.

Antes de que las carreteras dominasen la tierra, estas islas no estaban tan aisladas, dijo papá. Sirvieron como vía de comunicación en el auténtico mundo antiguo.

A menudo nos hablaba de ello. Es por eso por lo que uno de los primeros seguidores cristianos vino y construyó

su hogar en lo que ahora parece el lugar más remoto del mundo, más al sur, en una isla llamada Iona de la que había oído hablar, pero jamás había visitado. No lo hizo para aislarse. Se había instalado en medio de una ruta marina concurrida. Eso es verdad. Es historia, y no lo sé tan solo porque fuese una de las historias favoritas de papá, sino porque lo leí, no una sola vez, sino en muchos de los libros que tenemos.

Entonces nos pusimos a hablar de todos los extraños sistemas de creencias, sectas y modas que surgieron durante el Largo Adiós. Para empezar, papá dijo que los locos se habían vuelto más locos, y los que podían atizar con los palos más largos perdieron los nervios, y eso llevó a situaciones como el Intercambio. El Intercambio comportó que se perdiera el petróleo del Próximo Oriente, de los países cálidos y secos que se habían vuelto aún más cálidos y aún más secos. También estaban los frikis de la higiene, que querían dejarlo todo en orden por si servía de algo para los que viniesen después. Para cualquier otra forma de vida que apareciese en el planeta cuando todos nos hubiéramos muerto, si resultaba que al final nos moríamos todos. Por ejemplo, dejaron una cámara subterránea llena de semillas en Svalbard, y varias cajas fuertes con genes, llamadas Arcas, que dispersaron por todo el mundo. Pero también empezaron a coleccionar cosas, como por ejemplo las montañas de coches.

Y al menos intentaron que las centrales nucleares ya deterioradas no fueran peligrosas, dijo Brand.

Dije que esto último no les había salido tan bien, por lo menos no les había salido bien en todas partes, aunque en realidad no supiera de qué hablaba. En mi infancia, cuando aún no había leído mucho, la palabra «nuclear» me sonaba a cosa nueva y limpia, y no lograba comprender por qué los preocupaba tanto. Entonces descubrí que nuclear se refería a algo que era viejo y sucio. Muy sucio. Y que había tenido una vida larga, muy larga.

Brand explicó que, según había oído, los frikis de la higiene se oponían a los parranderos. Los malditos

parranderos querían utilizarlo todo, porque ¿quién diablos iba a quererlo cuando ellos muriesen?

Se comieron todos los pasteles, dijo papá, que es una manera antigua de decir que arramblaron con todo.

Bar aventuró que seguramente fueron ellos los que se comieron a los perros al final.

Esa es una parte horrible de la historia del Antes que no acabo de creerme, por mucho que Ferg me jure que mamá le dijo que su propia madre lo había visto y que por eso los perros escasean casi tanto como nosotros. Pero eso no explica que haya todavía menos perras.

A mí me dijeron que los habían envenenado cuando las ciudades quedaron vacías y la gente tuvo miedo de que rondaran en jaurías y se volvieran salvajes, explicó Brand. No sé cuál de las dos historias es cierta.

Yo dije que ninguna de las dos.

La conversación prosiguió por ese camino menos agradable. Papá y Brand compararon las versiones del pasado que les habían contado sus respectivas familias. Ambos estuvieron de acuerdo en que hubo personas que se quitaron la vida, casi siempre de maneras que no dolían, a menudo en grupo, para evitar el dolor y la impotencia de llegar a una edad demasiado avanzada sin jóvenes que los cuidaran.

¿Y si resulta que se marcharon antes que los demás para no encontrarse en medio del mogollón?, exclamé. Era una broma que había leído en un libro viejo. Yo no acababa de entenderla, porque jamás en mi vida había visto una multitud, pero gracias al contexto entendí que era un chiste divertido y me imagino que traté de aparentar inteligencia ante la persona que acababa de entrar en mi mundo.

Brand y papá me miraron, y ninguno de los dos sonrió. Me volví hacia Bar y me encogí de hombros. Mi hermana puso cara de exasperación, como para decirme que aún no tenía edad para meterme en la conversación de los adultos.

Y luego otros se aferraron a la vida como lapas, dijo Brand. Antes de entrar en la noche eterna querían ver cómo era el Armagedón.

Y ahora ya no están aquí, pensé, y me di cuenta de que Brand me miraba como si hubiera leído mis pensamientos. Nuestro huésped asintió.

Dijo que la última ola, los baby antiboomers, se estrelló contra las rocas. Y que nos hallábamos en la nueva edad oscura. Probablemente era la última edad oscura. Y luego sonrió con todo el rostro, como para acabar con la solemnidad que se había adueñado del ambiente festivo.

¿Querías saber cómo es un país cálido?, le dijo a Bar. Yo te lo enseño.

Volvió a meter la mano en la bolsa y en esta ocasión no tuvo que revolver mucho. Sacó un frasco de vidrio lleno de una sustancia oscura y rojiza como sus cabellos. Me di cuenta de que era una gelatina, y no un líquido como el Akvavit, porque inclinó el frasco y las franjas más oscuras de lo que se hallaba en su interior no se movieron. Me recordó la cuenta de ámbar que mamá lleva colgada del cuello, la que tiene un insecto atrapado dentro. A la luz del fuego que ardía bajo la parrilla, era como si alguien hubiera alargado la mano hacia el cielo, hubiese arrancado un grumo de sol poniente y lo hubiera metido allí dentro.

¿Es jalea?, preguntó Bar.

Se le parece, pero no es exactamente lo mismo, respondió él. Es mermelada.

¿Como el gato?, preguntó Bar, mirándome a mí. ¿Como el del libro?

Bar nos leía a menudo un libro ilustrado en el que salía un gato de mermelada. Era el libro favorito de Joy cuando éramos pequeños. Ese, y el *Libro de los mitos griegos de D'Aulaires*. Nos gustaba tanto que se hizo pedazos y tuvimos que sujetarlo con un clip. No sé dónde fue a parar. Quizá alguien lo escondió para evitar que nos recordara a Joy. No había pensado en él desde hacía años. El recuerdo me retorció por dentro y sentí un escozor en los ojos.

Apuesto a que no la has probado nunca, dijo Brand. Es mermelada.

Está hecha de naranjas, respondió Bar con el mentón bien alto, dispuesta a demostrar lo que sabía.

¿Alguna vez has probado una naranja?, preguntó Brand, y nos fue mirando a todos.

Negamos con la cabeza.

El clima de este lugar es más caluroso que antes, dijo papá, pero no lo bastante como para plantar cítricos.

Cítricos. A papá tampoco le gustaba que los otros pensaran que no sabía.

Brand abrió la tapa y la sostuvo con la mano.

Los países cálidos son así, dijo. Empezad por olerla bien.

Todos nosotros acercamos la cara y olimos. Era un olor que jamás habíamos sentido, limpio pero especiado. Se trataba de un olor acre, punzante, pero que a la vez, y recuerdo que entonces me pareció un milagro, también alegre.

Tenéis pan y mantequilla, dijo Brand. Tomaremos pan con mermelada como postre. Una golosina. En agradecimiento a vuestra hospitalidad.

Y luego sonrió con una hilera de dientes ancha y blanca en el compacto color rojo de su barba, y movió las cejas como si el mundo entero hubiera sido un buen chiste y todos nosotros hubiéramos tenido suerte de estar juntos en él.

Y también para que se os endulce el humor, porque mañana os llevaré a mi embarcación y os enseñaré el convertidor, y luego intentaré convenceros para que os lo quedéis a cambio de un montón de pescado y comida. Hasta trataré de convenceros para que permitáis que me lleve esa perra tan bonita.

Bar resopló.

Por encima del cadáver de Gris, dijo ella, y sonrió a su vez.

Ah, no, eso no, respondió Brand. Solo lo decía porque se me había ocurrido. Pero en cualquier caso esa perra es preciosa.

Si ese convertidor es lo que necesitamos, encontraremos algo que darte a cambio, intervino papá, y se me ocurrió que hablaba en aquel tono de voz porque no

le gustaba que se sonrieran.

Vuestros amigos de Lewis me dijeron que os vendría bien, respondió Brand. Pero ya lo veréis vosotros mismos. Mañana.

Cortamos el pan, lo untamos con mantequilla y luego Brand cubrió cada una de las rebanadas con una gruesa capa de mermelada de naranja.

¿Qué son esos trocitos?, preguntó Bar.

La piel de la naranja, respondió Brand. Yo mismo la corté. Lo hice de acuerdo con un viejo libro de recetas. Eso fue cuando estaba en España, donde no había seres humanos, pero sí muchas naranjas. Encontré azúcar en las ruinas de un hotel y lo aproveché. Es dulce y, al mismo tiempo, agria. Aunque no te guste, en cuanto la hayas probado sabrás cómo es el sur.

El sabor era sorprendentemente intenso, vivo y más complicado que el de cualquier otra cosa que haya comido. Como había dicho Brand, era áspero pero dulce, pero no dulce como puede serlo la miel. Se trataba de una intensidad que parecía que llenara toda la boca, pero no llegué a saborear el sol que se escondía en ella, porque la dulzura se me metió en el diente que el carnero me había astillado y una punzada de dolor se me clavó en la mandíbula.

Era como si el bocado que había tomado me mordiera. A pesar de que hice una mueca, nadie se dio cuenta, porque todo el mundo estaba disfrutando de la nueva golosina, cada uno a su manera. Bar se reía. Papá había cerrado los ojos, como si al aislarse del resto del mundo la experiencia se volviera todavía más impactante. Brand miraba a mi madre.

Doblé la rebanada sobre sí misma para que no ocupara tanto espacio y la escondí.

Increíble, exclamó Bar. Es como tomar un bocado de verano.

Su sabor es igual que su olor, dijo papá. Gracias. Esto es una maravilla.

Es mejor que el aguardiente, añadí, porque se esperaba

que todo el mundo dijera algo.

Venga, toma un poco más, insistió Brand, y fue en busca del pan. Una vez se abre el frasco, el sabor se pierde con mucha rapidez. Mañana ya será como agua sucia. ¡Tenemos que disfrutarla mientras aún conserve su magia!

Me disculpé, porque tenía que ir a mear. Ferg estaba fuera, oculto entre las sombras, escuchándonos, y antes de que pudiera pedírmelo le pasé el pan con la mermelada. Sonrió y me dio un puñetazo en el brazo. Demostraba su afecto de esa manera.

Luego nos fuimos detrás de la casa y se lo comió. Lo miré a la cara y vi lo feliz que se sentía.

Sabe a luz del sol, susurró. Es maravilloso.

A mí me ha hecho que me doliera el diente, le respondí. Te pasaré más en cuanto pueda, o lo esconderé hasta que se marche a dormir. Dice que siempre duerme en su barca.

Espero que ya esté cansado, dijo Ferg, al tiempo que se envolvía bien con el abrigo. Porque aquí fuera paso mucho frío.

No sé si papá confía en él, le dije.

Es que papá es así, me respondió. Pero no pasa nada. Mejor que regreses antes de que se pregunte dónde te has metido.

Cuando regresé, Brand hablaba con papá sobre el convertidor, y papá sonreía y bostezaba, y le decía que ya hablarían de negocios al día siguiente. Bar comía la segunda rebanada con mermelada y mamá se había quedado dormida.

Bar y yo quitamos la mesa y me metí en el bolsillo la rebanada que habían dejado. Bar lo vio y asintió en silencio. Sabía que la guardaba para Ferg. No sabía que no me había comido la mía por culpa del dolor en el diente.

Papá volvió a bostezar y dijo que era hora de dormir, y sacudió y despertó a mamá para llevársela a su habitación. Le dijo a Brand que podía dormir con nosotros, pero nuestro huésped respondió que se quedaría un rato a

charlar con Bar y conmigo y que luego dormiría en su embarcación, como tenía por costumbre.

A aquellas alturas, Bar también había empezado a bostezar. Mientras Brand y yo hablábamos sobre libros que me gustaban y sobre otros que él había leído, mi hermana fue agachando la cabeza y se quedó dormida en la mesa junto a mí. Seguí hablando, y ahora sé que uno de los motivos fue que disfrutaba de la nueva amistad, porque para mí un nuevo amigo era algo tan exótico como la mermelada para todos los demás.

Mientras hablábamos, Brand le revolvió el pelo a *Jess* y la rascó detrás de las orejas. La perra le acercó la cabeza. Una vez más, sentí que algo se retorcía dentro de mí, pero los perros son bestias generosas y no tiene sentido ponerse celoso por los afectos de un animal, así que acallé mis propios sentimientos y empecé a preparar los tazones para el desayuno. No recuerdo con exactitud de qué libros hablamos, y la conversación duró un buen rato, casi como si ambos hubiéramos esperado a que el otro confesara su cansancio para no tener que ser el primero en decirlo. Recuerdo haber hablado de una frase que figuraba en otro libro, llamado *La muerte de la hierba*, que me turbó. No se hallaba al final de la historia, en el que toda la sociedad se derrumbaba y las gentes empezaban a matar y a violar y regresaban al salvajismo. Se encontraba al principio, antes de que la hierba y el trigo empezasen a morir y comenzara la hambruna. Era una frase sencilla, del tipo «los niños llegaron a casa después del primer semestre y cogieron el coche para ir a pasar unas vacaciones en la costa». ¡Qué distinto era de mi mundo del Después! En el mundo del Antes, los niños se marchaban de casa para ir a una escuela. Todos mis estudios —y estudié mucho, porque papá, con su leibowitzeo, insistía en que teníamos que llenarnos la cabeza con todo lo que fuera útil y no debiera perderse— los realicé en casa, o cerca de casa. ¿Y eso de ir de vacaciones a la costa? Yo no he dejado nunca de ver el mar. No he pasado un día entero sin verlo. No me imagino cómo sería eso. Llevo el mar en la sangre. Brand asintió, extendió

el brazo y chocamos los puños. Le dije que no tenía claro que pudiera respirar bien si no divisaba por lo menos el brillo del agua en el horizonte.

Pues que así sea, respondió.

Creo que ya no dijimos nada más, porque debí de empezar a bostezar y me dormí, gozando de la manera más estúpida del calor del fuego y de la sensación de que había hecho un nuevo amigo.

No sabía que me equivocaba. Y que no tardaría en saber cómo se respiraba lejos de la seguridad que me ofrecía el mar.

Capítulo 6
El robo

Nada más despertarme me di cuenta de que ocurría algo muy malo. La cabeza me dolía, y cuando me puse en pie, tambaleándome, frente a las ascuas ya apagadas, sentí como si mis piernas se hubieran olvidado de coordinarse al caminar. La casa estaba en silencio y los demás dormían. Pero un ruido que se oía fuera hizo que anduviese hasta la puerta dando traspiés y saliera bajo la fina lluvia.

La embarcación de vela roja no se hallaba en el embarcadero.

Estaba doblando el promontorio al sur de la bahía. Se había alejado tanto que la proa casi había desaparecido detrás de las rocas. Brand iba al timón y me vio en el mismo instante en que yo lo vi a él, y momentos antes de desaparecer detrás de la abrupta masa rocosa, sonrió. La inconfundible blancura de sus dientes brilló contra el color rojo de su barba. Medio se encogió de hombros, medio saludó con la mano, y desapareció.

Me detuve sobre mis pasos por dos motivos, aparte de que se marchara sin despedirse y sin tratar de llegar a un acuerdo para vendernos el convertidor del que tanto nos había hablado. Para empezar, porque llevaba puesta la chaqueta impermeable de mi padre, la buena, la amarilla con capucha visera, y eso ya era absurdo. En segundo lugar, porque me di cuenta de lo que significaba su sonrisa, su encogimiento de hombros, su saludo que se había quedado a la mitad. Se había despedido y reconocido su culpa de una manera extraña, casi bondadosa. La honradez recorría su gesto en una dirección determinada, mientras que la falta de honradez lo atravesaba en el ángulo opuesto, como

la urdimbre y la trama de la ropa que tejía Ferg. En ese momento, Brand era dos cosas a la vez. Pero solo había una que importara:

Me había robado a mi perra.

La certidumbre de tal cosa me heló en el mismo momento en que vi a *Jip* solo en el agua. Ladraba y nadaba en la bahía, a tal distancia que lo más probable era que se hubiera caído, o lo hubieran arrojado de la embarcación. Pugnaba por mantenerse a flote en su estela. Vi como agitaba la cabeza y oí sus estridentes ladridos, y entendí que Brand se había llevado a *Jess*. No la veía por ninguna parte.

Y entonces empecé a pegar gritos para despertar a los demás y eché a correr hacia el bote. Brand no había soltado las amarras de nuestras embarcaciones, pero sí había tirado los remos al agua y la marea los arrastraba poco a poco mar adentro.

Al mismo tiempo que corría, vi, sin detenerme, que el pescado que habíamos puesto a secar sobre las rejillas había desaparecido. También nos había robado la comida.

Me zambullí para recuperar los remos, a pesar del mordisco de las gélidas aguas, y luego anduve chapoteando hasta el bote y estuve a punto de soltar la cadena y navegar hasta mi propia embarcación, amarrada al socaire de las rocas que Brand había doblado al desaparecer. Pero entonces hice una pausa para respirar y vi que *Jip* llegaría a tierra por sus propios medios. Volví a pensarlo: ¿Qué haría si conseguía atrapar a Brand? Ni por un momento me había preguntado si tenía que ir al rescate de *Jess*. Había actuado como por reflejo. Mi primer pensamiento había sido sacar a *Jip* del agua y salir a toda vela con el *Dulce Esperanza* e iniciar la persecución, porque sabía que toda demora significaría que la distancia que me separaba de mi presa se agrandaría.

Entonces me di cuenta de que quizá podría necesitar un arma, así que dejé el bote amarrado donde estaba y corrí hacia la casa, con la intención de tomar el arco y una escopeta. Por el camino, me asaltó el repentino temor de

que los demás estuvieran muertos, porque nadie se movía, ni respondía a mis gritos y a los ladridos de *Jip*.

Pero no, no estaban muertos. Estaban drogados, y los sacudí hasta despertarlos. Vomitaban y se veían desorientados. Brand les había puesto algo en la mermelada para que se durmieran. Aquel carnero obstinado que el día anterior me había partido el diente me había salvado a mí, porque sin el dolor que me provocaba el azúcar yo también habría comido mermelada suficiente para drogarme y quedar inútil como ellos. Brand se habría marchado sin problemas, y no habríamos sabido jamás hacia dónde, ni por dónde teníamos que perseguirlo.

Llegarían días en los que me daría cuenta de que esa no habría sido la peor opción.

Pero entonces, en aquel momento, a causa de la adrenalina, la ira y el dolor por la traición, solo pensaba en salir lo antes posible a perseguirlo. Traté de hacérselo entender a Bar, que era la que había resultado menos afectada, y al mismo tiempo que hablaba con ella agarré comida y la metí dentro de una bolsa. Luego le di un beso a mamá, que me miraba sin comprender, pero me agarró la mano como si me la estrechara cuando le dije que me marchaba, pero que volvería con *Jess*, y después cogí la escopeta de Ferg, y me aseguré de que permaneciera acostado de lado para que no corriera el peligro de ahogarse con su propio vómito antes de despertar. Luego agarré las flechas y el arco que colgaban del gancho de la puerta y corrí hacia el bote, donde me esperaba *Jip*, ladrándome para darme prisa.

Papá trató de detenerme, tropezó conmigo y murmuró que me acompañaría, que esperaría hasta se le aclarara la cabeza, y luego se dobló por la cintura y pareció que vomitara todo lo que había comido, y entonces le dije que no podía esperar más, y no sé si me oyó o no, porque se quedó con el cuerpo doblado y volvió a tener arcadas, y entonces Bar salió de casa y lo ayudó a incorporarse, y entonces di media vuelta y me marché, corrí hacia donde estaban *Jip* y el bote, y en cuatro minutos había llegado al

Dulce Esperanza, subí al perro a bordo, lo seguí hasta la cabina del piloto y sin bajar por la escalerilla arrojé mis cosas al interior del pequeño camarote. Dos minutos después desaté las amarras que nos sujetaban a la boya y salí al mar. Mis ojos buscaban al mentiroso y traicionero pelirrojo.

Me había concentrado tanto en divisar la pequeña mancha de color que calculaba que estaría a medio camino del horizonte que, cuando finalmente lo localicé y me arriesgué a volverme un instante para hacer un gesto hacia la orilla, me di cuenta de que había sobrepasado el promontorio y perdido de vista a mi hogar y a los míos.

Me había marchado sin despedirme.

Sin la bendición de mi familia.

Sin saber si se recuperarían bien.

A veces ocurre que, con extrema rapidez, salimos de nuestra propia vida y nada de lo que conocíamos vuelve a ser igual.

Todo eso lo pensé más tarde.

En ese instante, en el vacío del mundo, lo único que nos importaba a mí y a *Jip*, que temblaba en la proa de la embarcación, era la mota de color rojo que navegaba frente a nosotros mar adentro.

Así fue como empezó la caza.

Así fue cuando las cosas eran simples.

Así fue cuando pensamos que tan solo perseguíamos a un ladrón de perros. Así fue antes de que nos adentráramos en los parajes deshabitados de la tierra principal y descubriéramos que perseguíamos algo totalmente distinto, algo que ni siquiera sabíamos que habíamos perdido.

Así fue como terminé en el sitio en el que estoy. En las ruinas de tu mundo abandonado. Así fue como vi lo que he visto. Así fue como hice lo que he hecho.

Y por haber hecho lo que hice, he terminado aquí. En total soledad. No puedo hablar con nadie, salvo con una fotografía de un niño que murió hace mucho tiempo, igual que su perro y su hermana. No puedo hacer nada, salvo escribir todo esto para personas que jamás lo leerán.

La soledad conlleva su propia clase de locura.
Igual que la esperanza.

Capítulo 7
Viento en popa

Perdí de vista las velas rojas. El viento soplaba desde el nordeste, y para cuando logré soltar las amarras del *Dulce Esperanza* Brand había dejado atrás los acantilados que resguardaban la parte de atrás de la isla. Nuestra embarcación era pequeña, aunque no habría sido una tontería llamarla yate. Una sola persona podía pilotarla, solo con que tuviera suficiente vigor y supiese cómo hacerlo. Pero en realidad era mejor que fueran dos, y los dos camastros de abajo me recordaban que no estaba pensada para un solo navegante. De todos modos me había acostumbrado a salir con ella sin compañía. Para cuando lograra rodear el promontorio y poner rumbo hacia el sur, Brand habría tenido tiempo de desplegar todas las velas que llevase y echarse a navegar viento en popa. Pondría cada vez más agua entre mi perra y yo, mientras el *Dulce Esperanza* aún luchaba por dejar atrás el puerto natural y salir allí donde el viento soplaba con más fuerza.

Y luchar era la palabra correcta. Era como si la embarcación se arrastrase por una turbera. Sabía que todo se debía a mi propia frustración, pero el mar que nos rodeaba me parecía pegajoso, como si estuviera tratando de succionar el casco del *Dulce Esperanza* para frenarnos. Pienso que *Jip* sintió algo parecido. Se quedó en el extremo de la proa y ladraba su propia frustración al mar desierto, y de vez en cuando se volvía para mirarme, como si yo hubiera podido hacer algo para acelerar nuestro lento avance.

La visibilidad era buena y habría tenido que divisar a Brand en el mar en el que nos adentrábamos, pero el caso

es que no lo veía. Dada la fuerza y la dirección del viento, tenía que haberse dirigido al sur, por lo que me concentré en cobrar velocidad y desplegar todo el velamen que la embarcación pudiera soportar, y luego, cuando sentí que el soplo del viento henchía el lienzo y el agua empezaba a burbujear a lado y lado del espolón, me agaché para agarrar los binoculares.

Jip debió de divisar a Brand antes que yo, porque dejó de ladrar y se quedó con el cuerpo rígido en proa, todavía en la punta, y sus patas de atrás temblaban con lo que papá llamaba «temblor de terrier», que siempre interpreté como una excitación controlada. Divisé las velas oscuras más o menos un minuto después, muy por delante de nosotros, alejándose a toda velocidad en dirección al horizonte.

Sentí algo en el estómago cuando por fin las vi. Como si me diese un vuelco y luego se hundiera. Pienso que, si no hubiera llegado a ver las velas, Brand y su robo se habrían transformado en una pesadilla que me habría perseguido durante el resto de mi vida. Pero tal vez esa vida hubiera sido más larga que la que me espera ahora. Habría empezado a pensar que su desaparición había sido demasiado repentina, demasiado imposible para ser real, y quizá hubiera empezado a preguntarme si había intervenido algo sobrenatural. En eso se resumía la mitad de mis motivos para sentir que algo daba un vuelco y se hundía dentro de mí…, alivio porque los muros que había construido en torno a mi concepción del mundo se sostenían. Quizá en tu mundo, donde tenías más distracciones, como internet, partidos de fútbol y otras personas, nunca sentiste el tirón de lo imposible, como me sucedió a mí. Ahora estoy a solas, sin poder salir de aquí, sin apenas nada que hacer aparte de escribir todo esto y pensar, y me doy cuenta de todo el tiempo que he pasado con la nariz metida en algún libro. Así llenaba el vacío de mi mundo y dejaba que las páginas me distrajeran de la oscuridad que acechaba a mis espaldas. Me esforcé mucho por no creer en lo sobrenatural. Pienso que todos nosotros nos esforzamos. Entre todas las historias que leíamos en voz

alta, por turnos, alrededor de la chimenea, no había ninguna sobre fantasmas. Sé que no fue por casualidad. Todas las casas vacías por las que pasábamos podrían haber estado repletas de fantasmas, si hubiéramos querido verlo así. Pero la desaparición de Brand en el fino aire salobre habría agrietado fatalmente la pared protectora.

Lo otro que sentía en el vientre era miedo, no tanto miedo de Brand, porque la sangre aún me hervía contra él, como miedo por lo que haría a continuación. A decir verdad, no había trazado ningún plan. Tenía una meta: recuperar a mi perra. Mis ojos se fijaron en la escopeta y el arco que había arrojado al interior del camarote. El miedo no era lo mío. Soy joven y la furia me privaba de sentir miedo, aunque tampoco se tratase de verdadera valentía. La juventud y la furia no son lo mismo que el valor. En ese instante no sentía ningún miedo de Brand, y eso también era una estupidez. El miedo que sentía era miedo de mi propia persona. De hasta dónde podría llegar.

En la foto que encontré, lo único que hay en tu rostro es luz del sol y risas. Tus ojos brillan con el sol capturado en tus pupilas, siempre más ligero que el aire, atrapado entre la hierba y el cielo, con una hermana y un perro que te quieren. No creo que tuvieras nunca los pensamientos que de súbito sentí al contemplar el arma.

Una persecución por mar con el viento en la espalda puede durar un buen rato, y mientras recorría millas tuve mucho tiempo para pensar. Además, en las aguas abiertas que se interponían entre lo último que vi de mi hogar, las islas del sur y la tierra principal hacía frío. En el camarote llevaba un abrigo largo sin mangas, hecho con tres pieles de oveja cosidas, cubiertas de lana por fuera. Me lo puse y me ceñí el cinturón sobre el vientre para que estuviera bien pegado a mi cuerpo. El olor a lana me recordaba el hogar. Lo mismo sucedía con la gorra que me calé hasta las orejas, una prenda de punto, elástica, que Bar me había hecho con un jersey viejo que el año anterior habíamos encontrado dentro de una bolsa de plástico en el fondo de un gran

armario que se hallaba en una casa baja de Eriskay. La lana tenía más de un siglo, y Bar la había recosido en tantas ocasiones que ya debía de acumular tantas puntadas como un jersey entero, pero había dejado algo de sí misma en cada uno de los recosidos, y por eso no sentía tanta soledad al ponérmela. A lo largo de un mes de invierno había visto su minucioso trabajo con la prenda y había llegado a codiciarla secretamente. Entonces, sin que yo lo esperara, con despreocupación, me la regaló, como si no hubiera tenido ningún valor.

Me dijo que necesitaba algo para cubrirme la cabeza. Solo eso. Pero por un instante —y, a decir verdad, también durante mucho tiempo después— eso lo fue todo para mí. Bar apenas hablaba, pero hacía cosas sin parar. Demostraba sus pensamientos mediante actos. Esa idea me daba tanto calor como la misma gorra.

También por haber pensado en Bar, me metí en el camarote y saqué el aparejo para pescar verdeles. No sabía cuánto tiempo podía durar aquello y Bar me habría dicho que no tenía ningún sentido pasar hambre. Podía hacer varias cosas a la vez.

De hecho no las hice muy bien, porque al agarrar el aparejo sentí una dolorosa punzada. Uno de los anzuelos se me había clavado en el dedo.

No me quedó más remedio que apretar los dientes y sacar la navaja multiusos Leatherman. La Leatherman me acompaña a todas partes, igual que los perros. Es un hallazgo muy preciado, un rectángulo de acero pequeño y alargado, aún sin oxidar, que contiene un par de alicates y una cizalla, con cuchillos, sierras y destornilladores, y todo tipo de herramientas útiles escondidas en los mangos. La encontré en la guantera podrida de un coche en Eriskay. Es maravillosamente útil. Al mismo tiempo que me maldecía por mi idiotez, tiré del anzuelo hasta que ya tan solo la punta seguía clavada, y entonces lo corté con la cizalla. Así pude extraer la punta sin desgarrarme la carne.

La larga masa de tierra de las dos islas siguientes era ya bien visible cuando acabé de extraer el anzuelo y eché al

agua el aparejo para pescar verdeles. No podía apartar un ojo de las lejanas velas rojas, que de pronto se transformaron en camuflaje al sobreponerse a las islas. En cuanto la separación entre ambas quedó a la vista y dividió en dos la larga masa de tierra, había ya trece pescados en el cubo que se hallaba a mis pies, y mis manos se habían ensangrentado con el trabajo de destriparlos.

Hay un viejo faro en la orilla, y al pasar frente a él me di cuenta de que jamás en toda mi vida había llegado tan al sur. La isla siguiente era como Barra. Era un sitio que se podía ver pero donde no convenía desembarcar. En otras ocasiones, cuando habíamos viajado tan al sur, buscábamos piezas de turbinas en los molinos de viento ruinosos que se encontraban en el norte de la isla. Pero un día, de pronto, el mar se había llenado de cadáveres de focas, tal vez unos treinta. Los habíamos olido antes de verlos, y al encontrarlos papá había virado para regresar a casa y nos dijo que aquellos mares estaban podridos. Y los mares podridos eran el motivo por el que no habíamos vuelto por allí.

Por aquel entonces tenía muy pocos años y me emocionaba tomar parte en una expedición. Pensaba que descubriría algún objeto exótico sin ayuda de nadie y me lo llevaría a casa, quizá vikingueado en el pueblo pequeño con puerto que decían que estaba en la orilla oriental de la isla. Pero me llevé a casa algo que me resultaba igualmente desconocido: el recuerdo del miedo que vi pasar por el rostro de mi padre antes de que se diera cuenta de que tenía que esconderlo.

El mar no se veía podrido, ni tampoco se divisaban focas con el vientre hinchado por el agua. El aire era fresco y el viento no dejaba de soplar. Cuando tomé la decisión que lo cambió todo de verdad, lo único que había empezado a desvanecerse era la luz. En ese momento me pareció muy poca cosa, una cuestión de navegación, la mejor manera de pasar el brazo de mar sin que mi embarcación encallara. Porque jamás había cruzado el límite meridional de mi mundo.

Una voz en mi interior me decía que había llegado al punto en el que debería retroceder. Miré a *Jip* y pensé en *Jess*. La hembra era igual de dura que el macho, pero así como *Jip* se mostraba reservado incluso en lo más insignificante, incluso cuando se dejaba rascar, o cuando se tendía a dormir a mi lado durante los meses de invierno, *Jess* se entregaba sin guardarse nada. Cuando llegábamos a casa y venían corriendo a saludarnos, movía la cola más rápido que él y siempre iba un paso más adelante. Esa misma voz de mi interior se preguntó si esa naturaleza confiada era lo que había permitido que Brand se la llevara. Pero recordar su dulzura tan solo me servía para que las lágrimas me escocieran en los ojos, así que asfixié esa voz interior hasta que dejé de oírla y contemplé el desconocido paso por el que me adentraba, en busca de bajíos y rocas. Y así, al concentrarme en la tarea del momento, traspasé los límites conocidos de mi mundo, sin darme cuenta del momento exacto en el que lo hacía.

En cuanto hube pasado por el brazo de mar entre Coll y Tiree, todo fue distinto. El cielo se oscureció, y el viento, que hasta entonces había soplado a mi espalda sin variar, cambió y empezó a darme problemas. Como si también se hubiera dado cuenta de que habíamos cruzado un límite invisible, *Jip* bajó la cabeza y se enroscó sobre el banco que tenía a mi lado. No cerró los ojos, tan solo apoyó la cabeza sobre las patas, suspiró y miró con fatalismo a la pared desnuda de la cabina del piloto. Su mirada resultaba algo desalentadora, pero le agradecí la agradable calidez que sentía en la pierna.

Hasta entonces, el *Dulce Esperanza* había surcado sin impedimento el poderoso empuje de las olas del Atlántico, pero al hallarse al resguardo de las dos islas, el movimiento de la embarcación cambió y su manejo se volvió difícil, porque el viento le imprimió un balanceo mareante. La visibilidad había sido buena durante la mayor parte del día, pero en ese momento fue como si varias borrascas se hubieran dedicado a ir de aquí para allá detrás de las islas, a la espera de nuestra llegada. Al cabo de cinco minutos,

una de ellas se interpuso entre nosotros y las velas rojas que se divisaban en la lejanía, y un aguacero breve, pero brutal, se abatió sobre el *Dulce Esperanza*, tan súbitamente que fue como si se hubiera materializado en el vacío. Todo fue tan rápido que a duras penas tuve tiempo de echarme el chubasquero sobre el abrigo de pieles de oveja. *Jip* bajó del banco y, a saltos y resbalones, logró refugiarse en la cabina del piloto, donde se echó con el cuerpo enroscado sobre una red. Se colocó de manera que podía seguir viéndome por la estrecha escotilla.

En cuanto dejamos atrás la lluvia, la visibilidad mejoró lo suficiente como para ver que las velas rojas habían desaparecido en una borrasca mucho más extensa. Me bajé la empapada capucha del chubasquero y observé las condiciones climáticas. Por primera vez en aquel largo día había perdido de vista la presa que estábamos persiguiendo. Sabía que tenía que estar por allí. Había pasado un tiempo sin ver, pero no lo suficiente como para que Brand se me escapara. Por ello, su desaparición me inquietó.

Ahora que recuerdo todo aquello, no puedo creerme la estupidez a la que me llevó mi propia ira. Aparte de las discusiones con mi familia, que eran tan naturales para nosotros como el agua para los peces que nadan en ella, no tenía experiencia en verdaderos enfrentamientos con extraños que me desearan mal. El mismo hecho de que me hubiera llevado la escopeta revelaba que tenía una conciencia inconsciente de que podía hallar algún peligro, pero el arco y las flechas me seguían a todas partes, igual que tú debías de llevar el teléfono siempre encima en tu mundo abarrotado. Si uno se queda sin comida lejos de su hogar, siempre es más sencillo matar de un flechazo a un conejo que tenderle una trampa, y todos nosotros teníamos asumido que debíamos cazar nuestros alimentos, tanto si estábamos en la isla como en otro lugar.

Al perder de vista las velas rojas me alarmé, pero también se apaciguó mi obsesión. Tuve que pensar en otras cosas que me pudieran ocurrir. Aunque lo último que había visto en Brand fuera aquella sonrisa exasperante, no podía

descartar la posibilidad de que me hiciese daño. Pero no pensaba que lo hiciera. Si hubiera sido un monstruo de ese tipo, como los que aparecían en tantas de las historias que había leído, habría podido matarnos fácilmente mientras dormíamos y se habría llevado todo lo que hubiese querido de nuestra casa. Pero no hizo más que robarnos y luego trató de escabullirse antes de que despertáramos. Así que era un ladrón. Pero no un asesino. Pero de todos modos, un ladrón puede volverse violento si alguien le hace frente.

Resulta que salir de persecución sin haber trazado un buen plan es una idiotez. Una idiotez casi tan grande como creerse inteligente. Si hubiera sido inteligente, habría vuelto a casa, o habría navegado tras él hasta que hubiésemos estado lo bastante cerca como para hablar. Y entonces le habría disparado. Yo no me rendía con facilidad. Pero el asesinato tampoco era lo mío.

Y aún no he cambiado.

Mi astuto plan consistía en pagarle con su propia moneda. No confiaba en poder convencerlo para que devolviese lo robado. Y si llegábamos a las manos, no podría derrotarlo. Por ello, pagarle con su propia moneda significaba robar al ladrón. Y eso me exigiría sigilo e inteligencia. Sabía que poseía una de esas cualidades. Pensaba que no me faltaría la otra. Y lo ideal habría sido que no me viera. Lo cual no es nada fácil en mar abierto. Pero, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que ya no nos hallábamos en mar abierto, sino entre las islas interiores. El sol se ponía a mi espalda y su luz daría directamente en los ojos de Brand. Aún mejor, la oscura masa de Coll y Tiree también se hallaba a mi espalda. El sol se ponía por detrás de sus bajos cerros. Le costaría verme. Y como la noche anterior había contemplado sobre los familiares riscos que se erguían junto a mi casa el cuarto menguante casi a punto de desaparecer, sabía que la noche siguiente sería oscura y sin luna.

Al mirar adelante divisé la alargada loma de la isla siguiente y detrás de esta la tierra principal, a lado y lado de la tormenta donde sabía que se ocultaba Brand. Como

alcanzaba a distinguir los extremos de la isla, cobré confianza en que lo vería escapar por la derecha o por la izquierda, y así se me ocurrió algo que en su momento me pareció lo más inteligente.

Arrié las velas y eché el ancla de deriva. Así, cuando el cono de tela se hubiera llenado de agua y el cable se hubiera tensado detrás de mí, conseguiría mantener la embarcación estable contra viento y marea, y si todo salía bien podría detenerme y vigilar, camuflándome con el sol poniente y la tierra que se hallaba a popa. Brand pensaría que me había dejado atrás, o que tal vez me había dado miedo seguirlo entre las dos islas.

Mi plan, por inteligente que fuera, se basaba en la hipótesis de que a nadie se le ocurriría navegar de noche, y todavía menos en un lugar como aquel. Sabía que Brand era un mentiroso y un ladrón, pero no pensaba en absoluto que fuera imbécil. Las aguas interiores estaban sembradas de rocas y escollos, y quien tratara de navegar en la oscuridad se encontraría en cualquier momento con que se estaba ahogando en las tinieblas.

El *Dulce Esperanza* no sobresalía mucho del agua, y aunque el mástil desnudo se alzara sobre mí, me agaché sin pensarlo y apoyé la rodilla sobre la entrada del camarote, como si eso me hubiera servido para esconderme. *Jip* notó que hacía algo raro y se levantó de su improvisado lecho de redes y subió a hacerme compañía.

Sujetaba con firmeza el timón contra el muslo y sentía el empuje de las fuerzas gemelas del oleaje y el viento con las que tenía que pugnar para mantenernos en nuestro rumbo. Y entonces, cuando el sol se hubo puesto y parecía que el mundo se enfriara con rapidez, la borrasca se alejó hacia la derecha y la visibilidad mejoró hasta el punto de permitirme ver las velas de Brand, que en ese instante doblaban un promontorio que hasta entonces había sido incapaz de distinguir de la masa principal de la isla. Como soy muy inteligente, pensé que navegaba con prisa para resguardarse en una bahía oculta y pasar la noche en ella. Quizá también eso le serviría para ocultarse de mí. Me

incorporé. *Jip* gimoteó. Le puse la mano en la cabeza y le pedí que se callara. El sonido que viaja sobre el agua llega lejos.

Me emocioné. Había descubierto a Brand por mera coincidencia, pero tan grande era mi inteligencia, tan grande era mi *hybris*, que pensé que el ladrón estaba cayendo en una trampa que yo mismo le había tendido. Seguro que sabes lo que significa *hybris*. La primera vez que leí esa palabra en un libro tuve que buscarla en un diccionario. Pero por si no lo sabes, significa ser tan creído que no te das cuenta de que lo que estás haciendo terminará mal.

Me había emocionado tanto que, nada más desaparecer las velas rojas, icé la mía y me olvidé del ancla de deriva, y estuve a punto de caerme al agua, porque el viento vespertino que siempre empieza a soplar cuando se pone el sol golpeó la vela y me pilló por sorpresa. La embarcación se ladeó y el botalón giró, y del golpe que me dio en la cabeza vi tantas estrellas que pensé que me había agrietado el cráneo.

Solté una palabrota y *Jip* ladró, y dejé que ladrara mientras pugnaba por ponerme en pie y trataba de arreglar el desastre que había organizado. Tres minutos más tarde el perro estaba tranquilo, el ancla de deriva se hallaba a bordo y ya me había puesto en marcha. Me dirigí a la pequeña isla que se hallaba más adelante.

Logré recorrer todo el camino antes de que la oscuridad lo volviera demasiado peligroso, pero lo cierto es que no me hallaba en muy buen sitio para echar el ancla. Me encontraba en el lado de la isla expuesto al viento, en medio de rocas y arrecifes hambrientos, deseosos de pegarle un mordisco a mi embarcación y desfondarla. Por fin, me decidí a echar dos anclas y a quedarme más lejos de tierra de lo que me habría quedado si hubiera tenido más luz. Opté por desatar las correas que sujetaban el kayak y remar hasta tierra. Dejaría a *Jip* en la embarcación. A él no le gustaría, pero quería actuar con sigilo, y no lo conseguiría si el perro se echaba a ladrar.

Pensé que lo mejor sería hacerlo todo sin compañía.

Eso es. Inteligencia. *Hybris*. Y el más esquemático de los planes.

¿Acaso podía salirme algo mal?

Capítulo 8

La bahía que daba la espalda al océano

Algún tiempo después encontré en unas cartas náuticas antiguas el nombre de la bahía en la que anclé, pero a juzgar por lo que se veía desde el agua, no parecía lo bastante importante como para que la bautizaran. A pesar de los gruñidos de reproche de *Jip*, bajé el kayak por la popa y lo retuve en las aguas cada vez más oscuras hasta que me hube metido dentro, y entonces di un empujón para ponerme en marcha. Me había decidido por no llevar la escopeta, porque no tenía ninguna garantía de que funcionase si tenía que disparar. La munición era muy antigua, y la mitad de las veces se encasquillaba y no hacía más que un clic. Me pareció que si llevaba la escopeta correría el riesgo de no hacer más que un clic frente a alguien que aprovecharía el intento fallido para responderme con algo más que un clic.

La violencia no me interesaba. Las peores historias que había leído eran las que culminaban en violencia. En mi niñez, guardaba un montón de viejas revistas ilustradas de superhéroes. Durante un tiempo me gustaron mucho, porque tenían colores muy vivos y estaban dibujadas con un verdadero amor por el movimiento y la composición. Las había tan vívidas que parecía que los personajes estuvieran a punto de saltar de la página y entrar en mi mundo. Solían ir con ropas muy ajustadas, y por mucho que los escritores trataran de ocultarlo, y por mucho que los superhéroes parecieran indecisos sobre lo que tenían que hacer, todas las historias terminaban con una gran pelea. Papá decía que estaban escritas para niños más pequeños

que yo. A pesar de todo, me gustaban, hasta que dejaron de gustarme. Y el motivo fue que me di cuenta de que los argumentos siempre eran un pretexto para que al final hubiese una pelea. Como si los problemas solo se pudieran resolver a puñetazos. Quizá a los de tu mundo os gustaba tanto pelear que pensabais que había que preparar a los niños para luchar a base de contarles ese tipo de historias. O quizá fuese al revés, y a los de tu mundo les gustaran las peleas porque esas eran las historias que os hacían leer cuando erais pequeños. Yo no quería que mi historia terminase con una pelea. Tan solo quería a mi perra.

La verdad es que en el momento en el que di el empujón que me alejó de la popa plana del *Dulce Esperanza* y empecé a remar en dirección a las rocas que se alineaban en la curva de la orilla no me sentí como un héroe, ni súper ni de otro tipo. Me notaba el paladar pegajoso, y el corazón me latía con tanta fuerza que casi no me dejaba oír el viento que soplaba a mi izquierda. El arco, que en el día a día me colgaba del hombro con tanta naturalidad que ni siquiera me daba cuenta, se me clavaba en la espalda cada vez que daba una palada con el remo, como un codo huesudo que tratara de recordarme algo que había olvidado.

Mis ojos ven bien en la oscuridad, mucho mejor que los de Bar y Ferg, pero la luz se desvanecía a pasos acelerados. Los obstáculos más evidentes estaban a la vista, pero al doblar el promontorio, a pesar de toda mi prudencia, el kayak rozó una roca oculta bajo la superficie. Por fortuna, las mareas la habían alisado hasta el punto de que no quedaban aristas que pudieran abrir el fondo de la canoa y poner fin a mis planes antes de empezar. Di unas cuantas paladas más y entonces dejé que la corriente me llevara por el canal, sin hacer más esfuerzo que el necesario para que mi cuerpo se mantuviera erguido. No quería chapoteos que alertaran a Brand de mi presencia, en el caso de que montara guardia en la pequeña bahía que se ofreció a mis ojos cuando entré silenciosamente en ella.

Pero Brand no montaba guardia, y resultó que la bahía

tampoco era una bahía. Descubrí que en realidad era un brazo de mar de orillas abruptas que se interponía entre la isla más pequeña y la masa de tierra más grande que se alzaba a mi derecha. No vi su embarcación en el agua. Mi primer pensamiento fue de miedo. Se me ocurrió que tal vez me había engañado. Que tal vez había ido hasta el otro extremo del canal y luego había vuelto atrás por el otro lado de la isla más pequeña. Por un momento sentí pánico, porque pensé que habría tenido tiempo para subir a bordo del *Dulce Esperanza*, reírse de mí y robarme también a *Jip*, y mis músculos ya habían empezado a remar para virar con el kayak, pero entonces mi cerebro intervino y les dijo que se detuvieran, porque mis ojos habían visto algo.

Si Brand no hubiese bajado a tierra, desde luego que yo no habría sido capaz de distinguir su embarcación en la penumbra. Pero el caso es que descubrí una extraña mancha de luz en la fachada de un edificio en el que Brand había entrado a explorar, y la luz parecía extraña a través de la ventana. Esta era grande y antigua. No es que tuviera cien años, o que fuese anterior a la Castración, sino antigua de varios siglos. Me recordó una ventana de castillo que había visto en libros, no solo por la altura y el arco de la parte superior que se recortaba con nitidez contra la noche, sino también por las paredes de piedra y el techo alto con vigas que vislumbré el breve instante en que Brand lo iluminó con su linterna. Por supuesto que no era un castillo. Era una iglesia. Tal vez una abadía. Pero en aquel instante era algo más. Era una oportunidad. Porque lo otro que apareció en aquel momento de luz, como una forma recortada en la oscuridad con un par de tijeras bien afiladas, fue la silueta de su embarcación en la costa. La había llevado junto a un saliente de piedra y la había amarrado allí. Estaba tan cerca de la orilla que habría sido capaz de pasar por su lado en la negrura y no verla.

Entonces sentí que se me elevaba el ánimo. Vi que había bajado de la embarcación y que lo único que tenía que hacer era remar hasta allí, amarrar el kayak a la regala, subir a bordo y sacar enseguida a *Jess* del camarote donde

me imaginaba que estaría encerrada, y luego regresar al *Dulce Esperanza* sin que Brand se enterara de lo que había sucedido.

Actué con rapidez, sin necesidad de pensarlo mucho. El kayak avanzaba sobre el agua en silencio y con ligereza. La verdad es que me había habituado tanto a él que lo guiaba sin pensarlo, igual que tú no debías de pensar cuando nadabas o corrías.

Me puse al lado de su embarcación y me quedé allí. Apoyé la palma de la mano en el casco para contrarrestar el vaivén del oleaje. No se oía nada más que el chapoteo de las olas y el rumor del viento entre el cordaje. Acerqué la oreja al casco, pero tampoco oí nada bajo cubierta.

Con mucho cuidado, hice avanzar el kayak con las manos hasta que estuve junto a la popa. Procuré que no chocara contra el costado para no hacer ruido. Y entonces lo amarré con un nudo que pudiera deshacerse de un tirón.

Meterme en su embarcación me resultó extraño. Me sentía mal. No me había invitado. No me quería allí. Aunque nos hubiese robado, aquello era su hogar. Reprimí como pude ese sentimiento, me arrastré frente a la cabina de mando hasta llegar a la entrada del camarote y acerqué el oído a la escotilla, que estaba cerrada. Abajo no se oía nada. Ni sonidos de hombre, ni —contra todas mis esperanzas— de perro. Había temido que *Jess* me oliese y empezara a gimotear, o que —aún peor— ladrara. Levanté la cabeza y miré hacia la isla por encima de la cabina de mando, por si Brand había regresado sin hacer ruido, pero aún se veía la misma luz en el interior de la iglesia y me imaginé que él también seguiría dentro.

Me arriesgué a lanzar un débil silbido frente a la puerta. No oí ninguna respuesta de *Jess*. Y no era sorprendente, porque una vez abrí la escotilla y me arriesgué a mirar dentro, no vi a ningún perro, ni a Brand. Pero sí encontré casi todo otro tipo de cosas imaginables. El camarote estaba repleto de cajas, botellas, piezas de maquinaria y sacos que, por su olor y tamaño, debían de contener pescado fresco. Había bolsas que colgaban del

techo. El único lugar despejado era una mesa con cartas náuticas. No me habría gustado tener que quedarme dentro de aquel camarote con mala mar. Me agaché y pasé por debajo de las bolsas, y así llegué al camarote delantero, que se hallaba detrás de una pequeña puerta en el mamparo. Se me ocurrió que, si hubiera tenido que encerrar a un perro mientras exploraba la isla, aquel habría sido el lugar más adecuado. Tras la delgada puerta de madera reforzada con una rejilla de metal.

Volví a silbar, pero no se oyó ningún ruido ni movimiento al otro lado. Debía de haberse llevado a *Jess* a tierra. Mis dedos encontraron un candado con una llave, pero no estaba cerrado, y en cuanto lo saqué, la puerta se abrió, y entré en un lugar más oscuro y que olía peor. No veía nada en absoluto y había algo en aquel hedor más intenso que me disuadía de entrar a ciegas allí. Volví a colocar el candado y me agazapé en la oscuridad, con el leve balanceo del mar bajo los pies, tratando de sobreponerme al desengaño. Mi sencillo plan había fracasado. Aún no tenía nada claro qué haría a continuación. De hecho, no veía nada en aquel camarote desconocido, lleno de objetos, en una noche sin luna. Tal vez se debiera al olor de los sacos de pescado robado, pero me sentí como… ¿cómo se llamaba?, como el hombre aquel en el vientre de la ballena. ¿Conociste esa historia? No la que cuenta la Biblia… La otra, la mejor. Era sobre un fabricante de juguetes y su niño, que no era lo que todo el mundo creía. Era un muñeco de madera. Pinocho. Así se llamaba el niño. No se llamaba igual que el viejo que acabó en las entrañas de la ballena. Era un mentiroso y cada vez que mentía le crecía la nariz. Pero aquel niño que en realidad no era un niño no era malo. No era mezquino. Pero a su edad aún no tenía corazón. Esa historia me gustaba cuando tenía muy pocos años. Bar me decía que me venía bien, sobre todo cuando perdimos a Joy e hicimos lo que teníamos que hacer para adaptarnos.

De todos modos, el hedor a pescado y la oscuridad me provocaron un ataque de lo que Brand había llamado

claustrofobia, y por un instante tuve que concentrarme en calmar la respiración para superar el pánico. Bar me había enseñado a hacerlo. También me había enseñado la diferencia entre miedo y pánico. El miedo no es malo. Es muy útil cuando se dan unas determinadas circunstancias, cuando es una buena respuesta a un peligro. El pánico no es útil para nada, salvo para ponerse a dar golpes a todo lo que está cerca y —probablemente— estrellarse de cabeza contra el origen del miedo.

No lograba distinguir nada en el interior del camarote. Logré llegar a tientas a la cabina del piloto. Por el camino, me hice algunos rasguños en las pantorrillas con un objeto de borde afilado. Entonces tropecé con otra cosa y caí de bruces sobre la mesa con las cartas náuticas, y al hacerlo me golpeé la cabeza con una de las bolsas que colgaban del techo. La carta estaba sujeta sobre la mesa con imanes, y al apoyarme la arrugué y la rasgué. Logré recobrar el equilibrio contra la pared del camarote y entonces traté de apoyar la otra mano para sostenerme. Sentí un dolor como una picadura de abeja y me di cuenta de que me había clavado en la parte carnosa del pulgar la aguja de una de esas cosas que se utilizan para trazar círculos en el papel. Dije una palabrota y chupé la sangre del pequeño pero doloroso pinchazo.

Mientras estaba allí sin moverme, tuve tiempo para pensar. El papel que se había arrugado bajo mi mano me dio una idea. La carta náutica era importante para él. La utilizaba para orientarse. Así que me la llevaría. Me puse en pie con mucha precaución y la doblé, me la guardé bajo el chaleco y me metí de nuevo en la cabina del piloto. Pensé que tal vez sería buena idea usar el cuchillo que había sacado de la funda que llevaba en el cinturón y empezar a cortar todos los aparejos, quizá también las velas. Pero lo de cargarme cosas no me va. Una parte demasiado importante de mi vida, de nuestras vidas, ha consistido en componer, reparar y tratar de recuperar objetos rotos y volver a darles utilidad. Y una buena embarcación que funciona, aunque pertenezca a un hombre malo, no es algo

que me guste averiar. A eso lo llaman escrúpulos. Pero había otras maneras de hacerle ir más lento.

Me agaché y volví a entrar con precaución en el camarote principal, busqué el camino hasta la puerta del camarote delantero y saqué el candado. Sin perder de vista la ventana iluminada de la orilla, me arrastré por cubierta hasta llegar a la cadena del ancla. Solté más cadena hasta que quedó lo bastante floja como para sujetarla con el candado en una anilla de cubierta. Si más adelante Brand trataba de perseguirme y tenía prisa por zarpar, se vería en un buen problema, porque no conseguiría izar el ancla. Y aunque no averié la embarcación, sí me permití el pequeño placer de arrojar la llave a las oscuras aguas que se encontraban al otro lado de la borda.

Se me ocurrió la posibilidad de tomarme más tiempo para saquear su guarida. Tal vez llevarme cosas para intercambiarlas luego por la perra, si se daba el caso. Pero tan solo por hallarme a bordo de aquella embarcación me sentía como si me hubiera ensuciado. Ya sé que resulta extraño que use esa palabra. Aplicada a este caso es absurda, pero así es como me sentía. No porque me hubiera metido en propiedad ajena. Se trataba más bien de algo que tenía que ver con la propia embarcación. El olor del camarote de proa no era tan solo un olor que se sintiera con la nariz. Tenía una historia, y aunque yo no supiera en qué consistía, sí me daba cuenta de que era tan triste como mala. Ya te he dicho alguna otra vez que no creo en fantasmas ni en criaturas inventadas de ese tipo. Pero sí creo en atmósferas. Y la atmósfera de aquella embarcación —aquella noche, en la negrura, sin compañía a bordo ni una luna amigable en el cielo—, la atmósfera se sentía más viva de lo que habría sido normal. Como si me estuviera observando, como si esperase a que hiciera algo mal. No era más que una atmósfera, tal vez un sentimiento… Pero ese sentimiento escudriñaba la noche mejor que yo.

Salí de la embarcación antes de que el frío se me metiera todavía más en los huesos, aunque la noche fuera suave para aquella época del año. El nudo que sujetaba el

kayak no se deshizo con un solo tirón como tenía previsto, y tardé más de lo que habría querido en desatar aquel lío, y entonces navegué en libertad, y con brazos a los que el alivio daba fuerzas remé hasta la tierra seca, que de hecho estaba húmeda y resbaladiza, con sargazos traicioneros y algas pardas sobre las rocas más bajas. Respiré con alivio al pisar suelo firme, aunque hubiera llegado el momento de acechar a Brand en la penumbra, sin haber planeado cómo me enfrentaría a él ni cómo podría —lo que habría sido mejor— robarle a *Jess* sin que se diera cuenta.

Tiré del kayak y lo arrastré hasta la hierba que se encontraba más arriba de la línea de la marea. Miré a mi alrededor y no vi el bote de Brand, pero en la oscuridad había tantos bultos y siluetas que habría tenido que perder mucho tiempo para encontrarlo, y por ello abandoné un plan que había trazado a medias para soltar su bote en el agua, y me dirigí a la iglesia.

No me costó nada caminar en silencio, porque pisaba hierba mullida. Pero aunque hubiese hecho más ruido, habría oído igualmente el sonido que me hizo detenerme.

Sabía que era música, pero no el tipo de música que hacíamos cuando cantábamos en torno al fuego, y tampoco la que hacía Bar con el silbato celta que había encontrado todavía envuelto en el folleto de instrucciones dentro de la antigua tienda del centro artístico de Uist. No se parecía en nada a cuando Ferg rasgueaba alguna de las guitarras que había logrado recuperar.

Sonaba a llanto de ángeles.

Sé muy bien que los ángeles, igual que los fantasmas, no existen, pero si existieran y se lamentaran por algo importante habrían hecho un sonido como aquel. Porque se supone que los ángeles son puros, y aquel sonido, aquella música, se diferenciaba en muchos sentidos de todo lo que había oído hasta entonces, pero sobre todo porque era pura. La melodía se movía por los agudos y se elevaba y volvía a bajar por encima de todo lo demás, y todas las notas brillantes que habían subido tan arriba para danzar juntas caían con una especie de desesperada e inevitable tristeza

que me abría un hueco en lo más alto del pecho, un vacío como un grumo que no podía tragar, por mucho que me esforzara. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Y mientras parpadeaba, pensé en Joy. Yo ya había sentido en otra ocasión aquel opresivo vacío en mi pecho, y fue cuando Joy se precipitó hacia otro mundo. Al oír la pena nítida y terrible que arrancaba ecos a la caverna de piedra de la iglesia, no solo me hizo recordarla. También hizo que me sintiera culpable de traición, porque había permitido que el tiempo embotara el dolor de la pérdida. El olvido es una clase de traición, aunque todas las penas se acaben olvidando. Me imagino que el paso del tiempo alisa todas las aristas.

Mi estatura no alcanzaba para mirar por la ventana y ver qué era lo que emitía aquel sonido tan hermoso, así que doblé la esquina y me quedé delante de la puerta, que estaba entreabierta y dejaba que un rayo de luz bañara la hierba de fuera. Sin separarme de la pared, sintiendo la piedra vieja pegada al cuerpo, me acerqué y miré.

El origen del sonido, por supuesto, era Brand. Tenía una linterna a los pies y había encendido una pequeña hoguera sobre el enlosado, en el centro de aquel espacio cavernoso. Jamás había visto un techo tan elevado. Era tan elevado que se perdía de vista cada vez que la hoguera parpadeaba y arrojaba sombras.

Brand llevaba puesto el chubasquero de mi padre y apoyaba un violín bajo su barba roja en forma de azada, y estaba como medio vuelto respecto a mí. Tocaba con un arco largo. Recorría lentamente las cuerdas en una y otra dirección. Había cerrado los ojos y se mecía mientras tocaba. Su largo cabello se movía adelante y atrás, porque su cabeza seguía su propia danza. Parecía que la música fuera un sueño que él mismo creaba y en el que se perdía.

Como tenía los ojos cerrados, lo miré durante más tiempo del que habría querido. Como la música era tan bella, tan inesperada, tan… algo que jamás había oído, me detuve —por un instante— y pensé en *Jess* y en cómo recobrarla.

Perdido en la música. Así era como lo decían. En Eriskay había una casa con un estante que no estaba lleno de libros, sino de unos sobres de cartón delgados, de colores brillantes. En su interior había unos discos de plástico grandes y negros. Papá decía que eran grabaciones y que había música atrapada en ellas, pero la máquina para hacer música estaba sobre una mesa, junto a una ventana con el cristal roto, en el lado de la casa por donde soplaba el viento. Se había roto y el mecanismo se había oxidado, y no podíamos liberar la música de aquellos discos. Lo que hice fue pasarme todo un día sacándolos y mirando las cubiertas. Uno de ellos se llamaba *Perdido en la música*, y lo recuerdo porque en la cubierta aparecían cuatro personas y se parecían a mí, o por lo menos pensé que se parecían. No quiero decir que fueran exactamente como yo, pero sí que tenían la piel de color normal como nosotros. No la tenían pálida y fría como Brand. La piel y los ojos color de mar de Brand no parecían encajar con la calidez de su cabello.

Perderse en la música —incluso en aquella maravillosa música de violín— era tan malo como perderse en cualquier otro lugar, porque si no me hubiese distraído, me habría dado cuenta de lo que se me acercaba por detrás, antes de que ese algo gruñese y ladrara, y algo me golpeara entre los hombros y me derribara contra el inamovible canto de la puerta entornada de la iglesia y me hundiese en la negrura sin haber tenido tiempo siquiera de gruñir en mi sorpresa.

Capítulo 9

Es mía

El mundo regresó, y estaba de lado y dolía. Había un gran peso que empujaba mi cadera y mi rodilla contra el pétreo suelo, y ese dolor fue uno de los motivos de que saliese de la negrura y me quedara de costado, con los ojos clavados en la hoguera, la mejilla aplastada contra las losas. Sentía una tensión palpitante en la frente, en el lugar donde me había golpeado con el canto de la puerta, en el mismo sitio donde antes me había golpeado el botalón. Era como si se me hubiese agrietado el cráneo.

Cuando se me ocurrió palpármelo para saber si había sangre, descubrí que tenía las manos atadas detrás de la espalda y que no las podía mover. Entonces me dejé llevar por el pánico y me revolví, traté de ponerme en pie y desatarme, y el enorme peso —que, por supuesto, era Brand — terminó de atarme ambas muñecas entre sí y se puso en pie.

El alivio que sentí en la rodilla y la cadera fue agradable, pero la mirada que Brand me dirigió al apartarse no lo era. No lo era en absoluto. Era una mirada fría, feroz y peligrosa, como el cuchillo que tomó de la silla que estaba junto a la hoguera. Yo sabía que cortaba como una navaja, porque era el mío y siempre lo afilaba después de utilizarlo.

¿Dónde están?, me dijo.

¿Quiénes?, respondí. Sin haber tenido tiempo de pensar.

Los demás, insistió. Tu padre. Tu madre. Los demás. No puede ser que hayas venido solo.

El fuego chisporroteó. La sangre me martilleaba en los oídos. Me sentía como si la cabeza estuviera a punto de

partírseme en dos.

Están fuera, le repliqué. Esta vez sí que había tenido tiempo para pensarlo.

Brand me miró.

Me robaste a mi perra, le dije.

¿Cuántos habéis venido?, preguntó. Y no me mientas, ni se te ocurra gritar. Si gritas, te corto la lengua.

Ante la disyuntiva, me pareció que no sería buena idea hacer ninguna de las dos cosas. Y ese fue el camino que seguí.

¿Cuántos?, insistió.

No deberías haberte llevado a mi perra, repliqué.

No dejaba de mirarme, pero había ladeado la cabeza y me di cuenta de que estaba escuchando por si se oía algo fuera.

Para entonces, mi propia cabeza ya se había aclarado lo suficiente como para recordar lo que me había ocurrido antes de entrar en la negrura de la que en ese momento salía, y empecé a preguntarme quién me habría golpeado por la espalda mientras observaba a Brand en el proceso de hacer sonar toda aquella magia triste en el aire nocturno. El Brand que se hallaba frente a mí parecía una persona completamente distinta del músico ensimismado que se había perdido en el sueño de su propia creación. Era un Brand que se hallaba al límite, con los nervios desgarrados, que no escuchaba tan solo con los oídos.

De pronto, se llevó dos dedos a los labios y soltó un silbido. Fuerte. Estridente. Dos veces.

Se oyó un sonido de respuesta al otro lado de la puerta, en la oscuridad. Un ladrido. Pero no era de *Jess*, ni de *Jip*. No era un ladrido de terrier, agudo y ronco al mismo tiempo. Se trataba de un ladrido profundo, de un ladrido atronador. La clase de sonido que hace un animal grande.

Una criatura lo bastante grande como para golpear a una persona por la espalda y derribarla con fuerza contra el canto de una puerta.

Brand me miró.

Te vas a quedar aquí. No te muevas. No grites. ¿Te ha

quedado claro? Así quizá podrás conservar la lengua, amenazó. Y entonces salió de la iglesia, corriendo como agachado, y me quedé contemplando las sombras que proyectaba el fuego y que danzaban en la grandiosa bóveda.

Mentiroso, pensé. Ladrón y mentiroso.

Su perra no había muerto. Pero ¿dónde estaría *Jess*?

Todo aquello no tenía sentido. La había robado. Pero no estaba en la embarcación. Y tampoco allí. Habría ladrado al olerme. Me pregunté si le habría hecho algo terrible. ¿Y si había saltado por la borda y había tratado de volver a casa nadando, pero se había ahogado? ¿Me había pasado el día con la obsesión de seguir las lejanas velas rojas hasta el punto de no darme cuenta de que la cabeza de mi perra pequeña y fiel sobresalía entre las olas? ¿Habría ladrado aliviada al ver que me acercaba, para luego ver como el *Dulce Esperanza* pasaba de largo y la dejaba abandonada y confusa en el mar desierto, mientras el frío empezaba a adueñarse de su cuerpo?

Todos esos pensamientos se repetían una y otra vez dentro de mi cabeza. Imágenes que eran peores y más detalladas cada vez que volvía a imaginarlas. Y cuanto más trataba de no pensar en sus últimos momentos, más cercanos me resultaban. No habría sido nada extraño que los ladridos de un perro pasaran inadvertidos en medio del viento. *Jip* podría no haber sentido su olor. A medida que le daba más y más vueltas a esa idea, me convencía más y más. La habíamos traicionado. Pero sobre todo, la había traicionado yo.

Dolía tanto como cuando años antes habíamos perdido a Joy. En realidad, era aún peor, porque en el caso de Joy yo no tuve la culpa, y para cuando Brand regresó, al cabo de lo que me pareció una hora, o más, yo ya me había convencido de que *Jess* había muerto de la terrible manera que me había imaginado.

De algún modo, el Brand que entró era más alto que el que había salido. Sus andares eran más pausados, más tranquilos… ya no iba agachado. Una perra grande andaba

pegada a sus talones, una perra cubierta de pelaje gris y negro, muy grueso, con el rostro blanco y los ojos menos perrunos que haya visto en mi vida. Eran azules como los del propio Brand, pero ni entonces ni después descubrí en ellos la calidez que sí había visto en los del hombre. Siempre eran fríos y nunca dejaban de mirarte. Los perros no aguantan la mirada. *Saga* era distinta. *Saga* habría conseguido que una roca mirase hacia otro lado.

Perrita buena, *Saga*, dijo Brand. Siéntate.

La perra se sentó enfrente de mí y me miró. Brand había encendido la hoguera con madera de sillas. No le faltaban. Las había en gran cantidad, dispuestas en hileras a su espalda. Aguardaban a una multitud de creyentes que no volvería jamás. Agarró la más cercana, la astilló y la utilizó para avivar el fuego que, en su ausencia, se había ido reduciendo a ascuas y ceniza. En un estante de la pared había una hilera de libros rojos, todos iguales, y arrancó las páginas de uno de ellos y las usó para alimentar los carbones, y se sirvió de la cubierta ya vacía para aventar el fuego y lograr que cobrara vida y chisporroteara. Entonces destrozó otra silla a patadas y la añadió a las llamas.

Tomó una nueva silla y la acercó a la hoguera para poder sentarse y calentarse las manos, y observarme al mismo tiempo.

Has venido solo, dijo. No me lo esperaba.

No le respondí.

No hace falta que me lo confirmes, dijo, y asintió mirando al perro. *Saga* y yo hemos recorrido toda la isla. No es grande. Y la perra los habría olido si estuvieran por aquí. Los demás.

No sé si cuando vivías te ataron alguna vez por las muñecas. Es una sensación horrible, sobre todo cuando te las sujetan a la espalda. Ya no puedes utilizar las manos y toda la parte de delante de tu cuerpo queda expuesta e indefensa. Se te hace difícil respirar con normalidad. Brand me miró e hizo esa cosa tan enervante que sabe hacer a veces, y que consiste en aparentar que escucha lo que la otra persona se dice a sí misma en silencio. Sonrió. No era

una sonrisa desagradable, era una de las buenas.

Ya puedes hablar, me dijo. Se sacó mi cuchillo del cinturón y lo hundió en el asiento de la silla que tenía al lado, y el cuchillo se quedó allí, clavado en la madera, reflejando la luz del fuego ante mis ojos.

No voy a cortarte la lengua, afirmó. Sería horrible hacerle eso a una persona. Solo te lo he dicho para que me escucharas. Tenía que conseguir que te mantuvieras en silencio.

Y me mantuve en silencio. Como te decía, al tener las manos atadas a la espalda nos sentimos indefensos, y lo único que podía controlar eran mis palabras, por lo que miré hacia otro lado y apreté los dientes para impedir que se me escapara ninguna.

Tan solo era una amenaza, prosiguió. No te lo tomes a mal. Es igual que cuando contamos una mentira. Siempre es mejor ponerle algún detalle verdadero para que resulte más convincente, ¿no? Lo que ocurre con las amenazas es que hay que acompañarlas con una pequeña imagen, con algo específico para que se queden grabadas en la memoria. Si le añades esa pequeña imagen, la persona a la que estás amenazando empieza a masticarla con su imaginación, y al masticarla digiere bien la amenaza y entonces, antes de que se dé cuenta, la ha asimilado, y la amenaza adquiere para esa persona una realidad que va más allá de las meras palabras, ¿lo ves?

No, no lo vi. Pero sí me pregunté quién diablos le habría enseñado aquello en un mundo deshabitado. O a qué otras personas habría hecho lo mismo. Tal vez lo hubiera leído.

Creo que mi silencio lo turbó.

Dime algo, exclamó. ¿Los demás van a venir también?

Saga me ladró, y el espanto que me causó su profunda voz, y los dientes que tenía tan cerca de mi rostro, hicieron que las palabras me salieran de los labios sin haberlo pretendido.

¿Dónde está *Jess*?, pregunté.

¿Quién?, dijo.

Mi perra, respondí. La perra que me robaste.

Jess, repitió él. Y entonces se recostó en la silla con una media sonrisa. Le rascó las orejas a *Saga*, como para recompensarla por haberme asustado hasta el punto de hacerme hablar.

No sabía su antiguo nombre, respondió. Pensaba llamarla *Freya*.

¿Qué le has hecho?, insistí.

Había que disciplinarla, respondió. Mordió a *Saga*.

Bien, pensé. Buen trabajo, *Jess*.

La he encerrado en un cobertizo de por allí, dijo, y señaló a la negrura. Un lugar pequeño, sin comida, con el suelo duro. Más le valdrá portarse bien cuando vuelva a salir, porque si no, seguirá pasando hambre.

Sentí alivio. Me llenó como agua cálida y borró las imágenes de *Jess* muriendo solitaria entre las olas.

Esto había sido un lugar sagrado, dijo Brand mirando en derredor. La mesa de ahí arriba era el altar. Donde hacían sus sacrificios y todo eso. Allí, en el cobertizo, hay un tablero de metal con algo escrito. Lo explica todo. Si sabes leer. No solo la iglesia. Todo lo de la isla.

No tenía ganas de escucharlo. Sobre todo por la manera en que había empezado, relajada y amistosa, como si no me hubiera amenazado poco antes con cortarme la lengua.

Devuélveme a mi perra, le dije.

Es mía, respondió.

No, le repliqué. Tú me la robaste.

Yo no.

Que sí, le repliqué. Sí que me la robaste.

Me echó una mirada extraña. Y luego sonrió y echó la cabeza hacia atrás, y soltó una breve carcajada.

No, me respondió. Solo decía el nombre de la isla.

Y volvió a sonreír y me la deletreó.

I-O-N-A, dijo. Iona. No «Yo no».

Y entonces volvió a mirarme con ojos fríos y serios.

Ahora es mía, replicó. Tendrás que acostumbrarte.

Quiero a mi perra, repetí. Tú me la has robado.

Insistes en decir que te la robé, me respondió.

Sí, le repliqué. Eres un ladrón.

Puede que parezca valiente ahora que pongo por escrito lo que dije entonces, en aquel lugar oscuro, con tantos ecos, junto a la hoguera. No es verdad. Sentía rabia y miedo, y también mucha indefensión, porque tenía las manos atadas a la espalda. Mi único escudo eran las palabras.

Ahora soy un ladrón, ¿eh?, respondió. Y lo dijo como si en su vida hubiera oído aquella palabra. ¿Ladrón? Pues vaya. Eso no me suena nada bien.

Me da igual cómo te suene, le respondí. Devuélveme a mi perra. Y el pescado. Y el chubasquero de mi padre.

Sonrió y bajó la mirada hacia el impermeable amarillo que llevaba puesto.

Es un buen chubasquero, me respondió. Pero es mío. Lo obtuve mediante un canje. Igual que la perra que antes era tuya y ahora es mía.

No es verdad, le respondí.

¿Y tú cómo lo sabes?, replicó. Porque entonces dormías.

Su mirada era directa. Incluso sincera. No escondía verdaderos reproches. Tal vez cierto desengaño.

Ah, Gris, dijo. Y yo que pensaba que éramos amigos. Tu padre es un hombre que sabe entender la naturaleza de las propuestas. El trueque no tiene por qué darse siempre entre objetos de igual valor. Estaba desesperado por tener esa pieza de molino de viento. Y mientras los otros dormíais cerramos un acuerdo.

Tan solo por un instante, su sonrisa cálida y la gentileza de sus palabras me hicieron dudar. ¿Acaso me había precipitado y me había puesto en marcha antes de que nadie me pudiera decir que me equivocaba? ¿Me había pasado por alto que la turbina se había quedado en la orilla? ¿Como todos se encontraban mal, ninguno de ellos me había dicho la verdad?

Y un mentiroso, repliqué. Ladrón y mentiroso.

Ah, Gris, volvió a decirme. Palabras como esa pueden

envenenar una amistad, ¿sabes?

Sé que mientes, porque si hubieras cerrado un trato, no te habrías ido tan asustado, ni preguntarías si los demás están por aquí, le dije. Un hombre honrado no actuaría así.

Tengo que reconocerle que la sonrisa apenas se le torció.

Está bien, dijo. Está bien. A nadie le gusta que piensen mal de él.

Van a venir, le dije. Zarparon detrás de mí. Así que lo mejor será que me sueltes.

Negó con la cabeza.

Ahora somos dos mentirosos, dijo. Y eso que estamos en una iglesia. Doble maldad, ¿no te parece?

No le respondí. De todos modos, ninguna de las respuestas que se agolpaban en mi garganta tenía sentido ni merecía la pena decirla en voz alta. Brand se estiró y empujó una pata de silla hacia el centro de la hoguera.

Envenenaron a los perros, ¿lo sabías?, me contó entonces. Hacia el final. Les dieron algo para matarlos que los hacía sufrir. Por eso no hay más. Por eso escasean.

Me quedé en silencio. A él no le gustaba el silencio. Si tenía alguna debilidad —y aún no tengo claro que fuese una verdadera debilidad— era que no le gustaba el silencio cuando estaba con alguien. Le gustaba hablar. Le gustaba ser el centro de atención, si es que alguien estaba atento a algo. Tal vez porque había pasado mucho tiempo solo. Yo vivía con cuatro personas, que en otro tiempo habían sido cinco. No sentía ninguna necesidad de que me escucharan. Si quería saber cómo sonaba mi propia voz, contaba con papá, Ferg y Bar. Sus voces sonaban igual que la mía.

Brand continuó.

Esos cabrones tenían miedo de que los perros se juntaran en jaurías que habrían sido peligrosas, dijo. Y los envenenaron.

Podría haberle preguntado cómo lo sabía. Porque, por supuesto, era una historia que le habían contado y que había ocurrido mucho antes de que ninguno de los dos naciese. El relato de un viajero. Un rumor. Una mentira. Un

cuento. No dije nada.

Lo que dieron a los perros afectó más a las hembras que a los machos, explicó entonces. Por lo que he visto, las perras que aún viven tienen camadas con menos hembras de lo que antes era normal. Así, como cada vez hay menos perras, a la larga cada vez habrá menos perros. Los machos, por sí solos, no crían. ¿Qué ocurre si se junta una manada de machos sin posibilidad de criar? Bueno, Gris, ya te imaginas que se volverán malvados. Ya has crecido lo suficiente como para que tu cuerpo te diga de qué te estoy hablando, pero por otra parte aún no tienes pelos en la barbilla, así que es posible que aún no haya empezado esa sensación de querer y no tener. Pero cuando empiece, te acordarás de lo que te he dicho. Los hombres que no pueden criar son las peores criaturas que existen en el mundo.

No me gustó la mirada que me dirigió entonces, pero se desvaneció al instante, como si él mismo se hubiera sorprendido, del mismo modo que a mí me resultaba incómoda, y volvió a meterla en la caja de donde la había sacado.

Bueno, da igual, dijo a continuación, y volvió a rascarle las orejas a *Saga*. Los perros que aún quedan son pocos, pero también son más peligrosos. Es como si el mismo problema que quisieron solucionar se hubiera vuelto más espeso y oscuro. Como un caldo de huesos.

Nunca había oído hablar del caldo de huesos, pero entendí lo que quería decir. Siempre que salíamos nos llevábamos una marmita y su recuerdo me asaltó con fuerza, como si hubiera podido olerla, como si ese olor me llevara por un atajo hasta un lugar donde había sentido seguridad y alegría. Un lugar que contrastaba con mi situación en aquel momento, en grave peligro y con el ánimo por los suelos.

Y quizá la historia de que habían envenenado a los perros no fuese una invención. Tal vez fuera cierta. Tal vez no. La misma idea de intervenir para que un animal no pudiese tener camada se parecía terriblemente a lo que le

había ocurrido a la humanidad. Si me hubiera apetecido hablar, le habría dicho que la propia Castración me parecía una causa mucho más probable de que no hubiera tantos perros como debería. Me costaba creer que la humanidad agonizante —el Baby Antiboom— tuviera tiempo o ganas de envenenar a los perros por pura maldad.

Por aquel entonces aún no sabía lo malvados que podían llegar a ser algunos baby antiboomers. Yo solo me preguntaba quién sería capaz de envenenar a un perro. Me parecía absurdo. Pero recordemos que había crecido en una isla. Aún no había visto lo que puede hacer una jauría de perros, o de lobos, si tienen hambre y se les enciende la sangre. Eso lo descubrí más adelante.

Llevó la mano hacia atrás, acercó una mochila, y sacó un saco de dormir de su interior.

Y ahora me voy a acostar, me dijo. Tú deberías hacer lo mismo. No sufrirás mucho por dormir una noche sobre el suelo de piedra junto a la hoguera. Y si te entra frío, la culpa será solo tuya. Quédate en tu lado de la hoguera y no se te ocurra hacer nada, porque yo no soy el tipo de persona que le corta la lengua a otra, pero *Saga* sí que podría desgarrarte la garganta en un abrir y cerrar de otros. Ya lo he visto otras veces. Y eso no es ninguna mentira.

Y sin decir más, se metió en el saco de dormir y cerró los ojos, y la perra se quedó entre nosotros, con los ojos bien abiertos, sin dejar de mirarme un solo instante.

Sabía que la incomodidad no me dejaría dormir, así que me concentré en pausar la respiración y observarlos.

Una hora más tarde me sentía mal como no me había sentido en toda mi vida, y me parecía que las manos se me entumecían.

Pensé en despertarlo y contárselo, pero entonces, justo cuando estaba pensando que no sería capaz de volver a dormir en toda mi vida, me dormí.

Capítulo 10
Remar a ciegas

Cuando desperté no me encontraba bien. Tenía el cuerpo tan frío y rígido que al tratar de sentarme en el suelo oí el chasquido de mis propias articulaciones. Todo me dolía. Y tenía la cabeza fatal. El ojo se me había hinchado y estaba tan legañoso que tuve que estirar durante un buen rato los párpados hasta que conseguí abrirlo. Pero por las ventanas en arco entraba una luz cálida, aunque de la hoguera ya solo quedaran cenizas grisáceas. Y *Saga* había desaparecido.

Brand estaba sentado en una silla y doblaba el saco de dormir.

Esto es lo que haremos, dijo, y se me cortó la respiración un par de segundos al ver que arrancaba el cuchillo de la silla. Tengo que marcharme, y mejor que me marche enseguida, por si resulta que decías la verdad y los otros van a venir. Ha amanecido y la luz es suficiente para distinguir las rocas en el agua.

Utilizó el cuchillo para arrancar en un momento la tripa de otros dos libros rojos y arrojar todo el papel a las ascuas. Luego destrozó otra silla a patadas y metió la madera en la hoguera apagada.

Si soplas, conseguirás que arda de nuevo, me explicó.

Me di cuenta de que tenía demasiada prisa como para atizar las llamas por mí.

No soy ningún monstruo, afirmó. Pero tengo que buscarme la vida, Gris, y eso es un hecho. No quiero que tú ni los tuyos me sigáis. Quedaos aquí, lejos del mundo. Estáis en un lugar seguro. Aferraos a él. Puede que de vez en cuando el mundo exterior venga a visitaros y os quite algo, pero no vais a tener muchos problemas. ¿Sabes lo que

es un impuesto?

Sí lo sabía, pero negué con la cabeza.

Verás, era una cantidad de dinero que la gente pagaba, como un sacrificio monetario. Según me han contado, lo pagaban para que los dejasen en paz y así vivían mejor, siguió diciendo. Así que cuando yo, o cualquier otro pase a veros, lo que se lleve será como un impuesto.

Yo no entendía nada de nada. Me interesaba mucho más la manera en que sopesaba el cuchillo con las manos.

Si te veo salir de aquí antes de que me marche, me lo voy a tomar muy mal, dijo.

Tienes que desatarme, repliqué.

Estás sujeto tan solo con cuerda, me respondió. Y ni siquiera me voy a llevar el cuchillo. ¿Verdad que en el camino por el que has venido había un cementerio? Ahí hay una lápida distinta de las demás. Dejaré el cuchillo allí. No lo encontrarás hasta que esté avanzado el día, pero lo encontrarás. La lápida te llamará la atención porque es distinta. No soy ningún monstruo.

Saga apareció detrás de él haciendo un ruido metálico. *Jess* estaba sujeta a ella con una cadena herrumbrosa por el cuello, lo bastante corta como para que la perra más grande pudiese morder a la más pequeña si le apetecía, lo bastante larga como para que *Jess* pudiera corretear torpemente junto a *Saga*. *Jess* no habría podido defenderse a mordiscos, porque le habían puesto algo en el hocico que le impedía abrir la boca.

Ese algo no apretaba con fuerza suficiente como para impedirle que gimoteara emocionada al verme, y empezó a menear el rabo con tanta fuerza que la punta fue de un lado a otro y golpeó a *Saga*. Esta gruñó y la mordió, no una vez, sino dos. El bozal no ahogó el gañido de dolor de *Jess*. Trató de morder también, porque era una terrier y eso era lo que tenía que hacer, no albergaba ni una pizca de cobardía, pero todo lo que consiguió fue golpear con el morro el costado de una perra mucho más grande, y lo único que ganó con ello fue un nuevo gruñido y un nuevo y preciso mordisco en el mismo lugar que los demás.

He encadenado la perra nueva a la antigua, dijo Brand. Así aprenden a comportarse. No pasará mucho tiempo antes de que la dobleguemos.

El dolor y la confusión que vi en la mirada de *Jess* eran peores que las imágenes que había creado en mi imaginación. La imagen en la que se ahogaba, sola en mitad del mar. Clavó los ojos en mí, y la pregunta que había en su mirada —«¿por qué no me ayudas?»— solo admitía una respuesta, y mi cuerpo respondió antes de que mi cerebro supiese lo que iba a hacer. Me puse en pie de un salto y traté de ir con ella, y entonces Brand se adelantó y me dio con la palma de la mano un golpe en el pecho que me dolió mucho y me dejó aún peor. Me hizo perder el equilibrio y tuve que dar traspiés frenéticos para no caerme. De pronto me di cuenta de que al no disponer de mis manos podía acabar con los sesos desparramados por el suelo de la iglesia.

Brand vino hacia mí como si me hubiera leído el pensamiento y me agarró por la piel de oveja. Por un instante nos miramos a los ojos y se me ocurrió golpearlo con la frente, pero entonces *Jess* gimoteó algo parecido a un gruñido y trató de arrojarse sobre él para defenderme, y *Saga* le pegó un nuevo mordisco, se volvió y echó a correr, y arrastró a *Jess* fuera del edificio.

Una vez más, los instintos de *Jess* funcionaron mejor que los míos, y una vez más fue lo peor que hubiera visto en mi vida. *Saga* la arrastraba tras de sí como si hubiera sido una pata rota.

Brand me colocó sobre una de las sillas. Luego cargó con la mochila a hombros y agarró un estuche alargado, donde debía de llevar el violín y su otro yo.

Doblegarla no quiere decir que la mutilemos, añadió. Lo único que queremos es ponerle orden en la cabeza para que sepa a quién tiene que ser leal a partir de ahora. Y no te asustes, la trataré bien mientras sea mía. Está muy cabreada, igual que tú. Eso es algo que me gusta en un perro.

La nube volvió a cubrirle el rostro.

Pero eso no significa que me guste ver lo mismo en ti. De hecho, a ti no quiero verte. Nunca más. Porque si vuelvo a verte, joven Gris, la historia terminará mal y puede que alguien muera. Así que te vas a quedar aquí hasta que el sol haya salido del todo y yo haya desaparecido en el horizonte.

Señaló con el mentón.

Vuelve a tu casa y quédate allí. El mundo no es lo que tú crees, pero si te quedas en sus márgenes no tendrás que preocuparte por ello. En cualquier caso, está muy vacío, así que no pienses en tratar de encontrarme. Me marcho, y me marcho para siempre.

Me has robado a mi perra, exclamé. ¿Eso es lo único que sabes decir?, respondió con un suspiro. No ganarás nada con repetirlo.

Y con un gesto de despedida que no terminó y un fantasma de su sonrisa anterior, dio media vuelta y salió de la iglesia, y me dejó con las sillas, el montón de libros mohosos y una hoguera que no me molestaría en tratar de avivar. Lo que hice fue ponerme en pie y caminar por la iglesia, en busca de algo con lo que pudiera cortar la cuerda.

Descubrí un brillo metálico detrás de la mesa llamada altar, pero no era más que una cruz sobre un soporte, y el metal no tenía bordes lo bastante afilados. Traté de frotar la cuerda contra la esquina del altar, pero la piedra estaba demasiado roma y la cuerda era excesivamente dura como para que pudiera cortarla así.

Y entonces volví a enfadarme y acabé de pie en la puerta, y miré hacia el sitio donde la embarcación había estado amarrada, y no vi nada excepto agua. En ese momento, llegué a la conclusión de que si yo no lo veía él tampoco me vería a mí, y salí de la iglesia y busqué el cementerio. Las hierbas no eran tan altas como me había imaginado, y el motivo era evidente, aunque me llevé un susto al ver a la oveja por el rabillo del ojo, porque pensé que se trataba de *Saga*. Había ovejas asilvestradas en la isla, y tres hembras y un carnero me miraron con recelo

mientras entraba con precaución en el jardín cubierto de lápidas. El cementerio era más pequeño de lo que había esperado, pero la isla era pequeña, y los edificios que se conservaban aparte de la iglesia no podían haber albergado a una población muy grande.

Todas las lápidas eran rectangulares y la erosión las había desgastado, y no me molesté en leer los nombres, como sí hacía cuando caminaba entre los sepulcros de las Uist. Me limité a dirigirme hacia un sepulcro distinto, cuya lápida era una roca redonda a la que nadie había dado forma.

Había letras inscritas en ella, letras que me dijeron que me hallaba frente al sepulcro de alguien que se había llamado Smith. Mi cuchillo estaba entre las hierbas, a la sombra de la roca, y me senté con precaución sobre la tumba del señor Smith y dejé resbalar el cuerpo hacia abajo, hasta que mis manos pudieron agarrar el cuchillo. Entonces me apoyé de nuevo en la roca para incorporarme. Di las gracias en silencio. Aunque los fantasmas no existan y los muertos estén muertos, me pareció una cuestión de cortesía. Regresé a la iglesia y, con gran cuidado, me apoyé de espaldas contra la gruesa puerta de madera y clavé la punta del cuchillo con toda la fuerza de la que fui capaz. Luego coloqué las muñecas a lado y lado de la hoja y empecé a cortar la cuerda.

El cuchillo se cayó dos veces y tuve que recogerlo como pude y volver a clavarlo. Al fin, logré liberar las manos. Y cuando por fin pude moverlas como yo quería, solté un gemido y subí hasta lo más alto de la ladera que coronaba la isla para tratar de encontrar el *Dulce Esperanza*.

Ya no estaba.

No se lo había llevado a remolque, porque divisé velas rojas en la lejanía, pero debía de haber soltado el ancla. Quizá fuera la venganza por haberle trabado la suya con el candado. Entonces divisé el *Dulce Esperanza*, pero estaba demasiado lejos como para ganarlo a nado. Y la corriente se lo estaba llevando.

El corazón empezó a martillearme de nuevo, pero de

todos modos no sentí una gran preocupación. Corrí ladera abajo hacia el otro extremo de la isla, donde se hallaba el kayak. Si podía remar, iría rápido, más rápido que la corriente, y aunque el camino era largo, sabía que podría recuperar mi embarcación.

Y tenía que hacerlo. No solo porque fuese mía. Sino también porque *Jip* estaba encerrado en su interior. Si no conseguía alcanzarla, lo más probable era que muriese de sed. Y que pensara que lo había abandonado.

Ese pensamiento me hizo correr con mayor rapidez, y fue un error, porque me caí y me torcí el tobillo, y tuve que avanzar cojeando a lo largo de los últimos cien metros.

Brand había descubierto mi kayak. Encontré el remo partido por la mitad, en la orilla, como si lo hubiese arrojado al agua y esta hubiera llevado las dos mitades hasta tierra. También le había propinado pisotones al kayak y había abierto un agujero grande como un pie en la parte de arriba, en el lugar donde solían ir las rodillas.

Grité una maldición y le di la vuelta al bote para ver cómo estaba por debajo. Y entonces exhalé un profundo suspiro de alivio. Se notaba que lo había aplastado con el pie contra las rocas, pero de todos modos no había abierto ningún boquete.

El corazón me latía con fuerza y las prisas hacían que mis manos fueran torpes, y el arco se me escapó de las manos al sacarlo del kayak. Lo dejé en el suelo y agarré el remo roto. Una vez más, quise ir demasiado rápido, y estuve a punto de herirme en el pulgar, porque traté de cortar la cuerda de amarre, que había quedado enrollada en el fondo de la embarcación, y utilizarla para sujetar las dos mitades del remo al arco como si fuera una especie de férula. Parecía que mis dedos se hubieran olvidado de cómo atar nudos, porque el de anclaje que quise hacer se aflojaba una y otra vez, y las mitades del remo no se aguantaban en su lugar. Cerré los ojos y me obligué a contar veinte elefantes poco a poco. Entonces tiré del extremo de la cuerda con tanta fuerza que me dolieron las manos al mantener la tensión, y por fin las dos mitades del remo

quedaron sujetas al arco. Hice el último nudo con sumo cuidado y luego probé el remo ya reparado. Me pareció que la reparación era tosca, pero sólida.

No perdí tiempo en volverme a contemplar la iglesia. No hice más que apretar los dientes y decirme que me encontraba bien, y que no sentía hambre, ni sed, ni dolor donde no debía, y empecé a remar.

Pasé el promontorio y contemplé el mar abierto. No divisé las velas rojas, lo que después de todo no era mala cosa, pero tampoco vi ni rastro del *Dulce Esperanza*. Y eso sí era mala cosa. Una vez más sentí que el pánico crecía dentro de mí, y miré a mi alrededor para tratar de orientarme y recordar por dónde había subido a la colina que se hallaba en medio de la isla y en qué dirección podía haberse alejado el *Dulce Esperanza*.

Entonces me di cuenta de que quizá uno de los motivos por los que no lo veía era que antes había mirado desde un punto superior, mientras que en aquel instante me hallaba al nivel del mar. Y además las velas estaban recogidas, lo que hacía que fuese aún más difícil divisarlo.

Es casi imposible ponerse de pie en un kayak, pero yo lo hice. Con mucho, muchísimo cuidado. Y entonces localicé el mástil, y luego el casco, y después, al sentarme, comprobé que aún alcanzaba a distinguirlos. Era como si antes el pánico me hubiera cegado. Como si hubiera pensado que se había alejado y por eso no conseguía verla.

El viento soplaba cada vez con mayor fuerza a favor de la corriente, lo que no era una buena noticia. Clavé la mirada en el *Dulce Esperanza* e inicié la persecución entre las aguas revueltas que separaban la isla más grande de la tierra principal. No perdía de vista los montes que se divisaban a lo lejos y pensé en utilizarlos como punto de referencia para seguir la dirección en la que se movía el *Dulce Esperanza*. Pensé que si el viento o la fatiga me obligaban a quedarme atrás podría encontrarlo igualmente al conocer su rumbo.

Al trazar dicho plan, pensé que era uno de esos que ideamos por si acaso, pero no necesitamos. Quizá una hora

más tarde, estaba igual de lejos del *Dulce Esperanza* y los brazos me temblaban, y parecía que se me hubieran oxidado los hombros.

Entonces, de pronto, empezó una borrasca, y aparté los ojos de mi embarcación y miré el agujero de la parte de arriba del kayak. Me pregunté si la lluvia llenaría el casco. Se me ocurrió que podía sacarme el abrigo de piel de oveja y meterlo allí para que el agua no entrara. Y cuando volví a levantar los ojos había perdido de vista tanto al *Dulce Esperanza* como las montañas.

Una vez más, tuve que reprimir el pánico.

Pero me costó mucho.

Lo que hice entonces fue cerrar los ojos y concentrarme en cobrar conciencia del kayak y de la corriente.

Al remar en mar abierto, siempre existe una tensión entre las propias fuerzas, el mar y la embarcación. Queremos ir a A, el mar nos empuja en dirección a B y el cuerpo siente la tensión entre ambas direcciones a cada nueva palada, porque lucha contra B y dirige el kayak hacia A. Había remado con fuerza durante más de una hora, quizá incluso dos, y mi cuerpo, sin darse cuenta, se había acostumbrado y aclimatado. Me concentré en recobrar esa tensión, en recrear el arrastre del agua y la presión que lo equilibraba, para guiar el kayak hacia el sitio adonde quería ir.

Literalmente, remaba a ciegas.

Era como un juego al que había jugado en las extensas playas de Uist: cerrar los ojos y ver hasta dónde podía caminar sin abrirlos. En las compactas arenas, era cuestión de contar los pasos y sentir la curva descendente de la playa para no terminar con los pies en las aguas bajas. Al principio siempre era fácil, y luego empezaba a preguntarme si a la siguiente zancada encontraría un traicionero manojo de algas, o basuras arrastradas por las aguas que me hicieran caer. Por fin, una especie de vértigo horizontal se adueñaba de mí, y abría los ojos, y me encontraba con que en la playa no había nada y los obstáculos existían tan solo en mi imaginación.

Conté hasta cien, luego otra vez hasta cien, y cuando estaba a medio camino de la tercera centena me di cuenta de que había dejado de llover, y abrí los ojos y el *Dulce Esperanza* estaba enfrente de mí, tan cerca que casi podía tocarlo. Sonreí y me sentí bien. Entonces me di cuenta de que se hallaba mucho más cerca de lo que había esperado y me sentí aún mejor. Y oí un ladrido lejano y me sentí peor, porque mi cerebro racional había dado alcance a mis emociones.

El *Dulce Esperanza* giraba poco a poco, y el motivo por el que se hallaba más cerca de lo que había esperado era que había quedado atrapado en una roca. No es nada extraño encontrar alrededor de las islas numerosas rocas o grupos de rocas que acechan bajo el agua, dispuestas a abrir un boquete en cualquier embarcación demasiado ciega como para verlas. El *Dulce Esperanza* siguió girando sin sentido y quedó a la vista como un borrón blanco en el agua, en el lugar donde una de las rocas traicioneras se asomaba a la superficie.

El miedo recorrió mis brazos temblorosos y me dio una inyección de energía que ya no me habría parecido posible. A medida que me acercaba, los ladridos se volvieron más agudos y apremiantes, y eso también contribuyó.

Cuando me hallaba a unos cien metros —y empezaba a pensar que todo saldría bien— se oyó un crujido y la embarcación giró sin control en la dirección opuesta a la que había seguido hasta entonces. La corriente lo había separado de una roca y lo había dejado trabado en la siguiente. Me imaginé la escena que se produciría dentro del camarote si se había abierto un boquete en el casco y el sonido que había oído indicaba que el agua estaba entrando, y empecé a gritar y silbar para que *Jip* supiese que me acercaba.

Brand había tenido prisa por marcharse, y por ello se había contentado con cortar las cuerdas del ancla y dejar mi embarcación a la deriva. Golpeaban una y otra vez contra el casco empujadas por la brisa refrescante, y entonces alargué el brazo y agarré uno de los cabos, y tiré

de él para acercarme. Le grité a *Jip* y di unos golpes en la embarcación, y al oír que la excitación lo hacía ladrar aún más fuerte, arrojé el remo a la cabina del piloto y subí torpemente a bordo. Entonces estuve a punto de perder el kayak, y al estirar el cuerpo para tratar de sujetarlo casi me caí al agua.

¡Todo va bien, *Jip*!, grité. Todo va bien.

Pero todo no iba bien. Al tiempo que subía el kayak por la borda, oí que la quilla crujía contra las rocas sumergidas. Me pregunté si convenía atar el kayak, como siempre hacía, o si era mejor dejarlo a punto para echarlo al agua por si se abría un boquete en la embarcación y empezaba a hundirse. Triunfó el hábito y lo até con un nudo fácil de deshacer, y luego bajé de un salto a la cabina del piloto y abrí violentamente la escotilla del camarote. *Jip* se estrelló contra mí cual peluda bola de cañón, se puso a dar saltos y a menear la cola, y a arañarme con sus zarpas. Gimoteaba y ladraba con alegría. Como es norma entre los terriers, no era un perro sentimentaloide, pero no cabía ninguna duda de que había pasado miedo al verse encerrado y no tener cerca a ninguna persona conocida mientras la embarcación iba a la deriva.

Lo siento, muchacho, lo siento, le dije, y lo abracé.

Me permití enterrar el rostro en su pelaje. El perro me lamió en el cuello durante largo rato. Creo que ambos estábamos necesitados de contacto físico con algo familiar, algo que nos diera amor.

Entonces la embarcación dio un bandazo. Aparté al perro y me agaché para entrar en el camarote. Tenía que ver si se había abierto una vía de agua. Una rápida inspección pareció indicar que el casco seguía intacto. El suelo estaba seco hasta el compartimiento de proa. Eso era una buena noticia. Pero la quilla crujió con más fuerza todavía bajo la cubierta, con una resonancia añadida que me llegaba a través de las suelas de las botas. Desde tan cerca, se oía un rechinar de fondo, como si algo estuviera cediendo en la base de la embarcación. Pensé que era la quilla y que tal vez hubiera quedado atrapada en una

hendidura entre las rocas. Me pareció que tenía todas las posibilidades de partirse o de desprenderse del fondo de la embarcación. *Jip* estaba de pie en la escotilla y me miraba jadeando.

Agarré la vieja cacerola que usábamos como achicador y para dar de beber al perro, y la llené con agua de la cantimplora. *Jip* bajó torpemente por los escalones y lamió con avidez el agua limpia. Le dije que le daría de comer más tarde y entré en la cabina del piloto, me agaché bajo el botalón y miré por el lado opuesto a la corriente, para tratar de ver dónde habíamos quedado atrapados exactamente.

No se trataba de rocas. Creo que si hubieran sido rocas habríamos sufrido más destrozos al empujarnos las olas contra ellas. La embarcación había quedado trabada con un objeto móvil que la corriente también arrastraba. Primero pensé que era una embarcación medio hundida, a la deriva bajo la superficie, pero sus costados y ángulos eran todos rectos. Entonces comprendí que se trataba de un contenedor grande de metal para el transporte de mercancías, del tamaño de una casa pequeña. Había uno en Eriskay, carcomido casi en su totalidad por la herrumbre, en un remolque con ruedas junto a la carretera. El que atrapaba mi embarcación había perdido casi toda la pintura y estaba envuelto en una maraña de redes de pesca de nailon, a la que se había adherido una gruesa capa de percebes y algas. Miré desde el otro lado de la cabina del piloto y vi que las redes se habían enredado en torno a un segundo contenedor de metal vuelto del revés que flotaba detrás del primero. Este debía de llevar aire dentro y por eso flotaba mejor. Al parecer, la quilla de mi embarcación había quedado atrapada entre ambos. Como el *Dulce Esperanza* se hallaba por encima del nivel de las aguas, el viento la empujaba con mayor fuerza que la corriente marina a los contenedores, y por eso la quilla hacía presión contra estos últimos.

Habría que cortar las redes. Y había mucho por cortar. Y el viento soplaba cada vez con más fuerza. Tenía que

conseguirlo antes de que la quilla se partiera. Si esta cedía, podíamos perder todo el fondo, y también podía ocurrir que la embarcación se quedara escorada.

Agarré el bichero y el cuchillo y puse manos a la obra. Sujeté la maraña de redes con el gancho y tiré de ella hacia la superficie, y empecé a cortar. No había trazado ningún plan, pero mientras trabajaba, la propia dirección que seguía la corriente y el movimiento de la embarcación mantuvieron las redes tensas, y así me fue posible seccionar una cuerda tras otra en el mismo sentido. El plástico que hacían los tuyos era resistente. Ahora lo encontramos en tal cantidad… Me pregunto si aún existirá cuando por fin nos hayamos extinguido. Las redes que estaba cortando se defendieron a mordiscos. Las cuerdas tensadas que atacaba con el cuchillo se partían de pronto y me golpeaban en el dorso de las manos, y me hicieron ampollas en la palma derecha que luego reventaron y me escocieron con el agua salada.

No recuerdo mucho de esa tarde, porque fue un trabajo agotador y repetitivo. El costado me dolía por el rato que pasé con el cuerpo echado en cubierta asomándome sobre el agua, y la espalda me daba pinchazos porque estuve todo el tiempo con el cuerpo doblado sobre la borda. Sí recuerdo que me detuve para beber agua y atar el cuchillo con un cordel, porque me dolía tanto sostenerlo que tuve miedo de que se cayera al agua, y recuerdo que se me cayó varias veces mientras empezaba a oscurecer, y que todas ellas lo rescaté de las profundidades y seguí cortando las sólidas cuerdas de plástico. También recuerdo que en un momento dado la red se soltó y me hizo un corte en el brazo con una guirnalda de conchas de borde afilado que la habían colonizado. Aún conservo las dos cicatrices. Y entonces —tal vez porque la parte de la red que se hallaba más expuesta a la luz del sol estaba más podrida que las cuerdas con las que había empezado— los dos contenedores se separaron de pronto, y el más pesado, el que estaba cabeza abajo, se hundió en las profundidades. Como ya se encontraba bajo el agua, no hizo ningún sonido, y en un

instante extrañamente decisivo, pero carente de todo dramatismo, desapareció. El otro era más juguetón. Al librarse del contrapeso, el aire atrapado en su interior lo hizo salir disparado sobre el agua, y aunque me aparté enseguida, se llevó piel de la parte de atrás de mi antebrazo, porque la áspera capa de percebes la desgarró. Solté una palabrota y me eché sobre la cubierta de la embarcación.

El contenedor flotante avanzaba poco a poco por la superficie de las aguas, como una ballena holgazana que enseña el vientre al cielo, y luego se alejó de nosotros, como si nunca hubiese querido hacernos daño.

Una vez hubo recobrado la libertad, el *Dulce Esperanza* empezó a transmitirme sensaciones distintas. Se balanceaba mucho más —de pronto se había vuelto juguetón—, como si realmente quisiese ponerse en marcha. Y aunque habría querido echarme en cubierta y dormir un rato, sabía que la embarcación estaba en lo cierto, y que tenía que desplegar las velas y buscar un sitio donde pudiese amarrarla para pasar la noche.

Lo repito: apenas si recuerdo el resto de la tarde, pero sí sé que icé las velas y empecé a navegar con el viento, y que *Jip* me recordó que tenía que darle de comer. Y recuerdo que la embarcación respondía al timón de una manera algo distinta que antes, pero decidí no pensar en ello. Y sobre todo, recuerdo que si bien el corazón me pedía virar al norte y volver a casa, tomé rumbo al sureste, hacia la tierra principal. En ese momento pensé que todo se debía a que ya estaba cerca y que así tendría posibilidades de encontrar un sitio seguro para echar el ancla. Ahora pienso que en todo momento tuve claro que no renunciaría a recuperar a *Jess*. Jamás en mi vida había puesto pie en la tierra principal. Ya me entiendes, fue por curiosidad. Esta no mata solo a los gatos.

Capítulo 11
Gigantes inclinados

No encontré un buen lugar para echar amarras, pero la protección de una minúscula cala que descubrí bastaría para una noche en la que no hiciera mal tiempo. Tuve suerte de llevar a bordo el ancla de Ferg, que me había costado varias horas de rescate poco antes de que Brand entrara en nuestras vidas, porque sin ella habría pasado apuros. La otra se había quedado en el fondo marino al oeste de Iona. Me lo tomé como un buen augurio y me sentí un poco mejor después de revisar los nudos que había hecho y arrojarla por la borda, y aguardé con expectación hasta que me hube asegurado de que se había agarrado al fondo y retenía la embarcación. Luego fui abajo y encendí la lámpara, e hice las dos cosas que había querido hacer durante todo el día. Me comí una parte de las tortas de avena y de la carne de oveja secada al viento que me había llevado de la cocina de casa, y luego saqué del chaleco el mapa que había robado de la embarcación de Brand y la desplegué sobre la mesa.

Mientras la examinaba, *Jip* saltó al banco que se hallaba a mi lado y se quedó enroscado tocándome el muslo con el hocico. Cuando lo hacía en casa, era habitual que *Jess* se pusiera del mismo modo al otro lado, con lo que mis perros me hacían de reposalibros mientras leía. Le rasqué las orejas, y mi otra mano, sin pensarlo, quiso hacer lo mismo con *Jess*, pero mi cerebro me avisó de que la perra no estaba allí. Sentí una punzada de dolor y por ello me concentré en lo que tenía delante de mí: era un mapa de la tierra principal. Estaba impreso por las dos caras, la mitad superior del territorio en una, la otra mitad en la otra. Las

partes que representaban tierra estaban cubiertas de nombres de lugares y de líneas que indicaban carreteras con distintos colores. El mar despejado estaba cubierto de anotaciones y números escritos a mano. No les encontré ningún sentido. Lo único que noté al darle la vuelta fue que la luz de la lámpara se colaba por un gran número de pequeños agujeros que había en toda la lámina. Al principio me pareció que estaban hechos al azar, pero entonces volví a darle la vuelta y entendí a qué se debía su distribución: los pequeños orificios marcaban puntos en la costa en ambas caras, y si se miraban desde la otra cara parecía que estuvieran hechos al azar. Pensé en el afilado compás con el que me había pinchado en la oscuridad. Aquel mapa indicaba los lugares donde Brand había estado, o a donde pensaba ir… O lo uno y lo otro.

Lo más interesante era que había un gran número de orificios en una zona específica. En una de las caras del mapa se hallaba en medio del mar, pero en la otra se encontraba en lo que durante mi niñez —cuando el contorno de la tierra principal me parecía como una persona sentada vista de lado— había pensado que era el culo del país. No había una concentración así de orificios en ningún otro lugar, ni ningún otro punto en el mapa de donde irradiaran tantas líneas hechas con lápiz de color. Al mirar más de cerca, vi la palabra Norfolk impresa al lado, y sentí emoción. Brand nos había contado que se crió en los Broads de Norfolk.

Recordé las palabras que había utilizado al disculparse por haber dicho que me iba a cortar la lengua. Dijo que al contar una mentira siempre conviene mezclarla con un punto de verdad para que resulte más creíble. Llegué a la conclusión de que las mentiras que nos había contado sobre su vida tenían un punto de verdad. Y ese punto era Norfolk. La mentira era que se había marchado de allí para no volver. Quizá yo solo quería creer en algo, un punto de partida para tratar de encontrarlo. Tal vez necesitara una excusa para iniciar un viaje de exploración. He tenido tiempo de pensar en ello y creo que es así. Pero entonces

tan solo sabía —y una vez más, quizá ello se deba a que tenía que saber algo que me impidiera marcharme a la deriva, sin ancla y sin timón— que aquellos orificios debían de ser su hogar. El sitio adonde llevaba a mi perra.

Me dormí sobre el banco con *Jip* a mi lado, y a pesar de todo dormí bien. Mi cuerpo estaba exhausto, pero como la decisión ya estaba tomada, mi mente halló la calma necesaria para dormir largo y tendido.

El orificio más cercano en el mapa —el primero por el que pasaba una línea de lápiz— era una isla que se hallaba mucho más al sur que yo: Blackpool. Al despertar, sentí de nuevo el impulso de volver a casa, pero el viento soplaba desde el norte y *Jip* se hallaba en la proa, de espaldas a él, como si hubiera sabido en qué dirección iba *Jess*. Y la seguimos.

El recuerdo que tengo de ese viaje es confuso. Apenas sabía cómo usar el mapa, porque a lo largo de toda mi vida siempre había navegado por un pequeño archipiélago que conocía de vista y nunca me arriesgaba a salir de las aguas con las que ya me había familiarizado. Pero sí sabía leer una brújula, y sabía por dónde salía y se ponía el sol, y me pareció que si llevaba el mapa sujeto a la mesa del camarote sentiría cuál era el camino correcto a lo largo de la costa, y lo que hice fue sentir, en más de un sentido.

Tienes que recordar que aún no había puesto pie en la tierra principal, pero cuanto más me alejaba de mi hogar, más la sentía sobre el hombro izquierdo, como una presencia que nos observaba, que esperaba a que la mirase directamente y notara cuán irresistible era su atracción. Era como el oscuro tirón de un imán. Estaba siempre allí. Siempre invisible. Imposible de ignorar.

Si aquello hubiera sido una carta náutica y no un mapa de las carreteras que recorrían en todas direcciones una tierra antaño abarrotada, lo más probable es que me hubiera orientado mejor. Pasaron dos días de viaje veloz. Durante una noche, me detuve en el extremo de un amplio fiordo que bordeaba por el norte una isla grande y continuaba más allá, creo que hasta el río que mamá y papá

habían remontado hacía una eternidad para encontrar el *Dulce Esperanza*, el mismo en el que habían dormido en la biblioteca y habían cerrado las puertas al salir para que los libros quedaran resguardados. Una vez más sentí el impulso de ir a verlo, y estuve a punto, pero *Jip* estaba en la proa y miraba de nuevo hacia el sur, y nos guiamos por su hocico.

Navegar frente a casas y pequeños pueblos de la costa se me hacía más extraño que cuando me encontraba en islas ya familiares. Sabía que los edificios de estas últimas estaban todos vacíos. Cuantas más casas veía, más me inquietaba. Algunas de ellas conservaban los cristales intactos en las ventanas, a pesar de todos los años en que nadie había cuidado de ellos, y reflejaban la luz del sol en dirección a nosotros mientras pasábamos. Todas las veces que ocurría, me asaltaba la extrañísima sensación de que alguien trataba de llamarme la atención. A menudo sentía que se me erizaba el cabello de la nuca mientras pasábamos de largo, como si alguien estuviera haciendo algo a mis espaldas. Como si se hubieran reído. Como si hubieran sabido que estaba cometiendo un gran error.

La misma soledad hace que pensamientos turbadores como esos se nos metan en la cabeza. En ese mundo abarrotado en el que viviste, ¿también tuviste esos momentos tranquilos en los que tu propia mente gozaba de espacio suficiente para perseguirte y jugar contigo? ¿O había tanta gente que no te dejaba oír las canciones que te cantaba, ni las malas ni las buenas? Por aquella época aún no sabía lo lleno que había estado tu mundo, porque aún no había empezado a recorrer sus ruinas, pero sentí la soledad con nitidez suficiente como para sacar tu foto de la mochila, donde vivía como punto del libro que leía en ese momento, y sujetarla al mapa, para tener una compañía distinta de la de *Jip*. Como no poseía ninguna foto de mi familia, supongo que te correspondía hacer ese papel. Me venía bien poder ver otro rostro humano.

Como una parte de la navegación era monótona y a la mente le gusta dejarse llevar, en más de una ocasión salí de mis ensueños con la sensación de que había bajado la

guardia y de que era verdad que me observaban, de que un sexto sentido me había avisado de la presencia de Brand. De que Brand se escondía contra la oscura masa de tierra y era él quien me seguía a mí, y no yo a él. En esos momentos miraba a mi alrededor, presa de una gran agitación, y escudriñaba el mar y la tierra principal por si descubría alguna traza de él. Pero en realidad no estaba allí, o por lo menos nunca estaba en un lugar donde pudiese verlo. Solo se encontraba dentro de mi mente.

Las jornadas de *Jip* siempre eran iguales. Despertaba, se quedaba en la proa hasta que nos habíamos puesto en camino, luego se sentaba a mi lado en la cabina del piloto y solo salía para comer, cagar y mear. Estas dos últimas acciones provocaban en él la vergüenza que cabría esperar. No le gustaba hacerlo mientras alguien lo miraba, pero habíamos cerrado un trato, por el que yo fingía no ver lo que hacía, y él a su vez fingía no darse cuenta de que echaba agua de mar sobre el pipí o arrojaba la mierda por la borda con la paleta herrumbrosa que siempre llevaba en la embarcación para esos momentos embarazosos. *Jip*, a su vez, también tenía buen cuidado de no mirar cuando yo meaba o cagaba desde la borda, siempre con cuidado de que el viento no soplara contra mí.

Los cortes y rasguños que las conchas me habían dejado en el brazo no se me curaban con la rapidez que habría deseado. Lo atribuí a la sal del agua marina y a la espuma que me salpicaba sin cesar. Al cubrirlos con manga larga empeoraron, y por eso me decanté por llevarlos al descubierto, con la esperanza de que el aire terminara por secarlos y cicatrizaran. Pensé que el agua limpia de mar por lo menos impediría que se infectaran. Desde luego que escocían como si se tratara de algo serio.

A mitad de camino entre una isla grande que pensé que podría ser Man y la tierra principal, vi algo extraño. Descubrí una jungla de molinos de viento averiados que se habían inclinado hacia un lado, como los de las islas donde vivía, con la diferencia de que aquellos estaban en medio del mar. Al verlos por primera vez, no entendí de qué se

trataba. Recordé la historia sobre el viejo español que se creyó caballero en armadura y confundió los molinos de viento con gigantes, y fue a luchar con ellos montado sobre un caballo igualmente viejo y flaco. Solo que aquellos molinos que el viento había decolorado se parecían más al caballo flaco. Tal vez fueran como los esqueletos de gigantes. Alguna hélice que no se había roto se alzaba cual espada.

Navegué hacia la jungla de tubos de metal y aflojé la vela para pasar entre ellos y contemplarlos en toda su estatura. Fue un momento extraño y silencioso, en el que la luz del sol se reflejaba sobre los molinos al tiempo que atravesábamos las sombras como rayas de tigre que arrojaban sobre el mar.

Jip le ladró a algunos de ellos. No pareció que les importara.

Lo que pudieran haber defendido —si hubieran sido los gigantes que vivían en mi imaginación— había desaparecido hacía tiempo, pero dentro de mi cabeza todavía son como los guardianes apostados frente a una puerta, porque después de pasar entre ellos se abrió ante mí un nuevo mundo repleto de maravillas.

Al volverme para contemplar la tierra principal, vi algo que me hizo tensar las velas y virar hacia allí. Una enorme torre sobresalía entre el revoltijo de casas y edificios más grande que hubiera visto en toda mi vida. Pensé que debía de ser una ciudad. Ese era el aspecto que esperaba de una ciudad.

Cuando me acerqué, el sol ya descendía por el oeste y la luz hacía enrojecer todo lo que tocaba y envolvía el mundo entero en un fulgor dorado. La torre estaba hecha de metal y se parecía un poco a esa que había visto en fotos de París. Pero la de París no se erguía sobre el techo de un palacio de ladrillo como aquella. En cuanto la vi, tuve claro que iba a subir, para poder ver el mundo desde arriba. Para ver lo mismo que un pájaro.

Lo más probable es que tú no te hubieras emocionado tanto por una torre. Al fin y al cabo teníais aviones. Y

helicópteros. Para mí, era lo más parecido a volar. Además, tú ya sabías que aquella ciudad, en realidad, era pequeña.

La marea había subido. Una larga verja de metal se extendía frente a los edificios que sobresalían del agua, y detrás de ella también se alineaban farolas y mástiles de bandera, también con los pies en el agua, en algunos casos inclinados como borrachos, igual que los molinos de viento que había dejado atrás, pero más o menos erguidos en su mayoría.

Un malecón grande se adentraba en el mar y se me ocurrió navegar hasta allí y amarrar la embarcación. Al acercarme, me di cuenta de que en otro tiempo había estado cubierto de edificaciones y de una plataforma que un incendio había devorado. Había una especie de rueda de metal gigantesca que colgaba medio sumergida a un lado. Estaba doblada y medio fundida. Navegué hasta allí con mucho cuidado, por si había escombros bajo la superficie, pero no los había, y até la embarcación a un poste que, a pesar de la herrumbre, parecía seguir suficientemente sólido para no partirse.

Y entonces, después de haber sentido tanto anhelo por poner pie sobre la misteriosa tierra principal… no lo hice.

Me senté en la borda al lado de *Jip* y me quedé mirando todo lo que había por allí. Trataba de comprenderlo.

Al otro lado de la verja sumergida, las olas del mar rompían contra los edificios. No era para sorprenderse. Yo sabía que el nivel del mar había subido con el paso de los años. De no ser por la Castración, quizá habrían erigido un muro para proteger la ciudad. Los propios edificios se habían convertido en muro. Dejé que mis ojos los recorrieran y me pregunté qué aspecto habrían tenido en los tiempos en que aquellas puertas servían para que pasara todo tipo de personas en vez del mar. En algunas de las fachadas había letras, pero la mayoría habían desaparecido o eran ilegibles, y en las que quedaban tan solo se podían leer frases incomprensibles: _ALA DE _AILE ¡CA_A DE LA _ISA! COMEDIA ¡_VER_IÓN! _ALIDAS EN _OTE _AS_NO

_ECO_IDOS_AYA H_ADO ¡_INGO! _RUPOS BIEN_ENI_OS.

Se las leí en voz alta a *Jip*. Me pareció que tampoco entendía nada.

Aproximadamente media milla más al sur por la costa había otra maraña de metales absurdamente fundidos que me recordaban un poco a la gigantesca rueda. Se hallaban en torno al perímetro de un grupo de estructuras a las que no veía ningún sentido y que subían y bajaban sin ton ni son. No eran tan altas como la torre, pero de todos modos llegaban hasta muy arriba. Me pregunté qué sentido podía tener una verja gigantesca como aquella. El viento que siempre sopla desde el mar cuando se pone el sol me dio en la nuca. Me cubrí mejor con la piel de oveja. Se oyó un grito en la lejanía. Tal vez hubiera sido un ave.

Mañana, *Jip*, le dije. Mañana pondremos pie en la orilla. En cuanto amanezca.

Capítulo 12
Tierra

Yo no me acordaba y a la cuerda del arco le dio igual.

La flecha alcanzó al conejo de gran tamaño algo más adelante de donde había apuntado, en el hombro, y le atravesó el hueso del cuello. Lo mató al instante. Había tirado bien, pero no me felicité por ello. Había olvidado que los cortes y rasguños del antebrazo no estaban bien curados, y grité una palabrota y me llevé la mano a la piel donde la cuerda, al soltarse, había hecho saltar costras y ampollas y había vuelto a dejar la heridas abiertas y doloridas.

Luego despellejaría el conejo antes de cocinarlo, pero en ese momento la bestia desollada era yo.

Entonces me di cuenta de que el gran conejo no era un conejo. Creo que era una liebre, y si no, por lo menos era ese tipo de conejo que siempre llamo liebre, el que tiene orejas más largas y patas mucho más robustas. Aparte del primero, solo he conseguido matar a otros dos, porque es más difícil pillarlos por sorpresa a ellos que a los conejos normales. Quizá oigan mejor porque tienen las orejas más largas. En muchas ocasiones, *Jip* ha estado a punto de reventarse el corazón tratando de atraparlos, pero nunca jamás ha conseguido matar a uno, y se lo toma como una afrenta personal. Cada vez que se acerca a una liebre, la presa se da cuenta y corre rauda y veloz hacia el horizonte, o quizá es que disfrutan de una aceleración especial que activan siempre que les conviene, y les gusta usarla para burlarse de los terriers.

Ahora sé que la estructura que había visto la noche anterior no era una verja gigante, sino una montaña rusa,

porque luego, al pasar por debajo, vi un viejo cartel que explicaba lo que era, y aunque estaba estropeado y oxidado aún se podía leer. Y yo sabía lo que era una montaña rusa, porque lo había visto en un libro sobre vacaciones en los Estados Unidos. Había unos trenecitos en los que te sentabas y que subían y bajaban a toda velocidad, y entonces en las bajadas los que iban en el trenecito levantaban los brazos y chillaban. En la foto sonreían y chillaban, pero el libro decía que chillaban porque se lo pasaban bien.

En ese momento nadie chillaba. Reinaba el silencio, aparte de los crujidos y ecos metálicos que el viento arrancaba a la vieja estructura metálica y a los edificios que se pudrían más abajo.

Antes había pensado que una vez desembarcáramos empezaríamos por subir a la torre, pero al salir el sol la marea había bajado y la quilla del *Dulce Esperanza* crujía sobre la arena. Tuve miedo de que la marea siguiese bajando y la embarcación acabara por partirse, y por ello eché el ancla y aflojé las amarras que la sujetaban al malecón, para que pudiese flotar con mayor libertad. Entonces tomé la mochila y el arco con las flechas, y trepé por el malecón hasta pisar tierra. También llevaba el mapa plegado dentro de la mochila, porque se me ocurrió que si subía a la torre podría compararlo con el terreno que divisara y así orientarme. Era normal que llevase la mochila, pero en todo caso acabó por salvarme la vida. Así éramos nosotros. Llevábamos nuestra propia agua, cargábamos con nuestra propia comida y siempre teníamos a mano el material básico para encender una hoguera o curar una herida. Si nos metíamos en problemas, nadie iba a ayudarnos. Lo teníamos muy interiorizado. Además, llevaba dos garrafas de plástico sujetas a los hombros con correas, para llenarlas de agua a la primera oportunidad.

El agua fresca y la comida eran prioritarias en cualquier viaje, pero aquel día había pensado en saltarme los viejos hábitos y subir a la torre, y mirar desde lo alto para celebrar mis primeros pasos en la tierra principal. A

Jip se le habían ocurrido otras ideas y no le resultaría fácil llevarlas a cabo. Ya me resultó bastante difícil ir de un extremo a otro de las ruinas del malecón con la mochila y el arco y dos garrafas de agua colgando de los hombros, por lo que dejé a *Jip* en el agua, y el perro nadó alegremente hasta la orilla.

Al bajar la marea, el suelo firme que había frente a las casas había quedado a poco más de un metro por encima del nivel del agua. La arena húmeda se había metido por las puertas y ventanas abiertas, y había coches viejos medio enterrados por todo el paseo marítimo. Algunos de ellos no eran más que capotas que sobresalían cual gigantescos escarabajos. Las tempestades habían volcado otros, que apuntaban al cielo con sus neumáticos podridos y ejes herrumbrosos. *Jip* salió del mar, se sacudió el agua, me miró, meneó el rabo y trató de orientarse con el olfato por aquel nuevo mundo de olores emocionantes y desconocidos.

A mí me costó un poco más llegar hasta la orilla. El fuego había causado estragos en el malecón y tenía que ir probando cómo estaba el suelo cada vez que daba una nueva zancada en dirección a tierra firme. Cuando por fin di el último paso —o tal vez fuera el primero—, solté las garrafas de agua y miré a mi alrededor. La torre dominaba el paisaje que divisaba a la izquierda. El palacio sobre el que se hallaba no brillaba como el oro a la luz del alba, sino que era de ladrillo rojo. Parecía enorme. El edificio más grande que había visto hasta entonces era la iglesia donde Brand había tocado el violín. Aquel palacio era grande como varias iglesias. Sin embargo, *Jip* se había dejado guiar por el olfato hacia la derecha, por el paseo marítimo, en dirección a la montaña rusa. Aunque, por supuesto, en ese momento aún me parecía una gigantesca verja. También por pura costumbre, tomé una flecha y la coloqué en el arco por si hacíamos salir a algún conejo, y seguí a *Jip*. Desde luego que no se trataba de una cacería, porque no lograba concentrarme. Tenía demasiados motivos de distracción. Aquel sitio olía de manera extraña, no puedo decir que oliese mal, pero sí a fogata, a cosa chamuscada. Llegué a la

conclusión de que el olor debía de proceder del malecón, aunque lo sentí a lo largo de todo el paseo marítimo, al mirar por las ventanas de cristales rotos y los restos de antiguos carteles con crípticas inscripciones que insinuaban lo que habían sido los distintos edificios. Al examinarlos más de cerca, me imaginé que los _ALIDAS EN _OTE debían de ser salidas en bote, y que __VER_IÓN era un lugar donde se ofrecía diversión. La verdad es que aquella sala con el suelo cubierto de arena y el techo que se curvaba amenazadoramente hacia abajo no parecía nada divertida, si bien las hileras de máquinas herrumbrosas y rotas estaban decoradas con unas ilustraciones como de historieta que en otro tiempo, sin duda, habían sido más brillantes y coloridas.

No se veía ninguna huella sobre la arena, aparte de las mías y un poco más adelante las de *Jip*, y seguí al perro hacia el inquietante batiburrillo de estructuras circundado por la montaña rusa.

Ambos nos detuvimos frente a las puertas abiertas del _AS_NO, que según otros carteles más pequeños era un casino. Sabía lo que era eso y tenía ganas de ver cómo sería un lugar donde las gentes acudían a irradiar glamur y perder el dinero, pero noté en el vestíbulo el olor de algo que estaba muy muerto. *Jip* se alejó de allí y, una vez más, lo seguí hasta que nos hallamos al aire libre. Las criaturas mueren y se pudren. Y en algunos casos es mejor no hurgar en ellas.

El recinto que se hallaba en el interior de la montaña rusa se llamaba Pleasure Beach, y en el suelo había arena que lo demostraba. También había una pared con una calavera grande cubierta con un casco vikingo, tres veces más alta que yo, y cuando nos acercamos fue como si mascullara una advertencia. Seguro que vosotros la encontrabais divertida. Y yo lo sabía. Pero a mí me pareció como un espectro de dientes rotos lleno de malicia. Pleasure Beach era un pueblo extraño, repleto de objetos grotescos como aquella calavera. Había unas gigantescas casas de juguete pringosas, deliberadamente ladeadas para

que resultaran amenazadoras. Había todo tipo de jaulas de metal y máquinas podridas. De la mayoría de ellas colgaban unos asientos de plástico que en otro tiempo podrían haber brillado, pero que se habían decolorado a la intemperie. Debían de haber servido para sacudir a sus pasajeros de un lado a otro, aunque la verdad es que aquello parecía más un tormento que un placer. Había un montón de cristales rotos y tenía que pisar con mucho cuidado. Caminaba con tanta lentitud que pude acercarme a un animal que no conocía, y a punto estuve de atravesarlo con una flecha, pero entonces me di cuenta de que era un osito de peluche medio enterrado.

Vi un par de aves grandes como avestruces inmóviles en medio de un parterre, y aunque me di cuenta enseguida de que eran de plástico, estuve a punto de pegar el salto de mi vida, porque miré de reojo hacia la derecha y vi un lagarto gigantesco, del tamaño de un caballo, agazapado entre unos miserables arbustos. Me miraba con maldad en el rostro y me enseñaba dientes de sobra para garantizarme una muerte horrible si saltaba sobre mí. Me quedé inmóvil. *Jip* se acercó a él y levantó una pata al lado de su cola. Entonces, por fin, me di cuenta de que también era de mentira, en este caso de hormigón. La mirada que *Jip* me dirigió entonces parecía decir: «En esto se quedaron los dinosaurios».

No era de verdad. Por supuesto que no. Los dinosaurios están todavía más muertos que tú. Pero la conmoción que provocó en mí sí era de verdad. Anduve hasta la base de lo que aún me parecía una gigantesca verja de barrotes retorcidos, donde había más luz, y fue entonces cuando descubrí el cartel que explicaba que aquello era una montaña rusa, y mientras lo leía me di cuenta de que *Jip* se apostaba para cazar, y en ese momento vimos la liebre que salía corriendo de los arbustos y se detenía un instante para volver el hocico hacia el mar.

Tan pronto como la hube matado y hube colgado el cuerpo de mi mochila, *Jip* mostró mucho interés en seguir su rastro de olor por la maleza que había invadido aquella

parte de Pleasure Beach. Yo trepé por la montaña rusa. En un primer momento solo quería ascender un par de metros sobre el nivel del suelo para ver desde arriba qué hacía el perro, pero la construcción era sólida y no se movió en absoluto mientras subía por ella, así que no me detuve. Llegué a la vía y anduve con mucha precaución por los delgados escalones que corrían paralelos por su lado. Las construcciones más robustas del mundo antiguo habían tenido mucho tiempo para estropearse en el Después y no quería que mi aventura terminase al pisar algo que se hubiera roto. Y, sí, aquello era una aventura. Me mantenía en mi resolución de recuperar a *Jess*, pero a pesar de toda la fiereza que habitaba en mí, también sentía la emoción de poner las manos, los pies y los ojos, finalmente, en un mundo que hasta entonces solo conocía por lo que había leído, o por las historias poco fiables que había oído. Y cuanto más subía, mayor era la sensación de que mi vena aventurera cobraba fuerza y respiraba mejor en aquel aire nuevo y más limpio. Se me ocurrió que hasta entonces no había sabido que podía ser más de lo que era, porque había un mundo muy grande en el que podía ser yo.

Había un vagón aparcado en lo más alto de la montaña rusa. Si no hubiera estado allí, tal vez habría vuelto a tierra sin subir tanto. No creo que con eso hubiese cambiado nada, pero quizá sí. En cualquier caso, lo descubrí al mirar hacia arriba y pensé que estaría bien llegar hasta el vehículo y sentarme en él, descansar un momento y contemplar las vistas que se me ofrecerían.

Jip volvía a estar al pie de la montaña rusa y me ladraba. Tenía muchas ganas de enseñarme el conejo que acababa de dejar sobre la arena. Le hice un gesto con la mano y le grité que bajaría al cabo de un minuto. El viento volvía a soplar y el cielo se oscurecía, pero en ese momento me concentraba en ver bien el escalón que estaba a punto de pisar, y también el siguiente. De nada me habría servido contemplar las nubes que empezaban a cobrar forma a mi espalda. Me di cuenta de que era bastante probable que lloviese. Incluso podía olerlo. Me sentaría en lo alto y

descansaría unos instantes, y luego volvería a bajar antes de que la lluvia empezase a caer. Me esforzaba por no mirar hacia abajo, porque entonces sentía que perdía el equilibrio y se me revolvía el estómago. Como marearse en el mar, pero en tierra firme.

Subí hasta lo más alto y allí lo encontré. Echado en el fondo del vehículo. Un montón de huesos que se descomponían a la intemperie, envueltos en andrajos que en otro tiempo habían sido sus ropas, con mechones de cabellos largos y grises que se enroscaban en el cráneo como para formar un nido. Había una única bota de goma, estropeada y rota, con el hueso de la pierna todavía dentro, y una mochila. Esta era de plástico grueso, negra, con solapa enrollable. Las correas habían desaparecido, pero la propia mochila estaba diseñada para aguantar muy bien el agua. Quizá porque la habían metido bajo el asiento y estaba protegida de los peores asaltos de la intemperie, parecía haber sobrevivido con todo su contenido.

En el suelo, entre los huesos, también había una pistola.

Al quedarse al aire libre, se había oxidado hasta transformarse en un trozo de metal inútil, pero estaba allí. Igual que los orificios del cráneo. Había uno pequeño en el paladar, donde el cañón debía de haber presionado en dirección al cerebro, y uno más grande en el cráneo por donde había vuelto a salir la bala. La historia era triste pero evidente. El hombre había subido hasta allí para echar una última mirada al mundo y luego se había pegado un tiro para abandonarlo.

Les dije a los huesos que lo sentía y luego abrí la mochila. Estaba rígida y crujió, y entonces me di cuenta de que me había equivocado. Estaba repleta de fotografías, de toda una vida en imágenes, pero encima de todo había lápiz de labios, botes de maquillaje, un espejo pequeño y un cepillo para el cabello. También había una especie de urna de metal. Pensé que tal vez hubiera algo interesante en su interior. La abrí y vi que no. Solo había cenizas, grises y arenosas. Podía entender que la mujer quisiera morir con la

mejor cara posible y que se había puesto guapa para lo que viniera después. Ese gesto implicaba una especie de desafío que admiré. Pero no entendía por qué había subido hasta allá arriba con un objeto tan desprovisto de todo significado como una urna llena de cenizas. Levanté el recipiente. No era ligero. Y la mujer debía de ser vieja, a juzgar por los cabellos grises. Creo que no lo habría entendido mejor aunque hubiera tenido tiempo de quedarme allí y darle vueltas al asunto. Pero el caso es que no pude permitirme ese lujo.

Ocurrió algo que me hizo mirar hacia atrás, hacia el kilómetro y medio de paseo marítimo que me separaba de la torre. Incluso a tanta distancia, y desde aquella altura, se notaba que era mucho más alta que la montaña rusa. Parecía que le faltase poco para tocar los nubarrones oscuros que se cernían sobre ella. Lo único que la empequeñecía era la nube negra que más atrás flotaba sobre el mar.

Solo que no era una nube negra. Era humo. Y en su base había algo que quemaba, y ese algo era el *Dulce Esperanza*.

Tendría que haber bajado a toda prisa por los escalones, pero sabía que cuando hubiese recorrido de nuevo el kilómetro y medio que me separaba del malecón ya sería tarde, demasiado tarde. Me senté y contemplé el desastre.

¿Recuerdas esa sensación que había tenido de que me observaban? Tal vez se debiera en parte a mi imaginación. Pero en parte había sido real. Había ido hasta allí en busca de Brand. Pero él me había encontrado a mí.

No lo veía a él. No veía su embarcación. Ni siquiera veía en qué punto del largo trecho de orilla que divisaba en dirección al norte se podía hallar. No había ningún sitio donde pudiera esconder la embarcación. A menos que hubiera una cala detrás del promontorio. No vi a su maldita perra *Saga*, ni tampoco a *Jess*.

Lo único que oía eran los ladridos de *Jip*, cada vez más insistentes, como si de algún modo presintiera lo que no

alcanzaba a ver.

Había un mensaje garabateado en la arena a la entrada del malecón. Era lo bastante grande como para que pudiese leerlo a kilómetro y medio de distancia, lo bastante claro bajo el humo que brotaba de la pira fúnebre de mi embarcación.

YA TE LO DIJE, GRIS. VUELVE A CASA.

Capítulo 13

La torre

Las ocho palabras que leí en la arena demostraban que Brand sabía escribir. Pero no creo que hubiera leído los mismos libros que yo. Si los hubiese leído, tal vez me habría robado igualmente a mi perra, pero no habría quemado mi embarcación.

Eso es lo que pienso ahora, después de todo lo que ocurrió. Entonces me quedé en lo alto de la montaña rusa, tras la conmoción que sufrí al ver que el *Dulce Esperanza* ardía, y me sentí incapaz de hacer nada. Y culpable. Y por supuesto, también tuve miedo. Había cometido una estupidez, una serie de estupideces, y aquel era el resultado. No lo había meditado. Me había lanzado sin preparación de ningún tipo, sin compañía de nadie, aunque mi padre hubiese tratado de detenerme. No lo escuché. No escuché nada más que mi corazón y mi ira, y no usé la cabeza. Fui imbécil, sobre todo, al no usar la cabeza. Y Bar, Ferg y papá creerían durante mucho tiempo que había muerto, porque tardaría mucho tiempo en volver a casa. Incluso mamá se daría cuenta de que no estaba con ella por las noches. No me cabía ninguna duda. De algún modo se daría cuenta de mi ausencia. ¿Y si venían a buscarme? ¿Cómo me iban a encontrar? ¿Cómo podíamos encontrarnos en un mundo tan grande? Tal vez sufrieran algún daño tan solo por salir en mi busca. Mi familia podía dejar de existir. Todo por culpa mía. Papá tenía razón todas las veces que me reprochó mi tozudez y mi terquedad. Brand no había hecho más que robar una perra y algún pescado. Brand era una de esas desgracias que te encuentras en la vida, como una tormenta o una enfermedad. Un Brand es algo a lo que haces frente y

con lo que te endureces. No se discute con las tempestades o las fiebres. No les harás entender nada. Simplemente están ahí.

¿Y yo? Yo sabía lo que tenía que hacer. Y había faltado a todas mis obligaciones.

Si había un momento para llorar era aquel. Y quería llorar. Sentía el afilado pinchazo de las lágrimas que querían salir. Se me había hecho un nudo en la garganta con los sollozos que aguardaban el momento de escapar. Nadie se enteraría jamás. La vieja que estaba a mi lado tendida en el suelo no se enteraría. No oiría. No vería. No era más que hueso. Hacía mucho tiempo que sus ojos y oídos habían desaparecido. Pero no lloré. Tal vez porque yo sí lo habría sabido. Tal vez porque papá tenía razón y mi testarudez me impedía razonar. Pero creo que el motivo principal fue que no habría servido de nada. La leche ya estaba derramada.

Me anduve con menos cuidado cuando bajaba por los escalones de la montaña rusa que cuando subí, pero de todos modos no quise correr, para no arriesgarme a tropezar y hacerme daño. Cuando llegué al suelo, *Jip* fingió que su único interés era devorar el conejo que había capturado, pero en cuanto cargué con la mochila y empuñé el arco, el perro sujetó con los dientes lo que quedaba de su presa y corrió conmigo de regreso al malecón. Quizá debería haber ido con más cuidado. Quizá debería haber sospechado que Brand había encendido el fuego para hacerme regresar y tenderme una emboscada, o algo así. Pero el problema con los quizás es que nos perdemos en ellos y al final no vamos a ninguna parte. Yo tenía que actuar.

Y sabía, aunque no sé cómo, que Brand no estaría allí. Si me hubiese tendido una trampa, no le habría hecho ninguna falta escribir aquellas palabras que obviamente quería que leyera. De todos modos, mientras recorría el kilómetro y medio de tierra compacta que me separaba del malecón, no dejé de escudriñar el terreno por si divisaba un atisbo de su cabello pelirrojo. Pero hacía un buen rato que

se había marchado. Había dejado el mensaje. No tenía ninguna necesidad de quedarse a contármelo en persona.

También me había dejado el kayak.

Eso me sorprendió. E hizo que me detuviera de pronto. Estuvo a punto de cargarse mi resolución de no llorar. El kayak formaba parte de mí y de mi hogar en la misma medida que el *Dulce Esperanza*. Se hallaba sobre la arena, junto a las palabras que había escrito, y el remo recompuesto estaba apoyado encima.

Era un nuevo mensaje. Para recordarme que no era un monstruo. Esto último parecía importarle. Y quizá desde su punto de vista no lo fuera. Me imagino que nadie es el monstruo de su propio cuento. El que alguien sea un monstruo, o no, es cuestión de perspectiva.

El *Dulce Esperanza* había ardido hasta la línea de flotación, pero aún vomitaba humo negruzco. Una embarcación muerta que aún flotaba. Las velas se habían quemado, el aparejo ya no existía. Era irrecuperable. El fuego había devorado las maromas que lo sujetaban al malecón, pero se había acercado a la orilla y había quedado atrapado entre los hierros fundidos de la rueda que se había venido abajo. Debía de haber prendido fuego dentro del camarote con el combustible que fuera y luego se había marchado. Por el olor a goma quemada y el persistente humo negro, podría haber sido un neumático. Nosotros quemábamos neumáticos viejos y estropeados para hacer señales de humo en las emergencias. Al pensar en ello añoré por partida doble mi hogar.

Me senté y pasé largo rato contemplando la embarcación muerta. No sé cuánto tiempo estuve y tampoco recuerdo en qué pensé. No lo recuerdo con exactitud. Sí recuerdo cómo me sentí, con un gran vacío en mi interior, con las piernas como de goma. Sentí que lo mejor que podía hacer era quedarme sobre la arena y mirar, porque si me levantaba, el viento podía llevarme por los aires.

Jip estaba echado en el suelo y me miraba. Aún sujetaba los restos del conejo con la boca. Se encariñaba

mucho con los conejos que mataba y llevaba los restos en la boca durante mucho tiempo, como si estuviera orgulloso de ellos, igual que lo estaba de haberlos cazado. Les daba lametones como si los mimara. A veces se ponía un poco macabro.

Por fin, soltó un gimoteo dirigido a mí. Aunque tal vez ya llevara un rato gimoteando para llamarme la atención. La conmoción me había encerrado en una especie de estupor transitorio que me impedía oír nada. Meneó la cola y dio un empujoncito al conejo con el hocico.

Perrito bueno, le dije. A partir de ahora tendremos que cazar mucho.

Algo había ido devorando el día sin que yo me diera cuenta del paso del tiempo. La amenaza de lluvia no se había hecho realidad y el sol había surcado el firmamento y descendía hacia el horizonte, hacia unas nubes que habían aparecido después y que tampoco presagiaban nada bueno.

Toda la carne seca, el pescado y la avena habían ardido con el resto de la embarcación. En la mochila llevaba comida suficiente para dos días, y, por supuesto, tenía la liebre.

Al ver a *Jip* con su conejo lo recordé, y me erguí sobre unas piernas que ya no eran de goma, sino que estaban rígidas, y felices de moverse después de tanto tiempo quietas. Me obligué a subir a la lisa capota de uno de los coches enterrados y la utilicé como mesa para colocar sobre ella todo lo que llevaba en la mochila, a fin de tomar nota de las provisiones y herramientas con las que nos enfrentaríamos a lo que fuera que nos esperara.

Llevaba el mapa y el libro de notas. El mismo en el que escribo ahora. Y tenía tu foto, por supuesto. Y más comida de la que había imaginado, porque en el fondo de la mochila había unas tortas de avena que no recordaba. Tenía un impermeable y un cuchillo plegable, un mechero, prismáticos, calcetines limpios y un jersey. No conservaba el saco de dormir y estaba claro que lo echaría de menos. También echaría de menos la brújula grande que había llevado a bordo al marcharme, pero aún contaba con la

pequeña brújula de latón siempre sujeta en la cubierta de la mochila, y con esa me bastaba. El norte está en el norte, con independencia del tamaño de la brújula. Y también conservaba el botiquín de primeros auxilios. Así pues, había salvado el mapa, una brújula, provisiones, herramientas, ropa limpia y, gracias a ti y a *Jip*, un par de caras amistosas. Me dije que habría podido ser peor.

Esto podría ser peor, repetía, para que *Jip* me oyera. El perro golpeaba la arena con la cola y lamía sin cesar al conejo.

Miré a mi alrededor. Las nuevas nubes de lluvia que se acercaban. Ni rastro de Brand. Ni rastro de una embarcación con velas rojas. Contemplé la torre.

Vamos, muchacho, dije. Vamos a ver todo esto con un poco de perspectiva.

Pensé que, antes de entrar en el palacio de ladrillo rojo y tratar de encontrar el camino de subida, tendríamos que llevar el kayak playa adentro, para que la marea no se lo llevase mientras explorábamos.

Entonces fue cuando encontré el saco de dormir. Brand se había tomado la molestia de ponerlo dentro del kayak antes de pegarle fuego al *Dulce Esperanza*. Me alegré de verlo, pero al mismo tiempo sentí un extraño descontento al darme cuenta de que Brand me tomaba por demasiado débil como para poder pasarme sin él, o tan inútil como para encontrar los materiales necesarios para hacerme uno nuevo, si quería.

De que me trataba con condescendencia. Así es como me sentí. Como si solo hubiera sido para él una molestia y no una amenaza.

De todos modos es un monstruo, me dije mientras arrastraba el kayak playa adentro, para que quedase fuera del alcance de la marea. De todos modos es un monstruo.

Las puertas del palacio se habían combado y estaban trabadas, y no conseguí abrirlas hasta que hube descargado a patadas contra ellas buena parte de mi frustración. *Jip* me miró con paciencia mientras las derribaba y luego me siguió adentro al trote, con su amigo el conejo muerto, sin

esperar a que le indicara el camino.

El suelo estaba cubierto de escombros, porque partes del techo se habían venido abajo, pero de todos modos era un espacio mágico y cavernoso. El vestíbulo era grande, con columnas, y entonces seguimos un cartel medio borrado que indicaba el camino hasta la sala de baile. Era mucho más grande que todo lo que pudiera haber imaginado hasta entonces. A lo largo de la pared había dos balcones de contorno curvo, sin una sola línea recta, cubiertos de volutas y ondulaciones, con algunos restos de la pintura dorada original que aún resaltaban los detalles, aunque en su mayoría estuvieran grises y cubiertos de manchas. El suelo de madera se combaba donde no se había podrido, y allí donde se había podrido, unos pocos arbolillos llenos de esperanza habían echado raíces, y las pequeñas y descuidadas criaturas se erguían en la penumbra hacia el boquete que se había abierto en el techo y la luz que entraba por él. Algo había caído a través de la claraboya y ahora los implacables elementos entraban en el edificio, y me di cuenta, con tristeza, de que no tardaría en dejar de existir. Papá solía contarme que a las casas viejas de Uist les bastaba con un agujero del tamaño de un puño en el tejado para venirse abajo en un par de años.

Era la primera vez que estaba en un edificio como aquel, que parecía salido de un libro de cuentos de hadas. En el otro extremo había un escenario con columnas altas a ambos lados enmarcándolo, y sostenían un techo elaborado y de líneas aún más curvas. Cuando me acerqué y mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que en lo alto había una mujer que me miraba.

Fue la primera vez que vi una estatua de verdad, por lo que es comprensible que un escalofrío me bajara por la espalda y me paralizase. En cuanto me di cuenta de que estaba hecha de yeso con pintura dorada que se desmenuzaba, y de que le faltaba la mitad de uno de los brazos, y de que con la otra mano sujetaba un tercer brazo, que me imaginé que era lo único que quedaba de otra estatua que había desaparecido, me tranquilicé.

De todos modos dije hola.

Y mi saludo captó la atención de *Jip*, pero no la de ella. El perro se acercó para echar una ojeada y husmear. Con las letras que quedaban en la base de la estatua, alcancé a leer «VO_ A ENCANTAR». Y por un momento me lanzó un hechizo que me paralizó, así que no era mentira. Sentí su mirada sobre mí mientras retrocedía hasta la puerta de entrada, entre los restos de los candelabros de cristal rotos, que parecían haberse caído en torno a los arbolillos para proteger su nueva y frágil vida.

Regresé al vestíbulo y quité el polvo de los carteles hasta encontrar uno que indicaba el acceso a la torre. Tuve que retroceder medio camino en dirección a la salida y empezamos a subir por los escalones que ascendían en círculo por la estructura metálica.

Cuando las cosas aún funcionaban, había existido una habitación colgada con cables que subía a la gente hasta arriba, pero al no haber electricidad había que subir hasta arriba a costa de un tremendo dolor de piernas, o no subir. Y para cuando llegué a la mitad, mis piernas sumaban sus quejas a la lista en la que ya figuraban los grandes cortes que tenía en los brazos (que no se curaban), la cabeza (magullada, donde sentía punzadas hasta la oreja) y el diente (donde aún sentía dolores intensos). Aunque me hallara dentro de la jaula herrumbrosa de la torre, me parecía un lugar expuesto y peligroso. Y a medida que subía, la brisa fresca se transformaba en viento frío. Me detuve y escuché su silbido a través de las estructuras de metal. *Jip* había subido hasta allí con el mejor de los ánimos, pero cuando vio que reanudaba el ascenso no hizo más que mirarme y volver a cuidar de su amigo conejo muerto.

Al llegar a la puerta de arriba, yo ya sudaba y respiraba con dificultad. Había una ventana de cristal en la que decía que era el «mirador», a través de la cual vi una sala grande con más ventanas de cristal. También estaba cerrada, o quizá era que el pestillo se había oxidado y ya no se abría. El día ya había sido bastante malo. No estaba de humor

para que una patética puerta me lo pusiera aún peor, y menos después de haberme obligado a subir todos aquellos escalones. Me agarré a la barandilla y le arreé una patada al picaporte, con la esperanza de que el golpe lo hiciera saltar. Le di con fuerza varias veces. Luego lo agarré con la mano y empecé a sacudirlo con fuerza.

El cerrojo aguantó. Las bisagras, no. La puerta se salió de quicio por donde no tocaba y giró al desencajarse. Levanté el brazo a tiempo y me protegí lo mejor que pude, pero la puerta pesaba y me empujó contra la barandilla, me golpeó la cabeza y luego rodó escaleras abajo hasta que se estrelló contra una esquina del rellano siguiente.

Grité las peores palabrotas que sabía. Pero en cuanto pude ponerme en pie y mirar si me había hecho algún daño, vi que no era tan grave como me había parecido. Tenía un golpe al otro lado de la cabeza que compensaba el moretón en el ojo, y cuando lo toqué, los dedos se me llenaron de sangre, y me di cuenta de que me había hecho un buen rasguño. Pero otra vez, había sufrido más el orgullo que el cuerpo, y tomé nota mentalmente de que en el futuro debería andarme con más cuidado. Con independencia de lo que ocurriese a continuación, iba a partir hacia un largo viaje y no habría nadie para impedirme que cometiera estupideces. Inmediatamente después, traicioné todo pensamiento razonable al subir los últimos escalones y entrar en la sala de arriba, en busca de las inmensas vistas que divisaría desde el otro lado del cristal. Si antes de aquel día hubiera contemplado otros paisajes a vista de pájaro, habría prestado mayor atención al suelo.

Antes de que me diera cuenta, mis dos pies se hallaron sobre el vacío, y al mirar abajo no encontré nada que me separara de los ciento cincuenta metros de aire que llegaban hasta la arena compacta del paseo marítimo. Mi instinto de supervivencia se activó, doblé las piernas y presioné hacia abajo, y caí de espaldas con un alarido de horror. Me pegué un buen golpe en el culo y sacudí las piernas sin ton ni son hasta que di con la espalda contra el

marco de la puerta y me detuve. Y solo entonces se me puso en marcha el cerebro y empecé a moverme torpemente. Traté de entender el milagro de haber caminado sobre el vacío y haber tenido suficiente fuerza para volver a ponerme a salvo. Me arrastré hacia delante y miré abajo. La sección exterior del suelo era de cristal. Igual que el de las ventanas, solo que las ventanas, aparte de la mierda de gaviota que las ensuciaba, se habían deteriorado a lo largo de décadas por la acción de los elementos, mientras que el suelo, al hallarse en la superficie inferior, se conservaba relativamente limpio. Tendí la mano y le di unos toques. Era grueso de verdad y sólido como una roca. Pero al mirar hacia abajo tuve mi primera experiencia de vértigo, mucho peor que el mareo que había sentido en lo alto de la montaña rusa. Llegué a la conclusión de que sería mejor no volver a pisarlo. Si bien era evidente que el cristal estaba diseñado para aguantar el peso de seres humanos, acababa de ver lo poco fiable que era el metal de los armazones que lo sostenían en su lugar.

Caminé por la sala y llegué al otro extremo del bloque central. Alguien había acampado allí en otro tiempo. Había un montón de mantas, un par de sillas e incluso una mesa con una lámpara de *camping* y un viejo equipo de música con altavoces. Había botellas verdes vacías, alineadas con esmero a lo largo de la pared de cristal. La lámpara se había oxidado hasta quedar inútil, pero también había una caja de plástico. Al abrirla, el cierre se partió y las bisagras se rompieron, porque por lo general el plástico viejo se vuelve quebradizo y se rompe con mucha facilidad, pero dentro había cuatro velas. Igual que las mantas, habían sobrevivido tanto tiempo porque la sala en lo alto de la torre era en realidad una caja de cristal y metal aislada del exterior, donde las ratas y ratones no podían entrar. Las velas eran un bien escaso. También encontré un par de muletas y me pareció raro. Subir hasta allí sin ellas ya habría sido bastante duro para una persona que no las necesitara. Entonces llegué a la conclusión de que la persona que había subido hasta allí debía de sentir una

verdadera necesidad de contemplar el paisaje. Me asaltó una extraña alegría al pensar que en otro tiempo alguien había acampado allí, en pleno cielo, y había escuchado música, y había bebido. Parecía uno de esos momentos que hacen que la vida sea mejor, y esa persona debía de haberlo hecho en un momento en que el mundo se moría. Me metí la caja de velas en el bolsillo y pensé que ojalá hubiera pasado allí uno de los mejores momentos de su vida. No se me ocurrió hasta mucho más tarde que las muletas seguían allí porque no las había necesitado para tomar el camino de bajada más corto, después de que se le acabara el vino y parase la música.

Había un último tramo de escalera que subía hasta un mirador al aire libre, y la puerta estaba muy dura, pero logré abrirla lo suficiente para pasar y salir al exterior. En otro tiempo había habido una valla de metal muy alta a lo largo de todo el mirador, barrotes de metal que llegaban más arriba de mi cabeza y luego se curvaban hacia dentro, pero a lo largo de uno de los costados —el que daba al norte— habían desaparecido casi en su totalidad. A juzgar por el resto de los barrotes, que estaban rotos y perdían escamas como si el óxido que los consumía fuera un hongo, lo más probable era que se hubiesen podrido y hubieran caído a la sala de baile que estaba debajo. Quizá era eso lo que había abierto el boquete en el techo y hecho posible que nacieran los arbolillos.

Encontré también otra cosa que me entristeció, igual que me había entristecido el fardo de andrajos y huesos que había hallado en la montaña rusa, aunque en este caso las ropas no estuvieran especialmente andrajosas y no hubiera ningún hueso. Encontré un montón de ropa sorprendentemente bien conservada que alguien había doblado cuidadosamente y colocado bajo un par de botas encajadas a su vez debajo de la barandilla, justo encima del boquete en el techo. Puede que todo aquello no tuviera más significado que un simple montón de ropa y un par de botas viejas, pero mi imaginación creó a un hombre. Creo que era un hombre con la talla de esas botas y de la chaqueta con

capucha roja que había debajo, que se despojaba de sus ropas como un nadador y se erguía desnudo al viento, y luego realizaba una última inmersión a través del techo del salón de baile. Mi mente funciona así, crea fantasías a partir de fragmentos. En nuestra niñez, Bar se encargaba de acostarnos, y después de leernos o contarnos un cuento, nos daba tres elementos para que creáramos nuestra propia historia mientras nos dormíamos. Siempre buscaba cosas extrañas e inconexas, como por ejemplo un sello, una montaña y una sombrilla, y yo empezaba a tejer una historia que no tardaba en convertirse en sueño y me hacía dormir bien toda la noche.

Había algo que se movía con la brisa al final de la barandilla, en el lugar donde estaba rota. Era una cadenita, como un collar, hecha con un montón de bolitas de acero entrelazadas entre sí. Había un colgante en su extremo, y era este, que se movía al viento y reflejaba la luz, lo que me había llamado la atención. Solté la cadenita de la barandilla y examiné el colgante. Era un rectángulo pequeño de bordes redondeados, con un tubito corto que sobresalía por la parte de abajo. El tubito era sólido, pero tenía orificios de diferentes tamaños que no seguían ningún patrón y perforaban la superficie como pequeños cráteres que capturaban la luz. Debía de ser acero inoxidable, porque si no, no habría aguantado tanto tiempo sin corroerse. Era un objeto extraño, y aunque lo añadí de inmediato a la historia que ya había inventado sobre los últimos momentos del imaginario saltador desnudo —me imaginé que se lo quitaba y lo dejaba ahí colgando junto con las ropas y las botas— no me pareció triste, ni tampoco malo. De hecho, me lo tomé como un buen augurio, porque el símbolo impreso en el centro del rectángulo era mi número de la suerte, el 8. Y el 8 estaba rodeado de un círculo de flechas que irradiaban hacia fuera, hacia todos los puntos cardinales. La pequeña historia que imaginé para el colgante fue que traía suerte, que lo habían dejado ahí para que lo encontrase yo, y que como parecía que el hecho de que mostrara mi número especial en el centro de un

símbolo que significaba «puedes ir a donde quieras», estaba claro que tenía que cogerlo y ponérmelo. Uno de los motivos, y no el menos importante, era que si quería encontrar a Brand y a *Jess* en aquel mundo desconocido al que había ido a parar sin remedio, necesitaría toda la buena suerte posible. Así pues, lo cogí, me lo colgué del cuello y lo oculté bajo la camisa.

Por supuesto que ya sé que las supersticiones son estúpidas y que en este mundo tenemos que trabajar para labrarnos nuestra propia suerte, pero en aquel momento no tenía a nadie y sentía una gran tristeza, y andaba en busca de algo, lo que fuese, para elevarme el ánimo. La parte razonable de mí sabía que confiar en aquello era como agarrarse a un clavo ardiendo, pero la persona que teme ahogarse se agarra a cualquier cosa que pueda mantenerla a flote.

En otro tiempo había habido un pueblo detrás del palacio, y de allí provenía el olor a quemado que durante todo el día había competido con la brisa marina. La vegetación que había recolonizado las calles se había incendiado, y hacía poco tiempo, porque no habían crecido nuevas plantas en la cicatriz de color gris negruzco que se internaba tierra adentro. A veces, en las islas, un rayo incendia el brezo, y el viento empuja las llamas y el fuego se extiende por las laderas, y deja heridas oscuras en las que aparecen brotes verdes a la primavera siguiente y se cubren por completo en un par de años, y dejan parches de color que con el tiempo desaparecen y se confunden con el entorno, y al cabo de un tiempo se esfuman del todo. Lo que yo veía entonces tenía la misma forma determinada por el viento y era reciente, estaba claro que el incendio se había producido durante aquella misma estación, si no durante la misma semana o mes. El fuego había destruido el manto de verdor que aún desdibujaba los contornos de las calles del nordeste donde no había llegado el incendio, y había dejado al descubierto el trazado de vías y edificios antiguos, que yacía cual duro esqueleto bajo las hojas y la hierba que en otras partes suavizaban sus formas. Las largas

hileras de casas subían por la ladera que se alejaba del mar, seguían el perfil ondulado de las bajas colinas y serpenteaban por los valles que las separaban. La sucesión de carcasas quemadas era demasiado regular y rectilínea como para ser natural. Y también parecían decididas a darse la mano en una larga cadena. Como si hallaran una fuerza suplementaria en el compañerismo, porque abrazaban la tierra en busca de confort. Al menos eso es lo que pensé entonces. En fin, acababa de darme un golpe en la cabeza.

Las calles también habían ardido. Debía de haber sido un incendio fragoroso. El año anterior, y el otro, habían sido más secos de lo normal. Papá siempre decía que todos los años subía la temperatura y que por eso casi todos los viejos embarcaderos de las islas se hallaban bajo el agua aun después de que bajase la marea. Pensaba que cada vez llovía menos, pero que cuando lo hacía los aguaceros eran más fuertes. Así, por un lado eran más violentos, y por el otro la cantidad de agua que caía cada año sobre las islas era más o menos la misma. La vegetación se quemaba, las primaveras florecían, y los pequeños lagos que había por la isla estaban siempre allí. Y aunque los brezos y la hierba se secaran antes en verano, el agua abundaba en las islas, igual que en el mar que las rodeaba.

La falta de agua tampoco iba a ser un problema inmediato en lo alto de la torre, porque mientras contemplaba la cicatriz y trataba de descifrar el paisaje que se encontraba más allá, una nube igualmente oscura se nos puso encima y empezó a escupir, y luego nos bombardeó con grandes goterones.

Me retiré al interior y escuché el golpeteo contra las ventanas. Abajo, el mar empezaba a enfurecerse y las olas coronadas de espuma llegaban a la orilla. Me alegré de hallarme a cubierto. Me había preguntado si alcanzaría a ver mi hogar desde la costa, pero no era así. Se hallaba demasiado lejos, y la forma de la costa y de las islas no coincidía con lo que recordaba haber visto cuando me encontraba a nivel del mar.

Una fuerte racha de viento cerró de golpe la puerta de arriba y me sobresalté, pero no me levanté y palpé las paredes y el suelo, y me reconforté con su solidez. Había llegado a preguntarme si la torre podría venirse abajo cuando alguien caminara por ella después de tantos años de herrumbre y viento, pero, aunque parezca extraño, la tempestad me dio más confianza. El mirador era a prueba de agua y en su interior no se sentía ni la más mínima sacudida. Si había aguantado a lo largo de tantos años, más de un siglo después de la última vez que lo pintaron, se me ocurrió que la probabilidad de que se viniera abajo aquella noche, después de los 36,5 millares de noches que habían pasado, era tan pequeña que no merecía la pena pensar en ello.

Y además: las casas en los árboles. Había leído un par de libros en los que se contaba que otros niños tenían casas en las copas de los árboles y que jugaban allí. A menudo soñaba con dormir en un árbol, y que el viento agitaba las hojas a mi alrededor, como si fueran olas. El problema de las islas es que no hay árboles. Definitivamente no los hay. El viento hace que todo se quede a la altura de los arbustos, y los que consiguen ir más allá no son mucho más altos que una persona. Y por supuesto que no son tan altos como para que tenga sentido trepar, y mucho menos construir una casa en su copa. El mirador parecía la mejor casa en un árbol que pudiera encontrarse en todo el mundo.

Las personas que me habían dejado sus velas se habían quedado allí arriba para divertirse cuando el mundo debió de parecerles terrible, porque envejecía y moría a su alrededor. Al mirar atrás, me parece una locura haber pensado entonces en diversiones, en un momento en el que todo lo demás no era divertido en absoluto, hasta un punto que no había conocido en toda mi vida anterior.

Oí que *Jip* me ladraba desde abajo y fui a decirle que me encontraba bien, y que me parecía que podíamos pasar la noche allí. Había mantas suficientes para que los dos estuviéramos cómodos. Mi intención era esperar a que la tempestad amainara y entonces desplegar el mapa de Brand

en el suelo y ver si podía relacionar el paisaje con las formas que se veían sobre el papel. Así pues, me dije, también había una razón práctica, razonable, para pasar aquella noche en el suelo de cristal.

Había dejado la mochila en el rellano de abajo, porque no había querido molestarme en cargar con ella hasta arriba, así que bajé para recogerla y para subir al desconfiado *Jip*.

Descubrió enseguida el suelo de cristal y no le gustó. Se quedó en la parte interior, que era opaca, y me miraba como si la idea de llevarlo allí solo se le hubiera podido ocurrir a la persona más idiota del mundo.

Entonces la tempestad llegó con toda su fuerza y fue espectacular. Encapotó el cielo, y luego oscureció todavía más, porque cayeron grises cortinas de lluvia. Alcancé a ver bien cómo se estrellaban contra las aguas más allá de las olas espumosas que avanzaban hacia la orilla.

Habría querido vivir en los tiempos de los aviones. No solo para ver desde arriba la tierra y el mar, sino para volar sobre las nubes y contemplarlas también desde lo alto. ¿Tú lo hiciste? Lo de ir en avión. Ver cómo son las nubes por arriba. Me hice un lecho con las mantas y aguardé a que *Jip* se acomodara a mi lado, y luego eché otras dos sobre nosotros, y me senté y contemplé el rayo que se bifurcaba sobre el mar en la lejanía. A *Jip* nunca le habían gustado los truenos y ladró bajo la protección de las mantas, con el cuerpo pegado a mi pierna. Llevé la mano a su nuca, al pelaje áspero y familiar, y le dije que no pasaba nada y que por la mañana todo estaría bien.

Con eso le calmé lo suficiente como para transformar sus ladridos en gruñidos. Yo mismo hubiese querido creerme lo que le acababa de decir. Pensé que probablemente me sentiría mejor si comía algo, pero entonces la fatiga se adueñó de mí y me dormí al lado de *Jip*.

El trueno aún retumbaba cuando desperté, pero había parado de llover y el fragor se oía desde muy lejos. El intervalo entre el rayo y el trueno era lo bastante largo

como para saber que la tormenta se había alejado entre quince y veinte kilómetros. *Jip* se agitó en su sueño. Cuidando de no despertarlo, busqué una posición más cómoda y observé el malecón.

El mar aún estaba agitado, pero el cielo se había despejado lo suficiente como para que la luz de la luna se reflejara sobre la superficie de las aguas. Me pareció distinguir los restos del *Dulce Esperanza*, aún atrapados en la gran rueda fundida, pero tal vez lo imaginara. Ya no estaban allí cuando salió el sol. Pero para entonces ya había tomado una decisión, y ver al *Dulce Esperanza* tan solo habría servido para reafirmarme en ella. El mar también se había llevado las palabras que Brand había escrito sobre la arena. Verlas tampoco habría cambiado nada. Como ya he dicho, lo único que demostraban era que sabía escribir. No que hubiera leído los libros apropiados, ni aprendido las lecciones adecuadas. Quizá, si lo hubiese hecho, no me habría quemado la embarcación ni me habría dicho que volviera a casa.

Los barcos se queman para que los soldados se queden y luchen, porque ya no pueden marcharse a su hogar. Eneas lo hizo después de llevar a Italia a los supervivientes de la caída de Troya y fundó un nuevo imperio en Roma. Y el explorador español cuyo nombre no recuerdo hizo lo mismo al llegar a América del Sur con sus tropas. Acabó por apoderarse de todo el continente y de toda su plata y oro, con un puñado de hombres violentos armados con mosquetes que no podían volver a casa. A mí no me va la violencia, no soy un hombre y no llevaba ningún arma. Pero Brand había pegado fuego a mi embarcación. Y con ello había decidido por mí. No importa cuál fuera el mensaje que quería transmitirme.

No volvería a casa. No, aún no, por lo menos no a la casa que podía llamar mía. Iría a su casa. Iba a recuperar a mi perra. Iba a quitarle su embarcación. Y entonces, y solo si había hecho todo lo anterior, volvería a casa.

Bueno, ya te lo había dicho antes.

Es que me he pegado un golpe en la cabeza.

Capítulo 14
Un destello de luz

Eso no era todo. Me guio otro motivo. Y puede ser que toda esa historia sobre quemar los barcos me la inventara más tarde, durante el viaje, mientras caminábamos. Está claro que tuve mucho tiempo para pensar. Y razones suficientes —porque todo se complicaba cada vez más— para buscarme una bonita excusa por haberme metido en tantos problemas. ¿Alguna vez te has arreado un martillazo en el pulgar? Duele más que un golpe normal y corriente, porque el culpable eres tú.

Antes de que saliera el sol, pero después de que la tempestad se acabara y el lejano trueno dejara de oírse, y el rayo desapareciera tras las colinas del norte, desperté de nuevo, porque tenía que mear. Subí por la escalera y salí a la plataforma cubierta de agua de lluvia, donde acabé de humedecer el suelo, siempre prestando atención a la dirección del viento. Cuando enderezaba la espalda, lo vi y dejé lo que estaba haciendo.

Había una luz en la oscuridad. Un punto menudo en el horizonte, al sureste, tan pequeño que podría haber sido una estrella. Solo que era de color naranja y yo nunca había visto una estrella naranja, y las nubes estaban bajas, por lo que no había otras estrellas visibles con las que la pudiera comparar. Bajé estruendosamente por la escalera para ir a buscar los prismáticos y la brújula, y el estrépito despertó a *Jip*. Le dije que no se moviera, porque no quería que se cayera por el lado abierto del mirador, y luego volví a subir.

La luz seguía allí. Pero estaba muy, muy lejos. Los prismáticos no la ampliaban, no lo suficiente como para

que pudiese hacerme una idea de lo que era. La brújula no me servía de nada en la negrura de la noche. Papá me la dio la primera vez que me marché sin que nadie me acompañara. Había sido suya cuando él era niño y me había contado que años atrás los signos brillaban en la oscuridad, pero que con el tiempo habían perdido su fulgor. Bajé una vez más y agarré un par de botellas. De nuevo en el oscuro mirador, las coloqué cuidadosamente para que sus cuellos se alinearan con el lejano destello anaranjado. Luego volví a bajar y dormí sorprendentemente bien. Sabía que cuando saliera el sol las botellas seguirían allí, y a través de ellas podría mirar qué había en aquella dirección.

También soñé. Sueños simpáticos y alegres en los que llegaba a un pueblo, que en mis sueños se parecía a uno que siempre aparecía en la última página de una serie de cómics que me encantaba en mi niñez, un lugar antiguo rodeado por una empalizada de madera, con gentes alegres que se sentaban en torno a una gran hoguera y celebraban un banquete, y el músico del pueblo siempre aparecía atado por alguna parte del dibujo y estaba enfadado porque su música no gustaba a los demás. Lo que de verdad les gustaba a las gentes de aquel pueblo era aporrearse con soldados romanos y comer asado de jabalí. Solo que en mis sueños los que vivían en el pueblo no eran todos desconocidos, sino que Bar, Ferg y papá, e incluso mamá, estaban allí, se reían y se pasaban comida unos a otros, y había una niña con una cometa que corría y corría en torno a la hoguera hasta que me veía y soltaba la cometa y echaba a correr hacia mí con los brazos abiertos, y entonces despertaba.

Por lo menos eso es lo que pienso que soñaba. Recordar sueños es como recoger medusas pequeñas —se te escurren entre los dedos— y nunca se sabe si de verdad lo soñaste o si has añadido algo al sueño al recordarlo. A veces no es fácil saber si de verdad recordamos un sueño, o un sueño en el que recordábamos un sueño. Puede que todo esto no tenga ningún sentido, pero, a fin de cuentas, los sueños tampoco lo tienen.

La línea que había trazado con las dos botellas no apuntaba a ninguna parte. Me llevé una gran decepción al volver a mirar a la luz del día. Pero no encontré ningún inesperado asentamiento repleto de amables aldeanos dispuestos a ayudarme. Por supuesto que no esperaba encontrar a mamá, ni a la niña de la cometa, pero me había echado a dormir preguntándome si habría personas que vivieran en aquel paisaje desierto, personas de las que nadie nos había hablado. Pero no las había, y si las había no se detectaba ni traza de ellas, y como lo único que no había cambiado desde el fin del mundo es que todo el mundo desayuna, la ausencia de todo rastro de humo que indicara la presencia de un fuego con el que alguien estuviera cocinando parecía anunciar el fin de las falsas esperanzas con las que me fui a dormir.

Lo único que se detectaba en el horizonte era una ligera elevación, demasiado lejana como para saber si había algún edificio en ella. Desplegué el mapa y utilicé la brújula para orientarlo. Luego calculé la dirección de la línea que había trazado con las botellas y coloqué una de las muletas sobre el mapa para que señalara una línea a partir de la torre.

Y así, como la luz naranja se encontraba más o menos en la dirección donde pensaba que debía de hallarse la casa de Brand, tuve claro hacia dónde iría. Podía ir a ver de qué se trataba y luego seguir adelante hasta llegar al otro extremo de aquella tierra, donde pensaba que debía de hallarse el hogar de Brand.

Jip estaba feliz de volver a pisar el suelo. Arrastré el kayak hasta el vestíbulo del palacio. Como los elementos y los arbolillos se habían apoderado de la sala de baile, podía ocurrir que el edificio estuviera condenado a venirse abajo, pero calculé que aún faltaba para eso, y que el kayak estaría seguro durante un tiempo. Al menos lo estaría hasta que regresara a mi hogar.

Me pregunto si todavía se encuentra allí.

Nos echamos a andar hacia el interior de la isla. Habría querido mirar atrás, pero no lo hice, porque sabía que si lo

hacía empezaría a dudar, y ya había tomado una decisión. Y el esqueleto abrasado del pueblo ofrecía material suficiente para que mis ojos y mi cabeza estuvieran ocupados. *Jip* corría por delante de mí zigzagueando, con el hocico pegado al suelo, en busca de nuevos e interesantes olores.

Las carcasas de los edificios ruinosos se apoyaban las unas en las otras en la calle que se alejaba del paseo marítimo. El fuego había consumido la vegetación que había crecido sobre ella, por lo que el asfalto viejo y agrietado había vuelto a quedar al descubierto, resquebrajado y combado tanto por el tiempo como por los arbustos y árboles pequeños que lo habían atravesado, y de los que tan solo quedaban troncos y ramas que el fuego había desnudado. Todo el lugar olía a cosa chamuscada por el fuego, pero no se trataba del olor limpio de la madera, era más bien un olor grasiento, aceitoso. Estaba caminando por tu mundo y pensaba en todas las personas que habrían vivido tan solo en esa calle, y luego pensé en cuántas otras calles como esa encontraría más adelante, y tuve una sensación extraña. Pero las ventanas vacías no me miraban como antes me habían mirado las casas deshabitadas de las islas. Tal vez el fuego hubiera quemado el último residuo de lo que en otro tiempo había vivido allí.

Entonces los efectos del incendio terminaron y las casas continuaron, algunas de ellas con tejado y más o menos intactas, y la cosa ya fue distinta. Estaban igual de vacías, pero albergaban más vida. Caminé con mayor lentitud, porque la maraña de árboles pequeños y arbustos entorpecía mi camino, pero de todos modos era fácil, aunque de vez en cuando perdiera de vista a *Jip* durante unos minutos. En los lugares donde el cristal había sobrevivido, reflejaba a mi paso la débil luz solar. Recuerdo que en una de las casas se leía NO ESTOY, pintado con aerosol amarillo en la fachada, con letras que eran más altas que yo. Las aves entraban y salían volando de las ventanas más altas. Me imaginé que debían de llevar generaciones construyendo allí sus nidos. Era una imagen

alegre, igual que las ardillas que saltaban en libertad por los tejados y las ramas de los árboles. La vida hacía uso de lo que vosotros dejasteis después de morir.

Jamás había visto una ardilla salvo en los libros, pero en el mismo momento de contemplar sus colas grandes y peludas me di cuenta de que no eran ratas. La velocidad y destreza con la que corrían y se mantenían en equilibrio a tanta distancia del suelo eran estimulantes. Al menos a mí me lo parecían. *Jip* se lo tomó como una nueva ofensa, ladró con entusiasmo y trató de capturarlas, pegó saltos y en un momento dado incluso trató de trepar a un árbol. Mi perro no tenía mucho tiempo para leer libros, así que tal vez pensara que eran ratas con la cola más peluda. En cualquier caso, las añadió enseguida a la lista de animales que había nacido para cazar. Me pregunté qué pensarían de nosotros cuando pasamos por debajo. No debían de haber visto nunca a ningún ser humano. Parecía que tuvieran cuidado de ignorarnos mientras saltaban de rama en rama. De vez en cuando pasaban de un árbol a otro con saltos desmesurados que desafiaban la gravedad, y aterrizaban y seguían adelante como si no acabaran de llevar a cabo un milagro de equilibrio y estabilidad. Habría sido capaz de quedarme allí y observarlas todo el día. Llegué a la conclusión de que las ardillas me gustaban tanto como a *Jip*, pero de un modo totalmente distinto.

En cuanto salimos del pueblo, fue como si el campo se cerrara frente a nosotros, cuando yo había esperado que se abriera. Una vez más, el motivo fueron los árboles. Eran cada vez más grandes y estaban más apiñados a medida que avanzábamos por la antigua carretera, que se había llenado de vegetación y estaba cubierta de musgo y hierba. Como ya te he dicho, en las islas donde vivía apenas si había árboles que debiéramos tener en cuenta, y los poquísimos que sobrevivían eran criaturas maltratadas por el viento y atrofiadas, que se agazapaban contra cualquier barrera que les permitiese sobrevivir. Había un bosquecillo de pinos enanos en la ladera de un cerro de North Uist, pero era un lugar oscuro y enmarañado adonde no iba nunca.

Nunca había caminado bajo árboles de verdad, frondosos. Y aquella primera vez fue emocionante. Después de haber pasado toda una vida al aire libre, bajo cielos grises o azules, me resultaba novedoso hallarme bajo un dosel de color verde, y no de un único color verde, sino con muchos tipos de verde. No era tan solo la variedad de árboles lo que ocasionaba la mezcla de matices e intensidades de color, era la luz del sol que llegaba desde arriba lo que transformaba algunas de las hojas en brillantes lenguas esmeralda y prestaba contorno a la masa más oscura de follaje que se encontraba debajo. Los árboles de aquel primer trecho de carretera eran altos, de tronco grueso y antiguo. El ramaje sostenía un espeso dosel que debía de frenar a la generación más joven que trataba de abrirse paso a través de la vieja carretera asfaltada cubierta de musgo y hierba. Como para demostrarlo, al cabo de un par de kilómetros llegué a un lugar donde dos árboles grandes se habían caído sobre la carretera y dejado un hueco por el que se colaba la luz, y allí un árbol nuevo había crecido con más fuerza que los arbolillos de alrededor que seguían a la sombra. Las raíces de los árboles caídos habían arrancado del suelo grandes trozos de tierra, y al examinarlos me di cuenta de que había un extenso sistema de raíces en el subsuelo que podía compararse con el ramaje que se hallaba en lo alto.

Los árboles son criaturas maravillosas.

Los conejos habían cavado madrigueras en la tierra que había quedado al descubierto y *Jip* cazó a dos antes de que pudiera convencerlo de ir conmigo. Yo tenía muchas ganas de recorrer todos los kilómetros posibles antes de que cayera la noche, y por ello los destripé y los colgué de la mochila para desollarlos más tarde.

Perrito bueno, dije. Ya tenemos cena.

Muchas de las casas que dejamos atrás eran cuatro paredes sin tejado, cubiertas de zarzas o agrietadas por la vegetación que había arraigado en ellas desde hacía décadas, pero había otras que parecían menos afectadas por el tiempo y el abandono, o eso me pareció hasta que las vi

más de cerca. Parecía que las casas de piedra aguantaban mejor que el ladrillo, y el ladrillo mejor que los edificios hechos con armazones cubiertos de yeso. Hacía tiempo que las paredes de estos últimos se habían hecho pedazos a causa de la humedad, y de vez en cuando los restos de las láminas de plástico con que las habían cubierto ondeaban como banderas. Recuerdo que en un trecho de carretera salí de los árboles y vi mi reflejo en una larga pared de cristal de un edificio que era, creo, un sitio para poner gasolina o comprar otras cosas. Me resultaba extraño ver mi propia imagen tan pequeña en comparación con el paisaje, con *Jip* a mi lado. Por supuesto, ya había visto mi reflejo en espejos y cristales de ventanas, pero aquello era la ventana más grande que hubiera visto en mi vida y me hacía sentir mi pequeñez en comparación con el paisaje que se extendía a mi alrededor. Solo estaba yo con la mochila y el arco, y después los árboles que subían hacia lo alto, y un mosaico de zarzas, setos y maleza. El mundo se veía muy grande. A mí se me veía insignificante. *Jip* parecía aún más insignificante, pero al mismo tiempo se veía más en su elemento que yo en aquel paraje agreste. Por algún motivo, yo no tenía la escala adecuada. Mi cuerpo era demasiado grande y demasiado pequeño al mismo tiempo. Parecía que no fuese yo, sino un personaje en una historia. Sin dejar de caminar, me pregunté si aquello se parecía a lo que habían sido las películas o la televisión: una persona pequeña en un marco grande. Papá me había contado que era algo habitual sentarse en una sala a oscuras junto con muchas otras personas y mirar una historia que se desarrollaba en una gran pantalla colgada enfrente de todo el mundo. Tú debiste de ver películas. Me pregunto cómo nos habrías visto a *Jip* y a mí.

Lo que también se veía en el cristal, claro como el día, es que uno de mis brazos estaba bastante más rojo que el otro.

Tenía su lógica que fuera así, porque también me escocía más. El rasguño que me había hecho con las redes no había tenido tiempo de curarse del todo y las llagas

provocadas por la exposición al agua de mar tampoco habían desaparecido. Quería seguir adelante, pero también tenía claro que había que dedicar algún tiempo a curar el brazo antes de que empeorara, y por ello caminé hasta la gasolinera y encontré los restos herrumbrosos de un vehículo que se había oxidado hasta el chasis. Igual que en muchos de los coches muertos de la isla, los ejes, las ruedas y el bloque del motor eran lo que se había conservado mejor. Dejé la mochila en el suelo y saqué el botiquín de primeros auxilios, y usé el bloque del motor como mesa para poner las cosas.

Llevaba antibióticos que impedían milagrosamente que las lesiones se infectaran. Todos los antibióticos que se conservaban se habían producido mucho antes de que el mundo muriera, e incluso los que se habían envasado en metal para que no se estropearan con la humedad no podían escapar al paso del tiempo. De vez en cuando encontrábamos pastillas antiguas, cuando salíamos a vikinguear, pero apenas si producían ningún efecto. Por fortuna, papá conocía otras medicinas que le había enseñado su madre, que según él era muy buena curando a la gente, y por eso llevábamos en las mochilas botiquines que nos ayudaban si nos hacíamos daño mientras estábamos solos. Al abrir el botiquín, sentí añoranza de mi hogar, porque todo aquello que tenía ante la vista lo habían preparado papá, Ferg o Bar. Recordé a Joy hirviendo las sábanas de algodón que habíamos encontrado en una casa antigua, para después convertirlas en vendas, y también que yo me había encargado de guardar la miel en el pequeño recipiente hermético de metal. Ferg había preparado la pomada dentro de la lata que en otro tiempo había contenido betún marrón para los zapatos, pero yo lo había ayudado a buscar la ortiga hedionda que habíamos utilizado para hacerla, y había llenado con la planta de flor violeta bolsas que habíamos hecho con viejas fundas de almohada. Abrí la lata y la olí, y pensé en lo lejos que estaba de la tierra de donde la habíamos arrancado. A continuación la volví a cerrar y me lavé el brazo con un

poquito del agua de beber que llevaba en la botella. Esperé a que el viento la secara y luego me unté con miel la zona de llagas y rasguños que estaba más lívida. Sentí calor en el brazo, como fuego bajo la piel, y me di cuenta de que tendría que haberlo hecho dos días antes, y que además de ser idiota en el sentido que ya sabía, también lo era en algún otro.

Coloqué la venda de Bar sobre la miel y la anudé. Luego volvimos a ponernos en marcha. Por supuesto que una vez me di cuenta de lo que ocurría e hice lo que había que hacer, el brazo empezó a entrometerse sin cesar en mis pensamientos. Escocía y daba punzadas. Aparte de las otras cosas que había en el botiquín —como pasta de consuelda y milenrama—, llevaba pimienta roja en polvo sacada de las plantas que Bar criaba bajo cristal. Me dije que si las llagas y rasguños no habían mejorado al caer la noche, me haría una pasta con eso y me la pondría sobre las heridas. La pasta de pimienta quemaba mucho, pero parecía que terminara siempre con las infecciones, sobre todo si la mezclaba con el ajo que Bar también cultivaba. Pero no llevaba. Una muchacha de la familia de Lewis había saltado de una roca a la arena amarilla en Luskentyre y se había clavado la concha de una navaja en el pie. Se hizo mucho daño y las consecuencias fueron feas y brutales, y la infección se le extendió por el pie hasta el punto de que pensaron en cortárselo para salvarla, pero cortarle un pie a tu propia hija es horrible, y por ello no lo hicieron a tiempo y la infección empezó a subirle por la pantorrilla. Por fin le cortaron la pierna a la altura de la rodilla y pensaron que la habían detenido, pero la chica no despertó. Antes de que terminara el mundo, habíais logrado derrotar las infecciones, pero parece que se quedaron al acecho. Aguardaron hasta que hubieron cerrado todas las fábricas de medicamentos, porque no quedaba nadie lo bastante joven para trabajar en ellas, y entonces regresaron.

Yo sabía que era fuerte y no sentía mucha preocupación a largo plazo por mi brazo, pero sí me inquietaba lo suficiente como para sentir por el camino que

algo me carcomía por dentro. Por entonces no era nada del otro mundo, pero bastaba para molestar. Como una piedrecilla en la bota.

Antes de ponerme de nuevo en marcha, recogí unos guijarros y me los metí en el bolsillo derecho, y entonces, mientras andaba, traté de contar los pasos. Era un truco que papá nos había enseñado en las largas playas de South Uist. Un kilómetro es un kilómetro, y en cuanto has contado los pasos que necesitas para recorrerlo, luego vuelves a contar tus zancadas y descubres hasta dónde puedes andar en un día. También puedes echar una ojeada al mapa, y si sabes en qué dirección andas y hasta dónde has llegado, sabes en todo momento dónde estás. Esa es la teoría. No me había dado cuenta de que estaba en el proceso de probar su validez hasta que no funcionó. Yo solo quería contar hasta mil trescientos cincuenta, que es mi cuenta para un kilómetro. Durante la caminata veía muchas cosas nuevas y tenía que ir con cuidado para no descontarme. A modo de ayuda, cada vez que contaba mil trescientos cincuenta zancadas pasaba un guijarro del bolsillo derecho al izquierdo.

Aquel primer día anduve veinticinco guijarros. Lo recuerdo. Era un número redondo. Los recorrí por la carretera cubierta de vegetación, porque seguía casi con exactitud la dirección que había determinado en lo alto de la torre con las botellas de cristal y la luz anaranjada. Como sabía que una vez me hallara en el suelo no podría ver el risco donde vi el fuego, había buscado un punto de referencia a partir de la línea de visión. Se trataba de una aguja. Al verla me había parecido pequeña, pero a medida que me acercaba vi que se erguía sobre el paisaje circundante. Era una aguja de iglesia. Me imaginé que las llamaban así porque terminan en punta, pero aún me parece que era la más alta y aguda entre todas las que he visto desde entonces. Arañaba el cielo con una pequeña cruz torcida que tenía en lo alto. Lo que se me hizo evidente al acercarme fue que se hallaba en medio de lo que en otro tiempo debía de haber sido una ciudad. En el

momento de escribir estas líneas me doy cuenta de que no sé cual es la diferencia entre una ciudad y un pueblo, aparte de que la ciudad es mucho más grande que el pueblo. Me imagino que si tuviese un diccionario podría consultarlo. Pero ahora mismo no tengo ningún libro, aparte del cuaderno en el que escribo esto. No sé si aquello era oficialmente una ciudad, pero sí era más grande que el pueblo del que había salido por la mañana, y el fuego no había destruido mucho. O en todo caso, el incendio se había producido mucho antes y el verdor había vuelto a cubrir los restos chamuscados y las cenizas que pudiera haber dejado. Esto no significa que la ciudad estuviera intacta. Sin lugar a dudas, iba en camino de volver a transformarse en paisaje. Como ya te he dicho, la naturaleza acaba por derribar los edificios si le das tiempo suficiente. La lluvia se cuela en su interior, el frío transforma el agua en hielo durante el invierno, el hielo ensancha las grietas del edificio y entonces, en primavera, germinan semillas dentro de las grietas, y lo único que hay que hacer es aguardar a que las raíces separen entre sí las paredes y el tejado para que entren nuevas semillas, y lluvia, y hielo, y al fin todo se viene abajo, tanto en la tierra principal como en las demás.

Me he preguntado si te pondrías triste al pensar que la naturaleza salvaje va a reconquistar el mundo que tú y tus antepasados le quitasteis y domesticasteis. Me imagino que podría ocurrir, sobre todo cuando veo todas las maravillas que construisteis. He visto cosas que no podía ni imaginarme, ni siquiera con las fotos que solía mirar en los libros viejos y descoloridos cuando estaba en casa. He caminado por los restos de edificios que no me habría parecido posible construir. No me imagino cómo alguien podría haber colocado tanta piedra en el aire y conseguir que se quedara allí. Y no pienso tan solo en los edificios, sino también en los puentes y los túneles. Aún me impresiona toda la energía y la inteligencia que se emplearon en su construcción, una energía y una inteligencia que para ti debían de ser cosa de todos los días.

Pero en realidad los edificios no son distintos de los árboles. Ni de las personas. Acaban por venirse abajo y morir.

Entré en la ciudad, y cuanto más me acercaba a la aguja, más me parecía que las ruinas de los edificios se alzaban y se cerraban a mi alrededor. El camino desde el final del campo hasta allí sumó dos guijarros. Los animales habían abierto caminos que pasaban entre la hierba y los arbustos que cubrían el hueco entre los edificios, el hueco que en otro tiempo habían sido calles. En el fango y las hojas podridas vi las huellas de unas patas como de conejo, pero también otras más grandes, vi huellas de pezuñas, y eso me sorprendió. No debería, porque teníamos ponis en nuestra isla, pero por el motivo que sea no se me había ocurrido que pudiera haber ponis en la tierra principal. Doblé una esquina y me vi cara a cara con un zorro. Era grande, tanto como *Jip*, y su pelambre era de un color anaranjado oscuro, salvo por un par de mechones blancos en el pecho y en la punta de la cola. Me miró sin que pareciera sorprendido, pero con ese silencio extremo de los animales que se disponen a correr en cuanto les parece que pueden darse la vuelta sin peligro.

Se hallaba al pie de una gran ladera, que de hecho era el piso superior de un edificio que se había venido abajo. Todos los pisos eran de hormigón y no tenía paredes. Me parece que lo hicieron para meter coches dentro. En cualquier caso, los pisos se habían venido abajo y se amontonaban unos encima de otros como una pila de tortas de avena inclinada hacia un lado. Unas franjas amarillas medio borradas dividían el color gris del hormigón en secciones que se correspondían con el tamaño de un coche. Me puse a pensar que recordaban una escalerilla gigante, y en ese mismo momento el zorro se dio la vuelta y echó a correr ladera arriba, perseguido por *Jip*. El zorro desapareció por una puerta en lo más alto de la ladera donde aún se leían unas letras medio borradas que decían SALIDA, y *Jip* también lo habría seguido por allí si no hubiese oído el fuerte silbido y se hubiera detenido de pronto. Me dirigió una mirada de reproche, meó al lado de

la puerta de salida y volvió a bajar conmigo a la calle.

Me moría por vikinguear en los enormes edificios por los que pasaba, pero ya llevaba en la mochila y en el cinturón todo lo que podía necesitar, y no quería apartarme de mi plan. Aunque, en realidad, lo que quería con desesperación era distraerme e ir de caza por los rincones perdidos del nuevo territorio que se desplegaba a mi alrededor. Pero todavía era más fuerte el deseo de recuperar a mi perra. Había calculado la distancia que tendría que recorrer para ir desde la torre hasta ese punto en la costa opuesta donde no dudaba —por las marcas en el mapa— que se hallaría el hogar de Brand. Si caminaba treinta kilómetros al día, iba a llegar en diez o doce días. Doce días no era mucho. Y podría vikinguear cuando regresara. Eso era lo que me decía a mí. Una vez hubiera recuperado a *Jess*, claro. Tenía la esperanza de que Brand hubiera navegado de vuelta a casa directamente y pensaba que podía ser así, porque su embarcación iba cargada hasta la borda con lo que había ido consiguiendo durante sus viajes. Por supuesto que no tenía ninguna idea de cómo podría rescatar a mi perra, pero pensaba que se me ocurriría algo una vez hubiera visto cómo era el lugar. En mi plan había un millar de errores, y uno de ellos era que lo confiaba todo al mapa que había robado, y que todas mis esperanzas colgaban de la red de líneas de lápiz que empezaban en aquel único punto de la costa oriental.

Bien. Nada de vikinguear. Y si hubiera querido atenerme al plan, debería haber pasado de largo frente a la aguja y recorrer otros cinco guijarros antes de acampar. Pero me había cansado, y el día que había pasado entre árboles, y después entre aquella masa de edificios demasiado grandes, me resultaba tan nuevo que todo ello me hacía sentir una mezcla entre aturdimiento y mareo. Así pues, pensé que podía dejar el camino para el día siguiente. Para endulzar la situación, me dije que tenía que tratar de trepar a la torre de la aguja y localizar el siguiente punto de referencia con la brújula. No me costó nada llegar a la iglesia, aunque tuve que orientarme por un laberinto de

calles más estrechas, donde los edificios de ladrillo rojo empezaban a venirse abajo entre las espesas zarzas que cegaban el camino. Al llegar allí descubrí que se erguía sobre una especie de río de árboles que se bifurcaba a ambos lados. Más allá vi un río de verdad en el que centelleaba el reflejo de la luz del sol. Lo que no sabía entonces, pero ahora sí sé después de haber visto mucho país, es que el río de árboles era en realidad la antigua línea férrea, y que las copas de los árboles estaban al mismo nivel que yo porque crecían sobre una zanja que se abrió en la tierra para que pasara el tren. Las vías férreas se cubren de árboles antes que las carreteras, quizá porque los raíles estaban instalados sobre piedras sueltas y no sobre la dura piel del asfalto. Lo que sí he descubierto es que al seguir una de las vías férreas que aparecen en los viejos mapas se avanza con mayor rapidez si se camina por el campo que la bordea, donde no hay tanta vegetación, que si se trata de avanzar por la maleza que ha recolonizado las vías con entusiasmo. Hoy en día son vías verdes, más que vías férreas.

Las puertas de la iglesia estaban cerradas, o la corrosión impedía que se abrieran. Estaban hechas con madera pesada que parecía haberse endurecido, en vez de pudrirse. Las barandillas de hierro que circundaban la iglesia se habían corroído hasta transformarse en una barrera desigual y hostil, y las hierbas y arbolillos desnivelaban el patio de piedra que había frente a la puerta. Pero las ventanas, por lo menos las ventanas a las que se podía llegar, estaban intactas. En un extremo había una ventana grande y redonda, como una gigantesca flor de piedra con paneles de cristal coloreado que irradiaban desde el centro. Algunos de los cristales estaban rotos, pero no podría entrar por allí.

Lo habría dejado correr, pero entonces *Jip* persiguió a una criatura rápida y ágil por debajo del arco que sostenía la torre, y cuando fui en pos de sus ladridos emocionados, me encontré con que había perseguido a la rata hasta el interior del edificio por una puerta que no había visto. La

puerta como tal estaba cerrada, pero un canalón que pasaba por arriba estaba roto y el agua había desgastado el costado de la iglesia durante tantos años bajando por allí, y se había encharcado al pie de la torre. Así se había podrido la parte baja de la puerta dejando un agujero tamaño perro por el que se coló *Jip*. Tiré de la madera hasta ampliar el boquete a tamaño Gris y entré arrastrándome.

El interior era maravilloso y tremendo. Las ventanas que por fuera parecían grises irradiaban luz y color bajo un techo alto. En el cristal había imágenes de hombres barbudos vestidos con túnicas en ocupaciones variadas, y mujeres con pañuelos en la cabeza que miraban al cielo y sostenían bebés. El techo era una complicada estructura de soportes de madera que se escalonaban hasta el punto más elevado, y en todas las repisas había más estatuas de hombres barbudos. En mi niñez había leído una Biblia infantil que contaba todas las historias importantes, por lo que me imaginaba que la mayoría de las mujeres pintadas eran María, porque la cara era siempre la misma, solo cambiaban los colores de los pañuelos, las túnicas y lo que llevaban. Algunas de ellas sostenían un bebé, y otras, cosas más raras como ruedas y llamas. No es posible que todos los que tenían barba fueran Jesús, pero sí sé que los que estaban desnudos y clavados a una cruz sí lo eran. Las estatuas no estaban solo en los soportes del techo. Las había por todas partes, grandes y pequeñas, en pie o colgando de la pared. En la iglesia de Iona había una o dos, pero allí… Las muchedumbres de otros tiempos debían de haberse parecido a aquello. Era el espacio vacío más abarrotado en el que me había encontrado hasta entonces, y tenía la desagradable sensación de que todos ellos habían estado esperando que yo, o alguien, turbara su paz y quietud.

Aunque uno de los extremos de la iglesia apenas había sufrido con el paso del tiempo, el otro era una maraña de largas tuberías de metal, porque algo que pensé que era un órgano se había venido abajo. En los libros que había leído, las gentes iban a la iglesia en busca de paz, o para hablar con un dios, o para encontrarse con todos sus vecinos. No

me pareció que fuese un sitio agradable para hablar con un dios. Las estatuas estaban hechas de una manera que transmitía demasiado dolor, demasiado entusiasmo. Creo que entusiasmo es la palabra adecuada, quiere decir que uno se deleita en algo. Me parecía que los escultores habían hecho las estatuas sintiendo verdadero placer con el dolor de que te claven en una cruz. Tal vez esta impresión se deba a mi ignorancia, más que a un error por su parte. Tal vez amar el dolor tenga algún sentido para quien cree en seres invisibles como ese dios. El caso es que sentía como si… todo aquel placer no significara nada para mí. Como escuchar el final de un chiste sin haber oído el principio. Quizá debería haber leído una Biblia de adultos para entender de qué iba todo aquello, pero en el lugar donde crecí no teníamos tiempo para dioses. Dios había dejado de existir, los dioses habían dejado de existir, igual que todos vosotros dejasteis de existir. Ahora los dioses no son más que historias. Bar me contó que de todos modos lo habían sido siempre. Historias para dar sentido a las vidas de quienes querían que otro tuviera cuidado de ellos, en vez de trazarse su propio camino.

Bar leía libros distintos de los que leía yo. Libros de ideas, no de historias, y libros prácticos sobre cómo hacer cosas, o hacer que las cosas crezcan. A mí esos libros nunca me interesaron tanto como los que contaban historias inventadas sobre personas. Pero sí me gustaba la manera como funcionaba el cerebro de mi hermana.

Encontré una puerta pequeña por la que se accedía a la torre. La estrechez del espacio me asfixiaba. Mientras subía sentí que se me agarrotaba la garganta. Tenía la extraña sensación de adentrarme por un camino sin salida. Empecé a preguntarme cómo saldría de la estrecha escalera de caracol si la puerta de abajo se cerraba de golpe y la de arriba no se abría. Me quedaría como un escarabajo en una botella. La parte razonable de mi mente sabía que la puerta de abajo no se cerraría, porque sabía que el viento no llegaría hasta ella, aunque soplara el viento, que de hecho no soplaba, y no podía haber nadie que la cerrara, porque

el mundo estaba vacío. Pero la parte asustadiza de mi mente pensaba otras cosas. La puerta de arriba sí se abrió, aunque tuve que romper una de las bisagras a base de tirones y patadas. Salí a una plataforma de piedra que daba la vuelta a la base de la aguja. Al mirar hacia arriba la vi en toda su longitud y distinguí la cruz doblada en la punta, y sentí el enorme peso de la piedra equilibrado en lo alto como una amenaza. ¿No te ha ocurrido nunca acercarte hasta el borde de un precipicio y sentir como si algo tirara de ti hacia abajo, un tirón siniestro, pero también emocionante, que te daba ganas de saltar? Parecía que la masa de todos aquellos bloques de piedra se sostuviera allá arriba presa de una tentación similar.

Quédate ahí, parecía que me dijese. No te muevas. Y en cualquier momento caeremos sobre ti para aplastarte.

Me orienté con la brújula. Distinguí una muesca en el terreno elevado que se alzaba en la lejanía. Más allá se erguía una colina. Si lograba que el pico de esa colina se hallara siempre a la derecha de la muesca —como si se hubiera tratado de la mira de un fusil—, iría en la dirección adecuada. Desplegué el mapa y dibujé aquella forma en una de las partes que representaban el mar, para no olvidarla. Luego volví a entrar en la iglesia. Se me había ocurrido pasar la noche dentro, pero había demasiados ojos que me observarían mientras durmiera. No eran ojos humanos, y aunque las estatuas tuvieran la mirada fija, no había nada en la manera como se habían esculpido que pudiera afectarme. A diferencia de la mujer con el vestido amarillo. Pero me estoy adelantando a lo que te contaré después. Me senté sobre el altar, y antes de salir compartí carne seca y tortas de avena con *Jip*, y mientras estaba allí y contemplaba el conjunto de la iglesia se me ocurrió que probablemente estaba viendo lo mismo que había visto en otro tiempo el sacerdote del dios, cuando las hileras de bancos vacíos estaban repletas de personas vivas. Traté de imaginarme qué clase de sonido debía de salir por aquellos tubos de metal que se hallaban al otro extremo de la sala como un gigantesco juego de bastones. No lo conseguí, y

cuando salí del edificio mi recuerdo más nítido no eran las estatuas, ni la cruel tortura en la que parecían deleitarse, sino los gloriosos colores de las ventanas de cristal que había a su alrededor. Quedaron como joyas en mi recuerdo.

La mujer del vestido amarillo vivía en un templo griego que encontré en el centro de la ciudad, un edificio inquietante a un lado de la plaza cubierta de losas de piedra. Por supuesto que no se trataba de un verdadero templo griego, pero sí parecía una versión más oscura del de color blanco que aparecía en un libro de mitos que Joy y yo habíamos hojeado hacía siglos junto a la hoguera, un templo donde había vivido Zeus, o quizá Atenea. Tenía en la entrada las mismas columnas, que sostenían un gran triángulo de piedra, y debajo de este había un porche grande, y al fondo puertas y ventanas. Las ventanas estaban entabladas, quizá para proteger el cristal. Me pasé un buen rato tratando de entender lo que decían las letras talladas en la piedra de la fachada del edificio. Me parece que era: «A LA LITERATURA, LAS ARTES Y LAS CIENCIAS».

Las puertas estaban lo bastante abiertas como para poder entrar con *Jip*. Una vez dentro encontramos otras puertas, que en este caso eran de cristal. Aquellas puertas habían resguardado el interior de los fenómenos atmosféricos y de los animales. Las abrí con alguna dificultad y entramos. Como las ventanas de arriba no estaban entabladas, subí por la escalera. Aquello había sido un museo. Lo descubrí al leer los carteles de las paredes. Pero dentro no había nada. Excepto en una sala del centro del edificio. Se trataba de uno de tantos espacios grandes y vacíos, y había una silla, y frente a la silla una dama con un vestido amarillo que clavaba los ojos en mí. Digo que era una dama porque una dama es un tipo más elegante de mujer, y el vestido era lo más elegante que puedas imaginar, largo y lujoso, y del color amarillo más vivo, con un poco de negro en los bordes. No era un vestido que una mujer pudiera ponerse para hacer algo útil. Era un vestido pensado para estorbar. Pero de todos modos era un vestido muy bueno para gandulear y mirar a la gente. Y sus ojos

hacían muy bien la labor de mirar. No era más que una pintura, pero había más vida en sus ojos que en todos los Jesuses y Marías de mirada inexpresiva de la iglesia. Clavaba los ojos en mí y me di cuenta de que me miraba con el mismo interés con que el artista debía de haberla mirado a ella. Me miraba y yo sentía… como una conexión. Quizá no una conexión directa con ella, pero sí con la vida. Porque eso era lo que el pintor había captado, lo que le había gustado al pintor. La vida de aquella dama. Quizá la vida en sí misma. Me senté en la silla y le devolví la mirada.

Hola, le dije, soy Gris.

Entonces me reí por encontrarme hablando con una pintura, y me pareció que su mirada compartía la broma que ella misma no era capaz de hacer. Antes no me había convencido lo de ponerme a dormir bajo la mirada de todas las esculturas, pero llegué a la conclusión de que dormir en aquella sala, sin más mirada que la de aquella dama, sería muy distinto.

Creo que alguna otra persona también pensó que compartir sala y mirada con ella debía de resultar relajante y por eso había colocado la silla enfrente de la pintura. Supongo que uno de los últimos, o de las últimas baby antiboomers debió de ir allí para ver un rostro joven cuando todos los rostros jóvenes hubieron desaparecido, cuando todos habían muerto o envejecido. Qué triste debió de resultar todo al no venir después una generación más joven. Me imagino que se sentó en la silla para encontrar ese poquito de vida. Dejé allí el saco de dormir y bajé para encargarme de los conejos.

Por el camino me distraje en una sala de la planta baja. El rótulo decía «TIENDA DEL MUSEO» y, aunque el desorden y la capa de polvo que lo cubría todo delataran que alguien —quizá muchas personas— había vikingueado tiempo atrás por allí, quedaban cosas interesantes. Se trataba sobre todo de libros, pero también algunos lápices que me llevé y un pequeño sacapuntas de latón con una cuchilla de acero que no se había oxidado. La mayoría de

los libros eran volúmenes ilustrados sobre pintura, demasiado grandes como para llevármelos, pero también había un estante torcido con libros pequeños, que se podían meter en el bolsillo. Había guías sobre temas tales como flores, aves, rocas, y otras cosas que puedes encontrarte mientras das un paseo y que tal vez quieras identificar. Me pareció que podría llevarme dos en la mochila sin cargarla demasiado. La opción más obvia era una que se titulaba *Comida gratis*. En la cubierta aparecían fotos de moras y frambuesas. Le eché una ojeada y vi que era una guía que enseñaba a comer cosas que se encuentran y que no ha criado uno mismo. Había un montón de fotos muy buenas que enseñaban a identificar comida no venenosa. Si tenía que proveerme mientras atravesaba la tierra principal, un libro que me explicara lo que no tenía que comer entre las plantas desconocidas que iría encontrando era como un regalo. También cogí otro libro de utilidad no tan evidente, y que se titulaba *Árboles*, y me lo llevé porque me gustaba y porque en esos momentos estaba empezando a descubrir un mundo con árboles de verdad. Al recordar todo aquello, pienso que ambos libros me ayudaron a sobrevivir. Pero tan solo uno de ellos me salvó la vida. Y no fue el que habríamos podido imaginar de entrada.

Cargué con un montón de libros más difíciles de llevar para poder echarles al menos una mirada cuando encendiese la hoguera entre las pesadas columnas del porche. Me senté al lado de *Jip* y hojeé los libros más grandes mientras los conejos se asaban. Mis ojos gozaron con los vivos colores de aquellas ilustraciones que aún brillaban en la página después de que hubiera pasado más de un siglo. Me comí la carne del conejo recién salido del fuego. *Jip* aguardó a que su porción se enfriara un poco y luego se la llevó por la escalera para comérsela en privado, como siempre hacía. *Jess* era distinta. Siempre comía rápido, pero no dejaba de mirarme y de menear la cola, como para hacerme partícipe del buen rato que estaba pasando. Sentí una punzada de dolor al recordarla y pensé que ojalá Brand la alimentara como es debido y se

encontrara bien, dondequiera que estuviese. Y entonces la recordé encadenada a *Saga* y tuve muy claro que no se encontraría bien.

Mientras *Jip* comía, me quité con delicadeza la venda del brazo y aproveché la última luz del día para inspeccionarlo. Llegué a la conclusión de que se veía un poco mejor. Lo unté con miel una vez más y volví a vendarlo con igual cuidado. Me dije que tal vez no estuviera mejor de verdad, pero que en todo caso tampoco parecía estar peor. Ya era algo. Cuando amaneciese, me acercaría al río que había visto para volver a llenar las botellas con agua, y por ello me bebí toda la que quedaba, meé en lo alto de la escalera mientras contemplaba el crepúsculo y fui adentro para pasar la noche.

Quizá te parezca que era una hora muy temprana para echarse a dormir, pero piensa que vosotros disponíais de luces eléctricas que os permitían pasar el día al ritmo que más os gustara, y no de acuerdo con los dictados del sol. Y la caminata había sido larga, era el día en que había caminado más rato seguido en toda mi vida, y los pies me dolían, aún sentía punzadas en el brazo y las correas de la mochila me habían hecho ampollas en el hombro. Cerré todas las puertas a mi espalda, desplegué el saco frente a la dama del vestido amarillo, y me eché a dormir. *Jip* patrulló pegado a las paredes con la esperanza de encontrar una rata, y luego vino a echarse a mi lado. Miré a los ojos de la pintura y traté de imaginarme cómo habría sido su vida. Su rostro reflejaba gentileza e inteligencia, e incluso sentido del humor, pero me pregunté si mientras la pintaban había llegado a imaginarse qué pasaría con el cuadro, qué pasaría con ella. No creo que se le ocurriera ni por un instante que su intensa mirada sobreviviría a sus muchos biznietos, y que su destino final consistiría en contemplarnos a *Jip* y a mí mientras dormíamos en un tiempo posterior al fin del mundo.

Y vaya si dormimos. Un sueño largo y profundo, hasta el mismo corazón de la noche.

Y entonces desperté y me quedé en silencio, y oí el

sordo gruñido de *Jip*.

Desde luego, era la clase de sonido que no queremos que nos despierte. Me recorrió un escalofrío por todo el espinazo.

Estaba muy oscuro, pero al tender la mano encontré que *Jip* estaba en pie, con el cuerpo rígido, el pelambre erizado, tembloroso.

Me incorporé y saqué el cuchillo.

Dejé la otra mano sobre el lomo del animal y le dije con el tacto, no con la voz, que no pasaba nada. Quería oír lo que lo había despertado. Dejó de gruñir, pero se quedó en pie, con el pelambre del lomo todavía erizado.

Algo se movía al otro lado de las ventanas. Oí un sonido como de roce y movimiento, no un sonido específico como el de pisadas o respiración, tan solo el ruido de algo que se movía, leve y casi inaudible, más parecido a una perturbación en el aire que a un sonido de verdad. Pero de todos modos estaba allí y era el ruido que podía hacer una criatura más grande que una rata o una ardilla. Me acerqué poco a poco a la ventana y traté de mirar abajo y descubrir de qué se trataba, pero el ángulo era demasiado cerrado y no habría podido ver lo que había allí aunque hubiera habido más luz. Tuve que contentarme con la percepción de que el sonido parecía desplazarse hacia la fachada frontal del edificio. La fachada frontal con la puerta sin cerrar.

Cogí el arco y las flechas con todo el sigilo del que fui capaz y me llevé a *Jip* hasta la escalera. Le dije que no se alejara de mí. Es uno de los consejos que el perro entendía, por el tiempo que habíamos pasado juntos de caza en la isla. Se sentó a mi lado mientras me arrodillaba en la penumbra, en el extremo superior de la escalera, de cara a la puerta principal. Preparé sin pensar una flecha y dejé las otras en el suelo, donde pudiera agarrarlas sin tener que mirar, y después ambos hicimos un excelente ejercicio de imitación de todas aquellas estatuas y aguzamos el oído para escuchar en la oscuridad.

La criatura (o la persona…, quizá fuera Brand, porque llegué a pensar que tal vez me había seguido) subió por los

escalones hasta el pórtico. Habría jurado que la oí husmear, y enseguida me di cuenta de que estaba examinando la hoguera de acampada y los restos del conejo. Se oyó un horrible crujido de huesos y luego silencio, y una vez más un sonido de movimiento, esta vez más cerca de las puertas principales. Después volvió el silencio y duró tanto que tuve que cambiar de posición para evitar un calambre, y el silencio continuó y empecé a preguntarme si no nos lo habríamos imaginado todo, y me relajé lo suficiente como para dar un descanso a mis piernas. En vez de quedarme de rodillas, me senté sobre el escalón superior.

Entonces se oyó un pesado golpe y un crujido, como si algo hubiera cargado contra la puerta principal, y *Jip* dio un paso adelante. El pelambre se le había vuelto a erizar y su gruñido de advertencia resonó, sordo e inconfundible, y yo ya tenía el arco tensado, a punto para lo que sucediera.

Y no sucedió nada.

Siguió sin suceder nada, y después tampoco sucedió nada, y entonces se oyó un ave que ululaba en la lejanía, algo que reconocí como un búho, una voz tan perfectamente reconocible que no habría podido confundirla con nada, aunque de hecho no hubiera oído en toda mi vida el ulular de un búho. Y luego volvió a hacerse el silencio.

No conservo el recuerdo de haberme relajado, aunque sí sé que *Jip*, al cabo de mucho rato, acabó por sentarse. Y desde luego no conservo el recuerdo de haberme dormido.

Me desperté con el sol en los ojos y una tortícolis muy desagradable en el cuello, porque me había apoyado contra la pared y me quedé dormido tras sentarme solo a medias, con el cuerpo torcido y doblado sobre sí mismo.

Se me ocurrió ir a ver si había peligro antes de dejar salir a *Jip*, pero en el mismo instante en que abrí la puerta interior de cristal salió disparado entre mis piernas y corrió por el porche, echando miradas a derecha e izquierda.

Sintiéndome extrañamente idiota, me asomé por la puerta entreabierta, con el arco a punto mientras mis ojos recorrían la plaza en busca del visitante nocturno, por si

nos había tendido una emboscada.

Jip, sin tales preocupaciones, corría de un lado para otro, presa de un intenso furor, y trataba de encontrar el rastro con el olfato. Desapareció por una esquina y tardó varios minutos en volver, y luego regresó con un aspecto mucho más alegre que cuando se había marchado. Levantó la pata en la esquina del museo donde habíamos oído que se movía la criatura y luego trotó hasta el centro de la plaza con el hocico pegado al suelo, y encontró un buen montón de mierda fresca. No parecía humana y eso me tranquilizó, pero por otra parte nunca había visto otra parecida. No parecía que a *Jip* le importara qué animal nuevo y desconocido la hubiera dejado. Se contentó con levantar la pata y dejar también su olor.

Parecía satisfecho con su labor y a mí también me alegró su actitud. Gracias a todo ello y a la luz del sol, fue como si los miedos de la noche se desdibujaran. Si no hubiera sentido tanto escozor y rigidez en el brazo, habría sido un comienzo perfecto para aquel día.

Capítulo 15
La fiebre

Me despedí de la dama del vestido amarillo. Tuve buen cuidado de cerrar todas las puertas, para que la exposición a la intemperie y los animales no destruyeran el museo antes de tiempo. Cuando estuve lo bastante lejos como para volverme y ver mejor el edificio, me di cuenta de que un par de arbolillos crecía en un mismo lado del tejado, con lo que cabía entender que ya le había llegado su hora. Si hubiera contado con el *Dulce Esperanza*, creo que me habría llevado a la dama. Me habría gustado que Bar y Ferg viesen cómo los miraba. Papá lo habría considerado un absurdo capricho. A mamá le habría gustado que su sonrisa le hiciera compañía.

No tuve que llegar hasta el río para llenar las botellas, porque encontré un arroyo que pasaba por la mitad de la calle, y el agua corría rauda y clara. A veces, cuando llueve después de un largo período de calor y sequedad, el agua resbala sobre la tierra compacta y no se ensucia tanto como ocurriría si corriese sobre tierra húmeda. El agua que embotellé provenía de la tempestad que había presenciado desde lo alto de la torre.

Anduvimos hasta salir de la ciudad y regresamos al campo. Caminábamos hacia la lejana muesca que había divisado en las colinas. La tierra subía y bajaba en suaves ondulaciones. Esta vez caminábamos campo a través, no seguíamos una carretera antigua, aunque sí compartimos dirección con una línea de ferrocarril a lo largo de unos pocos guijarros.

A veces, cuando descendíamos a un valle, perdía de vista la muesca, pero siempre volvíamos a encontrarla

cuando subíamos por el lado opuesto. Busqué por el camino puntos de referencia que estuvieran más cerca pero señalaran en la misma dirección, y así pudimos mantener el rumbo durante toda la mañana. Había árboles de hoja ancha, pero no abundaban. Los espacios abiertos que había entre ellos, y que en otro tiempo debían de haber sido tierras de cultivo, se habían transformado en brezos, divididos por franjas de matorrales que en su origen habían sido setos. Gracias a mi nuevo libro descubrí que la mayoría de los árboles eran espinos, hayas y avellanos. Y donde no había, casi todo eran zarzas. Suficientes zarzas como para obligarme a ponerme las botas. En realidad era muy fácil andar por los matorrales, porque a lo largo de los años los animales habían abierto sus propios caminos para pasar entre ellos, y aunque no podía evitar la tentación de buscar huellas humanas entre las de pezuñas y zarpas, no contaba con encontrar ninguna, y no las encontré. Fuimos pasando por amplias extensiones de hierba y helechos, con ocasionales arbustos de poca altura. A *Jip* le encantaba aquel páramo abierto, porque hallaba buenas oportunidades de caza y más conejos de los que habría podido soñar.

Se echó a correr tan rápido que tuve miedo de que se hiciera daño. Papá decía que los terriers pueden llegar a ser tan estúpidos que se ponen a correr hasta que les revienta el corazón, pero no creo que sea verdad. Ahora que he tomado la distancia suficiente, me doy cuenta de que papá era un hombre que se preocupaba mucho, que ocultaba sus miedos tras una máscara de severidad y de accesos de mal humor que estallaban sin previo aviso y sin que vinieran a cuento, como tempestades oscuras en un cielo azul y despejado. Si se preocupaba por la posibilidad de que un terrier sufriera un ataque de corazón era porque se dejaba llevar por el miedo, pero no sé de dónde salía ese miedo. Quizá temiera perder un perro valioso. Pero *Jip* me trajo tres conejos y solo entonces la fatiga lo obligó a caminar a mi lado, y después, cuando una liebre salió de pronto de una aulaga cerca de la que pasamos, dio un par de pasos tentativos antes de echarse a correr, y luego se detuvo y

volvió los ojos hacia mí, meneó la cola, con la lengua colgando de su boca jadeante. Se sentía feliz a la luz del sol, igual que yo.

Era un día cálido y las ampollas que me habían hecho las correas de la mochila empezaron a molestarme de verdad a la hora de comer, cuando el sol se hallaba en su cenit. Era la época de las bayas y me había dedicado a arrancar y recoger zarzamoras a lo largo del camino. Nos detuvimos junto a un pequeño estanque y me senté bajo un sauce a descansar. Me comí las bayas que había recogido y una parte de la carne seca que me quedaba. *Jip* bebió agua ruidosamente y molestó a alguna criatura que chapoteó y se escabulló por las hierbas altas y las acederas de la otra orilla. *Jip* la persiguió con las orejas en alto, pero luego se sentó y se quedó jadeante a la sombra de un avellano que estaba cerca.

Me miré el brazo y me pareció que estaba bien, y pensé en lo que podía hacer con el dolor de los hombros. Había visto por el camino mechones de lana que habían quedado prendidos en las zarzas, y en esos momentos pensé en llevarme alguno para hacerme una bola que amortiguara la presión de las correas. Resolví que lo haría una vez nos pusiéramos en camino. La lana que quedaba atrapada en las espinas indicaba que debía de haber ovejas cerca de allí, y me pregunté si convendría matar una en el caso de que las encontráramos. La carne fresca me sentaría bien, y además podría ahumar una parte para llevármela. Pero había por todos lados un gran número de conejos y bayas, y en aquel momento me pareció que matar a un animal tan grande y echar a perder la mayor parte de su carne era un derroche innecesario. No quería pasar en la tierra principal tanto tiempo como para tener que almacenar comida y aún menos transportarla. Pensé que podía ir viviendo de lo que encontrara por el camino. Por aquel entonces no sabía tanto como ahora sobre el hambre. Pero en ese momento pensaba en viajar con rapidez y sin mucho equipaje. Aún no sabía que ciertos viajes son mejores si se emprenden sin prisas. Llegaba al extremo de sentirme culpable por descansar a la

sombra de los árboles y por entretenerme a identificarlos con la ayuda de mi nuevo libro. Me parecía que tenía que caminar durante todas las horas que durase la luz del día.

Recuerdo con mucha claridad todos los detalles del descanso que hicimos al borde del estanque. Incluso los colores brillantes de las libélulas que se cernían sobre las aguas y pasaban volando sobre ellas. Recuerdo que me eché en el suelo y contemplé el cielo azul a través del dosel verde pálido de las hojas de sauce, y pensé que en vez de matar a una oveja quizá podría secar al aire la carne de conejo sobre la mochila al mismo tiempo que caminaba, para así disponer de comida los días en que *Jip* quizá no podría cazar la cena, o yo no podría abatirla con las flechas. Y recuerdo que luego nos pusimos en camino una vez más en dirección a la muesca, y apenas si recuerdo nada de los dos días siguientes, porque resulta que mi brazo no había mejorado en absoluto.

Caminaba con una especie de aturdimiento. Contaba los pasos y los guijarros, y dormía bajo los árboles. Sé que pasamos por el lado de casas, de montones de casas, pero no recuerdo que entrase en ninguna de ellas. Sí recuerdo que me di cuenta de que me había olvidado de pasar al otro bolsillo los guijarros que utilizaba para saber el número total de pasos, aunque no me hubiera olvidado de contar los pasos. Bebí mucha agua y dejé de hablarle a *Jip*. Pienso que el brazo me dio fiebre. Todo lo que recuerdo es la muesca en las colinas que parecía que siempre estuviera igual de lejos, y de que iba contando. Y entonces, un día, a la hora de comer, me eché a dormir bajo un roble, y al despertar temblaba y estaba oscuro, y *Jip* me ladraba. Me metí en el saco de dormir y me quedé dentro. Durante un par de días no hice más que dormir, temblar, salir tambaleándome del saco de dormir para cagar, y luego, cuando no quedaba comida en mi cuerpo que pudiera volver a salir, me tragué las últimas tortas de avena y me eché allí, pensando que era una manera muy estúpida de morir. *Jip* se quedó a mi lado y me dio calor durante las noches y compañía durante el día. Se marchaba y volvía

con conejos, pero no me quedaban fuerzas para encender una hoguera, así que se los comía mientras yo miraba.

No sé cuántos días duró la enfermedad, pero sí recuerdo el momento en que llegué a la conclusión de que tenía que ponerme a caminar. Me había arrastrado hasta el borde del agua para llenar las botellas, y, mientras lo hacía, fue como si todos los sonidos del mundo cesaran.

Las aves enmudecieron e incluso pareció como si la brisa perdiera fuerza. El follaje por encima de nosotros quedó en silencio. Me volví y miré a *Jip*, que estaba en pie, rígido, y observaba los bosques de la otra orilla. Se me erizaron todos los cabellos de la nuca. No vi nada y el sonido regresó poco a poco, pero por un simple instante tuve la absoluta convicción de que alguien me miraba. Y de que no me miraba con buenas intenciones. Y aunque todavía tenía fiebre y vomitaba casi todo lo que bebía, la idea de quedarme allí se me hizo insoportable. Regresé a mi escondrijo con pasos tambaleantes y lo primero que hice fue tensar la cuerda del arco y preparar una flecha. Luego, sin perder de vista el bosque que tenía enfrente, volví a llenar la mochila y salí de debajo de los sauces y subí con disimulo por la ladera del brezal. La cabeza se me partía de dolor y parecía que todas las articulaciones de mi cuerpo estuvieran llenas de arena. Todos mis movimientos se veían dificultados a la vez por la rigidez y el dolor. Pero a pesar de todo, la sensación que me había asaltado cuando estaba cerca del agua era tan intensa que tenía que alejarme de ella todo lo rápido que me fuera posible.

Quizá no fuera nada. Quizá no era más que el recuerdo de la criatura grande e invisible que había doblado ruidosamente la esquina durante la noche en el museo. O tal vez me hubiese mirado una criatura que me veía como presa, igual que yo veía a los conejos y los ciervos. O a las ovejas.

Presa de la enfermedad, del temblor, dando traspiés, anduve durante todo el día con el arco en la mano y una flecha a punto. Cuando por fin, al caer la noche, dejé de caminar, mi mano había quedado agarrotada y tuve que

masajearla para devolverla a la vida.

Me detuve en una casa. Quería puertas y paredes que me protegieran. Era de ladrillo, con dos pisos y el techo intacto, y se hallaba junto a un gran estanque, en medio de una arboleda que había conquistado terreno más allá del jardín al que había pertenecido en otro tiempo. Trepé a una ventana de la planta baja con el cristal roto y miré en el interior. Los árboles habían crecido tan pegados a la casa que el follaje cubría el cristal que aún quedaba, y hacía que el interior resultara oscuro y claustrofóbico. Las escaleras estaban bien, aunque crujían, y subí con precaución hasta llegar al piso de arriba, donde había más luz. Encontré dos habitaciones y un baño. En el baño había una chimenea. Lo curioso es que en los dormitorios no había. Me sentía fatal y empezaba a darme cuenta de que había sido un error caminar durante todo el día. No podía dejar de temblar. *Jip* debió de notar que tenía algún problema, porque no se lanzó a cazar ratas, como solía hacer siempre que entrábamos por primera vez en una casa. En cambio, se quedó pegado a mí y me miraba con la cabeza inclinada a un lado.

Dormir, me dije. Lo único que necesito es dormir. Y fuego. Hace frío.

Había sido un día cálido y aún no se había puesto el sol, pero los dientes me castañeteaban. Di patadas a un par de sillas hasta destrozarlas y encendí una hoguera en la chimenea del baño. La chimenea tiraba bien y las llamas cobraron fuerza. Volví a las habitaciones y saqué los cajones de una cómoda y los rompí para tener más leña, que amontoné junto a la chimenea, y luego desplegué el saco de dormir y, en una casa con dos dormitorios, me acosté en el baño. Si el brazo aún me hubiera escocido como lo había hecho durante todo el tiempo que había estado en tierra, me habría echado a dormir allí mismo, pero la misma circunstancia de que el escozor hubiera cesado empezó a preocuparme y le di vueltas y más vueltas. Me pregunté si eso significaría que había empeorado y que la infección había envenenado el brazo hasta el punto de

empezar a matar los nervios. Me pregunté si habría llegado tan lejos, de una manera tan impulsiva, tan solo para transformarme en un nuevo manojo de huesos y harapos echado en el suelo de una casa que nadie más visitaría, sin amigos, en el olvido, lejos del mar.

Me senté y me obligué a quitarme la venda del brazo, con la dolorosa certidumbre de no habérmela cambiado durante los últimos días. Creo que contaba con encontrar la piel enrojecida y gangrenosa, pero de hecho la miel había empezado a producir su efecto. Sabía que tenía que hervir la venda antes de volver a colocármela, y mientras pensaba en lo que haría y en si me quedarían energías para hacer algo, acabé por hacer lo único que en realidad estaba a mi alcance.

Me dormí. Y no recuerdo nada más, salvo que cuando desperté brillaba la luz del sol, y que tenía la boca seca como heno viejo, y que algo olía a muerto, y al cabo de poco me di cuenta de que el olor salía de mí. Me había cagado encima. Sentí vergüenza, aunque el único que podía verlo fuese *Jip*. Se acercó a mí y me lamió el rostro para hacerme entender que no le importaba y que se alegraba de que hubiera despertado, y luego salió, probablemente a cazar.

Eché un largo trago de la botella de agua y me levanté tan de golpe que me vinieron arcadas. Cuando traté de caminar, me pareció que las piernas se me doblaban en todas las direcciones menos en la correcta, y que la habitación se desdibujaba peligrosamente a mi alrededor. Me quité la ropa sucia y bajé con ella al piso de abajo, apoyándome en la pared.

Salí trepando por la ventana y anduve con precaución hasta el estanque. Se alimentaba de una pequeña corriente de agua que bajaba por la ladera del otro lado. No eran aguas estancadas. Bebí un poco más y luego empecé a lavar la ropa. Tuve que esforzarme mucho en fregar y aclarar, y en hacerlo una y otra vez hasta que todo estuvo limpio, pero lo hice. No olía mal tan solo porque me hubiera cagado encima, sino también por el sudor que había

empapado el resto de mi ropa mientras dormía con fiebre. Y por supuesto el mal olor también provenía de mi cuerpo. Dejé la ropa tendida sobre un arbusto, me metí en el estanque y también me lavé. Me metí bajo el agua y me froté bien los cabellos. El frío me calaba hasta los huesos, pero jamás he nadado en agua templada, por lo que el dolor y el hormigueo me resultaban familiares y, a su manera, reconfortantes. Me volví de espaldas y nadé hasta el centro del estanque, y una vez allí hice el muerto y contemplé el cielo, y sentí ese intenso placer que nos acompaña cuando hemos estado tan enfermos que ya no recordábamos cómo era encontrarse bien. No estaba fuerte, ni siquiera lo había superado de verdad, pero desde luego que ya había dejado atrás lo peor. Como solía decir papá, ya iba para mejor.

Hoy ya puedes trabajar, porque vas para mejor.

Con todo, la calidez del día tocaba a su fin y el sol se ponía. Mientras reposaba en el agua, me di cuenta de que debía de haber dormido casi veinticuatro horas seguidas. Y de que no tardaría en oscurecer de nuevo.

Jip había traído un conejo al borde del estanque y lo soltó con un ladrido con el que me indicaba que era para mí.

Me puse en pie y llevé el conejo y las ropas mojadas a la casa. Rompí varios muebles más y encendí de nuevo la chimenea del baño. Me sentía lo bastante bien como para revolver por la casa. En la cocina encontré un par de pucheros y un buen cuchillo, y en el armario del baño descubrí un bote cilíndrico, de plástico, con un tapa plana y una etiqueta medio borrada en la que se leía «JABÓN DE AFEITADO DR. HARRIS ARLINGTON». Aún conservaba el espectro de un aroma limpio y fuerte. Llegué a la conclusión de que podría calentar agua en uno de los pucheros y volver a lavar las ropas con aquel jabón. La tapa se agrietó al abrirla, pero aún llevo una pastilla pequeña de ese mismo jabón envuelta en un trozo de tela. Pienso que el olor ya debe de haber desaparecido, pero de vez en cuando la saco y la huelo, y me imagino que aún percibo un rastro desvaído de lo que fue en otro tiempo.

Aquella noche escurrí mis ropas, que volvían a oler bien, y las tendí frente al fuego para que se secasen mientras dormía. Herví la carne de conejo con una ramita de romero que arranqué de un arbusto que se hallaba junto a la puerta de la cocina. No sabía de maravilla, pero me lo comí todo y luego dormí un sueño largo y profundo. Me desperté en una sola ocasión y vi a *Jip* echado en la puerta, de cara a la escalera, en guardia, por si alguien venía a ver lo que estábamos haciendo. Aquello me reconfortó. Le dije que era un perro bueno y me eché a dormir de nuevo.

Cuando desperté, se había marchado.

Capítulo 16

Maté al albatros

Me vestí y lo esperé junto al estanque. Y luego di una vuelta y lo llamé con silbidos, y acabé pegando gritos hasta que me dolió la garganta. Cuando la espera se me hizo insoportable, dejé la mochila por si regresaba antes que yo, para que supiese que iba a volver, y a continuación empuñé el arco y emprendí una búsqueda de verdad. Me marché por el camino por donde habíamos venido y luego me volví y rodeé la casa en círculos cada vez más amplios, y mientras tanto no dejaba de silbar, gritar y escuchar. En varias ocasiones me quedé inmóvil y mis oídos se esforzaron por captar un sonido lejano en el bosque. Albergaba la convicción de que en cualquier instante oiría un movimiento estrepitoso y alegre entre los matorrales, y de que por fin *Jip* volvería saltando, exhausto pero feliz. Pero no ocurrió. Comía bayas cuando me acordaba de que había que comer, pero no tuve estómago para ir a cazar un conejo, ni cualquier otro animal que me sirviera como alimento, quizá porque no se me ocurría nada más triste que terminar el día con una comida solitaria si no lo encontraba.

Pero no lo encontré, ni me encontró él a mí. Lo único que me encontró fue la negrura en una hora más temprana de lo que había esperado, y una larga noche dentro de la casa, en la que no encendí ningún fuego. No lo encendí porque no quise que el chisporroteo ocultara sonidos de fuera que pudiesen delatar la presencia de un perro herido que trataba de captar mi atención. Pero en realidad sabía que probablemente no descubriría jamás adónde había ido. Ni por qué. Ni si había querido regresar y no había podido.

Me dije que todo el mundo está expuesto a sufrir un accidente, incluso un terrier. Me pasé más de la mitad de la noche en vela, preguntándome qué clase de accidente había podido sufrir.

Desperté antes del alba y aguardé a que su luz grisácea despejase la negrura, pero lo único que vino con la primera luz fue una lluvia breve pero deprimente. Ni rastro de ningún perro.

Me sentía físicamente más fuerte que antes, pero mi ánimo no habría podido estar más hundido. Mi preocupación y tristeza eran tales que mis razonamientos eran casi tan confusos como cuando caí en las garras de la fiebre. Una vez hubo pasado la lluvia, me senté en la escalera y escuché el agua gotear tristemente de los árboles pegados a las ventanas, y traté de pensar de manera realista y práctica. También en este caso, no sé si tomé la decisión correcta, pero llegué a la conclusión de que buscaría a *Jip* durante un día entero y luego seguiría adelante.

Pienso de corazón que habría sido capaz de esperarlo por toda la eternidad si de verdad hubiera creído que iba a volver. Pero no solo daba vueltas a la casa y a los árboles que la circundaban. También daba vueltas a la terrible y desgarradora verdad de que *Jip* no habría sido capaz de marcharse y no volver. Actuar de ese modo habría ido contra su naturaleza, y aunque hubiera podido pasar la noche de caza al aire libre, habría regresado. Con todo, pasé varias horas entre los árboles, en busca de madrigueras de conejo, e incluso acerqué el oído a algunas de ellas, por si se le había ocurrido meterse dentro y no había conseguido volver a salir. Cuando estábamos en casa, descubrí que era capaz de llegar a mucha profundidad en las dunas de arena con tal de atrapar un conejo. A veces sobrepasaba los tres metros.

Mientras me agazapaba en silencio al lado de una de las madrigueras, levanté la mirada y vi los tejones. Dos tejones que se hallaban sobre unas ortigas y me devolvían la mirada. Reconocí sus inconfundibles cabezas blancas con dos gruesas franjas negras que empezaban a lado y lado del

hocico y continuaban en torno a los ojos hasta terminar en las orejas. El primer tejón que había visto en mi vida aparecía en un libro sobre una rata y un topo que vivían una gran aventura. El tejón era sabio, duro y severo, y un buen amigo en caso de necesidad. No sé si aquellos tejones eran sabios, pero sí se veían duros y severos, y si bien no parecían hostiles, tampoco se los veía muy preocupados por la súbita llegada de un ser humano. Pero eran más grandes de lo que había imaginado que sería un tejón de carne y hueso. No solo se veían muy grandes, sino también lo bastante robustos como para poder pelear con un terrier del tamaño de *Jip*. Cuando perdieron interés en mí y se marcharon entre los matorrales, empecé a pensar que *Jip* podía haberse metido en problemas sin necesidad de cavar con excesivo entusiasmo.

Cuando ya estaba a punto de rendirme, encontré el cadáver. Estuve a punto de pasar de largo, pero quizá distinguí con el rabillo del ojo el pelo y la zarpa de color marrón que se levantaba en el aire contra el tronco verdigrís de un haya. O tal vez fuera la regularidad geométrica de los huesos que sobresalían del pecho, en contraste con las formas caóticas de la maleza. Sin pensar, mi cabeza se volvió para ver lo que había estado a punto de dejar atrás, y sentí como si mi estómago diera un vuelco y se me metiera en el fondo de la garganta algo que no podía tragar.

Me quedé inmóvil mientras pude, y luego, sin darme cuenta, me volví hacia el cadáver, como si me hubiese atraído un imán del que no podría escapar por mucho que quisiera.

Jip era más que mi perro. Era mi amigo, mi familia, mi hermano.

No era el zorro recién muerto que encontré al pie del árbol.

Sentí tal alivio que perdí el control sobre mis propias piernas y caí dolorosamente de rodillas sobre la áspera maraña de ramas secas y hayucos. Tomé aire entre jadeos, como si hubiera estado mucho tiempo sin respirar. Tal vez

llevara mucho tiempo sin respirar. Desde mi niñez, desde que habíamos perdido a Joy en el acantilado de la parte de atrás de la isla, me había enorgullecido de no llorar cuando algo me dolía o me hallaba en dificultades, y por eso mismo creo que no lloré, pero si alguien me hubiera visto, tal vez habría tomado por llanto lo que era mi respiración entrecortada.

Pasé una noche más en la casa de ladrillo, que en aquel momento odiaba, porque había perdido en ella a mi otro perro. Encendí la chimenea del baño y me senté al lado sobre el saco de dormir, y leí a la luz del fuego el libro sobre árboles. Fue entonces cuando me enteré de que el árbol junto al que había hallado el zorro muerto era una haya y que las semillas de tres caras que salían de las cápsulas peludas se llamaban hayucos. Y de que eran comestibles. Eso fue lo único bueno que saqué de aquella noche, y, una vez más, no dormí bien. El viento soplaba y los árboles que poco a poco aplastaban la casa desde todas las direcciones rozaron y arañaron las ventanas durante toda la noche. Me dormí y tuve sueños repletos de criaturas que trataban de entrar en la casa, y árboles que caminaban, y trífidos, que habían salido de un libro que había leído sobre un final del mundo muy distinto del que nos separa a ti y a mí. Tu mundo no desapareció por culpa de unos meteoritos que dejaron ciego a todo el mundo, ni por unas plantas asesinas. Aunque Ferg me contó que una teoría que le habían contado los de Lewis era que la causa fue algo que pusisteis en las plantas, algo que fue a parar al cuerpo de todo el mundo y luego se volvió infeccioso e impidió que la reproducción continuara. Pero todo esto no es más que algo que Ferg me contó. A mí me suena igual de descabellado que los trífidos. O los krakens. Estos últimos estaban en otro libro extraño del mismo escritor. Si hubiera dormido en la orilla quizá habría soñado con krakens. Pero me encontraba tierra adentro y mis ojos no habían visto durante varios días el saludable mar. Pienso que además de la fiebre padecía nostalgia por el mar. Y ahora que lo recuerdo, creo que mi cerebro aún estaba alelado por todas

las cosas nuevas que había visto, no solo los puentes, las iglesias, las torres y los árboles, sino la pura e implacable inmensidad de todo lo que restaba del pasado. Era el volumen de todo ello lo que se me clavaba en la cabeza, como si hubiera sido el gran tornillo de banco que papá tenía en el taller.

Al marcharme de la casa de ladrillo cometí un acto despreciable. Hoy en día aún me siento mal al recordarlo, aunque en realidad no tengo nada claro por qué debería sentirme mal, igual que tampoco sé por qué lo hice. Lo lamenté desde el primer momento en que me volví hacia atrás y vi la columna de humo negro que se elevaba a mi espalda en el aire sereno, pero entonces ya era demasiado tarde para hacer nada. Había caminado cuatro guijarros sin volverme, porque marcharme de un lugar donde *Jip* había estado y adonde quizá regresaría algún día me resultaba tan difícil que tenía miedo de derrumbarme, de correr de nuevo hasta allí y esperar —como he dicho antes— por toda la eternidad. Antes de marcharme, destrocé las cómodas vacías y las amontoné en torno a la chimenea, y esperé a que ardieran. Trepé por última vez por la ventana del piso de abajo cuando el rumor de las llamas ya resonaba en el techo de la casa.

Fue una cremación. Una pira funeraria. Un funeral vikingo. Un punto final. Una señal de despedida que se elevaría al cielo para que la viese el mundo que había sobrevivido, en honor de un perro, y que luego se dispersaría y desaparecería con el viento. Estos son algunos de los elevados pensamientos que tuve mientras caminaba hacia la muesca en las colinas. Desde luego que no lloraba. Entonces, cuando me detuve, miré atrás y me di cuenta de mi mezquindad. Odiaba la casa por lo sucedido en ella sin tener en cuenta que me había ofrecido alojamiento mientras me recuperaba. Quemé la casa, y también los hogares de los animales que vivían en sus paredes y debajo de sus suelos, y de las aves que tenían el nido en sus aleros, y también quemé los árboles que se apretujaban en torno a ella. Los árboles no habían hecho nada malo, aparte de

crecer donde les había sido posible. Mientras estaba en la casa me había ocurrido algo malo, pero ella no tenía la culpa, igual que la lluvia tampoco la tiene. La mala acción que se había realizado en la casa, contra la casa, era la que había llevado a cabo yo. Seguí adelante, sintiendo asco por mi propia persona, y a cada paso que daba crecía la desagradable sensación de que había atraído la mala suerte sobre mi futuro.

¿Conoces ese poema del viejo marinero que detiene a uno de tres invitados a una boda? Papá tenía por costumbre leérnoslo junto al fuego en invierno, y me estremezco solo con recordarlo, igual que me estremecía entonces cuando papá iba haciendo voces distintas para cada uno de los personajes, y describía los icebergs en el océano polar, y luego el mar cálido de aguas quietas que los atrapaba después, plagado de serpientes marinas y barcos fantasma. Parecía que describiera un planeta totalmente distinto. Entonces me sentí como en aquel poema. Como aquel viejo marinero. En mi caso, había zarpado para navegar por una tierra cuyas normas no comprendí del todo hasta que ya fue demasiado tarde. Nunca había entendido por qué el marinero del poema disparaba contra el albatros que los salvaba, y del mismo modo tampoco sé por qué le pegué fuego a la casa que me había ofrecido refugio. Pero el caso es que lo hice. Y lo hice a propósito, en una especie de cruel agresión, que se debió tan solo a que sentía miedo, confusión y tristeza. Aunque no viera las lenguas brillantes de llama roja que ardían en la base de la negra columna de humo que ascendía sobre los árboles y el estanque, sabía que —en palabras del poema— había perpetrado un acto demoníaco.

Había matado al albatros.

Capítulo 17
Infortunio

Mientras me alejaba del dedo de humo acusador, resonaba en mi cabeza la cantinela con que mi padre siempre me había leído el poema del marinero. Si alguien nos recita un poema a menudo, acaba por quedar incrustado en nuestro cerebro, y no solo nos resulta más fácil recordarlo, sino que también nos cuesta más olvidarlo. Me habría gustado de verdad olvidar los versos que venían una y otra vez a mi memoria, unos que decían algo así como:

Y había perpetrado un acto demoníaco
que les traería infortunio:
a fin de cuentas, había matado el ave
que hacía soplar la brisa.
¡Ah, desgraciado —decían— ha matado el ave
que hacía soplar la brisa!

Bueno, me dije, al menos no necesito brisa para moverme. Me basta con las piernas.

Y las hice sufrir. Anduve más guijarros ese primer día que en los dos que había caminado antes de perder a *Jip*. Forcé el paso para lograr que el cuerpo me doliese hasta el punto de distraerme de la pregunta que me desgarraba el corazón: ¿Cómo era posible que hubiera emprendido una búsqueda probablemente inútil para rescatar a un perro y tan solo hubiera conseguido perder a otro? Víctima de la vergüenza y de la repugnancia contra mi propia persona, anduve durante el ocaso y seguí caminando incluso de noche, hasta que llegaron las nubes, y entonces me enrosqué cual incómodo fardo bajo un pequeño puente redondeado por el que en otro tiempo una estrecha

carretera había cruzado sobre una única vía de tren. Debajo estaba seco y era como una casa sin paredes. Dormí bien y desperté con el canto de los pájaros en los árboles que me rodeaban, y salí a la luz del sol con el presentimiento de que iba a ser un buen día. La sensación se prolongó durante la mayor parte de la mañana, e incluso mejoró cuando, al subir por la primera cuesta de verdad que encontraba desde que me había alejado de la costa, mi nariz percibió un olor a humo de madera que me venía a la cara. Era evidente, por la dirección del viento, que no provenía de la pira funeraria de *Jip*. Y sabía que tenía que encontrarme cerca del lugar que había divisado, en un tiempo que ya me parecía de otro siglo, desde el mirador de la torre azotado por la lluvia. La llama lejana que había parpadeado en la tempestad, el destello de esperanza y misterio que me había emocionado tanto en aquel momento de confianza e ira, en el que contaba con un buen perro que me acompañaría mientras iba a su encuentro. Antes de perder a *Jip* y disparar contra el albatros.

Una parte de mí debió de pensar bien y actuar con prudencia, porque llegué a lo alto de la cuesta con el arco en la mano y la flecha a punto.

El fuego no había sido obra del hombre. Enfrente de mí había una zona de vegetación quemada, como las que había visto en las laderas cubiertas de brezos de mi hogar. Había abrasado helechos y aulagas con la misma forma característica de lengua. La recorrí de un extremo a otro, desde la parte más ancha hasta la punta por donde había empezado. Encontré allí un pequeño bosquecillo a resguardo del viento, en una grieta del terreno, justo por debajo de la línea del risco, y la mitad de los árboles —en el lado por donde debía de haber soplado el viento— conservaban su verdor. Los demás estaban chamuscados y no costaba nada ver dónde había caído el rayo y empezado el incendio. Uno de los árboles seguía en pie, más alto que el resto, pero muerto, partido en dos. Las mitades se inclinaban en direcciones opuestas y dejaban al descubierto el duramen abrasado. Se me hizo terrible, tanto por lo que

veía como por tener que pensar en la energía que había sido necesaria para que ocurriera aquello, en la electricidad que había caído del cielo. Incluso entonces me pareció un mal augurio. No me imaginaba que algún día iba a saber con exactitud qué era lo que había sentido el árbol cuando un rayo caído de un cielo azul claro lo había partido en dos.

En el área de vegetación quemada que partía del árbol golpeado por el rayo aún no había empezado a crecer nueva vegetación. El olor era intenso. El fuego había nacido de la propia naturaleza, no del hombre. El destello de esperanza lejana había sido una ilusión, y la aventura a la que me había arrastrado no era más que sufrimiento vano. También había matado a mi perro.

Sentí una soledad que no había conocido jamás. Me acomodé sobre la cima y contemplé los campos que se extendían más abajo. Llegué a la conclusión de que la mejor manera de hacer frente a la decepción consistiría en mirar el mapa y tratar de averiguar hasta dónde había llegado, dónde estaba y hasta dónde debería ir para hallar el escondrijo de Brand. Por aquel entonces lo veía así…, un escondrijo. Un lugar adonde los ladrones y piratas llevan su botín. Me dejaba arrastrar por mi imaginación, pero por aquel entonces aún no veía el mundo tal como es, porque había visto muy poco. Ahora sí lo sé, ahora que he tenido mucho tiempo para no hacer nada, salvo pensar. Aún veía el mundo a través de los libros que contaban cómo había sido ese mundo antes de morir, y los libros lo teñían todo. Eran como las viejas gafas de sol que Bar solía ponerse para pescar, las que hacían que el agua se viera distinta. No era exactamente así, porque las gafas de Bar, de hecho, eliminaban el reflejo de la superficie del agua y permitían ver lo que ocurría debajo. Mis libros no me permitían ver nada de lo que se ocultaba debajo de la superficie.

El mapa me ayudaba y al mismo tiempo me confundía. Tenía una idea aproximada de dónde me encontraba, aunque la fiebre me hubiera hecho perder la cuenta de la distancia que había recorrido, porque durante esos días no dejé de contar mis pasos, pero me olvidé de mi ingenioso

truco de los guijarros, que era muy ingenioso con la condición de que no se me olvidara.

Antes de desplegar el mapa subí todo lo arriba que pude, hasta el borde de una zona alta cubierta de brezal, y miré abajo. La brújula señalaba al norte, por lo que me fue posible desplegar el mapa a mis pies y orientarme en la dirección correcta. Coloqué pesos en las esquinas para que el viento no se lo llevara y me pasé un rato comparando los accidentes que estaban marcados con seguridad en el mapa y los detalles mucho más borrosos que el tiempo y la vegetación habían desdibujado. Necesité todas las horas de luz que aún quedaban para encajarlo todo de manera que tuviese sentido a medias, pero ni siquiera al irme a dormir tenía claro que lo hubiera entendido bien. Mi plan consistía en caminar hasta la línea curva de árboles que divisaba a unos cinco kilómetros de distancia y ver si realmente se trataba, como había supuesto, de una de las carreteras importantes que el mapa mostraba, y que estaban marcadas con números precedidos por la letra M. Si era la que pensaba, podría seguirla hasta llegar a la ciudad enorme que había a la mitad del país, y luego continuar en dirección al este por el camino que me indicaban las antiguas carreteras y una línea de ferrocarril, y saldría a la costa más o menos por donde yo quería. Mejor eso que guiarme por muescas en las colinas. Sobre todo porque una vez bajara de aquella elevación ya no encontraría más laderas.

Desperté y busqué a *Jip*, y entonces recordé que mi perro no volvería a saludarme por las mañanas. Bebí un poco de agua, examiné el mapa y me puse en marcha. El estómago se me quejaba y las piernas se preguntaban por qué no habían podido descansar unas pocas horas más.

Llegué a la carretera M en un punto donde cortaba la ladera por la que estaba bajando. Las profundas cunetas que había a lado y lado estaban cubiertas de púrpura y verde muy vivos, y al pasar entre las plantas que me llegaban a la cabeza, sus vainas explotaron ruidosamente y arrojaron semillas en todas direcciones. La primera vez me

llevé un buen susto, pero luego llegué a la conclusión de que me transmitían alegría y llegué a golpear a propósito algunas de las plantas mientras pasaba, tan solo para poder ver las pequeñas y repentinas explosiones.

La hierba y el musgo habían invadido el asfalto, pero vi que este tenía el ancho de varios coches y que en medio había discurrido una barrera baja de metal y de gruesos cables de acero. Era como una especie de camino verde que se prolongaba entre orillas purpúreas a lo largo de varios kilómetros, y me eché a caminar por allí. A cada nuevo guijarro examinaba la brújula para asegurarme de que era lo que había imaginado, y de que no fuese una carretera distinta ni me llevara en dirección contraria.

Mientras iba por la carretera, antes de que se me apareciera de nuevo un albatros cargado de suerte, vi dos cosas extrañas y, por motivos distintos, maravillosas. La primera de ellas fue un verdadero portento.

En un lugar en el que la carretera pasaba sobre una zanja muy profunda, descubrí un puente imposible. Era hermoso, como si hubiera estado construido con dos estrechas tiras de piedra que me imagino que debían de ser hormigón. Por una de esas tiras pasaba una carretera que discurría en línea recta sobre el abismo y prolongaba la línea de la ladera desde el punto en que esta se interrumpía. La segunda tira era un asombroso arco que sostenía la primera y que arrancaba de la pared cortada a pico en la derecha. Parecía que apenas si tocara la tira de arriba antes de volver a descender hacia el lazo izquierdo. No cabía duda de que aquello era sólido como la roca, porque había aguantado a la intemperie durante más de un siglo, probablemente un siglo y medio, pero transmitía tanta ligereza y alegría que parecía movimiento, más que construcción. Era como un salto hecho de piedra. Un salto y una exhibición de equilibrio. ¿Te habría parecido igualmente maravillosa a ti? ¿O habrías pasado en coche por debajo sin darte cuenta? ¿Es posible que, al rodearos tantos prodigios, perdierais de vista algunos?

La otra maravilla se encontraba en lo alto del puente y

me miraba. Era un toro negro. O quizá una vaca grande. En cualquier caso parecía macho, y tenía unos cuernos cortos y anchos y una masa de músculo sobre los hombros. No estaba tan interesado en mí como yo podía estarlo en él, porque caminé bajo el puente y miré atrás, y él no se molestó en acercarse al otro lado para observarme. Jamás en mi vida había visto un toro ni una vaca. No me daba un especial miedo, aunque tenía serias dudas de mi capacidad para matarlo con una flecha si se le ocurría atacarme. El animal más grande que había visto hasta entonces en toda mi vida era un poni, y lo más grande que había cazado era un ciervo. El toro era esbelto y musculoso al mismo tiempo. Parecía como si hubiera tenido suficiente con tensar los músculos para que las flechas rebotaran en él. Y si las flechas no rebotaban, había demasiada carne entre la piel y los órganos vitales como para que el disparo más fuerte penetrara hasta ellos. Me volví de nuevo para mirar el puente vacío a mi espalda y me alegré de que las vacas y los toros comiesen hierba. Una criatura de ese tamaño que comiese mamíferos más pequeños habría sido aterradora.

Por otra parte, una bestia de ese tamaño habría bastado para alimentar a una persona durante un año entero, solo con matarla y ahumar o salar la carne. Y había otras maneras de matar, y de capturar, aparte de disparar con el arco. Por ejemplo, se podía matar con trampas. Pensé en ello mientas caminaba, tal vez porque en ocasiones el universo tiene un sentido del humor retorcido… o quizá un sentido de los tiempos muy agudo.

Antes de que terminara el día, la víctima que cayó en una trampa fui yo.

Todo empezó porque sentí hambre. La dieta de bayas me sentaba bien, aunque mi estómago no estuviera del todo de acuerdo. Calculé que me faltaba medio día de caminata rápida para llegar a la gran ciudad donde tendría que desviarme de la carretera M y luego seguir una línea de ferrocarril hacia la costa… contando con que la encontrara. Hasta ese momento había ido bien de tiempo y pensé que probaría a buscar conejos, por si podía cazar alguno. Con

esa idea en mente, aguardé a que la carretera terminara de descender a un terreno más llano lleno de brezales que en otro tiempo habían sido campos de cultivo. Entonces salí de la carretera y anduve en dirección paralela a ella, con el arco a punto. Vi una liebre que se echó a correr antes de tiempo y con demasiada rapidez como para que pudiese dispararle, y después un par de colas blancas se dejaron ver también y desaparecieron en la espesura antes de que hubiese podido levantar el arco. Por allí había animales suficientes como para no tener que estar a punto para disparar a la primera oportunidad. No merecía la pena correr el riesgo de perder una valiosa flecha disparando a blancos que no fuesen seguros.

Abandoné los brezales y entré en una pequeña zona edificada que se encontraba a un lado de la carretera M. Un puente demasiado pequeño para los coches la conectaba con una aglomeración de casas idénticas de un solo piso que se hallaba al otro lado. Pero el puente se había hundido por el centro y se había venido abajo. Me imagino que lo utilizaba solo la gente que iba a pie. Tenía techo, como si hubiera sido un gigantesco tubo y se tuviera que pasar por dentro. Seguramente para proteger de la lluvia a los transeúntes. Un toldo grande, rectangular, se había venido abajo y aterrizado sobre unos contenedores herrumbrosos que reconocí como dispensadores de gasolina, porque había visto un par en las Uist. Había quedado ladeado sobre un tanque. Era la primera vez que veía uno y lo reconocí por el cañón alargado y por la tracción de orugas corroída hasta las ruedas por el óxido. No sé qué podía hacer un tanque del ejército en una gasolinera. Subí encima y traté de abrir las grandes escotillas de metal, pero la propia herrumbre lo impedía. Salté de nuevo al suelo y entonces me quedé inmóvil, porque vi que en la boca del cañón había la cara de un niño que me miraba. Y entonces me di cuenta de que era una cabeza de muñeco que alguien había metido dentro. Tampoco sé por qué.

Antes de que el tanque apareciese por allí, debió de ser un sitio donde los viajeros iban a comer y repostar

combustible mientras viajaban por la carretera M. El edificio bajo olía a humedad y a tierra. El techo parecía poco firme y no me inspiraba confianza, pero por las ventanas rotas vi los restos oxidados de sillas y mesas.

Un cartel de plástico medio borrado me invitaba a probar un Whopper.

No sé lo que era un Whopper. Quizá tú lo probaste alguna vez. Espero que te gustara.

Seguí adelante, con hambre, en dirección paralela a la de la carretera M, sin perder la esperanza de encontrar algún conejo. Unos guijarros más tarde, vi algo en una arboleda de abedules de corteza blanca y me detuve. Era un ciervo, más pequeño que los de la isla, con la piel más clara y astas mucho más cortas. Sacudí los hombros con mucho cuidado para que la mochila se deslizara hasta el suelo sin hacer ruido y saqué dos flechas. Me coloqué una a la espalda debajo del cinturón. Preparé la otra en el arco al tiempo que me acercaba a la distancia de tiro.

Sabía que el animal no descubriría mi olor, porque el viento me daba en la cara, y además el ciervo parecía totalmente absorto en pacer la hierba que crecía entre los abedules. Me acerqué poco a poco, sin perder de vista el suelo por el que caminaba, para no pisar nada que hiciera ruido y echar a perder lo que podía ser la comida de una semana. El ciervo se alejó y pensé que ya lo había perdido, pero lo único que hizo fue empezar a pacer en un trozo de hierba distinto. Entré con sigilo en la arboleda, esforzándome por contener mi propia respiración. Al otro lado del pequeño grupo de abedules había una masa de vegetación que alcanzaba mayor altura, una empinada pendiente cubierta de zarzas y enredaderas que se elevaba por encima de las hojas plateadas cual oscuro nubarrón.

Me resultó fácil distinguir al pálido ciervo contra aquel fondo. No se había dado cuenta en absoluto de lo cerca que me encontraba. Poco a poco, levanté el arco y pronuncié en silencio la disculpa y el agradecimiento que Ferg me había enseñado la primera vez que él y Bar me llevaron de caza. Sirven para apaciguar la respiración y tener buena suerte. Y

entonces disparé.

No suelo fallar. Y el ciervo estaba cerca y me ofrecía el costado. Vi que la flecha se clavaba en el lugar donde había apuntado, justo debajo del hombro. El animal, por puro instinto, dio un par de pasos hacia delante y se desplomó. Dejé el arco y la flecha de reserva y eché a correr hacia él. Desenvainé el cuchillo por si le había dado en el pulmón y había que poner fin a su sufrimiento. Ferg decía que todos los segundos que hagas sufrir a un animal cuando podrías ponerle fin se convertirán en una maldición sobre ti. Pero la flecha le había dado en el corazón y el ciervo estaba muerto, y se lo veía súbitamente triste, como todas las presas al notar que se les escapa la vida. Una vez más di gracias en silencio y prometí que la carne no se echaría a perder. Eso no me lo habían enseñado Ferg ni Bar, sino que lo había añadido yo al matar a mi primer ciervo.

Debería haberlo arrastrado por el mismo camino por donde había venido, pero habría tenido que pasar sobre troncos caídos, y descubrí una senda abierta por animales que serpenteaba entre los árboles y parecía más fácil de transitar. Como apenas si prestaba atención a nada aparte de la luz, y de si tendría tiempo para destriparlo y descuartizarlo antes de que oscureciera, no vi el jabalí hasta que fue demasiado tarde. *Jip* lo habría visto. Me habría advertido. Pero *Jip* ya no estaba conmigo.

Oí el resuello y el gruñido, y a continuación vi los pequeños ojos y los grandes colmillos que se volvían hacia mí en la maleza que tenía delante. Me quedé inmóvil, y entonces los ojos y los colmillos se separaron del suelo. El jabalí se había puesto en pie. ¡Y cómo! Era mucho más grande de lo que me había imaginado que podía ser un jabalí. No tanto como un toro, pero sí igual de sólido, y con músculos igualmente duros. Parecía peligroso. No sé qué habrías hecho tú si te hubieses encontrado un jabalí gigante en un camino perdido por los bosques, pero yo tengo muy claro que, fuera lo que fuese lo que tenía que hacer, no lo hice. Me quedé mirándolo y retrocedí poco a poco.

No pasa nada, me dije, y traté de poner toda mi

serenidad en la voz. No pasa nada.

El jabalí volvió a resoplar y a gruñir, y arañó el suelo con su pata. En sus ojos había verdadera rabia. No sabía que los jabalíes pudieran llegar a ser tan grandes.

Tampoco sabía que corrieran a tanta velocidad. Cobró impulso haciendo saltar tierra por los aires y embistió contra mí. Me di la vuelta y me eché a correr, y después todo ocurrió tan rápido que aún me cuesta poner en orden mis recuerdos. Me eché a correr y en realidad no tenía espacio, no tenía un sitio adonde huir. Sentí el aliento del jabalí en la pantorrilla y traté de echarme a un lado. Choqué contra el tronco de un árbol que no había visto y me caí de espaldas, y el jabalí giró con todo su cuerpo y cargó contra mí, y entonces me puse en pie, y en vez del aliento del jabalí oí el chasquido de sus dientes al cerrarse, y sentí el tirón en la pierna, porque me había mordido los pantalones, y me caí, porque aunque no había llegado a morderme la carne, fue lo suficientemente fuerte como para hacerme caer. Entonces di media vuelta y me puse en pie, aunque las zarzas me arañasen y trataran de retenerme donde estaba, y el jabalí se arrojó contra mí y me clavó el colmillo en el muslo. Este debía de estar afilado como una hoja de afeitar, porque sentí aire dentro de la pierna —había cortado la tela desde la rodilla hasta el interior del muslo—, y pegué un salto en un intento desesperado por ponerme a salvo, y aunque logré separarme de él, el colmillo me había acometido con la violencia de un mazo. Lo que sentí no fue un corte limpio. Fue un golpe romo y espantoso, y me di cuenta de que me había hecho daño de verdad desde el mismo momento en que mis dedos encontraron la rama suspendida en lo alto y tiraron hacia arriba para ponerme fuera del alcance del animal. Se revolvió con violencia, dispuesto a arremeter de nuevo, pero no sé cómo, logré subir lo suficiente para que no pudiera alcanzarme los pies. Y entonces, con un gruñido de dolor, logré pasar una pierna sobre una rama y la punta del otro pie halló un precario apoyo en otra, y me quedé allí, temblando en lo alto sobre el suelo.

El lugar donde me había clavado el colmillo estaba cerca de la gran arteria del interior del muslo. Aún me encontraba en mi precaria posición horizontal, con el cuerpo tendido entre dos ramas delgadas, y me di cuenta de que la pérdida de sangre no tardaría en debilitarme y de que entonces me soltaría. Y también sabía que aquella posición a la que me aferraba para no morir era ridícula e indigna. Quizá la muerte siempre llegue así. Me obligué a mirar en dirección al muslo.

No se veía ninguna mancha de sangre. Tan solo la pernera rota del pantalón.

Era absurdo. Había sentido el golpe. Y entonces me di la vuelta para ver por qué el jabalí armaba tanto barullo y correteaba de un lado para otro debajo de mí.

Llevaba mi pequeño libro sobre árboles y mi bote de cera de abeja clavados en el colmillo. Normalmente llevaba el libro en el bolsillo de delante para ir identificando los árboles que encontraba. Aproveché que estaba distraído tratando de quitárselos del colmillo y me fui acercando al tronco del árbol. Una vez allí, encontré un buen camino de subida y trepé hasta más arriba.

Había corrido sangre, pero no la mía. Y eso era lo que había encolerizado al jabalí hasta el punto de atacarme. Estaba herido. Había perdido una buena porción de carne de su pata de atrás, cerca de la cola. Era una herida fea. Vi la sangre seca que le cubría desde el anca hasta la pezuña, y cuando cambió de dirección también vi los músculos desgarrados y sin piel que se contraían y movían. Apenas tuve tiempo para apiadarme de él, porque finalmente logró que el libro y el bote se soltaran de su colmillo y empezó a dar vueltas en torno al árbol. Me miró y embistió contra el tronco. No era un árbol muy grande, y no creo que sus embestidas y sus intentos de arrancarlo del suelo tuvieran tanto efecto como el que tuvo mi propio peso cuando traté de moverme hasta el otro lado. Entonces me di cuenta, con gran espanto, de que todo el árbol empezaba a inclinarse. Era consciente de que con lo del libro se había agotado toda la buena suerte que pudiera quedarme y que no pasaría

mucho tiempo antes de que el árbol se desplomase y quedara a merced de sus colmillos. Entonces el árbol empezó a caerse hacia el barranco cubierto de zarzas, y trepé tan arriba como pude y salté con desesperación hacia lo alto del barranco.

Arrojarse contra un terreno cubierto de zarzas no es nada recomendable, a menos que la otra alternativa sea ponerse al alcance de un jabalí salvaje, colérico y deseoso de matar, y que sufre tanto dolor que no se contentará con menos que hacerte sufrir igual a ti. Sé que las espinas me desgarraron la carne, porque todavía conservo algunas cicatrices, pero en ese momento no sentí nada, el miedo me privó de toda sensibilidad mientras pugnaba desesperadamente por llegar al terreno elevado cubierto de hojas y zarzas. Debía de hallarse a diez metros de altura. En el momento de saltar, tuve una visión en la que iba a parar en medio de aquello y las zarzas me desgarraban la carne, pero no eran lo bastante fuertes como para sostener mi peso. Pero en cambio, me estrellé contra algo que era tan sólido que estuve a punto de quedarme sin aire en los pulmones y sin sentido. Me agarré y subí trepando por las zarzas, en un estado de semiaturdimiento y sin saber muy bien lo que veía.

Los frikis de la higiene eran los baby antiboomers que trataban de tenerlo todo arreglado y dejar un mundo limpio y pulcro tras de sí. Creo que debieron de ser ellos quienes habían amontonado tantos coches viejos uno encima del otro. Había ido a caer sobre el extremo oxidado de un eje y aproveché para trepar por él hasta ponerme a salvo. Me quedé con el cuerpo echado sobre un viejo motor y recobré el aliento y los sentidos. Lo que el muro de zarzas escondía era un laberinto tridimensional de coches herrumbrosos. También habían crecido enredaderas y zarzas en el interior de la estructura, pero la mayoría de la vegetación se hallaba a un lado, en dirección al sol. Era un espacio extraño, dividido por los esqueletos de coches que llevaban mucho tiempo muertos, y la capa de vegetación me hizo sentir como si me hallara bajo el agua. Habría sido un lugar

tranquilo, de no ser por el jabalí herido y furioso que merodeaba al otro lado del muro de espinas.

En cuanto me moví, el coche se desplazó ligeramente. Algo se rompió en algún lugar y cayó ruidosamente entre los restos de cinco o seis coches que se encontraban más abajo, y fue chocando con todos ellos mientras descendía. El montón de coches no era un escondrijo totalmente seguro. Sin soltarme, miré a mi alrededor y vi que la mayoría estaba en muy mal estado. La mayor parte de las carrocerías estaban corroídas. En los casos en que habían sobrevivido estaban llenas de agujeros e iban camino de desmenuzarse y desaparecer. Los chasis de los coches estaban hechos con un metal más grueso, y eran estos, así como las ruedas y los ejes, los que hacían que todo el montón no se viniera abajo. Los suelos de casi todos los que alcancé a ver habían desaparecido, o por lo menos no era recomendable poner el pie sobre ellos. Los asientos se habían podrido hacía mucho tiempo y tan solo quedaban los muelles, que también estaban herrumbrosos. En todo el montón no había nada en lo que alguien pudiera meterse sin peligro. Volví a cambiar de posición y oí con un escalofrío los chirridos que acompañaban a mi movimiento, y pensé que toda la estructura estaba aguardando una excusa para venirse abajo. Y aunque eso no ocurriera, tenía que contar con la posibilidad igualmente desagradable de caerme por la maraña de metal oxidado y que mi cuerpo se quedara clavado en alguna pieza, o que un eje o un bloque de motor se cayeran de uno de los coches que estaban encima de mí y me mataran.

Me quedé allí y traté de imaginar algo que pudiera hacer, aparte de quedarme inmóvil. Las embestidas del jabalí contra el delgado tronco del árbol me habían enseñado lo que era capaz de hacer aquel animal con su hocico. Pensé que si empezaba a golpear al pie del montón de coches podía poner fin a su equilibrio y provocar un doloroso y mortífero derrumbe. Le eché una mirada y llegué a la conclusión de que aquella bestia era tan malvada como para hacerlo por puro despecho y rabia. Descubrí mi

arco y una flecha entre la maleza, pero no tenía manera de bajar e ir a buscarlos, y por otra parte no me cabía ninguna duda de que el jabalí era demasiado duro como para matarlo con una sola flecha, a menos que tuviera una suerte tremenda.

En apariencia, mi única opción consistía en quedarme totalmente inmóvil sobre el eje hasta que el jabalí se cansara y se marchase. Pero no parecía que el animal tuviera ningún otro plan y se quedó donde estaba, resoplando y husmeando con lo que primero me pareció ira, pero luego, a medida que escuchaba, comprendí que era dolor. Traté de pensar en cosas buenas, como por ejemplo el milagro del pequeño libro sobre árboles que me había salvado la vida. No paraba de repetirme que podría haber sido aún peor.

Y entonces empezó a llover, y fue aún peor. El metal se volvió resbaladizo, y para empeorarlo todavía más, el coche que estaba encima de mí era uno de los pocos que conservaban restos de chapa intactos, y era como un tejado en el ángulo oportuno para recoger la lluvia y canalizarla en una pequeña cascada que caía sobre mi cuerpo. Era una situación lamentable, pasaba frío y corría peligro. Y cuanto más trataba de mantenerme inmóvil, mayor era el agarrotamiento, y cuanto más esperaba, más empezaba a sentir las punzadas y el dolor de todos mis rasguños, de todos los que me había hecho al buscar la precaria protección de la pendiente cubierta de zarzas. Una vez más pensé en lo idiota que había sido al ir en persecución de Brand sin que nadie me acompañara. Y esa idea me había llevado a la peor de las desgracias, que por supuesto no era la de morir sin compañía de nadie, porque me imaginaba que cuando eso ocurriera ya no me iba a enterar, sino la de perder a *Jip*. Era responsable por ello. Si no hubiera ido tierra adentro, si no me hubiera alejado del mar que conocía para meterme en esos parajes de los que no sabía nada, *Jip* aún estaría vivo y a mi lado.

Cerré los ojos y traté de pensar en otra cosa, en algo que me quitara la sensación de que faltaba poco para que

resbalara desde el eje y me hiciera trizas contra las piezas de metal herrumbroso que asomaban debajo de mí. Pero no lo conseguía. No lograba sacarme de la cabeza a *Jip*. Era como una obsesión. Cada vez que trataba de distraerme, *Jip* estaba allí, como un espectro. ¿Recuerdos felices de tiempos más sencillos? *Jip* estaba allí. ¿El inicio de ese estúpido viaje en el *Dulce Esperanza*? *Jip* estaba allí. ¿Me sentaba junto a un cálido fuego durante el invierno en la seguridad que me brindaba mi isla? *Jip* estaba allí. Estaba tan allí que habría podido figurarme que oía sus ladridos.

El jabalí dejó de husmear y se quedó muy quieto.

Lo único que oía era la lluvia. Y los ladridos de *Jip*.

Abrí los ojos. No me lo había imaginado. *Jip* ladraba y venía hacia mí. Era increíble, pero también inconfundible. *Jip* estaba vivo, venía hacia mí y sus ladridos alegres daban a entender que había captado mi olor. El corazón me dio un vuelco. Entonces el jabalí resopló y se volvió, y corrió hacia aquel sonido, y sentí que se me encogía el estómago. *Jip* tenía el corazón de un león y no sabía lo que era acobardarse frente a un enemigo, pero al mismo tiempo su cuerpo era el de un terrier, y el jabalí que corría hacia él era mucho más grande y pesado, y estaba armado con unos colmillos que le reventarían el vientre a la primera.

¡No!, grité. ¡*Jip*, no! ¡Corre! ¡No, *Jip*! ¡Huye!

Al oír mi voz, la emoción hizo que sus ladridos cobraran fuerza.

Sentí que mis tripas de deshacían.

¡No, *Jip*!, chillé. ¡Perro malo! ¡Perro malo! ¡Márchate! ¡Perro malo!

Oí un chillido de ira, y juraría que sentí un temblor en la tierra en el mismo instante en que el jabalí debió de verlo y cargó contra él.

Oí el gruñido de respuesta de *Jip*.

¡NO, JIP!, grité, y me solté del eje al que me había subido, y medio arrastrándome medio cayéndome entre los restos de los coches, fui bajando hasta el suelo. Una esperanza desesperada había puesto en movimiento mi cuerpo antes de saber siquiera lo que estaba haciendo.

¡NO, JIP!

Se oyó un trueno.

Y todo el mundo se volvió del revés.

Y el chillido del jabalí se cortó en seco.

Me quedé inmóvil. No se oía nada, salvo la lluvia y el entrechocar de los chasis de automóviles en lo alto, porque mi súbito descenso los había hecho salir de su sitio. Contemplé el muro de zarzas que aún me separaba del destino que hubiera corrido mi perro.

Y allí estaba, ladrando con alegría al otro lado.

Una vez más me olvidé de las espinas y salí al aire libre, y él y yo volvimos a estar juntos, y el perro saltaba y daba vueltas a mi alrededor, ladraba y me lamía con entusiasmo, meneaba la cola y yo trataba de abrazarlo, acariciarlo y arañarlo, todo a la vez, y acabamos hechos un revoltijo de alegría, y me olvidé del jabalí, y entonces mi mano se enredó con la cuerda que llevaba al cuello, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que era y me sorprendiese de aquella cosa tan extraña, oí que una ramita se partía y miré por encima de mi perro, y mi ojo siguió la larga cuerda y en su otro extremo la vi a ella.

Vi la figura encapuchada y el caballo pálido sobre el que montaba, y vi la escopeta larga de dos cañones que sostenía, y con la que apuntaba al cielo como si hubiera sido la lanza de un caballero.

Me vio, asintió, y luego sus ojos siguieron moviéndose sin cesar, escudriñando la maleza que me rodeaba, con atención, inquisitivamente. Finalmente, sus ojos se volvieron hacia mí y habló.

Isquiliá dotr avek vu?, dijo.

Me di cuenta de que era una pregunta.

Isquiliá dotr avek vu?, repitió, y sus ojos miraron de nuevo más allá de donde me encontraba.

No tenía ni idea de lo que quería decir.

No entiendo lo que me dices, respondí.

Sí comprendí lo que quería decir su escopeta cuando bajó el cañón y apuntó hacia mí, e hizo un gesto para indicarme que me apartase de los árboles, al tiempo que

ella salía a terreno abierto con el caballo. Tiró hacia sí de la cuerda con la que llevaba atado a *Jip*. El perro se resistió. Lo acaricié.

Me pregunté si el rumor de la lluvia le impediría oír los latidos de mi corazón.

Volvió a hacerme un gesto con la escopeta y luego apareció en su rostro una mueca, como si la falta de respuesta por mi parte le doliera de verdad.

Vit, dijo. *Vit*.

Vale, respondí. Vale. Ya voy.

Capítulo 18
John Dark

El jabalí había muerto. La escopeta había arrancado un feo trozo de su cara. Era como el trozo que le habían arrancado de las ancas, pero más fresco. Entonces aún no lo sabía, pero no tardé en descubrir que no era una coincidencia. La mujer había tratado de matar al jabalí el día anterior, pero solo lo había herido. Si Ferg estaba en lo cierto, y el tiempo que pasa entre que hieres a un animal y lo rematas hace que se te acumulen maldiciones, la mujer debía de estar ahogándose en ellas. Y la manera como había acabado con el jabalí no había sido limpia en absoluto. El animal había tratado de destriparme, pero en ese momento vi su cuerpo despedazado y sentí tristeza. Había sufrido. Un ser humano había causado ese sufrimiento. No lo culpo en absoluto por haber atacado al siguiente humano que encontró.

Pero no pasé mucho rato en mirarlo, ni siquiera en pensar en él. Tenía muchas otras cosas en la cabeza. El caballo de la mujer. Los otros dos caballos que la seguían, atados con cuerdas y pesadas bolsas colgando a lado y lado. Todos ellos eran de un color gris pálido con manchas blancuzcas y largas crines blancas. Eran mucho más grandes que los pequeños ponis que teníamos en las islas. Estaban quietos, muy tranquilos. Ni siquiera sentían curiosidad por mí.

U son les otre?, dijo, y señaló en derredor, como si me preguntara algo. Volvió a hacer una mueca y me di cuenta de que sentía dolor.

No entiendo nada, respondí.

La lluvia empezaba a amainar y la mujer se bajó la capucha. Lo primero que pensé fue que sus cabellos hacían

juego con los del caballo: grises, fuertes, y con un aire salvaje cuando el viento los hacía ondear en torno a su rostro. Lo segundo que pensé fue que su cara era en realidad dos caras, la primera de ellas vieja y curtida, pero que conservaba viva en su interior la segunda cara, una cara más joven, la que había sido en otro tiempo.

Hizo otra mueca y señaló al jabalí muerto.

Saló!, dijo, y le escupió. *Putén de sanglié*.

Y escupió de nuevo sobre el animal, y luego hizo que el caballo se volviera. Así vi el otro costado y supe por qué hacía muecas cada vez que se movía.

El costado del caballo estaba cubierto de sangre. Lo primero que se me ocurrió fue que estaba herido, pero al buscar el origen del irregular abanico de sangre me di cuenta de que la herida se hallaba en el costado de la propia mujer. Tenía un corte en la nalga que había tratado de vendar con una faja.

No pensaba encontrar a nadie en la tierra principal, al menos mientras no llegase al hogar de Brand. Me habían criado en la inequívoca certidumbre de que la tierra principal estaba deshabitada. Y a mí me parecía lógico que fuera así. Como ya te he explicado, me habían hecho calcular lo pequeño que era el número de personas que quedaban en el mundo. Y me habían transmitido la vaga idea de que había ocurrido algo que había hecho que la tierra principal fuera misteriosamente hostil al hombre. De hecho, en todo mi viaje no había visto nada que respaldase aquella idea, y había llegado a preguntarme si era cierto, o tan solo una historia que se habían inventado para que nos quedáramos al margen, en los límites del mundo, mientras el Baby Antiboom terminaba. En mi niñez había sido obediente, pero puede que todos los niños, sin excepción, sientan el impulso de ir a los lugares que les están vedados, o de tocar todo lo que les han advertido que no toquen. Creo que es así como empezó mi secreto deseo de viajar y de ver el mundo que me habían prohibido. Aunque por aquel entonces ya fuese mayor, al emprender el viaje había sentido entusiasmo, y no solo justa cólera. Y aunque

pensara que no hallaría a nadie, por supuesto que había imaginado cómo podría ser el encuentro si la inverosímil circunstancia llegaba a darse. Pero entre todas las posibilidades que se me habían ocurrido, no había llegado a prever que tal vez hablaríamos lenguas distintas.

A ti sí que se te habría ocurrido esa posibilidad, porque viviste en un mundo que todavía estaba abarrotado de gente que hablaba en un revoltijo de lenguas distintas. De hecho, ahora que miro tu foto, me doy cuenta de que ni siquiera sé si tú y yo habríamos podido hablar, en el caso de habernos conocido. Había dado por sentado que hablarías el mismo idioma que yo. Pero tal vez vinieras de otro lugar, como ella. La tierra principal no era más suya que mía. Acabé por descubrir que había venido a través del canal que la separa de la tierra aún más grande que se halla al sur. Era francesa. Pero antes de descubrir todo esto, averigüé cosas todavía más importantes sobre la mujer: padecía una herida grave, necesitaba ayuda y le encantaba dar órdenes. Pienso que la palabra que la describe mejor es «imperiosa». Se comportaba —y manejaba la escopeta— como si hubiese estado al mando del planeta entero. Y no soportaba que reconocieran en ella el menor signo de debilidad.

Al principio la comunicación fue difícil. La mujer parecía frustrada y algo ofendida porque no hablaba su idioma, y la verdad es que me resultaba un poco raro, porque más tarde me hizo sacar un pequeño libro de una de sus bolsas: un diccionario inglés-francés. Si no hubiera previsto el problema, no lo habría llevado encima. Después de encontrar el libro, pasamos de comunicarnos por lenguaje de signos a seguir utilizando el lenguaje de signos y además señalar palabras en el diccionario. Pero eso fue mucho después de que me hubiera enseñado a instalar su tienda y, a pesar del dolor, lograra bajar del caballo.

La tienda era un simple rectángulo de algodón aceitado, con unos orificios en los que había unas anillas de metal por donde pasaban las largas cuerdas que la sujetaban. Me enseñó a atarla entre los árboles y luego me

pasó unas estacas de aluminio que servían para fijar la parte de atrás en el suelo, de modo que quedaba cerrada por un lado. Luego me hizo otro gesto con la escopeta para indicarme que me marchara y bajó del caballo. Desmontó por el otro lado del animal, y creo que lo hizo para evitar que viese como retorcía el rostro y lloraba. Imperiosa significa que, ante todo, era una mujer con orgullo.

Quise ayudarla, y una vez más hizo un gesto para que me alejase.

Dio dos pasos hacia uno de los caballos con la obvia intención de sacar algo de las bolsas, pero tropezó y soltó un chillido. Cayó pesadamente y se quedó tendida en el suelo.

Había caído sobre la escopeta y el dolor de la herida la hacía jadear. Me acerqué de un salto y le quité la escopeta de debajo del cuerpo. No era el gesto más amable que podía hacer, pero quise que el arma estuviese fuera de su alcance, por si se le ocurría agarrarla.

La mujer jadeó y luego gruñó, y me miró con rabia, como si hubiese querido abrasarme con los ojos.

Si yo fuese buena persona de verdad, habría tratado de ayudarla antes de hacer nada más, pero no soy buena persona de verdad. Soy lo que soy. No soy una mala persona. Soy una persona aceptablemente buena. Por ello, lo primero que hice fue sacar el cuchillo y liberar a *Jip*. Lo segundo fue ver por qué el perro cojeaba. Tenía un corte que no era profundo, pero le recorría tres cuartas partes de la pata delantera, como si esta hubiera quedado atrapada en un lazo. Me lamió la mano para darme las gracias y miró a la mujer, y luego otra vez a mí.

Ya lo sé, le dije.

Abrí la escopeta y vi que contenía un único cartucho, y era el que había usado para matar al jabalí, por lo que había que entender que no iba en serio cuando me apuntó y me ordenó que me volviera. En realidad no había tenido en ningún momento la sensación de que pudiera hacerme daño, pero me alegraba de confirmarlo. Dejé la escopeta en el suelo y me acerqué a los caballos que llevaban las bolsas.

Empezó a gritarme, pero su voz sonaba cada vez más débil y no le hice caso. Encontré su saco de dormir y lo llevé a la tienda que me había hecho montar. Luego señalé la tienda y utilicé el lenguaje de signos para hacerle entender que la ayudaría a llegar hasta allí. En cuanto traté de agarrarla, me golpeó las manos para que las apartara. Di un paso hacia atrás e hice gestos para calmarla, los mismos que solía hacerles a los ponis semisalvajes de las islas cuando teníamos que ponerles el ronzal. Le dije las mismas cosas que solía decirles a ellos, con la misma voz tranquilizadora.

No pasa nada, le dije. No pasa nada. No voy a hacerte daño.

Quizá fuera por el tono en el que le hablaba, pero me permitió que la arrastrara hasta la tienda. La acosté sobre el saco de dormir y traté de examinar la herida. Una vez más me golpeó para que me apartase y señaló a los caballos. Ya prácticamente no hablaba, y tal vez se debiera a que el dolor le hacía apretar los dientes. Entendí que había que quitarles la carga a los caballos, y luego atarlos por la pata y dejarlos pacer. Me costó un cierto trabajo lograr que las bolsas se soltaran, pero las cuerdas para atar a los animales estaban encima de todo y los caballos apenas si ofrecieron resistencia cuando los sujeté por la pata. Estaban acostumbrados. Se alejaron y empezaron a masticar ruidosamente la hierba.

Por medio de gruñidos y gestos, me guio hasta la bolsa correcta y encontré el botiquín y el diccionario. El material médico que llevaba en el botiquín era distinto del mío, pero en cualquier caso encontré vendas limpias y un montón de hierbas y ungüentos que no reconocí. La mujer me lo quitó de las manos y trató de curarse ella misma la herida. Y ahí empezó el problema, porque era incapaz de girarse lo suficiente para hacerlo. Desde luego habría sido capaz de atarse una venda en torno al cuerpo y apretar, pero la herida estaba en la parte de atrás.

Le di a entender que echaría una ojeada. Negó con la cabeza, irritada. Agarré el libro. Aunque luego lo utilicé

centenares de veces, recuerdo la primera palabra que busqué. La palabra inglesa para infección. La francesa se escribía igual. Gruñí con sorpresa. Cuando se la enseñé, clavó los ojos en ella y una de las comisuras de sus labios se retorció microscópicamente.

Infección, dije. Si no se limpia, se infectará. Y tú no llegas a la herida.

Angfecsión, confirmó.

Tomé el libro y busqué la palabra siguiente. Señalé mi propio cuerpo, luego la señalé a ella, y después a la palabra. La mujer se esforzó por leerla.

Edé, dijo.

Sí, le respondí. Te voy a *edé*.

Me miró con esos ojos que eran viejos y jóvenes a la vez.

Okay, dijo.

Okay, le respondí.

Me pidió el libro con un gesto y se lo di.

Señaló la palabra que quería decir lavar. Luego la palabra que significaba cerrar. Debió de parecerle que no la entendía, porque chasqueó la lengua y buscó otra palabra.

Coser.

Señaló a la parte de atrás de su cuerpo e hizo una mueca.

Coser.

Buscó dentro del botiquín sin dejar de chasquear la lengua. Buscaba algo que no estaba allí.

Fui a por mi propia mochila. Saqué la miel y se la enseñé.

Okay, dijo. También me dijo otras cosas en francés, pero yo ya no escuchaba, porque estaba encendiendo una hoguera. Al cabo de un rato, tan solo me miraba, pero no decía nada. Su rostro empezaba a adquirir el mismo color gris de sus cabellos y llegaba la noche. Yo quería hacerlo mientras aún tuviera luz suficiente. La herida era larga y profunda. Tendría que lavarla y luego tratar de suturarla. No sería nada fácil terminar antes de que oscureciera.

Al cabo de un rato dejó de gritarme órdenes. Creo que

fue porque vio lo que estaba haciendo y le pareció bien. Encendí un fuego y usé dos de sus potes de cocina para hervir el agua que llevábamos. Cuando hubo hervido durante diez minutos, eché dentro las vendas que llevaba la mujer y dejé que hirvieran otros diez. Al mismo tiempo preparé una rejilla de ramas de abedul y luego extendí las vendas por encima de esta, para que se secaran al calor del fuego, al mismo tiempo que el agua se enfriaba. La pasé de un pote a otro para acelerar el proceso, para que el aire hiciese su efecto.

Cuando por fin empecé, estaba tan solo un poco más caliente que la temperatura de la sangre. Señalé a sus pantalones. Le indiqué que tendría que quitárselos.

Putén, dijo, y sacó un cuchillo. Antes de que pudiera detenerla, lo había metido por detrás y cortado los pantalones por la cintura. El esfuerzo le arrancó nuevas muecas de dolor. Luego trató de separar las dos mitades para que la herida quedase al descubierto. La sangre se había secado y la tela estaba rígida y pegada a su cuerpo. Hizo otra mueca y pareció que palideciera.

No, le dije. Ya lo haré yo.

Al ver de cerca la herida, estuve a punto de vomitar. El colmillo del jabalí había hecho un corte largo y profundo, lo bastante profundo como para poder distinguir los colores de la grasa y el músculo. Era peor que cualquier otro corte que hubiera visto en mi vida, y el pensamiento de que tendría que suturarlo me dio una sensación como vértigo.

Primero lo primero, dije. Primero lo primero.

La ayudé a darse la vuelta hasta ponerse de bruces. Me imaginé que le dolería igual que si le recolocaba un hueso. Había visto cómo papá se lo hacía a Bar. Busqué una rama algo más gruesa que mi pulgar y corté un trozo no muy largo. Se lo di y le indiqué por gestos que tenía que ponérselo en la boca para morder cuando le doliera.

Putén, dijo una vez más, y entornó los ojos. Pero se encogió de hombros, se lo puso entre los dientes y luego se volvió.

La herida no olía y lo que se veía de color negro era

sangre seca y nada más. Utilicé el agua tibia para ablandar la tela del pantalón donde había cuajado la sangre y despegarla de la piel, y luego lavé la nalga que había quedado al descubierto hasta dejarla todo lo limpia que pude a ambos lados de la horrible herida abierta.

Le puse la mano sobre el hombro. No se volvió.

Lo siento, le dije. Esto te dolerá.

Asintió y no dijo nada mientras le enjuagaba la herida con agua limpia. Todo su cuerpo se tensó, y entonces me di cuenta de lo fuerte y nervudo que era bajo las ropas que lo ocultaban. Traté de terminar lo antes posible. El único sonido que oí fue el crujido de madera entre sus dientes.

La verdad es que después de lavarla aún tenía peor aspecto. Estaba más limpia, pero también se distinguía con mayor claridad dónde había empezado a morir la carne. Si la herida hubiera estado en un brazo o en una pierna, quizá habría tratado de mantenerla cerrada con un vendaje muy prieto, pero el lugar donde se hallaba no me permitía otra opción que suturarla.

Me di cuenta de que llevaba tanto rato mirándola y pensando en lo que haría a continuación que no me fijé en que la mujer había vuelto la cabeza y me miraba.

¿Angfecsión?, preguntó.

Todavía no, le respondí. Y entonces sostuve en alto el bote de miel.

Ah, dijo. Ah, *bon*.

Asintió y se volvió de nuevo.

Sumergí la aguja en agua hirviendo para dejarla limpia. Era la aguja que siempre llevaba para coser todo lo que pudiera rasgarse, como bolsas, velamen y ropa.

Casi me escaldé las manos al lavármelas, y luego las froté con el jabón de afeitar. La mujer me contempló mientras hacía todo esto, echada de bruces en el suelo con la cabeza vuelta hacia atrás. Le enseñé la aguja con una mueca de disculpa.

Merd, me dijo.

¿Putén?, le respondí.

Por primera vez la vi sonreír de verdad. La severidad

de su rostro se agrietó y se iluminó con un rayo de sol.

Ui, decía. *Putén*.

Y entonces agarró el trozo de madera, lo mordió y miró hacia otro lado.

Creo que todo habría sido más fácil si se hubiera desmayado, pero no se desmayó. En cuanto le eché la miel sobre la herida, se retorció y se estremeció, pero eso era tan solo lo primero, no lo peor. A lo largo de mi vida he tenido que hacer cosas muy desagradables, pero clavar esa aguja curva en la carne viva y sacarla de nuevo una y otra vez, y luego hacer los nudos, tirar hasta cerrar la herida y dejar tan solo una línea delgada entre los repulsivos pliegues de carne es una de las que aún me dan pesadillas. Lo de coser no se me da muy bien, en el mejor de los casos. Cuando hube terminado, aquello parecía un tramo de alambre con espinas. Pero lo había hecho con toda la rapidez y toda la pulcritud que estaban a mi alcance, y cuando ya no quedó más herida por suturar, eché por encima un reguerillo de miel y luego lo cubrí cuidadosamente con una venda limpia para que nada se moviera. Entonces preparé una almohadilla para cubrirla, y cuando iba a pedirle que levantara los muslos para poder pasar alrededor la larga venda que la mantendría en su lugar, me di cuenta de que se había dormido. Se había dormido, o se había desmayado. Sin embargo, respiraba, así que la dejé en paz y no hice más que vigilarla por si despertaba y trataba de darse la vuelta, para que no apoyara el peso del cuerpo sobre la herida.

Jip se acercó y se sentó a mi lado, y durante un buen rato no necesité nada más en el mundo. Me lamía la mano y yo lo rascaba, y luego metí la nariz en la familiar aspereza del pelaje que le cubría la piel, y el perro se dejó agarrar y me escuchó mientras le contaba lo mucho que lo había echado de menos, y lo mal que me había sentido mientras creí que había muerto y que había sido por mi culpa. Y nos quedamos acurrucados y apretujados, y contemplamos el cielo al lado de la mujer dormida. Los caballos pacían. Estaba oscureciendo. Al despertarse, la mujer trató de darse la vuelta, pero se lo impedí. Luego bebió agua y se durmió

de nuevo.

Antes de que oscureciera del todo, colgué cabeza abajo el cadáver del jabalí y le hice un corte en el cuello para que durante la noche terminara de escurrirse la sangre que aún no había perdido. Luego reuní los caballos y los amarré cada uno a un árbol. Y después me eché también a dormir. No sabía si lo que había hecho funcionaría, o si la mujer sufriría una infección y moriría. Mientras estaba echado en la oscuridad, y escuchaba los sonidos desconocidos de la noche que empezaba, me pregunté si había hecho bien. Pensé que no sabía si la mujer sería una persona peligrosa como Brand. Luego pensé todavía más y llegué a la conclusión de que lo más probable era que fuese igual de peligrosa, pero que me había salvado y había encontrado a *Jip*, y que en definitiva lo más probable era que hubiese hecho bien al tratar de curarla. Y luego me dormí.

Me desperté a primera hora de la mañana. Los árboles y la hierba estaban cubiertos de rocío. La mujer me empujaba la espalda con un palo. Tenía que mear. No me resultó nada fácil ayudarla a levantarse. Todavía fue más difícil sostenerla mientras se ponía medio en cuclillas, con la pierna herida estirada para no ejercer presión sobre la sutura. Cuando volví a dejarla sobre el saco de dormir, estaba blanca.

Dormé, dijo, y señaló a mi propio saco. Luego se echó a dormir de nuevo.

Cuando volvió a despertar, yo ya había puesto varios trozos de carne de jabalí a asarse sobre el fuego y había soltado los caballos para que volvieran a pacer. También le había llevado sus bolsas. No acababa de ver el sentido a la serie de objetos que indudablemente había coleccionado a lo largo de sus viajes. Algunos de ellos eran útiles —como por ejemplo las herramientas— y parecía que otros le hubieran llamado la atención tan solo porque resultaban interesantes, como una pequeña cabeza de bronce, o una muñeca casera cosida con unos botones que llevaba en una vieja caja llena de collares vistosos.

Me miraba con rostro impenetrable. Luego asintió,

como para felicitarme por haber hecho algo bien.

Mersí, decía. *Mersí*.

Le llevé carne de jabalí. Se tendió sobre el costado contrario a la herida y se apoyó sobre un brazo para comer. Terminó su porción y eructó, con un eructo profundo como los de papá. Sonrió, como satisfecha de sí misma. Agarró el diccionario y pasó las páginas, encontró una palabra y me la enseñó al tiempo que enarcaba una ceja interrogadora.

¿Nombre?

Gris, le dije. Me llamo Gris.

La señalé a ella.

Mua?, dijo, con la ceja todavía enarcada. Encogió un hombro como si los nombres no le importaran, como si estuviera por encima de llevar un viejo nombre, como los que antes había llevado todo el mundo. Luego puso una cara como si escogiese uno entre sus muchos nombres.

John, dijo.

¿John?, le pregunté.

Ui, dijo, a la vez que asentía. John Dark.

Capítulo 19
Un vínculo

Aunque no habláramos el mismo idioma, John Dark me caía bien. Ese no era su nombre de verdad, solo un nombre inglés que sonaba igual que el suyo de verdad. Y luego descubrí que tampoco era el de verdad. Se lo había puesto en broma, y era el nombre más apropiado que pudiera haber para una mujer francesa. No llegué a entender la broma hasta que me la explicaron, mucho después de que nuestros caminos se separaran.

Recuerdo muy bien aquel primer día y la primera noche, pero los días que vinieron a continuación se mezclan en mi recuerdo. No sabía qué hacer, porque habría querido seguir adelante para ir en busca de Brand, pero al mismo tiempo no me sentía capaz de dejarla hasta que por lo menos pudiera ponerse en pie y mear sola. No habría tenido ningún sentido suturarle la herida para después abandonarla en un charco de su propio pis. Habría sido un desperdicio de buena miel, por no hablar de una labor de sutura que no había sido igual de buena. Y además, por supuesto, quería que me contara su historia, qué hacía allí, de dónde había venido, qué había visto, qué sabía. Tenía pinta de haber visto muchas cosas.

Logró que empezara yo por contarle mi vida. A base de diccionario y de enarcar las cejas una y otra vez, me preguntó ¿De dónde?, y yo se lo enseñé en el mapa. No el punto exacto, sino la zona aproximada. No confiaba en ella hasta el punto de indicarle un lugar preciso. ¿Familia? Eso fue fácil. Le respondí con cuatro dedos. ¿Estar solo? Me bastó con el pulgar. ¿Por qué aquí? Eso ya me resultó más difícil. Con mucho trabajo, le enseñé las palabras «hombre

robar mi perro yo encontrar recuperar perro». Me obligó a repetirlo, porque no se lo creía. La segunda vez añadí «barba rojo», con la esperanza de que conociese a Brand, pero vi en sus ojos que no le sonaba de nada. ¿Dónde?, eso lo tuve más fácil para responder. Se lo mostré sobre el mapa. Y ya que lo había desplegado le enseñé dónde me parecía que estábamos. Me hizo sacar un mapa de su propia bolsa y, aunque el suyo era mejor y estaba impreso sobre tela, la imagen que mostraba era la misma. Y estuvimos de acuerdo en que nos hallábamos en medio del país, cerca de la ciudad grande.

Quedó claro que había llegado desde Francia, lo que para entonces no me sorprendió en absoluto, porque había leído la cubierta del mugriento diccionario. La sorpresa de verdad fue que yo le preguntara ¿Dónde tu barca?, y la mujer negase con la cabeza y me explicara que no tenía barco. Señaló a los caballos y entornó los ojos. ¿Cómo había podido traerlos en barca? Entonces hizo el movimiento de caminar con los dedos. Negué con la cabeza y señalé al mar. John Dark resopló y señaló otra zona en tierra y trazó una ruta a través del estrecho canal. Luego chasqueó los dedos y me pidió el diccionario. Encontró la palabra para «túnel», que en inglés y francés se escriben exactamente igual, como «infección». No me lo creí, porque pensaba que si hubiera habido un túnel bajo el mar, al cabo de cien años ya se habría llenado de agua. Aun cuando las aguas del mar no hubieran subido de nivel hasta sumergir las entradas. Sin embargo, la mujer insistía en que había ido a caballo bajo el mar hasta llegar allí, y me enseñó una lámpara de aceite que colgaba de uno de sus cestos.

Me daba igual que mintiera. Yo tampoco le había contado con exactitud de dónde provenía. Me gustó el descaro de su mentira. En cierta ocasión, Ferg me había explicado que si había que mentir era mejor que la mentira fuese de las gordas, y creo que esa es la idea que siguió ella. No quería decirme dónde ocultaba su valiosa embarcación.

Le pregunté por qué había venido. Entonces se notó la vacilación en su rostro. Su dedo indicó una vez más

«familia». Luego «hijas». Luego una palabra que significaba «epidemia».

Lo siento, le dije.

Se encogió de hombros, pero por un largo instante sus ojos se perdieron en la lejanía.

Habría querido hacerle más preguntas, pero me di cuenta de que estaba triste y cansada, y por ello salí con *Jip* para llenar las botellas de agua en un arroyo que bajaba por la ladera. Mientras tanto, pensé en la epidemia de la que me había hablado. Llegué a la conclusión de que lo más probable era que fuese una enfermedad normal, que en otro tiempo probablemente se habría curado con medicamentos que ya no teníamos. Al fin y al cabo, una epidemia es una enfermedad que afecta a grandes poblaciones e inflige daños terribles. No quedaba suficiente población como para que se produjera una epidemia. Ahora creo que me equivocaba y que la mujer describió con precisión los síntomas, pero eso es lo que pensé entonces.

Durmió la mayor parte del día, y cuando no dormía parecía que me mirase con la cabeza echada hacia un lado, como si viera algo que no terminaba de entender. Ya faltaba poco para el anochecer de ese día, o quizá de algún otro día, cuando me dijo la otra razón por la que estaba allí. Señaló su propio pecho con el pulgar y luego me mostró palabras en el diccionario: «Yo. También. Buscar. Alguien».

¿Alguien?, señalé a mi vez, y enarqué las cejas para imitar el rostro que ponía la mujer para hacerme preguntas.

Quelcán, dijo. *Quelcán demal*.

Quienquiera que fuese el tal Quelcán, hizo que la mujer volviese a desviar la mirada. Le cambiaba los vendajes por la mañana y por la noche, y la herida no olía a infección, aunque la cicatriz se viera irregular y enrojecida, y durante los primeros días resultara alarmante por lo caliente que estaba. Empleé en ella toda mi miel, y la mujer también tomaba medicinas que llevaba en el botiquín, y a fuerza de miel, y de los polvos y hojas que ingería, la herida pareció curarse.

Tenía varias costumbres que me resultaban extrañas y

a las que no quería renunciar. Quizá todo el mundo tenga costumbres que resultan sorprendentes para los desconocidos. Una de ellas eran los palos *lu garú*. Se trataba de antorchas largas, hechas con mangos de madera y tela enrollada en la punta empapada en resina de pino pegajosa. No las encendía nunca, pero insistía en que las dejáramos junto al fuego durante la noche. Cuando traté de preguntarle por qué, no hizo más que señalar a la oscuridad, a los tres caballos que pacían cerca de allí atados por una pata, y a la negrura que se encontraba más allá.

Pur lelú, dijo.

Puse cara de no entender nada. La mujer sonrió.

Lelú, repitió, y entonces hizo una cara como diciéndome «es que hago como si quisiera asustarte, pero no te lo tomes en serio».

¿Lelú?, dijo, y meneó las cejas. *Lelú garú*.

Así pues, las antorchas se convirtieron en bastones *lu garú*, y se convirtieron —para mí— en una especie de ritual pintoresco y absurdo que le gustaba a John Dark. Hasta que se vio, por supuesto, que no era así.

Mientras aguardábamos a que su herida se curara, aclaramos varias cuestiones. Una de ellas era que *Jip* había quedado atrapado en una trampa para conejos que la mujer había preparado cerca de su campamento. Dentro de una de sus bolsas encontré un montón de trampas como esa, hechas con alambre delgado. Las señaló, y luego señaló a la pata de *Jip*, al tiempo que se encogía de hombros como para pedir disculpas. También me enteré de que había visto la casa en llamas después de que me marchara y había cabalgado hasta allí para ver lo que ocurría, del mismo modo que a mí me había atraído el fuego que había visto desde la torre. Igual que yo, pensó que tal vez el fuego indicaría la presencia de otros seres humanos, pero en su caso, a diferencia del mío, tuvo razón. Me dijo que había pensado que el fuego podía deberse a Quelcán Demal.

Una tarde señaló a los caballos y me preguntó, con mímica, si sería capaz de cabalgar en uno. En la isla no cabalgábamos sobre los ponis, tan solo los usábamos para

llevar cosas, y caminábamos a su lado. Pero como había cabalgado sobre ellos en mi niñez, agarrándome entre los cuévanos donde llevábamos el carbón, asentí.

Al día siguiente se nos acabó la miel, y la mujer llegó a la conclusión de que la herida ya había cicatrizado lo suficiente como para empezar a andar y probar con el caballo. Tenía los cabellos grises, pero era dura, y una vez se le hubo pasado el dolor, y la infección —si es que llegó a padecerla— hubo desaparecido, volvía a rebosar energía.

Con una mezcla de mímica y palabras de diccionario, me dio a entender que quería que fuese con ella a la ciudad, donde había visto una colmena muy grande. Señaló el bote vacío. A modo de compensación por mi ayuda, quería reemplazar la miel que la había curado. Yo me hallaba en un estado de ánimo extraño. Tenía prisa por encontrar a Brand, sentía júbilo por haber recobrado a *Jip*, pero tampoco quería separarme de ella, y como la ciudad se hallaba más o menos en la misma dirección en la que ya iba, asentí. Empleó el día en redistribuir el equipaje por las bolsas, y luego colgó de un árbol, cerca de los coches amontonados, todo el peso que podía llevar uno de los caballos. Me indicó que pasaría a recogerlo más adelante, y a continuación me hizo montar en el caballo que había quedado libre y probé a cabalgar.

Jip ladró al verme hacerlo, y el caballo resopló con una mezcla de burla y frustración, como si se hubiera dado cuenta de los nervios que yo sentía, pero la mujer le dijo algo y pareció que sus palabras actuasen como un hechizo y lo tranquilizaran. Aún no había oscurecido del todo, pero después de dar un par de vueltas para acostumbrarme a la sensación de moverme sobre un asiento tan elevado y que se mecía tanto, regresamos al campamento y por última vez nos dimos un banquete con carne de jabalí y bayas.

La mujer no parecía tan alegre al día siguiente, cuando ensillamos las monturas y cabalgamos ladera abajo. En cuanto el caballo empezó a dar sacudidas sobre el abrupto terreno, la expresión de su rostro se volvió dura y agria, y una vez más me fijé en que apretaba los dientes para que

no se le escapara ni la más mínima expresión de dolor. Era una mañana brumosa y cabalgaba con la capucha puesta. *Jip* correteaba más adelante por la ladera y sorprendió a algunos conejos madrugadores, pero estaba más concentrado en perseguir que en matar, y en cualquier caso, todos nosotros —*Jip* incluido— habíamos comido bien la noche anterior.

Para cuando descendimos a la vieja carretera M, el sol había despejado ya casi toda la niebla y la mujer cobró calidez al mismo tiempo que el día. Se quedó atrás para poder cabalgar a mi lado. Me miraba con desaprobación. Para cuando hubimos recorrido unos cinco kilómetros, llegó a la conclusión de que las varias instrucciones que me había dado mediante la mímica —sentarse con la espalda erguida, hacer presión con las rodillas, mano relajada, no tirar de las riendas, etcétera— habían acabado por transformarme en un jinete no tan calamitoso como al principio del día, y refunfuñó con aprobación.

Bravo, Gris, dijo.

No sé qué es lo que me sorprendió más y me inspiró una alegría más inesperada. Su aprobación, o el hecho de que hubiera usado por primera vez mi nombre.

La mujer cabalgaba al frente y guiaba el caballo cargado con las bolsas. Mi propio caballo estaba feliz con seguirlos mientras avanzaban en una línea tan recta como les resultaba posible entre los árboles pequeños y grandes que invadían la antigua carretera M. Cabalgar sobre otro animal es algo extraño. La verdad es que no había pensado en ello cuando montaba sobre los ponis que llevaban el carbón, pero en ese momento sí lo sentía con fuerza. No era tanto por la sensación de moverse sin necesidad de hacer apenas nada —eso ya lo conocía, por todas las veces en que el viento me había empujado por el mar—, sino por el hecho de que el medio que me transportaba era, obviamente, el movimiento individual de otra criatura viva. El animal se movía con sacudidas controladas, siempre —o por lo menos a mí me lo parecía— a punto de tropezar, o por lo menos de perder su cadencia propia y especial. Pero

a medida que avanzaba el día, dejé de luchar contra esa sensación, y al perder toda preocupación me relajé y empecé a sentirme parte del caballo, y ya no una criatura distinta. Seguramente no lo entenderás, a menos que tú mismo también montaras a caballo y sintieras lo que sentí entonces. Pero lo más probable es que fueras en coche. ¿Sentías la misma euforia? ¿O quizá tenías miedo de que el motor se te escapara de las manos, igual que me había ocurrido a mí cuando el caballo tropezaba?

Al mismo tiempo que cabalgábamos, la ciudad empezó a cobrar altura a nuestro alrededor, como si estuviera creciendo por sí misma a lado y lado. Una vez más, me abrumó la magnitud de lo que fuisteis, vuestro número. Encontramos las ruinas de unos edificios alargados y de poca altura que debieron de ser fábricas, y luego laberintos de vegetación que se distribuía de acuerdo con líneas regulares y que debían de haber sido calles donde habían crecido las plantas entre casas idénticas en forma de caja, y más adelante, en la lejanía, convergiendo con nosotros, otra vía elevada que pasaba por encima de aquel páramo de arbustos, árboles y edificios desvencijados que se sostenían sobre patas cortas de hormigón.

¿Qué se debía de oír en vuestras ciudades cuando esas calles estaban repletas de coches? ¿Como un gemido, un retumbo o un gruñido? ¿O un rugido? ¿Los distintos tipos de coche y camión hacían sonidos distintos? ¿Sabíais sin necesidad de mirar cuál era el vehículo que se acercaba? Y si había tantas calles, ¿cómo es posible que no chocarais entre vosotros si ibais a las velocidades que he leído?

Me veía incapaz de pensar, o de estar alerta ante los peligros, y cabalgaba sobre un solo caballo. Si hubiera podido pensar, quizá no me habría metido de cabeza en aquello.

Pero no todo el peligro se ve a simple vista. Tan solo íbamos a buscar miel.

No todo lo dulce es bueno.

Capítulo 20
Quelcán demal

El día había empezado muy bien. Mientras íbamos de camino hacia el centro de la ciudad, el sol brillaba en lo alto sin calentar demasiado, los pájaros hacían mucho bullicio y los conejos que correteaban de un lado para otro tenían feliz a *Jip*.

El canto de los pájaros que se oía allí aún me resultaba nuevo. En la isla sonaban chillidos y graznidos ocasionales, y el canto solitario de animales que sobrevolaban el páramo, pero las aves eran escasas y estaban demasiado esparcidas como para que se oyera la incesante algarabía de la tierra principal. Al principio me pareció que el cántico de aves distintas era como un revoltijo de sonidos. Ninguno de ellos era especialmente fuerte por sí mismo, pero la manera como exigían mi atención desde todas las direcciones era implacable. Un ave arrullaba por aquí, otra piaba por allá, y se oía un gorjeo un poco más allá. Y como todos los sonidos eran distintos, no paraba de volverme, tratando de descubrir de dónde provenía cada uno, para ver cuál era el ave que lo hacía. Y después, al cabo de poco, el mismo hecho de que el bullicio no cesara empezó a desdibujar todos esos sonidos distintos en una única ola de sonido, como la del mar. Se volvió sonido de fondo y dejé de preocuparme por distinguir las individualidades de las que se componía. Para cuando conocí a John Dark, el alboroto siempre presente de las aves que me rodeaban se había transformado —como el mar— en un rumor reconfortante. También me había acostumbrado a que sonara distinto al alba y a la hora en que la luz abandonaba el cielo al final del día. Y aunque no hubiera llegado muy lejos con la

identificación de las distintas especies, sí había llegado a distinguir qué aves eran palomas y cuáles eran urracas, gracias al pequeño libro que había encontrado en la tienda del museo.

Hubo un ave, que parecía distinta, con plumas de color arenoso veteadas con otras de un marrón más oscuro, que nos sobrevoló mientras bajábamos por una rampa por la que habíamos salido de la carretera M. Creo que era un tordo cantor. Gorjeó con alegría mientras volaba muy por encima de nosotros, y al volverme hacia la mujer vi por un instante que se había despojado de su máscara severa y permitía que el rostro más joven que se ocultaba detrás de ella tuviera su momento al sol, porque también miró como el pájaro revoloteaba y se elevaba sobre nuestras cabezas hacia el cielo claro y azul, como si cantara y volase por la pura alegría de hacerlo.

Luego volvió a cubrirse con la máscara y guio al caballo en dirección a un hueco que se abría en las ruinas cubiertas de vegetación. La mujer sabía adónde iba y mi caballo la siguió. En el pasado reciente, un edificio de ladrillo se había rendido después de mucho tiempo tratando de mantenerse en pie, se había venido abajo sobre el estrecho callejón y lo había cubierto con una mezcolanza de ladrillos y cristal roto. John Dark soltó un gruñido para expresar su descontento y condujo al caballo hacia un lado, donde encontró otro callejón más estrecho por donde sí podía pasar. Creo que no quiso arriesgarse a que los caballos se hirieran o se cayeran sobre los escombros recientes. Por aquel entonces me había dado cuenta de que era fácil distinguir las ruinas nuevas de las que se habían producido tiempo atrás, según cómo las cubriera la vegetación. Los escombros recientes se movían al pisarlos, pero una vez el musgo, la hierba y las raíces de las plantas empezaban a instalarse sobre ellos, se volvían compactos, porque las plantas y la mugre los mantenían en su sitio.

Salimos por el otro extremo del callejón y continuamos por una parte cubierta de arbustos y matorrales que llegaban hasta el lomo de los caballos. En otro tiempo había

sido un área despejada en el centro de la ciudad con postes luz que la iluminaban. Estos se habían oxidado hasta transformarse en palos que terminaban en punta, o se habían inclinado y terminado por caer bajo el peso de las enredaderas que crecían sobre ellos, pero se encontraban a intervalos regulares, lo que hacía fácil encontrarlos una vez se había reconocido el patrón. También había árboles que habían crecido al azar entre ellos, y en un momento dado me agaché detrás de uno de ellos al pasar, porque eso era lo que había hecho John Dark, e inmediatamente después me erguí para ver los tres hombres que se hallaban más adelante.

Nos daban la espalda, y el del centro había levantado la mano como para saludar a alguien, por lo que instintivamente miré más allá, para ver a quién se dirigía. Pero allí no había nadie, ni siquiera ellos mismos. Solo eran estatuas encaradas hacia un gigantesco laberinto de escombros, en un lugar donde mucho tiempo antes se había hundido uno de los extremos de un gigantesco estadio y había tomado forma una colina de grandes planchas de hormigón y de tubos de metal retorcidos, unidos por la vida vegetal que todo lo cubría. Las estatuas eran hombres y todos ellos vestían pantalones cortos y se agarraban por los brazos, como si hubieran sido hermanos. Uno de ellos era calvo y sostenía un balón contra la cadera. Al acercarme a ellos con el caballo, vi que tenían expresiones en la cara que no eran sonrientes, sino que más bien estaban a la expectativa de algo. Fuera lo que fuese, tal vez eso que esperaban llegó y volvió a marcharse, o quizá no llegó nunca. Lo único que tenían ante los ojos era una ruina. No parecía que eso los inquietara. Las zarzas habían crecido en torno al bloque de piedra sobre el que se erguían, pero aún se podía leer una palabra inscrita en ella. Decía «BEST», «mejor» en inglés. Así pues, debían de haber sido los mejores jugadores del equipo. Miré a sus caras y me pregunté cómo debían de haber sido en la vida real. Entonces John Dark me silbó.

Isí, dijo, y detuvo el caballo.

Hizo una mueca al desmontar y tuvo que agarrarse a la silla para no caerse. No le gustaba que viera su debilidad y me explicó con muchos aspavientos que tenía que dejar colgando las riendas del caballo sobre la cabeza del animal para que se arrastraran por el suelo delante de él y no se marchara, y luego sacó cosas de las bolsas que llevaba sujetas a la silla y me hizo un gesto para que subiera con ella por el montón de ruinas.

Dejé el caballo e hice lo que me decía. Había cristales rotos bajo el musgo y tuvimos que andarnos con cuidado, pero el tiempo que había pasado desde que la construcción se derrumbó era suficiente como para que la naturaleza hubiese vuelto a unirla con la tierra y la hiciera estable. Y entonces, siguiendo sus pasos, llegué a la cima de la colina verde en que se estaban transformando los escombros, y desde allí contemplé lo que en otro tiempo había sido un campo de fútbol. Se había convertido en un oasis escondido de un color verde más oscuro. En un extremo había una arboleda de lo que ahora sé que eran robles, y un matorral de espinos en flor más hacia el centro. Los conejos corrían entre las hierbas altas que circundaban los árboles y al vernos huían enseñándonos sus colas blancas como flores de mayo. *Jip* salió disparado al instante, y desapareció entre los matorrales con asuntos muy serios en mente.

Los otros tres costados del estadio estaban en mejor condición que la parte por la que nos habíamos encaramado, pero en dos de ellos la gigantesca cornisa que en otro tiempo había resguardado a los espectadores de la lluvia o del sol se había venido abajo derrumbándose sobre las inacabables hileras de asientos de color rosa desvaído. Traté de imaginarme el número de personas que habían llegado a reunirse dentro de aquel estadio, qué aspecto habrían tenido, qué sonidos debían de hacer, y la cabeza acabó por dolerme. ¿La ausencia tiene un peso propio? Creo que sí, porque me quedé allí, sintiendo todo el peso de algo que no alcanzaba a ver. Era una sensación mucho más fuerte que la que me asaltaba cuando contemplaba un paisaje repleto de calles vacías. Quizá fuera porque en otro

tiempo habían sido tantas las personas que habían ido allí por voluntad propia y se habían sentado muy cerca el uno del otro en aquel espacio. Insisto en que los fantasmas no existen. No es que sintiera que el lugar estaba embrujado. Pero sí sentí algo. Como que en otro tiempo el lugar había estado poblado —y con mucha densidad— y luego había dejado de estarlo. Estaba despoblado, igual que las cosas se deshacen después de hacerlas. Esa era la atmósfera que había tratado de entender desde que llegué a la tierra principal, y era una sensación muy distinta a la de encontrar algo vacío. Era más bien soledad, no la que yo pudiera sentir por encontrarme sin nadie en este mundo, sino más bien la soledad que siente este mundo ahora que no estáis vosotros. Este mundo te conoció a ti y ahora ya no estás, y quizá esta sensación solo dure un tiempo, quizá hasta que los signos que indican que estuvisteis aquí se borren, y la naturaleza engulla las casas, carreteras, puentes y estadios de fútbol. Hasta entonces, os echará de menos.

O quizá padezca un punto de locura, y por eso pienso todo esto y me tomo la molestia de escribir mis absurdos pensamientos, para que un muchacho que murió hace tiempo, y que jamás los leerá, sepa cuáles son mis teorías acerca de un mundo que no visitará jamás. Quizá eso es lo que ocurre cuando una persona pasa tanto tiempo sin compañía de nadie, como me ocurre ahora a mí. Quizá esté hablándole al vacío.

En cualquier caso, el resto de la tarde fue la de un día muy bueno. Hasta que dejó de serlo.

Una vez John Dark se puso en movimiento, pareció que llevaba mejor el dolor de la herida y caminaba con mucha mayor soltura. Me llevó hasta el centro de lo que había sido el campo y cerró los ojos. Se llevó el dedo índice a los labios. Escuché. Y entonces lo oí, a la vez que la mujer abría de nuevo los ojos y me interrogaba con ellos.

Era un zumbido leve, un sonido débil que se oía de fondo y que parecía acariciar los oídos. Las abejas se habían instalado en el gigantesco jardín amurallado en que se había convertido el estadio, y había muchas.

Había dos árboles caídos que habían empezado a pudrirse desde su centro, y a su lado un extraño tipo de cobertizo de madera sobre ruedas. Podía ser que, al terminar todo, alguien hubiera decidido ir allí y vivir tras la protección que le brindaban los muros del estadio. Tal vez había cuidado de las abejas. Su cobertizo sobre ruedas se había transformado en una especie de gigantesca colmena y también había abejas en los árboles caídos. Era un espacio muy protegido, y el prado florido que había crecido sobre el campo debía de ofrecer alimento de sobra a los insectos.

John Dark señaló una hoguera de acampada reciente y luego a sí misma. Entendí que había estado allí no mucho antes. Por eso sabía lo de las abejas. Luego señaló a uno de los árboles caídos y sonrió. Íbamos a sacar la miel del tronco.

Trabajamos más o menos en silencio, y la mujer me enseñó con movimientos calculados lo que íbamos a hacer. No sé si nos mantuvimos en silencio para no poner nerviosas a las abejas o porque en la realización de una tarea física era más fácil guiarse por la mímica, pero fue una manera extrañamente tranquila e íntima de pasar tiempo con otra persona.

Visto en perspectiva, durante esas pocas horas me sentí cerca de ella como jamás me había sentido de nadie que no formara parte de mi familia. Incluso cuando trabajaba con los de Lewis siempre había una distancia. Tal vez porque éramos dos tribus. Trabajábamos juntos, pero siempre con el apoyo del resto de la familia con quien compartíamos nuestra diferencia respecto a los otros. Al estar con una sola persona todas las barreras desaparecieron y nos hablábamos con las manos y los ojos.

Lo que he dicho. Íntima.

Encendió una hoguera sobre los restos de la anterior y la alimentó hasta que empezó a rugir con fuerza. Entonces sujetó unos carbones encendidos entre el cuchillo y el plano de una hachuela y los colocó frente a la abertura del tronco caído, muy cerca de la madera, de manera que esta empezó a chamuscarse y humear. John Dark alimentaba al bebé

hoguera y me indicaba que mientras tanto mantuviera con vida a la mamá hoguera. Luego empezó a poner tela húmeda sobre el fuego más pequeño para que soltara una humareda. El truco consistía en mantener el núcleo del fuego más pequeño a la temperatura suficiente y luego humedecerlo para que empezase a producir mucho humo. Luego me dijo que me acercara a la tribuna y trajera el fondo de un asiento de plástico. Destrocé un par de asientos, porque el material se había vuelto quebradizo con el paso del tiempo, pero al tercer intento conseguí un trozo grande de forma más o menos cuadrada y regresé. Entonces la mujer me ordenó que aventase la humareda para que entrara por el hueco podrido en el tronco.

Tengo que decir que antes de hacer todo esto nos cubrimos la cabeza con unos sacos que llevaba en las alforjas y nos ajustamos las ropas contra el cuerpo, para que no hubiese peligro de que las abejas pudieran meterse por debajo y picarnos. Además, John Dark se había puesto guantes. Yo me cubrí las manos con tela. En otro tiempo leí un cómic viejo sobre un dios egipcio que había regresado de entre los muertos transformado en momia. Así me veía yo. A medio camino entre lo grotesco y lo ridículo. Y abanicaba de un lado para otro con el trozo de asiento para crear una brisa que obligara al humo a entrar y a las abejas a salir. Pero por supuesto no había nadie que pudiera vernos, ni reírse del espectáculo que debíamos de dar en medio del humo y del enjambre de abejas que empezaba a salir del tronco y zumbar a nuestro alrededor, donde el aire estaba más limpio.

John Dark agarró la hachuela y empezó a cortar con eficacia la madera podrida, amplió la abertura y dejó al descubierto los panales. El nido de las abejas estaba hecho con grandes lóbulos redondeados de cera que parecía esponjosa y tenía un punto como misterioso. Creo que era por la forma orgánica de los lóbulos, que contrastaba con la regularidad geométrica de las celdas de las que se componían. Aún había grandes masas de abejas que se arrastraban sobre los gruesos lóbulos, lo que les hacía

aparentar vida propia. Acercamos más el fuego y abanicamos el humo hasta que todas ellas se marcharon o quedaron adormiladas. Y entonces, sin avisarme, la mujer metió la mano y arrancó un par de lóbulos. Las abejas se enfurecieron y salieron de su estupor, y algunas de ellas volaron hacia la ranura que me había dejado abierta delante de los ojos para poder ver.

Una de ellas me picó en el párpado. Traté de seguir abanicando, pero me dolía como si me hubieran clavado una aguja al rojo vivo en el globo ocular. Ahogué un grito y me aparté, tambaleante. Solté el trozo de asiento.

Oí que la mujer se reía y fui hacia ella dando traspiés. Cuando salimos de la bruma protectora del humo, las abejas zumbaban todavía con mayor fuerza, pero por sorprendente que parezca no nos siguieron en masa para vengarse del robo. Nos detuvimos y nos sentamos sobre los desconchados escalones de cemento que había al otro extremo del campo.

La mujer parecía alborozada y, con gran cuidado, colocó los panales robados sobre la hierba. Luego miró al tronco que humeaba a lo lejos.

Merd!, exclamó.

Y entonces tomó la botella de agua más grande y regresó a la humareda y a la nube de abejas que la rodeaba. Pensé que se trataba de un acto heroico. Y además era lo que había que hacer. John Dark me gustó por cómo actuó entonces. Apartó de una patada el fuego a la entrada de la colmena y echó agua para apagar el extremo del tronco que humeaba. Después de robarles una parte de su miel, se aseguraba de que al menos su hogar no se quemara. Llegó a recoger el trozo de asiento y colocarlo encima del agujero que ella misma había ensanchado. Así tendrían un nuevo techo. Luego medio corrió medio danzó hasta escapar de la nube de abejas y llegó riendo donde yo la esperaba. Una vez más, su rostro parecía más joven que el habitual. Se sentó a mi lado y desató las vendas con las que se había sujetado el saco a la cabeza y las utilizó para envolver el primer panal, que debía de ser tan grande como la

circunferencia de la cabeza de la mujer, aunque plano por los lados. Luego chasqueó los dedos para indicarme que me quitara mis propias vendas para envolver el segundo panal. El ojo se me había hinchado hasta extremos alarmantes y solo veía bien con el otro, y la mujer pareció sorprenderse al darse cuenta. Nunca he sabido si se sorprendió de mi aspecto o de que no me hubiera quejado más.

Porque en ese momento la otra abeja que se había metido bajo mi ropa sin que sospechara de su presencia empezó a vibrar con furia contra mi cuello y entonces todo se complicó. Cuando me quité las vendas que cerraban el cuello de mi camisa, la mujer vio algo y me miró con ojos desorbitados. Y entonces ella apartó la mirada, y me di cuenta de que no había sido eso, sino alguna otra cosa, algo que no quería decirme. Y como sentí alivio de que no fuera eso, y el ojo me dolía muchísimo, casi no me tomé tiempo para pensar en los motivos de su reacción.

Buscó en su bolsa, sacó algo y se lo metió en el bolsillo antes de volverse hacia mí. Se agachó y partió un trozo de panal, y exprimió la dorada miel con el dedo de la otra mano.

Luego señaló a mi ojo y acercó el dedo cubierto de miel.

Bon, dijo. *La miei se bon pur sa*.

Dejé que me untara el párpado hinchado. La miel era pegajosa y cálida, y entonces de repente todo se volvió confuso y todo ocurrió muy rápido, y luego sentí un súbito dolor. No en el ojo, sino en el cuello, porque en el lado por el que no veía por culpa del ojo inflamado sacó lo que antes se había metido en el bolsillo y lo echó a toda velocidad en torno a mi cuello, y apretó con fuerza.

El delgado alambre de cobre de una de sus trampas para conejos se hincó en mi cuello, y entonces se puso detrás de mí y me arrancó el cuchillo del cinturón. Todo ocurrió tan rápido que durante un segundo me quedé inmóvil en mi confusión, y al instante empecé a asfixiarme y traté de meter los dedos bajo el alambre para liberarme. Y entonces John Dark me susurró al oído y me puso la punta

del cuchillo en la nuca, sin hacer mucha fuerza, sin herirme, pero lo suficiente para advertirme que no me moviera.

Me dijo muchas cosas hablando con rapidez. Escupía y siseaba las palabras en un largo torrente de ira. No sé qué me dijo, pero seguro que no era nada bueno. Y entonces metió el cuchillo bajo la cadenilla de acero plateado que sostenía el colgante. Tiró de ella para darle la vuelta y agarró el colgante con la mano, y contempló el ocho de la suerte circundado de flechas.

Calló de pronto. No me moví. Sentía que me brotaba sangre bajo el alambre que me sujetaba el cuello. Pero tal vez fuera sudor.

Lo único que oí fue el zumbido de las abejas en la lejanía. Eso y el corazón que me había saltado dentro del pecho, como un secreto que en un momento de pánico tratara de abrirse paso hacia el aire libre.

Putén, masculló. Lo dijo de una manera que expresaba sorpresa y decepción. Y rabia. Mucha rabia.

Tiró de la cadena y la rompió. Sostuvo el colgante en la mano y observó el símbolo grabado en él.

Mi ocho de la suerte en el centro de todas esas flechas que apuntaban en todas direcciones.

Pero como te he dicho antes, no me trajo suerte.

Y como tenía el alambre en torno al cuello y la encolerizada mujer lo sujetaba con fuerza, tampoco podía ir en ninguna dirección.

¿Qué pasa?, dije. Se me quebró la voz. ¿Qué pasa?

Sostuvo el colgante frente a mi ojo bueno y soltó un torrente de palabras, al mismo tiempo que me mostraba el símbolo, demasiado cerca de mi ojo como para que pudiese verlo bien.

U etíl?, decía, *u etíl?*

Capítulo 21
Qui evú?

El colgante era una llave. No me estoy adelantando a nada al contártelo. Sé que era una llave tan solo porque después la mujer me enseñó la palabra en un diccionario, cuando trataba de conseguir que le dijera dónde lo había encontrado y qué le había ocurrido a la persona de quien lo había recibido. No me adelanto a nada porque de todos modos la función de esa llave sigue siendo un misterio. Esta historia no trata de un viaje maravilloso que termina cuando abro una puerta maravillosa con una llave mágica. No es una historia de ese tipo. Escribo todo esto en el lado malo de una puerta cerrada, la puerta no tiene llave y no sé si se abrirá algún día.

Y creo que tan solo cuento con la palabra de la mujer de que aquello era de verdad una llave. No se parecía a ninguna otra llave que hubiera visto. Y John Dark parecía menos interesada en que tuviera una llave que en saber de dónde la había sacado y quién la había tenido antes. Traté de explicarle que la había encontrado en lo alto de la torre, pero mi respuesta solo consiguió enfurecerla todavía más. No me creyó. Me preguntaba una y otra vez dónde estaba el hombre. Su dedo indicaba una y otra vez las palabras «dónde hombre». Y nunca quedaba satisfecha, le dijera lo que le dijera: «No hombre», «Qué hombre», «Encontrar llave», «Encontrar llave en torre», «No saber». Parecía que cada una de mis respuestas echara sal sobre una herida que yo no veía.

Me sacudió enfurecida y me miró al fondo de los ojos.

Evú?, dijo. *Vu, Gri. Qui evú?*

Lo único que hice fue encogerme de hombros, sin salir

de mi perplejidad.

No sé qué quieres, le respondí. Pero no soy enemigo tuyo.

Me ató las manos a la espalda con más alambre y luego aflojó el que me había echado al cuello. Mientras me ataba al metal herrumbroso que sujetaba los asientos a las gradas del estadio, *Jip* regresó. De pronto pareció confuso. Dejó un conejo a mis pies y nos miró. Se daba cuenta de que ocurría algo raro. La mujer se incorporó y me masculló unas palabras, y luego se marchó hacia los caballos.

Jip la miró y luego me miró a mí, y gimoteó, extrañado de que no recogiera el conejo ni le revolviese el pelo entre las orejas.

Nos hemos metido en un lío, chico, le dije. Traté de tirar del alambre que me sujetaba las muñecas, pero me detuve, porque se me estaba clavando en la piel.

Jip me vio hacer una mueca de dolor. Trotó escaleras arriba y vio mis manos atadas a la espalda. Gimoteó, porque no acababa de entender lo que ocurría.

No pasa nada, le dije. No pasa nada.

Me lamió las muñecas. Le rasqué el cuello con las puntas de los dedos lo mejor que pude. Entonces se apartó de mí y se echó a ladrar.

No pasa nada, le dije. Esa mujer se calmará.

No se calmó. John Dark regresó con los caballos y los puso a pacer en los hierbajos del campo. Luego agarró mi mochila y se la llevó unas gradas más arriba de donde yo estaba, y se metió por una puerta donde terminaban las escaleras del estadio. El rellano era como una cueva en la ladera de las gradas, de forma cuadrada, toda de hormigón. Acampó allí, encendió una hoguera y desenrolló el saco de dormir. Si estiraba el cuello podía ver lo que estaba haciendo.

Hablaba consigo misma, en voz baja y airada. Abrió mi mochila y arrojó todas mis cosas por el suelo. Entonces las distribuyó concienzudamente y las clasificó. No sé qué es lo que buscaba, pero no lo encontró. Eso hizo que se enfadara todavía más, y se puso en cuclillas y me miró como si todo

lo que ocurría en el mundo fuese culpa mía. Su silencio y su pétrea mirada me enervaban. No se distinguía ni traza de la versión más joven de ella misma, la que había dejado salir ese mismo día antes de que la luz empezara a palidecer.

A medida que oscurecía, el techo y las paredes de hormigón del rellano en el que había encendido la hoguera empezaban a destacar cual cálido recuadro en medio de la negrura, pero a mí tan solo me hacía sentir el frío de la noche que empezaba. Las temperaturas habían bajado y no se necesitaba tener un olfato de perro para oler la lluvia inminente. *Jip* subió por los escalones y contempló a John Dark. La mujer lo ignoró. El perro se sentó y le ladró. La mujer le prestaba la misma atención que si hubiera estado sorda.

No me dio de comer, ni tampoco agua, y me dejó con el culo apoyado sobre el armazón de los asientos. Traté de frotar el alambre contra los viejos tubos de metal para ver si así se rompía, pero me dolió demasiado, y a juzgar por lo que alcanzaba a palpar, lo único que conseguía era hacer saltar la herrumbre y sacar a la luz el metal que había debajo. No parecía que el alambre fuera a romperse de ese modo y lo dejé correr. Lo único que estaba rompiendo eran mis propias muñecas. No me quedaba ninguna otra opción que quedarme como estaba, sin hacer nada. Literalmente, porque la mujer no me trajo el saco de dormir ni me permitió echarme. Ya sé lo que es pasar noches incómodas en sitios extraños, y soy capaz de dormir en cualquier sitio si el cansancio es suficiente, pero en esos momentos parecía que aquella tuviera que ser la peor noche de mi vida. Luego la cosa empeoró. Y algo más tarde, al llegar los visitantes, tocamos fondo.

Para empezar, sentía incomodidad física. Cuanto más rato pasaba allí, más delgada parecía la carne que separaba mis huesos del hormigón. Y a esa incomodidad había que añadirle la de tener las manos atadas a la espalda. Los hombros y el cuello me dolían, y los brazos se me habían entumecido. Movía los dedos sin cesar para que la sangre circulara bien. La posición menos desagradable era la de

echar atrás la cabeza para apoyarla sobre el asiento de plástico. Me quedé con los ojos vueltos hacia el cielo estrellado, pero al menos el cuello descansaba.

Pero mi cerebro no descansaba, y fue eso, tanto como la incomodidad física, lo que me impidió dormirme. Traté de imponerme calma, pero no hubo suerte. Se escapó de entre mis manos y dio vueltas de un lado para otro como un molino cuando sopla un viento recio. No paraba de repasar todo lo que había ocurrido desde que encontré a John Dark. Pensé que existía una especie de confianza entre ella y yo. Desde luego que me había ayudado —incluso me había rescatado— y yo, a mi vez, la había auxiliado con la herida. Imaginaba que también habíamos encontrado una manera de comprendernos a base de mímica y de señalar palabras en el diccionario.

Fue como una burla cruel que encontrara a una de las poquísimas personas que seguían con vida en un mundo inmenso y deshabitado tan solo para descubrir que no podíamos conversar porque hablábamos idiomas distintos. Pero lo habíamos llevado de la mejor manera posible. Y lo peor de todo era que me había caído bien. Como ya te he dicho, no conocía muchas otras personas con quienes la pudiese comparar, pero en todo caso no me parecía indigna de confianza. Simplemente me parecía que era como era. John Dark jamás se había esforzado por caerme bien, ni por inspirarme confianza. La tomaba como lo que aparentaba ser: brusca, dura, indudablemente ruda, pero fiable. Desde mi punto de vista de ahora, Brand hablaba demasiado amistosamente como para inspirar confianza a una persona con más experiencia que yo en el trato con los demás. Representaba un papel. En cierta ocasión rescaté un libro llamado *Magia con monedas*, de J. B. Bobo, y me pasé un largo invierno practicando los trucos que explicaba. Uno de los recursos esenciales para que funcionaran —aparte de unos dedos ágiles— consistía en lograr que las personas que te miraban se fijaran en la mano que no utilizabas, y no se dieran cuenta de lo que hacías con la otra. Eso es lo que hacía Brand: su sonrisa y sus historias eran puro teatro que

te despistaba, mientras con la otra mano te vaciaba los bolsillos. John Dark no era así. Y ese era el dato incómodo que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. ¿Cómo era posible que la hubiera juzgado tan mal? ¿Me había pasado por alto algo esencial en nuestras titubeantes comunicaciones? ¿Cómo era posible que de pronto desconfiara de mí igual que yo desconfiaba de Brand? Las miradas que me había dirigido y la manera como había mascullado sus palabras tras descubrir la llave que colgaba de mi cuello eran las de una persona que se sentía engañada, o traicionada. Pero ¿en qué? ¿Qué tenía que ver la llave con ese Quelcán Demal? ¿O es que me había equivocado desde el principio y la mujer ya tenía malas intenciones desde el primer momento? La idea de que hubiera estado preparándome una trampa desde que nos habíamos conocido me dolía, pero ¿y si esa era la verdad? Quizá me había seguido la corriente porque necesitaba un par de manos que le suturasen la herida. Pero eso no tenía sentido. Nada tenía sentido. Todo aquello daba vueltas y más vueltas como un torbellino sin fin dentro de mi cabeza y echaba a perder toda posibilidad de dormir o descansar.

Había olido la cercanía de la lluvia, pero cuando por fin llegó, no la vi, porque hasta entonces una nube en lo alto había ocultado las estrellas y la luna. En cambio, sí la sentí de lleno en mi rostro vuelto hacia arriba cuando las primeras y gruesas gotas cayeron pesadamente del cielo oscuro. Parpadeé para sacudirme la súbita humedad que me entró en los ojos, e inmediatamente después, cuando empezó a precipitarse agua en gran cantidad, eché la cabeza hacia atrás por instinto. En cuestión de segundos sentía que me ahogaba, la lluvia golpeaba el hormigón con tanta fuerza que parecía que las gotas salieran disparadas de nuevo hacia arriba y tuvieran una segunda oportunidad de empapar los trocitos de mí que se les habían escapado de camino hacia abajo.

Oí que *Jip* le ladraba al aguacero, y entonces me di cuenta de que unas manos me tocaban la espalda y oí un montón de lo que imaginé que debían de ser palabrotas en

francés, porque John Dark se había apiadado de mí y me desataba, y luego me arrastró hasta la seca calidez de su caverna de paredes rectas. Una vez allí me ató de nuevo las muñecas, pero esta vez delante del cuerpo, no a la espalda, con lo que me sentí mucho mejor, y luego me hizo sentar contra la pared sobre mi propio saco de dormir, en el lado opuesto de la hoguera.

Gracias, le dije.

Gruñó y se echó hacia atrás. Sus ojos eran tan duros como el hormigón contra el que reposaba.

No sé qué he hecho mal, dije.

Dormé vu, dijo, y para hacérmelo entender cerró los ojos y apoyó la cabeza contra las palmas unidas de las manos. *Dormé*.

Aunque no sabía lo que querían decir sus palabras, estaba claro que quería que me echase a dormir. Yo no tenía verdaderas objeciones contra ese plan. El día que habíamos pasado y el feo giro que habían tomado los acontecimientos me habían provocado una gran fatiga, pero —como ya te he dicho— mi cerebro giraba a demasiada velocidad como para permitir que el resto de mi cuerpo se tranquilizase y reposara. Sus ojos me perforaban a través de las bajas llamas de la hoguera. Me resultaban incómodos, y por eso me eché y cerré los ojos, porque así no tendría que preguntarme si le devolvía la mirada —lo que podía provocarla aún más— o la esquivaba, con el peligro de que me tomara por un muchacho tímido. Inesperadamente, eso me ayudó a calmarme. Como no veía nada, escuchaba, y el rumor constante de la lluvia contra el hormigón resultaba casi tan relajante como el sonido de las olas con el que me había dormido siempre, y aunque tuviera la espalda húmeda, el calor del fuego que tenía delante me secó y me provocó una somnolencia casi agradable. *Jip* se acercó y se echó a mi lado, y la calidez de su cuerpo dormido me dio cierto confort añadido y me hizo sentir un poco menos de tristeza y mucha menos soledad. Y además de todo eso, un sueño fingido habría podido transformarse con facilidad en sueño real, de no ser por aquel último pensamiento que no

dejaba de retorcerme por dentro a cada nueva vuelta que le daba.

¿Por qué había querido que me echara a dormir? ¿Qué haría mientras dormía? No creía que fuera a hacerme daño. Ni a matarme. Habría podido hacerlo en el mismo momento en que me había inmovilizado con el alambre en torno al cuello. Pero tampoco se me había ocurrido en ningún momento que Brand pudiera robarnos, y no lo hizo hasta que todos nos habíamos ido a dormir. Un sueño desconfiado es algo espantoso. Brand no solo me había robado. También había dejado un regalo desagradable en su lugar, un regalo que sustrae cada vez más a la persona que lo recibe, porque le impide gozar de lo que necesita para tener reposo y recobrar energías. En alguna ocasión leí algo sobre que alguien había «asesinado el dormir». Eso era lo que me había hecho el engaño de Brand. No había asesinado del todo mi dormir, pero desde que nos robó, mis períodos de sueño eran más irregulares y habían tendido a empeorar, a veces demasiado, y en cualquier caso nunca descansaba lo suficiente. Abrí los ojos y me encontré con que la mujer aún me miraba. Y parecía que su mirada tuviese como un aire de satisfacción, como si me hubiera pillado engañándola fingiendo dormir.

Me señaló con el dedo.

Vu, dijo. Y entonces pareció que dijera algo nuevo. *Freeman vu?*

No sabía de qué me hablaba.

Vu, repitió, y entonces sostuvo en alto la llave y me señaló con ella. *E vu an Freeman?*

No sé de qué me hablas.

Negó con la cabeza, como si no me creyera.

Putén, soltó. Y luego echó dos trozos más de madera al fuego y se recostó más abajo en la pared, de modo que sus ojos quedaron ocultos detrás de las llamas.

La lluvia no aflojó hasta que hubo pasado por lo menos una hora. Y cuando por fin empezó a amainar, su fragor perdió fuerza y permitió que se oyeran otros sonidos que había enmascarado hasta entonces. El sonido principal era

el del agua que bajaba por las escaleras y pasajes del estadio, y el chapoteo de las aguas de escorrentía que lo empapaban todo a nuestro alrededor. Pero el mejor de los sonidos era el aliento de la propia John Dark. No se trataba tan solo de su aliento, porque el aliento, por sí mismo, no habría bastado para hacerse oír entre todas las aguas que bajaban. Eran ronquidos.

Si no hubiera empezado a llover de pronto, quizá la mujer habría vuelto a meter mis cosas en la mochila después de registrarla. Quizá no. Quizá se habría contentado con amontonarlas contra la pared. Donde yo no pudiera alcanzarlas. Pero no lo había hecho. Las había dejado por el suelo. Y aunque la hoguera hubiese perdido fuerza y brillara tan solo con un fulgor rojizo, la luz era suficiente como para permitirme distinguir el destello de mi Leatherman.

Jip se despertó en el mismo instante en el que me moví. Sentí su cuerpo tenso y cifré todas mis esperanzas en que guardara silencio. Retorcí el cuerpo y le puse las manos encima, lo acaricié, dejé que mi roce le dijera que no pasaba nada. No quería que hiciese ningún ruido que pudiera interrumpir el ronquido regular que se oía al otro lado de la hoguera. Me coloqué de costado y conseguí echarme de bruces sobre el suelo. Entonces me arrastré sobre el frío hormigón, avancé apoyándome en codos y rodillas. Trataba de llegar hasta la herramienta y esperaba alcanzar a través de ella la libertad.

Algo me rozó y me quedé inmóvil, pero tan solo era *Jip*, que había salido al borde del rellano para olisquear el aire nocturno. El leve sonido de sus zarpas sobre el duro suelo me parecía espantosamente estruendoso, pero como los ronquidos no perdían ritmo, me tranquilicé.

Si no me hubiera concentrado tanto en llegar hasta la Leatherman, quizá me habría dado cuenta de que *Jip* se quedaba inmóvil. Y me imagino que si hubiera habido más luz habría visto que los pelos del lomo se le erizaban. Pero aunque las nubes se hubieran apartado y la luz de luna inundara de nuevo el campo de fútbol, no le miré. Contuve

el aliento y traté de agarrar la navaja multiusos. El metal chirrió contra el hormigón. Una vez más se oyó un sonido leve que parecía catastróficamente fuerte, y entonces sentí en mis manos el peso familiar del acero que había utilizado tantas veces, y vi que podía abrirlo con facilidad, aunque tuviese las muñecas atadas. El delgado rectángulo de acero se transformó en unos alicates.

Si no hubiera tenido tanto miedo de dejar caer los alicates, que giré con torpeza para acercarlos a mis codos, habría oído que algo se movía más abajo en el campo de fútbol. Tuvo que oírse algún sonido, aunque fuera leve.

Y si no hubiera sentido tanto alborozo al ver lo fácil que era introducir las mandíbulas abiertas de los alicates por el canal que quedaba abierto entre mis muñecas, y que podía meterlas lo suficiente para que el alambre que las mantenía unidas quedara bajo el acero dentado de la cizalla que había al final de esas mandíbulas, tal vez me habría dado cuenta de que los ronquidos habían cesado.

Si no me hubiera concentrado tanto en liberarme, tal vez me habría dado cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Pero me había concentrado mucho y no me di cuenta.

Me incliné hacia delante, sosteniéndome sobre las manos, con la barbilla sobre el hormigón húmedo, y utilicé todo el peso de mi cuerpo para impulsar los dedos que estaban apretando los brazos de los alicates de la Leatherman.

Se oyó un chasquido, como un disparo, y la cizalla seccionó el alambre. Y entonces ocurrió lo que ocurrió, y lo que ocurrió fueron en realidad tres cosas distintas a la vez.

Jip ladró y salió corriendo al aire libre en plena noche.

John Dark dijo *putén* muy enfadada.

Y abajo, en la negrura, un caballo relinchó.

Capítulo 22

Lu garú

Ocurrió una cuarta cosa, pero no fue hasta un momento más tarde.

Se oyó un aullido salvaje y agudo, un sonido que abrió una grieta aún más profunda en la negrura. Y parecía que fuese una respuesta al ladrido de *Jip*. Y le siguieron gruñidos y gimoteos que hicieron que los pelos de la nuca se me pusieran de punta como los de un perro. Nunca había oído nada semejante, pero mis antepasados y los tuyos sí, y tal vez hubiera quedado algún recuerdo registrado en lo más hondo de mi cerebro, porque solo con oírlo el estómago se me volvió del revés y se me derritió, y tuve que hacer fuerza para no mearme encima.

Son de lu!, dijo John Dark, y metió el bastón *lu garú* en el fuego. El palo cubierto de brea se encendió y entonces la mujer saltó literalmente por encima de mí y corrió escaleras abajo hacia aquellos sonidos, con la escopeta en la otra mano.

O no se dio cuenta de que había logrado liberarme las manos, o no le importó.

Un estallido como un trueno rasgó la noche, porque la mujer disparaba contra alguna criatura que se embarcó en una nueva serie de aullidos y gañidos, y entonces me puse en pie y agarré el arco y las flechas. Monté la cuerda con un rápido tirón y miré a mi alrededor en busca del cuchillo.

Entonces oí que *Jip* ladraba de nuevo y después gruñía, y siguió a John Dark pegando saltos escaleras abajo, hacia la luz de su antorcha llameante, que en aquel momento iba de un lado para otro sobre los hierbajos.

Los escalones estaban muy húmedos y resbaladizos a

causa de la lluvia y del musgo, pero por milagro conseguí mantener el equilibrio hasta llegar al final, solo que entonces resbalé y medio me caí y acabé con una rodilla en el suelo. El golpe fue tan violento que luego me di cuenta de que me había rasgado la rodillera del pantalón. Agarré una flecha y me preparé para disparar, y solo entonces —jadeante, temblando, pero por fin en posición— conseguí entender lo que ocurría.

Primero pensé que eran perros. No lo eran. No era ningún animal que tú hubieras contado con encontrar en libertad por la isla cuando estabas vivo. En mi niñez leí un libro entero que contaba cómo habían regresado al país varios siglos después de haberse extinguido, pero era una fantasía. Eran mucho más antiguos que la tierra domesticada que vosotros conocisteis, más antiguos todavía que la tierra deshabitada que hemos heredado de vosotros. Pero no cabe ninguna duda de que encajan a la perfección en el páramo en que se está convirtiendo de nuevo.

Lobos.

John Dark estaba en pie con los caballos en medio del círculo de luz de la antorcha que empuñaba. Uno de los animales tenía el flanco cubierto de sangre. Un lobo muerto yacía a los pies de la mujer. Y *Jip* se hallaba a su lado, a punto para defenderse, gruñendo al irregular corro de lobos que los rodeaba. Estos se movían todos a la vez, y si se detenían no lo hacían por mucho tiempo. No paraban de rodear sin perder de vista a sus posibles presas. Distinguí el destello de sus ojos al otro lado de los caballos, a espaldas de John Dark. El movimiento circular disimulaba que, lenta pero inexorablemente, el corro se iba estrechando. Me pareció que la mujer se daba cuenta y no paraba de dar vueltas, trazaba arcos de fuego en la negrura con su antorcha, trataba de obligarlos a retroceder. Los caballos estaban aterrorizados, movían los ojos de un lado para otro, pero no se apartaban de ella. Primero pensé que era porque confiaban en que John Dark los protegiera. Luego recordé que les había atado la pata para que no se alejaran.

Había un lobo más grande que los demás, y cuando el

resto caminaba en círculo hacia la izquierda él iba a la derecha, lo que se añadía a la confusión y la dificultad de seguir los movimientos de todos ellos. Yo me acercaba con el vientre pegado al suelo. John Dark trataba de controlar con la mirada a todos los lobos a la vez. *Jip* vio al lobo grande. El perro estaba agarrotado y tembloroso a causa de la tensión acumulada, casi hervía en sus ansias por luchar. Verlo así me inspiró casi tanto miedo como los propios lobos. Quería decir que *Jip* había llegado a la conclusión de que cuando los lobos se acercaran demasiado empezaría por matar al grande, y luego a otro, y a otro. Así era como funcionaba su cerebro. Había nacido sin una pizca de sentido de la contención, y creo que al ser un terrier siempre daba por sentado que vencería, y no pararía hasta vencer. Hasta el día en el que no venciera. Y entonces ya estaría demasiado muerto como para preocuparse.

Era un lobo grande. Su tamaño equivalía a dos *Jips*, quizá a dos y medio.

Me di cuenta de que los movimientos de la manada seguían algún tipo de plan. John Dark no podía verlos a todos a la vez, y los animales se le acercaban cada vez que les daba la espalda. Se me ocurrió gritar para avisarla, pero pensé que sería mejor no distraerla. Ahora me doy cuenta de que también me dejé hipnotizar e inmovilizar por el movimiento de la manada.

Mi propia distracción llegó hasta el punto de no ver la primera acometida que el lobo grande emprendió contra la grupa del caballo que ya estaba ensangrentado.

Jip, sin embargo, no se dejaba distraer. Atacó al lobo por el costado, como un pequeño ariete que gruñía y mordió al animal en el cuello, y atacó con tanto empuje que lo derribó y ambos rodaron sobre la hierba. El lobo se lo sacudió de encima y se incorporó antes que *Jip*. El perro había quedado atrapado entre el lobo grande y el resto de la manada. El grande gruñó mostrando los dientes y dio un paso hacia él, al mismo tiempo que otros dos lobos más pequeños se acercaban a *Jip* por detrás, desde donde él no podía verlos.

John Dark amenazó con la antorcha al lobo grande, que se volvió y la miró, justo a tiempo para ver como levantaba la escopeta y apuntaba a su cabeza.

Se oyó un chasquido.

Todos los cartuchos de tu época que se han conservado son tan viejos y poco fiables que lo más habitual es que no funcionen. Por eso me enseñaron a tirar con arco. La mirada que le dirigió el lobo, aunque se alejase atemorizado de la antorcha que se movía de un lado para otro, expresaba un desprecio casi humano.

Entonces, uno de los lobos que se encontraban detrás de *Jip* arremetió contra él y trató de morderlo en la pata de atrás, pero *Jip* saltó y giró con tanta rapidez que se oyó el chasquido de los dientes del lobo en el lugar donde había estado el perro. Y el lobo grande se apartó de John Dark como si hubiera tenido ojos en la parte de atrás de la cabeza y saltó sobre la desprotegida nuca de *Jip*.

El lobo dio una sacudida a medio salto y cayó pesadamente sobre la espalda de *Jip*, golpeándolo como un saco de ladrillos, igual de pesado que un saco de ladrillos, igual de inanimado. La flecha sobresalía de la base de su cráneo. Se había clavado hasta las plumas. Si alguna vez vuelvo a disparar con arco, no creo que lo haga con tanto acierto. Y lo más divertido es que no recuerdo haber pensado que tenía que tirar, ni apuntar, ni tensar la cuerda, ni soltarla. Lo único que recuerdo es que la flecha voló y que no tuve ninguna duda de que alcanzaría su objetivo, y que oí el sonido del impacto, que se pareció mucho al de un hacha que se hunde en la madera. Debí de seccionarle el principio de la médula espinal cuando aún se hallaba en pleno salto, y ya debía de estar muerto al llegar a tierra.

Jip debió de darse cuenta de la muerte del lobo antes que el propio lobo, porque ni siquiera trató de defenderse cuando el animal cayó encima de su cuerpo. Lo único que hizo fue salir de debajo del cadáver y agazaparse bajo los vientres de los caballos para recobrar su posición anterior, en guardia junto a John Dark, vigilando a los miembros de la manada que la mujer no podía seguir con la mirada.

John Dark me miró en la oscuridad. Tal vez se sorprendiera de verme libre y con una nueva flecha a punto para disparar, pero no lo demostró.

Oncor defú!, gritó, y gesticuló con la antorcha chisporroteante. *Oncor defú!*

Estaba claro lo que quería. También estaba claro que sus ojos no eran los únicos que me miraban. Me volví y regresé al fuego de acampada con toda la velocidad de la que fui capaz. Agarré los otros bastones *lu garú* y encendí uno.

La oí gritar desde abajo.

Vit!, chillaba. *Vit!*

Jip ladró para subrayar que lo que me estaba diciendo era urgente.

Volví a bajar los escalones de tres en tres, y cuando llegué abajo no me detuve, sino que salté la valla y corrí contra los lobos con el fuego por delante, trazando arcos con la antorcha como si hubiera sido una guadaña. Se apartaron y entré dentro del círculo donde estaban *Jip*, John Dark y los tres caballos. No había ninguna necesidad de hablar. Su antorcha se le moría en las manos, y yo le pasé la otra y me encargué de mantener a los lobos a raya mientras la encendía. *Jip* me ladraba, jubiloso en medio de todo aquel peligro. Creo que estaba alegre porque, a pesar de verse rodeado por una manada más numerosa, su propia manada estaba con él.

Estábamos juntos, pero la noche iba a durar más que las dos antorchas que nos quedaban. John Dark agarraba la suya con dificultad, la sostenía con la misma mano que la escopeta, y abrió el arma y trató de recargarla con otros dos cartuchos. Comprendí por qué lo hacía, pero no me dio muchas esperanzas cuando la volvió a cerrar. No teníamos ninguna garantía de que ninguno de los dos cañones fuera a disparar, y la falsa apariencia de seguridad es en sí misma un peligro. Por costumbre, fui a arrancar la flecha del cuerpo del gran lobo. Agité la antorcha para que los otros se alejaran y lo puse panza arriba con el pie. Su cuerpo era sólido y mucho más pesado de lo que había imaginado. Se

parecía tanto a un perro que sentí una punzada de algo parecido a culpa mientras alargaba la mano, le ponía el pie sobre el cuello y tiraba de la flecha de punta plana. Me pareció que los otros lobos soltaban gruñidos más profundos mientras lo hacía. Cuando por fin logré sacar la flecha, estaba roja desde la punta hasta el final, y la sacudí para que la sangre se desprendiera de las plumas. Salpiqué a los animales con una lluvia de gotas rojas. Me pareció que eso los enfurecía aún más, y dos de ellos se pusieron a aullar.

Me arriesgué a echar una rápida mirada a John Dark y vi que hacía una mueca al moverse. Era evidente que la herida le dolía. Tal vez se le hubieran soltado los puntos. Las antorchas se estaban consumiendo y se nos acababa el tiempo.

Supe lo que tenía que hacer.

¡Allí!, grité, y señalé al recuadro rojo que se recortaba más arriba en la negrura. ¡Llevaremos los caballos al lado del fuego!

La mujer me miró. Señalé los caballos e hice todo lo posible para explicarle con mímica que teníamos que subir todos por la escalera para protegernos con las paredes de hormigón alrededor y el fuego que ardía dentro.

Estaremos a salvo, le grité. ¡Tendremos paredes! Esa hoguera durará más que…

Me gritó algo con voz enfadada, pero al mismo tiempo asintió. Creo que trataba de decirme que ya lo había entendido y que me callara, y que tendríamos que hacerlo antes de que las dos últimas antorchas empezaran a consumirse y nos dejaran a ciegas y sin protección en la oscuridad.

Se acercó a mí a paso rápido y me pasó la antorcha, y luego soltó en un momento a los caballos. Agarró las riendas de todos ellos con una mano y se colgó del hombro la correa de la escopeta, y solo entonces empuñó la antorcha. Después señaló con la cabeza a la caverna cuadrada donde brillaba el fuego.

Alonsí, dijo.

Poco a poco y con torpeza, siempre con los lobos a escasa distancia, John Dark hizo pasar a los caballos por encima de la barrera, lo que no gustó a los animales, y luego los guio por los escalones estrechos y empinados que subían entre las inacabables hileras de asientos, y eso les gustó aún menos. *Jip* nos acompañaba y se movía a nuestro alrededor en su propio esquema de patrulla circular; se mantenía cerca, pero gruñía a cualquier lobo que osara acercarse un poco más que el resto. Yo iba al final. Caminaba de espaldas y trataba de mantener dentro de mi campo de visión a los lobos que se hallaban enfrente de mí y a los lados. Llevaba el arco al hombro, pero con la mano libre empuñaba una flecha, dispuesto a clavársela al animal que saltara sobre mí. Aparte de los débiles gruñidos, apenas si se oía nada, tan solo las pisadas de los caballos sobre los escalones húmedos. Mientras subíamos, topé de espaldas con uno de los caballos, y el animal relinchó y me lanzó una coz. Falló el golpe, pero el costado de la pata me alcanzó y me derribó, de manera tan rápida e inesperada que me caí de bruces con torpeza y un brazo se me quedó atrapado debajo de un asiento. Oí un chasquido y por un instante tuve miedo de que fuera mi brazo, pero luego me di cuenta de que había sido la flecha. La antorcha se encontraba algo más abajo, sobre los escalones de hormigón, oculta en parte bajo uno de los asientos de plástico, que empezaba a quemarse, y un poco más abajo todavía dos pares de ojos lobunos centelleaban hambrientos cerca del suelo, y cada vez se me acercaban más.

Sentí las patas de los lobos en la espalda y me di cuenta de que era mi fin, y entonces oí que el lobo que se me había puesto encima ladraba a modo de advertencia a los dos pares de ojos y luego retrocedía un poco, y comprendí que el animal que tenía sobre los hombros era *Jip* y no un lobo. Me incorporé con torpeza y bajé rápidamente a recuperar la antorcha.

Jip se quedó a mi lado durante el resto de la torpe retirada por las gradas, como si no confiara en mi capacidad de defenderme, lo que podría considerarse una

valoración adecuada de la situación. En todo momento emitía un gruñido débil, casi subsónico. Me resultaba muy reconfortante oír ese rumor al lado de mi pierna. Sufrimos un último momento de apuro cuando John Dark tuvo que meter a base de tirones y palabras zalameras a los caballos, ya muy asustados, en el espacio cerrado del rellano, y de repente estuvimos dentro, protegidos por la espalda y los lados por sólidas paredes, delante de una escalera que tendríamos que vigilar, y sin más necesidad que defender ese frente que quedaba desprotegido.

Nos quedamos allí, jadeantes, súbitamente inmóviles, sin saber muy bien qué hacer aparte de esperar.

Merd, masculló.

A los caballos no les había gustado que los llevaran al fondo del rellano. Habían tenido que pasar por el lado de la hoguera. Estaban apretujados uno contra otro, todavía nerviosos. John Dark dijo algo más, algo que no entendí y que sonaba a irritación e inquietud. Seguí su mirada. El fuego no era tan grande como recordaba. Y desde luego no había madera suficiente para que ardiese hasta el alba.

Está bien, dije. Lo he entendido.

El asiento de plástico al que había pegado fuego sin querer aún ardía a medio camino de la escalera. Iluminaba desde atrás a los lobos, que se habían dispuesto en un semicírculo irregular entre las hileras de asientos que descendían frente a nosotros. El cosquilleo que sentía en la nuca y el gruñido que *Jip* dirigió a la negrura que se cernía sobre nuestra cueva me hicieron comprender que arriba también había lobos, y que estaban dispuestos a saltar si nos exponíamos demasiado.

Le señalé a John Dark el asiento que se quemaba y luego los que se encontraban sobre la boca de la cueva. Después agarré el arco que llevaba al hombro y preparé una flecha. La mujer comprendió mi lenguaje de signos y asintió.

Salió y pegó fuego a dos de los asientos que se encontraban más abajo, uno a cada lado de la escalera, y le protegí la espalda apuntando con la flecha a la penumbra

que se cernía en lo alto. Ningún lobo saltó desde arriba en ese momento, ni tampoco después, a lo largo de la noche, ninguna de las veces en que salimos a pegar fuego a nuevos asientos que nos protegieran cada vez que los dos anteriores se consumían. Quizá en realidad no hubiera ningún lobo que rondara en lo alto. También puede ser que los que rondaban arriba hubieran quedado tan impresionados por mi puntería que les diera miedo. Y también puede ser, y creo que de hecho es lo que ocurrió, que el espantoso olor a producto químico del espeso humo negro que salía del plástico en llamas los hiciera huir a un lugar más seguro, contra el viento.

Así aguantamos hasta la primera luz, protegiéndonos con el fuego. Nos salvamos, pero al precio de un repugnante sabor y olor a producto químico que no desaparecieron de mi boca y mi nariz hasta varios días después. Entiendo por qué queda tanto plástico en el mundo, por qué aún se encuentran pálidos fragmentos de quién sabe qué que el mar arrastra a las playas, o simple basura que se pudre poco a poco como los asientos del estadio. Si hubierais tratado de hacer un montón y quemarlo todo, se habría asfixiado el mundo entero.

Vino la aurora, acompañada por la más absoluta ausencia de lobos, salvo el que había quedado muerto en el antiguo campo de juego.

John Dark y yo nos habíamos turnado para dormir. La luz llegó mientras dormitaba, y al despertar me encontré con que la mujer me estaba dando golpecitos con la bota y señalaba al campo.

Ils ontú partí, dijo. *Lelú. Ils ontú partí.*

Creo que *lelú* significa «los lobos». Pero en cualquier caso quería decirme algo bueno, porque lo decía con su rostro más joven y alegre.

Entonces me puso cara seria.

Ilfó parlé, dijo. *Tunepá undé Freeman. Okay. Me ilfó parlé de Freeman.*

Sacó la llave del bolsillo, la miró y me la enseñó.

¿Okay?, dijo. *¿Okay*, Gris?

Asentí. En ese momento no entendía de verdad lo que me quería decir, pero por lo menos no trataba de volver a atarme. Parecía que nuestra relación había mejorado. Después de todo lo que habíamos pasado, me quedé con la impresión de que la mujer sabía que la había salvado a ella y a los caballos, y de que a pesar del malentendido con la llave, por lo menos había llegado a la conclusión de que era un malentendido y que lo arreglaríamos.

Quizá fuera la luz del sol que se asomaba sobre las gradas opuestas, pero en ese momento lo vi todo con mayor optimismo. Más seguro. Fiable.

Parecía que quería contarme una historia.

Y ya sabemos lo seguro que es que nos cuenten historias.

Capítulo 23

Freeman

La historia de los Freeman fue saliendo a trancas y barrancas durante los días siguientes, mientras viajábamos. Me la explicó con una mezcla de mímica y de palabras que señalaba en el diccionario, y puede que por eso mismo no la entendiera del todo bien, pero creo que pillé la idea general. Sí tengo claro que entendí el motivo por el que John Dark había ido hasta allí en busca de uno de esos Freeman. Sé cuál era la cuenta pendiente que tenía con él. Había matado a sus hijas.

Pero antes de explicar quiénes eran, o quizá quiénes son todavía, tengo que narrar cómo reemprendimos el camino. Tras la noche de los lobos nos marchamos del estadio con la miel y los caballos. El que había sufrido el mordisco del lobo apenas si parecía darse cuenta de la herida del costado, pero entonces John Dark la cubrió con una gruesa capa de miel, y el animal se estremeció y relinchó, y trató de morder a la mujer. Yo le sujetaba la cabeza, y se agitó de tal modo que estuvo a punto de hacerme caer.

Tan buen punto amaneció, la mujer me interrogó sobre el origen de la llave. Le expliqué como pude lo de la torre y el montón de ropa, y mi sensación de que aquella persona —a la que ella llamaba «Freeman»— había saltado del mirador para suicidarse. Me preguntó por las ropas y le hablé de las botas y de la chaqueta de capucha roja. Me dio la impresión de que John Dark se tomaba la chaqueta como una confirmación de su teoría.

También se desató algo que hasta entonces había estado contenido en el interior de su cerebro y se quedó

sentada largo rato, sin mirarme, pero también sin apartar la mirada, como si se hubiera olvidado de que me encontraba allí y contemplara el objeto de su obsesión. Pienso que enterarse de que el Freeman al que buscaba había muerto no aligeró la carga que soportaba. Pienso que John Dark había llenado el vacío que sentía dentro con la determinación de encontrarlo, y como ya no le sería posible, no experimentaba satisfacción, sino otro tipo de pérdida. Me pregunto si eso explica por qué se marchó conmigo. De pronto no tenía nada que hacer. Tal vez se marchara conmigo con la intención de ir pensando qué haría a continuación. Tal vez solo quisiera compañía. Tal vez estuviera mejor informada de lo que parecía sobre el sitio adonde yo quería llegar. Pero se marchó conmigo y me alegré de contar con su compañía, y le agradecí el caballo sobre el que podría viajar. Y mientras cabalgábamos, mientras acampábamos, mientras pasábamos tiempo junto a las hogueras y riachuelos, me contó lo siguiente, de una manera muy vacilante y confusa.

John Dark y su familia vivían lejos del mar, cerca de las montañas entre lo que habían sido Francia y Suiza. Me explicó que era una tierra buena para el cultivo y que la mayoría de los inviernos nevaba. En la parte de Suiza había un gran lago y en verano solían ir allí a pescar. Iban en caballo, igual que nosotros íbamos en barco. Esa parte de la historia la entendí sin apenas problemas. Vivían allí por culpa de los Freeman, aunque nadie de su familia hubiera visto nunca un Freeman con vida. En otro tiempo los Freeman habían vivido allí por culpa del «círculo cerebral» subterráneo.

Llegados a ese punto, nuestro problema de comunicación hizo que todo quedara un poco desdibujado. Me dijo que había un gran círculo subterráneo y que estaba lleno de cerebro. Me pareció que eso no tenía sentido, y a fuerza de consultar el diccionario nos pusimos de acuerdo en que cerebro significaba máquinas, o un ordenador. La mujer no las había visto nunca, porque estaban encerradas en un túnel circular a cien metros bajo tierra, pero debían

de haber muerto hace tiempo, porque no había electricidad que las despertara y les hiciese recordar las cosas. El padre del padre de su padre había entrado en las rocas y había visto la interminable curva junto con uno de los últimos Freeman. Les explicó que se oía un zumbido. Y entonces los Freeman apagaron las luces y dejó de zumbar, y salieron de allí y cerraron la entrada.

Era una historia que contaba la familia, que fueron allí cuando los últimos entre los viejos que habían trabajado en las grandes máquinas subterráneas eran muy viejos, y los ayudaron hasta que no quedó ninguno. Esos viejos eran Freeman. Habían trabajado hasta que murieron. Querían que el círculo subterráneo recordara muchas cosas que habían descubierto los humanos, hasta el punto de volverse humano el propio círculo. Habían tratado de enseñar sus secretos a los bisabuelos de John Dark, pero ya era demasiado tarde. Estos últimos ya se movían a caballo y eran granjeros. Dijo que no eran ciencia. Eso es lo que dijo John Dark y eso era lo que le habían dicho: que eran granjeros y no ciencia. A su familia le habían dicho que el cerebro subterráneo era tan solo uno entre varios que había por todo el mundo. Me dijo que en otro tiempo había habido otros grupos de Freeman que trataban de hacer lo mismo.

Vida, dijo al señalar las palabras en el libro. Vida en máquina. Cuerpo muere. No bebés traer nueva vida. Freeman tratar hacer vida en máquina.

Y entonces encontró otra palabra y su dedo de uña recortada la señaló en la página.

Freeman locos.

Freeman decir: vida en silicio.

Le pregunté qué significaba eso.

Se encogió de hombros y me respondió que, según sus bisabuelos, los Freeman no paraban de repetirlo.

Freeman decir vida más grande que personas. No bebés. No cuerpos nuevos. Ahora vida no en cuerpos. En silicio.

El silicio es un tipo de roca. ¿Habría vida en la roca?

Entonces no lo entendí. Ahora lo entiendo todavía menos, aunque sepa un poco más sobre los Freeman y sobre el científico de quien tomaron su nombre. Pero es que un tiempo más tarde mi peor enemigo me contó en inglés esa historia. Y aunque en cierto sentido me ayudara a entenderlo, solo con pensar en lo grande y ambicioso que era el proyecto que emprendieron y con el que fracasaron siento mayor tristeza y soledad que antes. Desde luego, más impotencia.

Vosotros teníais internet. Vivíais en una red que os conectaba con todas las respuestas que se podían encontrar y las llevabais a todas partes dentro de un rectángulo de vidrio y metal que os cabía en el bolsillo y que podía hablar con satélites. No erais estúpidos y siempre podíais saberlo todo.

Nosotros estamos aquí, después del fin del mundo, y tratamos de reconstruir lo que ocurrió a partir de fragmentos destrozados que solo podemos agarrar cuando el viento los arrastra a nuestro lado. Como ocurrió con el tanque del ejército con una cabeza de muñeco en el cañón que encontré bajo el techo desmoronado de la gasolinera. No voy a saber jamás por qué ocurrió cada cosa. Ni lo que significó. Jamás podré hacerme una idea de toda la historia.

Me dijo que había otros Freeman, y que su familia, a pesar de que el túnel estuviera cerrado, siempre recordó dónde estaba la puerta por si venían, pero no vinieron. No vinieron a lo largo de tres generaciones, y para entonces estaba claro que los Freeman de la época del Baby Antiboom ya habrían muerto.

Y entonces llegó un Freeman desde el este, por las montañas. Traía una llave que se correspondía con el símbolo que había en la puerta de la cueva de los Freeman. La llave que tomé por un colgante. El hombre que los había matado a todos.

Vino de muy lejos por las montañas. No era uno de los antiguos. Su familia había aprendido de los Freeman. No se movían con caballos. No eran granjeros. No eran solo

granjeros. Habían aprendido lo mismo que sus padres y abuelos aprendieron. Para ser lo que él era. Electricistas. La palabra que me enseñó en el diccionario era casi idéntica a la mía.

No entender máquinas, me dijo, señalándome las palabras. Solo saber encender.

Creo entender que el electricista y su familia habían aprendido a mantener activa la corriente eléctrica en el lugar donde otros Freeman habían enterrado una máquina cerebral, y que ese conocimiento se había transmitido a lo largo de generaciones.

Electricidad casa electricista no funcionar, indicó John Dark. Mala época. Electricista venir buscar mi familia.

Así pues, quizá fue que el cerebro computador subterráneo que su familia había cuidado durante todos aquellos años había muerto y él había salido en busca de uno de los otros para hacerlo funcionar.

Solo que no podía hacerlo funcionar y no lo hizo.

Cerebro muerto, señaló John Dark. Electricidad muerta.

Me lo dijo acurrucada a mi lado, junto a una hoguera de acampada, porque recuerdo que tuve que ladear las páginas del libro para que la luz de las llamas las iluminara.

Ordy nater futú, dijo en voz alta, y escupió a las llamas.

Y luego había matado a su familia. No lo hizo a propósito. Pero la manera de morir no importa tanto al que muere como a las personas a las que ha dejado en este mundo. El Freeman trajo una enfermedad.

La pest, la llamaba ella.

Tal vez por eso el hombre partió en busca de otro asentamiento de Freeman. Tal vez *la pest* matara a su familia. En cualquier caso la trajo consigo, porque la mujer vio cicatrices de pústulas bajo sus brazos mientras se bañaba. Y las suyas se curaron, pero las de la familia de la mujer, no.

Je de la shans, dijo con una mueca de amargura en el rostro, y volvió a escupir al fuego.

Luego me enseñó en el diccionario que *shans* se escribe

«chance» y significa afortunado.

La mueca amarga de su rostro quería decir que no lo había sido.

El hombre se marchó mientras John Dark cuidaba de las últimas personas a las que había amado, y después de enterrar a todo el mundo lo siguió sin otra idea que mandarlo a hacerles compañía.

Lo entendí sin necesidad de que buscara el nombre en el diccionario, pero antes de guardarlo, a la hora de acostarnos me enseñó igualmente la palabra.

Era venganza.

Capítulo 24
Un picor entre los hombros

Me mostró los sobacos. Después de hablarme de *la pest*, me enseñó que no tenía cicatrices de pústulas. Quería hacerme ver que no había pillado la enfermedad y que, al contrario que el electricista, no transportaba la infección. Pretendía que fuera un gesto amistoso, para demostrarme que no había ningún problema entre ella y yo, y que quería continuar del mismo modo. Hasta ese momento no se me había ocurrido que si la familia de John Dark se había infectado la mujer podía contagiar *la pest* del mismo modo. Su gesto no bastó para poner fin a la preocupación que empezaba a sentir, porque no tenía mucha idea sobre el funcionamiento de las enfermedades, ni de cómo pasaban las infecciones de una persona a otra. No tenía nada claro qué son en realidad los gérmenes, ni si todos funcionan igual.

Así que cabalgamos un nuevo trecho y empecé a preocuparme un poco por si iba a pillar *la pest*, pero no lo suficiente como para separarme de ella. Llegué a la conclusión que no importaba cómo pasaran los gérmenes de una persona a otra, si tenía que contagiármelos ya lo habría hecho, probablemente mientras le suturaba la herida y me ensuciaba las manos con su sangre. Pero la mujer se veía sana y fuerte, y al cabo de un par de días dejé de pensar en ello. Para entonces ya tenía otros asuntos dando vueltas en mi mente.

El terreno elevado sobre el que nos hallábamos empezó a descender hacia el este en una prolongada ladera y llegamos nuevamente a un terreno cubierto de vegetación. Los páramos cubiertos de arbustos eran bien poca cosa en

comparación con el bosque al que descendimos. Lo que había sido la región central de la tierra principal había quedado cubierta por una enorme extensión de árboles de hoja ancha, sobre todo hayas, robles y sicomoros. Según el mapa, la tierra que nos aguardaba debería haber estado repleta de ciudades y pueblos conectados por carreteras y ferrocarriles. Sobre el mapa parecía un terreno despejado, pero al contemplarlo se nos hizo difícil relacionar aquel mosaico de bosques con las marcas —de más de un siglo de antigüedad— que había sobre el papel. Lo que veíamos era un desierto constituido por las copas de los árboles. Quizá se viera igual desde las nubes. Todo era verde.

Fue entonces cuando necesitamos de verdad la brújula, porque al entrar en el bosque ya no pudimos guiarnos por ningún punto de referencia. Cabalgamos entre los árboles y nos encontramos con lo que de verdad era un mundo muy distinto. Como la luz del sol se filtraba por el alto dosel del follaje, las manchas de luz que llegaban al suelo eran verdes. Era casi como si estuviéramos bajo el agua. Pero más bien parecía como si hubiéramos entrado en un cuento, uno de los de mi infancia, el del hobbit que Ferg nos había leído en invierno, en unas semanas en las que el tiempo fue demasiado malo como para salir afuera a hacer nada. La historia me encantó, pero tuve que imaginarme los árboles y los bosques, y las extrañas criaturas que los poblaban, porque como ya te he contado, en las islas no hay bosques de verdad. Los únicos enanos que se encuentran allí son los propios árboles, que son unas criaturas esmirriadas. Es más fácil tropezar con ellos que caerse de ellos.

Pero el bosque verde era más profundo y más verde de lo que hubiera podido imaginar. Se oían aún más cantos de pájaros. Más insectos, como el escarabajo grande y lustroso que me pegó un susto, porque pasó correteando por un lado de mi cabeza cuando apoyé la espalda contra un roble en nuestra primera parada. El animal tenía como una especie de astas de ciervo en la boca y era grande como mi dedo pulgar, y parecía un juguete de metal. Además estaban las mariposas. La verdad es que no había imaginado que en un

bosque habría mariposas, pero estaban por todas partes, mariposas anaranjadas, púrpura, y mis favoritas, que eran blancas y negras y parecía que no agitaran tanto las alas como las otras y volaban en silencio entre los árboles y parecía que no les costara ningún esfuerzo.

Al no contemplar ningún horizonte lejano, me volví mucho más consciente de los sonidos que me rodeaban. No solo el de los cascos de los caballos contra el suelo, ni de las ramitas que se rompían o volvían a su posición original cuando las apartábamos para pasar. Se trataba de sonidos más íntimos, como el resuello de los caballos y mi respiración. O el canturreo de John Dark. La mujer siempre canturreaba al cabalgar. No se puede decir propiamente que no siguiera ninguna melodía, pero tampoco seguía una sola, ni tampoco una mezcla de melodías que yo conociera. Más bien parecía el contorno de una melodía en el que faltaban partes importantes. No sé si se daba cuenta de que lo hacía. Por lo general no pasaba nada, pero en algunos momentos me resultaba molesto. Sobre todo cuando sentía fatiga y hambre, porque entonces casi todo me molestaba.

Sé que las ideas fantasiosas que me venían a la cabeza sobre la historia del hobbit pueden resultar extrañas, porque había emprendido el viaje más serio que se pueda imaginar. Pretendía recobrar mi perra de manos de un hombre que con toda probabilidad sería implacable y se opondría por todos los medios a mi plan. No era el momento de pensar en un libro infantil donde salían magos y elfos. Había estado pensando en lo que tendría que hacer para recobrar a *Jess* y sabía que en último término, si era necesario, recurriría a la fuerza. Y como Brand era más corpulento que yo, usar la fuerza probablemente significaba que tendría que dispararle de lejos con el arco, y si le disparaba con el arco lo dejaría lisiado, o quizá lo mataría. La posibilidad de que la flecha se clavara en una de sus arterias, aunque no me lo hubiera propuesto, era real, y yo no tenía el punto de fanfarronería necesario para tratar de amedrentarlo. Por lo que era probable que al final del viaje tuviera que recurrir a esa segunda opción, que era la

violencia, si la primera y mejor opción, robarle con sigilo, no funcionaba. Cifraba mis esperanzas en mi destreza para esconderme cuando salía de caza.

Mi fantasía era que encontraría a Brand allí (no estaba garantizado) y que sabría acercarme a él sin que se diera cuenta (y en mi imaginación eso solo podía deberse a la oscuridad), y que *Jess* conservaría la calma cuando se diera cuenta de mi presencia (si ocurría eso, sí que sería un milagro) y podría llevármela en silencio. En tal caso, habría ajustado cuentas limpiamente con Brand y le haría sufrir el despertar desagradable que antes él me había hecho sufrir a mí: llegaría el alba y se daría cuenta de que lo había superado en astucia. En algunas de las fantasías que me permitía, lograba robarle su embarcación y navegaba hasta casa, y él llegaba a la playa, o al embarcadero, demasiado tarde para hacer nada, salvo levantar un puño airado contra mí. O, en otras versiones, sonreía con sus dientes blancos y deslumbrantes y negaba con la cabeza como un buen perdedor, a modo de reconocimiento de que un pirata mejor que él lo había vikingueado y había sido más listo. Pero yo tenía muy claro que lo del honor entre ladrones no era más que una frase bonita que había leído, y que en el mundo de verdad no existía. Fantasías aparte, mi viaje terminaría en derramamiento de sangre. Y no sabía cómo tomármelo. Ahora reconozco con vergüenza que me pareció bien durante los accesos de ira que Brand me había provocado —al robarme a *Jess*, al envenenar a mi familia, al abandonarme en Iona, y al pegar fuego a mi embarcación—, pero la violencia es algo feo, y en los momentos de más calma me estrujaba el cerebro por si se me ocurría una manera mejor de conseguir lo que buscaba. Mejor maña que fuerza. En un cerebro cabe de todo, desde cosas gigantescas como estrellas lejanas y planetas hasta otras pequeñitas que no alcanzamos a ver, como los gérmenes. En un cerebro caben incluso cosas que jamás han sido y jamás serán, como los hobbits. En un cerebro cabe el universo entero, en un puño solo cabe lo que ese puño consiga agarrar. Y si no puede agarrarlo, golpea.

Me pregunté si el hombre que escribió sobre el hobbit también debió de cabalgar por un bosque verde como aquel. A pesar del bullicio de los pájaros, era un lugar pacífico, un lugar que transmitía sosiego. Sin la brújula habría sido fácil perderse. Era un laberinto sin paredes, compuesto tan solo de troncos y arbustos, y los caminos que los animales habían abierto entre ellos. John Dark cabalgaba con la capucha puesta y los cabellos asomando por los lados, a horcajadas sobre un caballo también gris. Si la veías de espalda, en su aspecto había algo de bruja, y habría sido fácil imaginar que en el bosque había otros ojos que nos observaban desde detrás de una cortina de hojas o de zarzas. Incluso habría resultado fácil imaginarse que los árboles más grandes nos miraban desde arriba y se daban cuenta de que pasábamos por allí. Pensé mucho en aquel libro mientras íbamos hacia el este entre robles y hayas, y seguramente por eso llamé Última Morada al edificio donde acabamos por refugiarnos, porque ese era el nombre de la casa donde los viajeros del relato hacían una muy necesaria parada. Y la Última Morada en la que nos detuvimos nosotros albergaba a su manera cierto tipo de magia, aunque en verdad esa magia no era más que la gentileza de gentes que habían muerto hacía mucho tiempo, no de elfos inmortales.

En esa parte de la tierra principal, los bosques lo habían engullido todo de una manera en que no lo habían hecho en el oeste. No sé a qué se debería la diferencia, pero hizo que el viaje se volviera extraño. A menudo contemplaba una masa de zarzas y me daba cuenta de que cubrían una casa, y entonces miraba a mi alrededor y veía que llevábamos un tiempo avanzando entre los edificios de un pueblo, o en los límites de una ciudad, entre construcciones que se habían venido abajo y se habían mezclado con los minerales del suelo, o que habían perdido el techo y tan solo conservaban paredes entre las que crecían árboles que alcanzaban los treinta metros de altura, o más. A menudo, la pista que permitía descubrirlas eran los «troncos de árboles» más delgados, que en realidad eran

antiguas farolas que seguían en pie y no se habían descompuesto. Las casas de ladrillo y de piedra aguantaban mejor que las que se habían construido con yeso, madera y plástico, pero de todos modos los techos de la mayoría se habían hundido, y ya solo quedaban las paredes, que se llenaban de sana podredumbre y de vegetación.

En aquella parte de la tierra principal, dentro del gran bosque, resultaba mucho más difícil distinguir los contornos de tu mundo.

Una tarde fuimos a cabalgar a lo largo de un enorme barranco de color verde oscuro, que después resultó que era un seto de tejo, y cuando llegamos a un lugar donde se abría un hueco vimos los fresnos que crecían al otro lado en torno a una iglesia de piedra clara. Las lápidas de la mayoría de las tumbas se habían caído al suelo, y solo vi la primera, que me dio a entender lo que eran todas las demás, porque el caballo tropezó con ella. Miré abajo y vi la inscripción «Se fue a la casa del Padre», y me di cuenta de que aquello era un cementerio. La iglesia era pequeña y conservaba el tejado. Parecía como si se hubiera agachado de algún modo, como si el edificio se hubiera agazapado para pelear con los árboles que lo acorralaban. La mayoría eran tan altos como el achaparrado campanario, o todavía más.

Empezaba a oscurecer, aunque todavía nos quedaran un par de horas de luz, pero John Dark estaba cansada e hizo un sonido y un gesto para darme a entender que podíamos pasar la noche allí: señaló a la puerta de la iglesia. Yo habría preferido seguir adelante, pero no tanto como para que en aquel momento no se me ocurriera darle la razón. Aunque no lográramos forzar la puerta, el porche de piedra sería como una buena cueva sin humedad en la que podríamos dormir.

Entonces oímos que *Jip* gruñía. Todo estaba en silencio. De pronto, John Dark ya tenía el arma en la mano y volvía el rostro de un lado para otro, tratando de descubrir qué era lo que había inquietado a *Jip*. Empuñé el arco y preparé una flecha. Una mariposa púrpura pasó volando entre la

mujer y yo, pero aparte de eso no parecía que nada se moviera en el bosque. Y esa misma quietud era un mal augurio. De repente todo estaba muy silencioso. Los pájaros no cantaban.

La calma era tal que parecía que el gruñido de *Jip* vibrara en el aire. No vi nada. Pero tenía esa misma sensación de que había algo grande, algo que nos miraba, que sentí en el museo, cuando dormimos con la mujer del vestido amarillo y al despertar no solo oí, sino también presentí que algo rozaba la esquina del edificio, abajo, en la calle.

Pa bon, dijo John Dark en voz baja, e hizo salir a los tres caballos del cementerio. Con las armas a punto, continuamos nuestro camino, prestando atención a todo ruido y movimiento que pudiera producirse en la cercanía. Más o menos al cabo de diez minutos, empezamos a subir por una ladera y los pájaros cantaron de nuevo.

No sé qué sería lo que alarmó a *Jip*. No sé si fue algo de la iglesia, o si descubrió que algún animal nos observaba, pero mientras nos alejábamos vigiló la retaguardia, caminando de un lado para otro, con los ojos puestos en el camino que dejábamos atrás, el pelaje aún erizado, husmeando con el hocico a nuestras espaldas. Por un lado resultaba enervante, pero por el otro nos reconfortaba saber que el perro estaba allí para detectar lo que nosotros no veíamos.

Gris, dijo John Dark. Me volví y vi que había detenido el caballo junto a un haya. Me señaló el tronco.

La corteza verdigrís estaba destrozada, y era reciente. Alguna criatura la había desgarrado y le había hecho profundos cortes y dejado al descubierto el vigoroso color naranja del interior de la corteza y la albura más clara que esta escondía. Eran cortes profundos, hechos con rabia, y su autor no era solamente fuerte, sino también grande, porque los cortes más bajos comenzaban a casi dos metros del suelo.

Pa bon, dijo John Dark, e imitó con la mano una garra que arañaba el árbol.

Gross grifs, dijo. *Pa bon detú.*

Y entonces me indicó con mímica que teníamos que andarnos con los ojos y los oídos muy atentos, y me ordenó seguir adelante. Me detuve junto al tronco del árbol y palpé los cortes. Eran profundos y aún estaban húmedos. Eran recientes y la criatura que los había hecho no podía haber ido muy lejos. Tal vez fuera lo mismo cuya presencia habíamos sentido junto a la iglesia, entre los fresnos.

Jip meó sobre el árbol en actitud desafiante y prosaica, y luego reanudamos el camino. Pensé que quizá había sido un jabalí como el que me atacó. Quizá las marcas las hubiera hecho con los colmillos. Pero en cualquier caso debía de haber sido un jabalí gigante, lo que tampoco me reconfortaba en aquella hora tardía. Todavía me reconfortaba menos lo que pensaba de verdad, que eran marcas de garras y que no tenía ni idea de cuál de los animales que consideraba nativos de la tierra principal podía haberlas hecho.

Zoos. Había leído sobre ellos y había visto fotos. Lugares donde metíais a los animales cuando las granjas, minas y todo eso habían acabado con sus hábitats naturales. ¿Estaban bien? ¿Tú ibas al zoo? ¿Era como visitar a los animales en una cárcel? ¿O tenía su emoción? ¿Tú crees que los animales sabían que jamás podrían regresar a su hogar, porque habían talado los árboles y lo habían quemado y convertido en otra cosa distinta, repleta de gente y de máquinas, y no de los propios animales? Quizá entonces os habrían dado las gracias, se habrían alegrado de que les encontrarais un lugar en vez de matarlos a todos. O quizá se volvían un poco locos. Una vez vi una foto en blanco y negro en un libro y el chimpancé estaba detrás de unos barrotes, y la mirada de sus ojos era como la de una persona, perdida y asustada, aunque al mismo tiempo parecía que sonriera como un maníaco. Quizá tan solo enseñaba los dientes.

A saber. Zoos.

Pensé en los zoos mientras nos alejábamos de la iglesia y del tronco de haya lleno de arañazos, y lo que pensé es

esto: ¿qué ocurrió con los animales a medida que el mundo, poco a poco, envejecía y moría? ¿Los matasteis en sus jaulas o los dejasteis en libertad, para que poblasen el mundo que vosotros poco a poco despoblabais? Creo que un mundo que se moría habría tenido preocupaciones más importantes que enviar animales salvajes a los lugares de donde se los habían llevado, pero tal vez me equivoque. Me parecía más probable que los dejarais envejecer, igual que envejecíais vosotros, y luego morir, o tal vez los pusierais a dormir con delicadeza. Pero mientras cabalgábamos me perseguía otro pensamiento, que era que quizá alguien había dejado salir a los animales y los había abandonado para que buscasen solos el camino de regreso a su hogar. Y si había sido así, tal vez algunos de los animales hubieran decidido quedarse. Al fin y al cabo, en el mundo hacía más calor que antes. La tierra principal no había sido un buen hábitat para ellos cuando los hombres raptaron a sus antepasados y se los llevaron a los zoos del norte. Quizá el clima había cambiado lo suficiente como para que sí lo fuera. Pensaba en tigres y leones, pero también habrían podido ser osos. Pensé que, si tenía que haber algo por allí, ojalá fueran osos. Por lo que sabía en aquel entonces, los osos no atacaban a las personas ni a los caballos.

Y al igual que *Jip*, que se volvía sin cesar hacia el camino que quedaba a nuestras espaldas, yo tampoco podía desprenderme de un picor entre los hombros que me avisaba de que había unos ojos mirándome cada vez que me volvía.

Capítulo 25
La Última Morada

John Dark sentía el mismo picor entre los hombros. No se volvía hacia atrás, pero sí miraba a lado y lado mucho más a menudo de lo que era normal en ella, y no volvió a meter la escopeta en la funda que colgaba delante de su rodilla en la silla de montar. Pienso que no miraba atrás porque sabía que *Jip* y yo controlábamos lo que ocurría detrás de ella y del animal de carga. En cierto sentido nos demostraba confianza. El caballo de carga también empezaba a ponerse nervioso. Y también en este caso podía deberse a que nos acercábamos al final de un largo día de viaje, o a que sentía la presencia de alguna criatura que nos observaba. Pero al ver que el caballo tenía miedo, estuve mucho más pendiente de las sombras que se alargaban a nuestro alrededor a medida que el día tocaba a su fin.

De pronto, *Jip* pasó a la acción. Se metió entre los matorrales y ladró como si hubiera enloquecido. Nos detuvimos y nos volvimos sobre la silla, con atención, por si podíamos oír lo que nuestros ojos no alcanzaban a ver. *Jip* correteaba entre los matorrales y seguía ladrando, y se alejaba cada vez más. El oído no nos permitía distinguir si estaba dando caza a algún animal, y en caso afirmativo, qué animal era. Y entonces el ladrido ya lejano se interrumpió, y dejé de oír todo sonido de movimiento.

Lapan?, preguntó John Dark, e imitó las orejas de un conejo con las manos en la cabeza.

Me encogí de hombros y me volví para escuchar, clavé los ojos en la penumbra del final de la tarde, forcé los oídos. La repentina fuga de *Jip* había sido turbadora, y aún lo era más que sus ladridos hubieran cesado de una manera

tan brusca.

Silbé y esperé, y volví a silbar.

Ya estaba a punto de volverme cuando salió corriendo de los arbustos con la cabeza en alto y la lengua fuera. Se lo veía muy satisfecho de sí mismo.

Me pareció que John Dark también se alegraba, pero me di cuenta de que trató de ocultar su sonrisa tan pronto como me fijé en ella.

Jip, dijo, y le dio unos toquecitos sobre la cabeza, como si quisiera ver si se le había roto. *Il e fu*.

Para entonces ya me había dado cuenta de que *il e*, en francés, significa algo así como «es» o «está». La otra palabra era evidente por el contexto, visto que le daba golpecitos en el cráneo.

Sí, *Jip*, le dije, y moví la cabeza de un lado para otro mientras lo miraba. Estás *fu*.

Jip no hacía más que jadear y sonreír. Su lengua roja se mecía fuera de la boca. Su aire de satisfacción y el hecho de que no hubiera vuelto con un nuevo conejo muerto me hicieron pensar que tal vez hubiera puesto en fuga a algún animal, en vez de cazarlo. No creo que *Jip* pudiera asustar a un león, ni a un tigre, quizá ni siquiera a un oso, a menos que el otro animal fuera muy pequeño y padeciera una timidez inusual, pero de todos modos el picor que había sentido entre los hombros desapareció. Y como en definitiva no habíamos visto a ningún animal que nos siguiera, es posible que lo inventáramos y existiera tan solo en nuestras cabezas. Nos relajamos un poco y seguimos adelante.

La siguiente parada tuvo lugar una media hora después, porque John Dark se abrió camino por un bosquecillo de avellanos de poca altura y tiró de las riendas. Me acerqué y miré en la misma dirección que ella.

La Última Morada se encontraba en un claro, en lo más alto de una ladera muy empinada. Detrás había muchos árboles, pero por delante el terreno estaba despejado. Los árboles no eran verdes, sino de un color purpúreo oscuro, que a la escasa luz se aproximaba a un negro profundo.

Para entonces ya sabía que se trataba de hayas rojas. A su lado, la piedra con la que estaba construida la casa parecía pálida en contraste. Era un edificio de dos pisos y ya debía de ser viejo cuando tú vivías. Era más ancho que alto y daba la impresión de haberse acurrucado en lo alto de la ladera, como si se hubiera sentido cómodo allá arriba a lo largo de los siglos, contemplando cómo cambiaba el mundo a sus pies. A un lado había un muro alto, y al otro un par de edificios más bajos construidos con la misma piedra envejecida.

Bon, dijo John Dark. *Isí*.

Cabalgó hasta el muro alto. Había una puerta de roble que había quedado gris con el paso del tiempo, guarnecida con gruesas cabezas de clavo grandes como lapas. Desmontó y trató de abrirla. Estaba oxidada y las bisagras gimieron con un crujido alarmante. Al moverse, la puerta aplastó las matas de hierba que habían crecido frente a ella desde la última vez que se había abierto. Y entonces John Dark traspasó el umbral y desapareció al otro lado del muro. Desmonté y me tomé un instante para rascar y revolverle el pelo entre las orejas a *Jip*, y a continuación oí que la mujer me llamaba y entré detrás de ella.

Aquello era —había sido— un huerto protegido por un muro. Quedaba suficiente orden como para que se pudiera ver que en otro tiempo había habido una cuadrícula de árboles frutales en el centro e invernaderos contra los dos muros donde daba el sol. Uno de ellos se había venido abajo, pero el otro seguía más o menos intacto y John Dark se había metido dentro. Sus labios sonreían y estaban húmedos. Sostenía con la mano la mitad de una fruta. Me pareció que era una manzana, pero entonces me llamó con un gesto y trepó por la pared que quedaba a su espalda para arrancar otra pieza del árbol. Había sido un día largo y cálido. Al acercarme a ella, me envolvió el olor más denso y embriagador que hubiera sentido en mi vida. Era sol y calor, y limpia dulzura, todo ello destilado en un único aroma. En la isla no había nada que oliera igual. ¿Y la manzana? No era una manzana. La piel no brillaba, sino

que era de color mate y estaba cubierta de un vello muy fino, y era de color amarillo y rosado, casi rojo.

John Dark sonrió y dio un nuevo mordisco a lo que tenía en la mano.

Pesh, dijo. *Pesh bon*, Gris, *pesh bon*.

Mordí la fruta. Aún conservaba la calidez de un largo día de sol y era mucho más suave que una manzana, aunque de todos modos las únicas manzanas que he probado son las del jardín cerrado de Eriskay, y esas son pequeñas, duras y amargas. La fruta que tenía en la mano en ese momento era grande y generosa, y más dulce que todo lo que había probado en mi vida. No se parecía al penetrante sabor entre dulce y amargo de la mermelada de Brand. Tenía una forma que llenaba la boca, una dulzura redondeaba y cálida que hacía que al instante brotara la saliva y se mezclara con el jugo en anticipación del mordisco siguiente. Su sabor era como el aroma que sentíamos por todo el lugar, pero más fuerte. Era como saborear una sonrisa. Supongo que esta última frase te habrá parecido extravagante. Vuestras tiendas debían de estar repletas de *pesh* y de otras cosas todavía más exóticas. Probablemente ni siquiera recordabas el primer *pesh* que comiste, porque estabas habituado a muchos sabores distintos. Y de todas las glorias y riquezas de tu mundo desaparecido, eso es lo único que no te envidio. Yo tengo algo que tú no tuviste: la gloria de ese primer *pesh*, que comí bajo un sol cálido al final de un día largo y fatigoso. Fue perfecto.

Las primeras veces no suelen ser perfectas. Esa sí lo fue.

Atamos una pata a los caballos para que pudieran pacer durante la noche y fuimos a ver la casa. Las ventanas eran estrechas y de piedra, y quedaban diamantes de cristal sujetos en los marcos de plomo, como los del edificio que incendié, pero la nueva casa me parecía mucho más antigua que aquella. El recuerdo de haberle pegado fuego por puro despecho me hacía sentir mal, pero las palabras pintadas y aún visibles sobre la puerta del nuevo lugar me hicieron

sentir mejor.

BIENVENIDO, VIAJERO

Estaba escrito con el mismo tipo de pintura de aerosol que en otro tiempo había sido brillante, y que se había usado para escribir el versículo de la Biblia en la iglesia de South Uist, pero la mano que había trazado este último rótulo era más firme y generosa. El color original de la pintura se había desvanecido hasta quedar casi blanca, pero el mensaje aún estaba claro.

John Dark contempló las palabras y luego me miró a mí.

Vale, dije.

Me adelanté a ella y traté de abrir la puerta. También era de roble, como la del muro que resguardaba el huerto. La gruesa capa de musgo que había crecido sobre el borde inferior me dio a entender que no se había abierto en una fecha que ninguna persona viva pudiera recordar, y me imaginé que tendríamos que desencajarla a patadas y empujones, pero entonces se abrió sin apenas resistencia, sin apenas crujir. Me extrañó tanto que me volví hacia John Dark e intercambié una mirada con ella. La mujer hizo una mueca y se encogió de hombros.

Bueno, dije. *Bon.*

Ui, respondió ella. Bien.

Pasé al interior. La habitación era ancha y de techo bajo, e inspiraba de inmediato una sensación de generosidad. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera. Había una escalera ancha que llevaba a los pisos de arriba. El vestíbulo estaba cubierto de alfombras, rectángulos oscuros sobre un suelo más claro, adornadas con dibujos de gran complicación. Los colores estaban deslucidos por el tiempo y por la capa de polvo que todo lo cubría. El único indicio de abandono era la capa de polvo. La casa había quedado bien ordenada y más adelante descubrimos que lo habían hecho así a propósito.

Gris, me llamó John Dark.

Me volví y la encontré al lado de la mesa grande que

ocupaba el centro de la sala. Encima de esta había un marco, como de un cuadro, y alguien había puesto debajo del cristal un par de hojas de papel con unas letras grandes.

> NOS HEMOS IDO.
> ESTAMOS EN EL BANO AL FINAL DE LA ESCALERA.
> NO TRATEIS DE SACARNOS.
> SOMOS FELICES ALLI IGUAL QUE FUIMOS FELICES AQUI EN VIDA.
> INSTALAOS COMO EN VUESTRA PROPIA CASA.
> HAY COMIDA EN EL HUERTO.
> HAY LENA EN EL COBERTIZO JUNTO A LA PUERTA DE ATRAS.
> COGED LO QUE NECESITEIS. USAD LO QUE PODAIS.
> QUEDAOS EL TIEMPO QUE GUSTEIS O MARCHAOS SI QUEREIS.
> ESTAD BIEN. ESTAD ALEGRES. SED GENTILES.

Lo leí dos veces y luego me aclaré la garganta y traté de traducírselo a John Dark. Tuve una sensación extraña. Estaba traduciendo algo que se dirigía a mí, escrito para mí en el pasado. Sí, ya sé que no se había escrito para mí, para Gris, pero sí se había escrito para cualquiera que entrara en la casa y lo encontrase, y en este caso se trataba de mí.

En cuanto le hube explicado lo que quería decir, subimos al piso de arriba, sin discutirlo antes. Nos pareció evidente que eso era lo que teníamos que hacer: presentar nuestros respetos.

Habían muerto sin aspavientos, con toda la calma posible, y habían muerto juntos. Ya solo quedaban los huesos, entrelazados en la gigantesca bañera de metal que se sostenía sobre unas patas como de perro que la aguantaban a cierta distancia del suelo. Sus calaveras se apoyaban la una en la otra, en actitud cariñosa, una más grande que la otra. El agua se había evaporado con el paso del tiempo y había dejado una marca oxidada, que seguramente no se debía tan solo al óxido. Había un cuchillo en el suelo, al lado de la bañera. Al mirar por el cuarto de baño resultaba difícil no imaginar sus últimos momentos. Por todas partes había platillos cubiertos de la

cera de lo que en otro tiempo debían de haber sido velas, y donde no había velas había jarrones y cubos llenos de flores y ramas, de las que tan solo quedaban tallos resecos y restos de madera que se desmenuzaban cuando los tocaba. Había una botella verde de vino con restos de un envoltorio de papel de aluminio en torno al cuello, y dos vasos aún enteros entre los huesos de los dos esqueletos. Parecía como si el más grande hubiera abrazado al más pequeño. Me imagino que serían un hombre y una mujer, pero no sé distinguir los esqueletos. Habían llenado la habitación de velas encendidas y flores, y se metieron juntos en la bañera, se bebieron el vino y creo que entonces se cortaron las venas de las muñecas, tal vez dentro del agua caliente, y conservo la esperanza de que se hubieran sentido como si poco a poco se durmieran el uno en brazos del otro. Aquella habitación no me pareció triste, ni terrorífica. Los huesos no son más que huesos. Y tampoco me pareció que estuviera embrujada. Ya te lo he dicho, los fantasmas no existen. Pero sí que me sentí como si fuéramos unos intrusos.

Pienso que John Dark sintió lo mismo.

Ils eté de jon for, dijo. *Tre for*.

Luego asintió y salió del cuarto de baño. Bajó por la escalera a explorar la planta baja y yo me dediqué a investigar en las habitaciones que había a lado y lado del pasillo. Lo habían cubierto todo con sábanas, supongo que para evitar que se cubriera de polvo. Llevaban tanto tiempo allí que el polvo había formado grumos y tuve un acceso de tos, porque acababa de quitar la sábana para mirar dentro de un armario alto y ver si allí había ropa en buen estado, o botas que pudiera vikinguear, y entonces oí un sonido que hizo que un escalofrío me recorriera el espinazo.

Fue un grito estridente de mujer, largo y vibrante, y no era de John Dark. Y entonces se oyeron de pronto otras voces, más voces de las que hubiera oído en toda mi vida.

La sorpresa que me llevé al oírlo casi hizo que me meara encima.

Y entonces oí que John Dark me llamaba a gritos.

Capítulo 26
Tannhäuser

El chillido no provenía de una mujer y tampoco había más gente en el piso de abajo. Solo estaban John Dark y una especie de caja cuadrada con una manivela. La caja estaba cubierta por una lámina de un material moteado que tal vez en otro tiempo habría podido parecer cuero, pero estaba desgastado y raído, y la delgada madera contrachapada que había debajo se había deteriorado por las esquinas. La tapa estaba abierta y dentro había un objeto circular, como una placa grande y plana, que daba vueltas una y otra vez, aunque una especie de brazo tubular de metal, como un cuello de oca, pareciera estar pegado sobre él. Al verlo más de cerca me di cuenta de que en realidad apenas si tocaba el disco que daba vueltas, su único contacto con él era el extremo de una aguja que resbalaba por un diminuto surco que iba desde el borde exterior hasta el círculo interior. El centro era una etiqueta redonda de papel, de color rojo oscuro y dorado.

Lo que me había parecido un grito era un cántico, igual que el resto de las voces. Y lo que se oía por debajo de ellas era música. Música grande. Hasta entonces no había oído vuestra música. De ese modo no. Había oído música, por supuesto, pero siempre era música pequeña: Ferg aporreando la guitarra o el silbato de hojalata de Bar, y me habían fascinado la tristeza y la soledad del violín que oí tocar a Brand en la capilla de Iona. Pero en todos esos casos había oído un solo instrumento, como mucho dos a la vez, y había escuchado la música al mismo tiempo que la interpretaban. Todo eso estaba muy bien, pero comparado con aquello resultaba pobre. Estaba escuchando una música

tan grande y profunda que no alcanzaba a imaginar qué instrumentos la habrían hecho sonar. Era asombrosa. Y terrorífica. Era vigorizante y todo lo demás porque en ese momento conocí la realidad que tú experimentaste. No era como cuando me abría paso por ruinas cubiertas de vegetación y clasificaba los objetos agrietados y podridos que dejasteis, y trataba de imaginarme vuestro mundo a partir del montón de basura. Fue como entrar en una máquina del tiempo. El sonido que oí era el mismo que tú habrías oído si hubieses hecho girar la manivela del aparato. Los músicos habían muerto hacía mucho tiempo, pero el sonido que crearon los había sobrevivido y también había sobrevivido a las generaciones que vinieron después, las de la Castración, el Baby Antiboom y todo lo demás hasta el presente.

Sé que conocíais muchas maneras de grabar el sonido, e imágenes con personas que se movían. Pero los dispositivos que utilizasteis ya no funcionan. La red eléctrica ya no existe. Se corroyó y murió, y vuestras pantallas, tanto las grandes como las pequeñas, ya solo nos sirven como superficies de cristal cuando necesitamos una que sea totalmente plana. Aquella máquina no funcionaba con electricidad. Luego la abrí con cuidado y descubrí que lo que la hacía girar era un muelle grande que se comprimía con la manivela. Al saltar, hacía girar la placa sobre la que reposaba el disco, y de algún modo la aguja arrancaba sonido del disco y lo mandaba al mundo mediante lo que debía de ser una caja de sonido montada en la punta del cuello de oca.

Era tecnología antigua y había sobrevivido a las máquinas musicales eléctricas. Aquel disco era un truco mágico, capturaba voces en el tiempo y las conservaba durante un tiempo aún más largo que un siglo, y luego las hacía sonar para nuestros oídos solo con ponerles encima una aguja. Se oían crujidos de fondo, como si se hubiera grabado junto a una hoguera que crepitaba y chisporroteaba al mismo tiempo que tocaban y cantaban, pero a pesar de todo la música era fuerte y clara. No me di

cuenta de que en la etiqueta había un perro hasta que dejó de girar. Estaba sentado y miraba al interior de un cono sujeto a otro tipo de aparato de música. Era un terrier como *Jip* y *Jess*, pero de color blanco, mientras que ellos eran negros. La persona que dibujó al perro había sabido representar la manera como escuchan cuando algo les llama la atención, con la cabeza ladeada. Al principio pensé que la etiqueta indicaba que la música se titulaba La Voz de su Amo, pero entonces la leí y me di cuenta de que había otros discos con la misma etiqueta y letras distintas, y llegué a la conclusión de que debía de ser la firma que hacía los discos.

Ambos estuvimos de acuerdo en que era *bon*.

Dejamos la música puesta mientras registrábamos la casa habitación por habitación. Nos tomamos en serio la nota que habíamos encontrado en la mesa del vestíbulo. Cada vez que uno de los discos terminaba, o John Dark o yo íbamos a poner otro, a veces la otra cara del que acabábamos de escuchar; otras veces, algo totalmente distinto. La música nos hacía ir más despacio y nos daban ganas de sentarnos y volver a escucharla, una y otra vez. Otros tipos de música nos daban ganas de saltar y movernos a su ritmo, y bailar. Creo que para ti habría significado mucho menos. No te habría parecido una especie de magia. Probablemente podías escuchar centenares de músicas distintas. No creo que te asombraras ante una máquina capaz de capturar la interpretación de unos músicos y conservarla en el tiempo para que la disfrutases siempre que quisieras, igual que no veías nada extraordinario en un coche que se moviera, o en un avión que volase. ¡Qué lujo!, estar habituado a una magia como aquella.

Encontré una brújula grande que se abría y que tenía un espejo redondo por dentro, y una especie de mira. Creo que estaba pensada para llevarla encima cuando salías, porque colgaba al extremo de una correa que podías echarte al cuello. En la cocina había cuchillos y, aún mejor, un afilador que parecía un lápiz y que podría llevar en la mochila sin notar apenas su peso. También por el peso, solo me llevé dos de los cuchillos. Uno de ellos estaba hecho con

una única pieza de acero inoxidable, con unas ondulaciones en el mango que permitían agarrarlo mejor. En el estudio hallé un cajón con navajas. Me llevé una con un mango de plata deslustrada adornado con una cuadrícula en el que había un escudo rojo y una cruz blanca. No se podía comparar con mi Leatherman, pero de todos modos era estupenda. Tenía una pequeña sierra, un punzón y un destornillador, así como una hoja de acero que apenas si había perdido su brillo. La hoja quedó bien después de que la afilara. También encontré unos prismáticos muy potentes. Tenían estampada la palabra TRINOVID y las lentes aún estaban claras, sin manchas, lo que no era nada habitual. Miré con ellos desde la ventana y fue como si los árboles lejanos entraran de un salto en la habitación. Me alegré mucho de haberlos encontrado por el poder que me dieron sobre la distancia, la capacidad de ver adónde iba. Aún no sabía que me iban a llevar al desastre.

Y después, los libros. Al lado de la habitación donde habíamos encontrado la caja de música había otra con las paredes cubiertas de estantes que iban desde el techo hasta el suelo. A John Dark no le interesó, porque los libros no estaban en francés, pero como la habitación estaba oscura, seca y sellada, se habían conservado muy bien. Me sujeté sobre la nariz y la boca una máscara hecha con una tela cuadrada y empecé a examinar los estantes. En mi experiencia, el peor entre todos los tipos de polvo es el que se pone en los libros. No quería que se me metiera en los pulmones y me hiciera toser toda la noche. Encontré unos pocos que ya conocía. Fue como encontrarse con viejos amigos en un lugar inusual, entre una multitud de desconocidos. En otra vida, si no me hubiera hallado en medio de un viaje para encontrar a mi perra, pienso que me habría quedado allí mucho tiempo y me habría dedicado tan solo a leer libros, escuchar música y comer *pesh*.

En uno de los estantes había un libro con un título que me llamó la atención. Se titulaba *Sorprendido por la alegría*. Se debió en parte al título, que me hizo recordar a la hermana que había perdido[2], y en parte al nombre del

autor, que reconocí porque había escrito libros que mamá nos había leído en nuestra niñez. Eran libros de esos que me gustaban, sobre un grupo de personas que emprendían una aventura, niños que se metían en un armario ropero y descubrían una tierra mágica donde había leones que hablaban y una malvada bruja de hielo. Pero el libro que encontré entonces no era del mismo tipo, sino más bien unas memorias de la vida del propio autor. Sin embargo, dentro había un poema que tenía el mismo título que el libro. Recuerdo los primeros versos, porque me hicieron sentir una punzada de especial familiaridad:

> *Sorprendido por la alegría, impaciente como el viento,*
> *me volví para compartir el viaje, ¡ah! con quién,*
> *sino contigo, que descansas largo tiempo en el sepulcro silencioso.*

Joy siempre había ido con prisas, siempre trataba de ponerse a la altura de nuestros hermanos mayores, decidida a hacer lo mismo que hacían ellos, aunque fuera mucho más pequeña. Y el viento se había llevado su cometa, y luego se la había llevado a ella en el acantilado de la parte de atrás de la isla, donde el agua ciertamente era una tumba profunda y silenciosa. Lo leí varias veces porque mi cabeza no es muy buena para la poesía, y por eso mi cerebro es incapaz de mantener la atención, pero el resto del poema se entendía bien. Acabé por entender que el poema trataba de alguien que llora la pérdida de una persona y se siente traicionada por un segundo de alegría que por un momento le hace olvidar la pena, y luego se siente aún peor porque ese instante irracional de alegría acaba por parecerle una traición contra la persona que ha perdido.

Encendimos una hoguera en la chimenea y nos sentamos con las ventanas abiertas, y contemplamos el paisaje mientras la luz se desvanecía. La música que acabamos por escuchar era como la propia casa: lo adecuado en el momento adecuado. Según la etiqueta, se titulaba «Obertura» de *Tannhäuser*. Recuerdo que la segunda «a» tenía dos puntos encima. Debía de ser un

nombre extranjero. Y se encuentre donde se encuentre *Tannhäuser*, debe de gozar de crepúsculos maravillosos, o quizá de auroras, porque la música encajaría con lo uno y con lo otro. Nos sentamos a comer *pesh* y jabalí asado al fuego, e hicimos sonar ese disco una y otra vez hasta que fue de noche. Empezaba con una música lenta y segura de sí misma, se desenvolvía en una melodía amable pero potente en su misma calma, y entonces un instrumento distinto, creo que un violín, o quizá más de uno, entraba poco a poco y parecía solicitar una especie de respuesta afligida por parte de otros violines que se añadían enseguida, y la suma de todo ello se transformaba en una especie de poderosa cascada de sonido que fluía hacia arriba, y los riachuelos de violín se deslizaban abajo por el acantilado de sonido que iba cobrando altura, de una manera que me recordaba a los cientos de arroyos y riachuelos que bajaban por las laderas de la isla después de un aguacero. La mitad de la música nos elevaba mientras la otra mitad se precipitaba hacia el fondo en fragmentos nítidos y ordenados. Todo esto que te estoy diciendo no puede tener ningún sentido para ti, a menos que hayas escuchado la «Obertura» de *Tannhäuser* y sepas a qué me refiero, y como no existes en ninguna parte, salvo en el interior de mi cabeza, me imagino que no tiene sentido para nadie salvo para mí. Y quizá también para ti, supongo, porque te estoy hablando a ti, atrapado aquí dentro junto a mí.

Jamás olvidaré el fulgor rojizo del crepúsculo que se teñía de azul sobre el inmenso bosque mientras la música sonaba una y otra vez. No sé qué debieron de pensar sobre aquel sonido las aves y los animales que se hallaban a nuestro alrededor. Lo más probable es que estuvieran tan sorprendidos como John Dark y yo. Ellos tampoco habían oído nunca nada igual.

Nos quedamos a dormir en la sala de música, donde el fuego jugaba a proyectar sombras en el techo. Y cuando desperté, el color rojizo volvía a teñir el cielo e hice sonar el disco una vez más, y por eso sé que funcionaba aún

mejor al salir el sol. Albergaba más esperanza. Me lo tomé como un buen augurio.

Al salir a ver cómo estaban los caballos, oí que John Dark ponía un tipo de música distinto, más rápido, y al regresar la sorprendí bailoteando de un lado para otro y meneando el trasero, y se detuvo nada más oírme. Se volvió y su rostro era joven, en su sonrisa no había ni pizca de vergüenza.

Dans eh, me dijo, y me hizo un gesto para que me acercara. *Dans eh*, Gris. *Se bon*.

Y así, en la casa que ya llamaba Última Morada, John Dark y yo nos pusimos a bailar. Mientras bailábamos, *Jip* entró y empezó a brincar a nuestro alrededor. No paraba de mover la cola, pero no sé si es que quería danzar o decirnos que estábamos como una cabra. Bailábamos al son de algo que se llamaba Tiger Rag, y luego de otra cosa que llamaba Louis Jordan, y después quizá le di demasiado fuerte a la manivela, porque dejó de funcionar, y fue entonces cuando desmonté el aparato. Me horroricé solo con pensar que tal vez había comprimido demasiado el muelle, que quizá lo hubiera roto, que tal vez hubiera vuelto a meter toda aquella música en el disco y que no volvería a escapar. Presa de una horrible sensación de culpa, me senté y utilicé el nuevo cuchillo, y la Leatherman, para desatornillar la parte de arriba y levantarla, y así ver el mecanismo. Lo sacudí y hurgué en él, y no me pareció que hubiese nada averiado, y entonces John Dark, que hasta entonces se había quedado sentada y me había mirado con interés, se marchó y regresó con una pequeña lata provista de un tubo y un émbolo.

Uil, dijo, y presionó el émbolo. Una gotita de aceite dorado salió por el tubo y cayó al suelo. Me pasó la lata a mí. La utilicé para engrasar las piezas y logré meter un poco en el orificio por donde se encajaba la manivela. Y luego volví a montar el aparato y, como por milagro, volvió a funcionar.

Pero no bailamos más. Miré al cielo y me di cuenta de que ya faltaba poco para el mediodía. No quería

marcharme, pero también sabía que quedarse allí era una trampa. Una trampa bonita, una trampa bienintencionada de las personas que habían vivido allí y lo habían sellado todo para que sirviera como refugio para los que pudieran venir después. Pero a pesar de todo era una trampa.

Dejé bien claro que me quería marchar.

Se bon isí, dijo John Dark.

Ya lo sé, dije. Pero tengo que irme.

Señalé al este.

Tengo que rescatar a mi perra.

Conversamos a base de mímica y de señalar palabras en el diccionario, y entonces la mujer salió a pasear por el huerto y yo fui a cazar conejos con *Jip*, pero se habían marchado todos, o dormían a gran profundidad bajo tierra. Me senté. *Jip* observaba el mar de árboles que se hallaba al oeste y al sur, y escuchaba el canto de los pájaros y el murmullo del viento. Se echó sobre el lomo, a mis pies. No lo hace a menudo y me lo tomé como un intento de animarme. Lo rasqué en ese lugar especial que tiene al lado de las costillas y meneó las patas arriba y abajo como siempre hacía.

Y entonces volví a la casa y encontré a John Dark con un montón de *pesh* recién cogidos y un dedo que señalaba el diccionario y me indicaba la palabra para mañana.

Vale, dije.

Vale, me respondió.

Nos paseamos por la casa antes de que oscureciera, ella por su cuenta y yo por la mía, y buscamos entre los objetos que habían sido ordenados con esmero para los que vinieran después. Me decidí a llevarme nuevos libros sobre árboles y plantas, así como un par de tomos de bolsillo con cubiertas de cuero, hechos con un papel fino como piel de cebolla. Grandes, pero ligeros. Eran libros sobre los que había leído en otros libros. Uno de ellos era *La Ilíada*, otro era *La isla del tesoro*, y otro *La Odisea*. Me pareció que aquellos volúmenes delgados me darían para muchas horas de lectura y conté con que aún nos quedaban muchas horas por delante.

También me llevé un sombrero y un impermeable. Era una prenda de color marrón verdoso. Algo, tal vez una familia de polillas, se había comido el cuello, pero era grueso y pesado. Me serviría también para dormir sobre suelo húmedo.

Escuchamos *Tannhäuser* mientras observábamos la puesta de sol, y luego atizamos el fuego y nos acostamos. Anticipábamos que el día siguiente sería muy fatigoso. Dormí profundamente y no recuerdo haber tenido ningún sueño, ni profético ni de ningún otro tipo. Me levanté con la primera luz y me encontré con que John Dark ya se había levantado y estaba empaquetando sus cosas y cargándolas sobre los caballos. Eché una última mirada a la biblioteca. Me esforcé por no pensar en todas las maravillosas historias que iba a abandonar allí, y a continuación hice mis propios preparativos para marcharme.

Capítulo 27

Un mal comienzo… o también: regreso al punto de partida y vuelta a empezar

La jornada empezó temprano y estuvo teñida de tristeza desde el principio. Ensillamos los caballos, cargamos los paquetes, y nos despedimos de la Última Morada.

Contaba con volver a pasar por allí algún día si todo iba bien, pero el mundo —este mundo grande y vacío— siempre nos da sorpresas, y por ello, aun antes de que me ocurriera lo que me ocurrió, sabía que no podía confiar en que regresaría a ese lugar feliz.

Nos habíamos llevado —tal como nos habían invitado a hacer— cosas que pudieran resultarnos útiles. Habíamos disfrutado de la comodidad y el sosiego. Discutimos sobre la posibilidad de llevarnos el aparato de música, pero al fin optamos por dejarlo allí. Quizá algún día otra persona llegaría a la casa y sus habitaciones volverían a llenarse de música. Me pareció que la pareja del baño se lo merecía.

Mientras John Dark ataba los fardos a las sillas, tomé un ramillete de lavanda que había cortado del seto que en otro tiempo había dividido el huerto y fui a dar las gracias. Sé muy bien que es extraño dar las gracias a una bañera de hierro llena de huesos de personas que murieron hace tiempo, pero tuve ese antojo y lo hice en un momento, en silencio, porque no quería tener que explicárselo a John Dark. No es que sintiera vergüenza, ni embarazo, ni nada parecido. Lo que quería hacer era demasiado complicado como para explicarlo mediante el lenguaje de signos, o señalando palabras en un diccionario. Ni siquiera sabía muy bien por qué lo hacía. Solo que tenía que hacerlo. *Jip* subió conmigo por la escalera.

John Dark había estado allí antes que yo. Había sacado los tallos secos de uno de los jarrones y lo había llenado de rosas recién cortadas, que crecían junto a la pared de la casa donde daba el sol. Su olor ya llenaba toda la habitación. Miré sonriente a *Jip* y quité los tallos secos de otro de los jarrones. Al sacarlos, la mitad de ellos se desmenuzaron en mis manos. Luego coloqué la lavanda y asentí en dirección a la bañera.

Gracias, les dije. Nosotros también hemos sido felices aquí.

Solo *Jip* me oyó decirlo y no me pareció que lo encontrara muy ridículo. Al salir cerré la puerta y bajamos por la escalera. John Dark nos esperaba. Vio los tallos de flores secas que aún llevaba en la mano y gruñó. No sé si le dio vergüenza que hubiera visto sus rosas, o si pensó que me daría vergüenza a mí que ella se diera cuenta de mi regalo de despedida, pero en todo caso no habló de ello en ningún momento.

Al on sí, dijo con energía. *Fo part ir*.

Cerramos la casa y nos aseguramos de que no pudiera entrar agua, igual que antes de que llegáramos. Y luego montamos en los caballos y nos dirigimos al este.

En último término, la Última Morada era un lugar donde reinaba la muerte, pero nos había impartido la peligrosa y seductora lección de que la muerte podía no ser terrible, de que podía no ser más que un descanso muy necesario, un sueño interminable y gentil. Esos fueron los pensamientos que me acompañaron mientras nos alejábamos, y aunque no fueran propiamente malos pensamientos, también sabía que no eran provechosos, al menos para una persona que tuviera algo que hacer en el mundo. Eran pensamientos para más tarde, pensamientos que tendría que archivar y recobrar cuando hubieran pasado los años. Eran pensamientos que quitan vigor, y en ese momento aún pensaba que me aguardaban años en los que tendría que avanzar por terreno desconocido.

El final es rápido y a menudo viene antes de que te

adviertan de su llegada.

Mientras bajábamos por la ladera, *Jip* corría alegremente a nuestro alrededor. Llegamos a un paraje más llano donde el bosque no era tan frondoso como en el trecho que habíamos dejado atrás. Los árboles abundaban, pero no hasta el punto de que no pudiéramos distinguir aquí y allá el contorno de los antiguos cultivos. Los reconocíamos por los setos en línea recta, que habían crecido hasta transformarse en lo que parecían fortificaciones naturales. Durante la primera hora tuvimos que volver sobre nuestros pasos en un par de ocasiones, porque acabamos metiéndonos en impenetrables bosquecillos de endrinos que nos cerraban el paso en todas las demás direcciones.

Y entonces salimos a un prado despejado por el que se podía avanzar, pero que había quedado totalmente cubierto de perejiles gigantes. Por aquel entonces aún no sabía cómo se llamaban, pero entre lo que nos ocurrió a continuación y la situación en la que me encuentro ahora pasé muchas noches solitarias junto a la hoguera de acampada y tuve tiempo de encontrarlo en uno de los libros que me había llevado de la Última Morada. No sé si alguna vez viste perifollos verdes, pero los perejiles gigantes son muy parecidos, solo que mucho, mucho más grandes. Tallos estriados más gruesos que mi brazo, hirsutos y con manchas purpúreas, se alzaban a tres o cuatro metros por encima de nuestras cabezas. Los grandes racimos de flores blancas que sostenían sus tallos tenían forma de cuenco, como un paraguas vuelto del revés, y podían alcanzar los dos metros de anchura. Todas las flores miraban hacia el cielo. Parecía que no nos costaría nada pasar, porque quedaba suficiente espacio libre como para ir avanzando entre los tallos, y *Jip* se nos adelantó saltando con alegría. Pero John Dark tiró de las riendas y se volvió hacia mí. Señaló los tallos y me dijo:

Mal.

A esas alturas ya entendía la palabra francesa. Sirviéndose de mímica, expresó un escozor intenso, y luego se subió la capucha y se bajó las mangas hasta que le

cubrieron las manos. La imité. Nos habíamos adentrado unos treinta metros en el campo de perejiles gigantes. Mientras pasábamos, no aparté los ojos del tallo estriado e hirsuto de una planta especialmente gruesa, porque me preguntaba si lo que era *mal* era el vello que la cubría. Entonces oí un chasquido y un grito, seguido de un horroroso crujido y el impacto de un cuerpo lo bastante pesado y voluminoso como para sentirlo a través de los cascos del caballo, y me volví y vi que John Dark había desaparecido de la faz de la tierra. Me volví hacia el otro lado, por si se me había adelantado y no la había visto, pero no, no había nadie más entre aquellas plantas de aspecto extraño.

Entonces *Jip* ladró y se echó a correr, y empezó a dar zarpazos en lo que entonces reconocí como un agujero en la vegetación que cubría el suelo. John Dark y el caballo no solo habían desaparecido de la faz de la tierra, habían caído dentro de ella.

Bajé del caballo y corrí hasta el borde del agujero. En ese momento ambos se movían aún y los dos seguían con vida, y aunque me costara verlos en la oscuridad, antes de que los ojos se me acostumbraran ya me di cuenta de que aquello pintaba muy mal. Antes incluso de que el caballo empezara a relinchar. Antes de ver que trataba de incorporarse sobre unas patas delanteras que se habían roto de manera brutal, que forcejeaba por librarse de la tubería herrumbrosa que se había clavado en su cuerpo.

Hacía mucho, mucho tiempo, alguien había instalado un depósito de agua bajo tierra. El depósito era grande. Se había quedado allí debajo mientras el campo se transformaba en una selva de perejiles gigantes, y se había corroído, y había esperado, y entonces John Dark pasó por el lado equivocado de uno de los tallos y el techo del depósito se hundió bajo su peso, la mujer había salido disparada de la silla mientras el animal quedaba empalado en la tubería, y había aterrizado en treinta centímetros de agua.

Vi que su rostro me devolvía la mirada y boqueaba con

consternación. Así me di cuenta de que estaba boca arriba y no se iba a ahogar. Corrí al caballo que llevaba los fardos y agarré la cuerda que guardaba en uno de los cuévanos. La até en torno al perejil gigante más grueso que encontré y volví al hoyo.

Jip ladraba y John Dark chillaba mi nombre, aunque el chapoteo y los agónicos relinchos del caballo me impedían entender lo que quisiera decirme. Probé la cuerda para cerciorarme de que estuviera bien sujeta, recé una plegaria a un dios en el que no creo y bajé hasta el interior del depósito, lo que hizo que *Jip* ladrara con mayor insistencia todavía.

Todo lo que pasó en el depósito terminó mal, y además todo ocurrió enseguida, y ahora mismo no recuerdo bien en qué orden. Es como si imaginara un plato roto en la cabeza. Distingo los trozos pero no soy capaz de reconstruir el objeto entero.

Ahí abajo reinaba la oscuridad, y el cielo que se divisaba por el agujero estaba lleno de luz, por lo que mis ojos tuvieron que esforzarse para habituarse al contraste.

Probablemente es una suerte que no recuerde bien la escena, pero al hacerlo en fragmentos y retazos se parece todavía más a una pesadilla.

John Dark perdía sangre por la cabeza y tenía la nariz aplastada hacia un lado. Trataba de arrastrarse por el agua oscura hacia el caballo, pero le había sucedido algo en la pierna.

Traté de no pensar en el caballo, que estaba atrapado y hacía fuerza contra la tubería oxidada que se había clavado en su cuerpo, y doblaba las patas delanteras de forma totalmente antinatural.

Jadeaba y relinchaba, y le salían burbujas rosadas de sangre y espuma por la boca.

Sus ojos entornados eran lo más blanco que pueda haber en el mundo. Más brillantes que el cielo que brillaba en lo alto.

Me acerqué a John Dark andando con los pies en el agua. Había logrado ponerse encima del cuello del animal.

Este se agitaba y retorcía entre sus brazos.

Pensé que trataba de consolarlo. Quise gritarle.

Recuerdo que me poseyó la rabia. Por lo menos me parece que me poseyó la rabia; es un recuerdo fragmentario.

Quise decirle que no podría consolar al animal. Quise decirle lo que teníamos que hacer, lo que yo tenía que hacer, enseguida, antes que nada. Pero no encontré las palabras. De pronto tuve el cuchillo en la mano. Lo había sacado sin darme cuenta.

Ahora mismo es como si lo viera, como si viviera una pesadilla. Como si aún estuviese allí.

Un fragmento de su rostro clava los ojos en mí.

Creo que no lo entiende.

Non, Gris!, grita.

Creo que no quiere que lo haga. Creo que no entiende lo terrible que es el dolor para el caballo.

Entonces veo que no está tratando de consolar al animal. Está haciendo esfuerzos desesperados por pasar los brazos en torno al cuerpo del caballo. No lo consigue. Sus dedos apuntan hacia mí.

Tiemblan con la tensión. Señalan lo que yo tendría que ver, lo que tendría que haber pensado.

Me abalanzo al otro lado y trato de sacar la escopeta de la funda.

Al principio no sale, entonces el pobre caballo sufre espasmos y trata de levantarse una vez más, y al fin consigo liberar el arma.

Vit, Gris!, chilla, y entierra la cabeza en la crin del caballo, mirando a otro lado. *Vit!*

Me inclino sobre ella y coloco torpemente los cañones tras la cabeza del caballo, donde la columna vertebral se une al cerebro. Es una posición incómoda. No consigo apoyar bien la culata en el hombro. No tengo tiempo para apuntar bien.

Tiro del gatillo.

Ya te lo he dicho, no es extraño que la munición antigua haga un chasquido y falle.

En aquella ocasión, la plegaria que le recé a un dios en el que no creo debió de encontrar quien la escuchara, porque todo el depósito de metal sufrió una sacudida y resonó como en una explosión. La culata se me escapó del hombro y me golpeó en el pómulo.

El caballo se desplomó y dejó de hacer fuerza mientras se agitaba con los estertores de la muerte.

Yo ya no oía. Los oídos me resonaban. Aún no sabía que el retroceso me había abierto una herida en el pómulo. Aún no sabía que uno de mis ojos estaría negro y enrojecido durante varios días. Todavía no sé si el débil gemido que oí era mío o de John Dark.

Probablemente era tan suyo como mío.

Sacarla del depósito era casi imposible. Si no hubiera llevado la cuerda en uno de los fardos de su caballo, habría sido imposible del todo. Se había roto la pierna y se había golpeado con fuerza el rostro y la cabeza. Además, estaba empapada, igual que yo, con el agua pestilente del fondo del depósito. Tan solo había unos treinta centímetros, pero apestaba hasta la última gota. Y además se estaba mezclando con sangre de caballo.

Le até la cuerda bajo los brazos como un cabestrillo y traté de sacarla del depósito, y en ese momento, por suerte, se desmayó.

Levantar a alguien como un peso muerto es un esfuerzo brutal y no podía hacerlo sin ayuda. Volví a dejarla en el fondo. Sentí un estremecimiento cuando su cuerpo quedó echado sobre el del caballo muerto. Desaté la cuerda del perejil gigante donde la había atado y la anudé a la silla del otro caballo, y luego hice andar al animal.

Tuve que probar y repetir varias veces, y John Dark sufrió varios golpes, hasta que por fin conseguí dominar al caballo y mantener la cuerda lo bastante tensa como para poder acercarme al agujero y agarrarla antes de que el animal retrocediese y la volviera a bajar.

Por fin, la sujeté por la capucha y logré sacarla del agujero. Mientras tiraba de ella se hizo algunos rasguños y arañazos más, pero salió al aire libre, con la respiración

entrecortada y los ojos cerrados como si no fuera a despertar nunca.

No sabía qué hacer con su pierna. No sabía qué hacer con nada. De todos modos estaba viva. La mejor manera de pensar siempre es hacer algo, y por ello volví a echar la cuerda y bajé al depósito para sacar los fardos y rescatar la escopeta, y también el cuchillo que había soltado. Tardé un rato en encontrarlo bajo el agua.

Para entonces, su caballo había dejado de sufrir espasmos. A modo de disculpa, le di una palmada en la cerviz, que aún conservaba algo de calor, y por fin volví a subir. John Dark seguía inconsciente.

No existía una manera limpia y pulcra de hacer lo que había que hacer. Así, con la esperanza de que siguiera inconsciente, me adentré en el bosque que rodeaba aquel campo y corté unos cuantos trozos de madera rectos, y volví a su lado. Los coloqué al lado de su pierna y volví a cortarlos para que midieran lo mismo. Había visto cómo lo hacían en una ocasión en que uno de los de Lewis se cayó de un tejado en North Uist. Por aquel entonces aún tenía muy pocos años, pero la operación era sencilla. Me saqué el cinturón y le saqué a ella el suyo. Abrí nuevos agujeros con la punta del cuchillo.

Y entonces le dolió muchísimo. Gimoteó y se estremeció, y en un determinado momento abrió los ojos sin ver nada, y exhaló un gemido profundo que habría podido salir de un hombre. Pero, sin que se despertara de verdad, le corté la pernera del pantalón para ver cómo estaba, y luego busqué la fractura y la enderecé como pude. Como no tenía nada claro que lo hubiese hecho bien, saqué fuerzas de flaqueza y manipulé la pierna hasta que me pareció que los extremos del hueso roto habían quedado lo mejor alineados posible. Gimió mucho mientras se lo hacía. Y luego até los palos a lado y lado de la pierna para mantenerla recta. Una vez hube usado los cinturones para que los dos primeros palos quedaran bien sujetos, me resultó fácil atar el resto a su alrededor, para que la pierna se mantuviera en su lugar y protegida.

Miré su rostro y me pregunté si sería conveniente enderezarle la nariz mientras aún estaba inconsciente, pero no tuve valor para ello. El esfuerzo y el miedo habían hecho que se me cubriera el cuerpo de sudor. Llegué a la conclusión de que si tenía que despertarla sería mejor que fuera porque estaba haciendo algo útil, porque seguramente iba a tener una sola oportunidad. Así, fui a por el caballo que llevaba la carga y recoloqué las bolsas de cada lado para que formaran una especie de lecho plano sobre el lomo del animal. Y luego utilicé la fuerza y la suerte que me quedaban para cargarla sobre el caballo y atarla. Tomé la cuerda y la crucé una y otra vez sobre su cuerpo, para que no hubiese ninguna posibilidad de que se cayera.

Obligué a mi caballo a volverse en la dirección contraria, seguido por la bestia de carga, y nos marchamos por el campo de perejiles gigantes en dirección a la Última Morada.

Empezó a llover. O el dios en el que no creía gozaba de un buen sentido del equilibrio de las cosas y quería compensar la buena suerte que había tenido cuando la escopeta había disparado a la primera, o tal vez en aquel momento tuviera mala voluntad. También es posible que exista más de un dios imaginario y que uno de ellos quisiera equiparar el tiempo con mi humor.

No me molesté en mantener seco mi propio cuerpo, porque el agua del fondo del depósito ya me había empapado, pero sí cubrí a John Dark con el impermeable que había pensado usar para dormir en el suelo, para que el rostro no se le mojara. En ese momento me asaltó la horrible sensación de estar envolviéndola con un sudario, como si fuera un cadáver, y me pregunté si aún respiraría cuando le descubriese el rostro.

Deshicimos el camino hasta llegar a la Última Morada. Fue como si hubiésemos tardado tres veces más en regresar que en el viaje de ida. *Jip* ya no iba patrullando de un lado para otro, sino que corría detrás de mí, y de vez en cuando levantaba los ojos como para ver cómo estaba. Le dije que me encontraba bien, pero hablé con una voz que sonaba

pastosa, como si no hubiese querido salir de mi boca. Hasta cierto punto, los árboles nos guarecían de la lluvia, pero no mucho, y aunque empezaba a recuperar el oído, solo percibía el sonido de las pisadas de los caballos y el agua que resbalaba por las hojas. Entonces subimos la última ladera bajo toda la fuerza del aguacero, y aunque los caballos apenas si resbalaban sobre la hierba húmeda, estaban temblorosos y no pisaban con la misma seguridad.

Al desmontar frente a la puerta de entrada de la que aquella misma mañana nos habíamos despedido con tristeza, pero también con esperanza, me caí y aterricé sobre una rodilla. *Jip* ladró con preocupación y acudió a lamerme. Me levanté de nuevo y fui a ver si John Dark había sobrevivido.

Aparté el impermeable y vi que tenía los ojos muy abiertos. Empecé a sentir temblor en las piernas, pero entonces parpadeó.

Bien, dije. Te pondrás bien.

No me miró. No hizo más que cerrar los ojos y volverse.

Debía de saber que tendría que volver a hacerle daño. Bajarla del caballo fue más fácil que subirla, pero no mucho más. Desmonté la puerta de uno de los cobertizos que se habían venido abajo en el huerto y la apoyé en ángulo contra una mesa que había sacado a rastras de la casa, para que me sirviera como rampa. Entonces la desaté e intenté arrastrarla hasta colocarla sobre la puerta sin moverle mucho la pierna.

Traté de hacerlo todo con la máxima suavidad, pero una vez más tenía que manejar peso muerto. Para empezar, John Dark apenas si dejaba oír su voz para protestar contra mis cuidados. Y luego no hizo ningún sonido en absoluto. Se desmayó de nuevo, y tal vez fuera a causa del dolor. O quizá fue por el golpe en la cabeza.

La coloqué sobre la puerta. Y luego la arrastré por el suelo hasta el porche, y después —desollándome los nudillos porque a duras penas logré hacerla pasar por la entrada— dentro de la casa, donde no llegase la lluvia.

Utilicé un taburete grande, acolchado, para levantar la puerta hasta el mismo nivel que el sofá largo y profundo que se hallaba enfrente de la chimenea, y luego puse a la mujer sobre los cojines. Le quité lo mejor que pude la ropa mojada y sus ojos parpadearon. Entonces descubrí otros moretones también muy feos en todo su cuerpo. Creo que también tenía costillas rotas. Le miré la nariz torcida hacia un lado. Dos veranos antes, Bar había resbalado sobre una roca y se había partido la nariz contra la borda del *Dulce Esperanza*, y papá se la había enderezado. Sabía que había que dejar pasar el mínimo tiempo posible después de la fractura. Y ya había pasado la mitad de un día, así que no podía esperar más. Creo que si su respiración no hubiera sido tan rara quizá la habría dejado como estaba, pero pensé que si le ponía bien la nariz quizá se acabarían los resoplidos fuertes y ahogados que de vez en cuando sacudían su cuerpo. Así pues, coloqué una mano a cada lado de su rostro, sujeté la nariz con los dedos pulgares y me dije que iba a ser muy poco en comparación con el entablillado de la pierna, y que si iba a hacerlo, tenía que hacerlo de una sola vez, con un movimiento fuerte, rápido y decisivo. Y entonces apreté los dientes y tiré de la nariz hacia el centro de la cara. John Dark gruñó de dolor y por un instante abrió los ojos, pero luego los volvió a cerrar. La sensación de huesos crujiendo me había dado náuseas, pero al apartar las manos me alegré, porque me pareció que había quedado más o menos donde tenía que estar y ya no estaba doblada sobre la mejilla. Y cuando la tapé con unas mantas me pareció que se dormía de nuevo, aunque yo no tenía nada clara la diferencia entre el sueño y el estado de coma.

Me hubiera gustado echarme en el otro sofá y dormir también, pero antes encendí un fuego, y luego les saqué las sillas a los caballos, y junto con los paquetes que hasta entonces habían cargado, las dejé bajo un árbol.

Comí un poco, porque sabía que me convenía conservar energías. Comí sin ganas. Los *pesh* se habían vuelto agrios y el conejo ahumado estaba tan duro que me

dolió en los dientes cuando traté de masticar algo de su buen sabor. Luego llené un cazo con agua y carne de jabalí, lo cubrí y lo puse al fuego para que se cociese mientras dormía, y por fin me quité mis ropas sucias y húmedas.

Hacía tiempo que no me desnudaba. Desde que había nadado en el estanque, detrás de la casa que luego había quemado. Y tampoco me había desnudado nunca en presencia de alguien que no fuera de mi familia. Sufría por el cansancio, la humedad y la fatiga, y pensé en lo más íntimo que lo más probable era que John Dark estuviera en coma y que no se despertara en mucho tiempo, si es que despertaba. Lo que pensé de verdad, sobre todo después de ver los moretones en sus costillas rotas, era que se moriría. No tenía ni idea de los daños internos que podía haber sufrido, y desde luego que no contaba con poder curárselos, fueran los que fuesen. Así, con todo el cuerpo fatigado, castigado por la humedad y el frío, y derrengado por los acontecimientos de aquel día, me planté frente a las llamas después de sacarme toda la ropa, apoyé las manos sobre la repisa de la chimenea y dejé que el fuego me calentara.

Cuando me volví para calentarme la espalda, John Dark había abierto los ojos. Me miró. Le devolví la mirada, y entonces alargué un brazo y me cubrí con una manta. Cuando la miré de nuevo, ya había cerrado los ojos y no sé si llegó a ver algo.

No me habló de ello por la mañana, ni tampoco durante los dos días siguientes. Oscilaba entre un sueño embotado e insano y unas horas de vigilia dolorosas y degradantes. Le daba de comer mientras estaba despierta: *pesh* y el caldo de la carne de jabalí, y entre cuencos, cacerolas y paños mojados para limpiarla, y una lona bajo las mantas donde estaba echada, hicimos frente a su necesidad de mear y cagar sin moverse. A mí me daba igual, pero ella no lo soportaba.

Lo único bueno fue que la hinchazón de su nariz mejoró, y aunque sus ojos aún tuvieran un color entre amarillo, púrpura e inyectado en sangre, se encontraban en los dos lados de una cara que volvía a ser más o menos

simétrica.

Me pareció comprender su silencio. Era como un terrier al que han hecho daño. Se había encerrado dentro de sí misma para curarse. La primera mañana volví a su habitación con más leña, y *Jip* se había subido al sofá y estaba echado contra su cuerpo y le daba calor. El perro me miró.

Le dije que era *bon*.

Capítulo 28

Sigo adelante, sin nadie que me acompañe

Al final todo se reduce a mear y cagar. Eso es lo que papá nos decía sobre lo que significaba envejecer y enfermar, o cuidar de un herido. No se equivocaba.

En ese momento en que todo había cambiado a peor, empecé a preocuparme más y más de que Brand llegara a su casa y volviera a marcharse antes de que pudiera darle alcance. Me dolía el tiempo que estaba perdiendo al cuidar de John Dark. Y me imagino que en cualquier momento habría podido abandonarla e ir tras él, pero la mujer aún no podía levantarse de la cama ni cuidar de sí misma, por lo que dejarla habría sido como condenarla a morir en su propia mierda. No podía hacerle eso.

Apenas si distingo entre los días que pasaron después, porque fueron todos iguales. Darle de comer, ayudarla a hacer lo que tenía que hacer, limpiarla cuando lo hacía mientras estaba inconsciente, una y otra vez, un día tras otro. Me resultaba aún más difícil porque la mujer no podía o no quería hablar, y empecé a temer que también hubiera perdido la vista, porque a veces bizqueaba o miraba con unos ojos muy abiertos que no parecían reaccionar ante lo que ocurría frente a ella.

No había muerto, pero tal vez se estuviera muriendo poco a poco. Desde luego que no parecía que mejorara. Mientras ella dormía, yo llenaba el tiempo leyendo libros de la biblioteca, pero no disfrutaba con ellos todo lo que habría podido disfrutar, porque sabía que tenía que ponerme en camino para ir en busca de Brand y de *Jess*. Al tener tanto tiempo para pensar, dudaba, y volvía a dudar, y

dudaba todavía más de que pudiera encontrar a Brand en aquel sitio. Repasaba una y otra vez los razonamientos que me habían llevado a creer que las marcas en el mapa indicaban que Norfolk era su base, y siempre encontraba más razones para pensar que había sido una estupidez emprender una misión tan arriesgada a partir de indicios tan endebles. Me castigaba por haber perseguido una ilusión, tan solo porque había querido actuar en vez de aceptar que la pérdida era irreparable. Me decía que habría tenido que quedarme en casa y cuidar de mi familia, y contentarme con haber conservado a *Jip*.

Pero siempre volvía a pensar en lo mismo.

Brand me había robado a mi perra. Yo no habría podido hacer otra cosa. El hombre podía contar con que seguiría su rastro. Era una cuestión de lealtad. Aunque no la encontrara, tenía que intentarlo. Tenía que emplearme a fondo en ello. En mis mejores momentos, sabía que tenía que hacerlo, porque si no, no habría tenido valor para mirarme a la cara, ni mirar a la de *Jip*.

Y así, con la convicción de estar planeando un futuro mejor, aunque ese futuro pareciese improbable, calmaba mis inquietudes a fuerza de trabajar sin descanso. Me funcionaba mejor que quedarme sin hacer nada, leer y encerrarme dentro de mis propios pensamientos, donde mis dudas resonaban sin cesar. Le hice un par de muletas a John Dark. Luego cavé un hoyo frente a la puerta que daba al jardín para que le sirviera de letrina, abrí un boquete en el asiento de una sólida silla de madera con reposabrazos y la coloqué sobre el agujero. Llené un cubo con cenizas de la chimenea y lo dejé al lado de la silla.

Tuve la idea de hacerle una silla de ruedas, pero no encontré ninguna rueda que girase bien. O se les habían podrido los ejes, o los neumáticos de goma habían dejado de existir. Empecé a sentir celos por la atención que le prestaba *Jip*. Fue una estupidez y una mezquindad, pero el caso es que los sentí. Empecé a ahumar carne en la gran chimenea, y cuando la tenía ahumada, la colgaba por las paredes. Junté todos los cazos, sartenes y botellas que pude

y los llené de agua, y los distribuí alrededor de la habitación.

No sé si John Dark se daba cuenta de lo que hacía. Me miraba y su rostro no expresaba nada. Los moretones empezaban a desaparecer y se volvían de todos los colores de un arco iris pálido, y cuando por fin desaparecieron del todo, la piel le quedó grisácea y desteñida como los cabellos.

A lo largo de esos días me hundí poco a poco en la desesperación, y en buena parte fue así porque no sabía cómo hacer dos cosas que sabía que tenía que hacer, pero que se excluían.

Al fin, John Dark me lo explicó.

Desperté y vi que no estaba. La luz del alba era desvaída, y hacía rato que la hoguera se había transformado en ceniza y no daba calor. Me incorporé de medio cuerpo y miré en torno. Las muletas habían desaparecido. Y también *Jip*.

Estaba sentada en la silla que había puesto sobre el hoyo, en el jardín, y lloraba. Creo que en parte se debía al esfuerzo de llegar hasta allí y en parte a la frustración, porque una de las muletas se había caído sobre la hierba y la mujer trataba de agarrarla con la otra sin conseguirlo. Apartó el rostro para no verme mientras me acercaba por la hierba cubierta de rocío, recogía la muleta y se la daba sin decir nada. Al cabo de un rato comprendí que se quedaba sentada, sin caminar, porque no quería que yo viese el esfuerzo que tenía que hacer para ponerse en pie. Regresé a la habitación, pero una vez allí la miré desde la ventana. Se levantó con el cuerpo tembloroso y anduvo con pasos precarios hasta la puerta. Al llegar, se quedó apoyada, jadeando. El esfuerzo de impedir que la pierna rota tocara el suelo la dejaba exhausta. Trataba de usar músculos que no había utilizado durante muchos días, tal vez semanas. Yo había dejado de contar, porque si pensaba en el número de días perdidos, sentía como si pesaran encima de mí y me asfixiaran poco a poco.

Me miró y asintió. La ayudé a llegar desde la puerta

hasta el sofá, y una vez allí se echó y se durmió enseguida.

No mejoró propiamente, pero sí ganó movilidad. Creo que le fallaba algo en la cabeza y que también le fallaba algo en el cuerpo. La veía estremecerse de dolor, y cuando eso ocurría, se llevaba las manos a las sienes hasta que el dolor se le pasaba. Me hacía pensar en cuando papá quiso abrir un agujero en la cabeza de mamá después de que se golpeara en el cráneo. Pero no veía que a John Dark le saliera ningún líquido de la nariz. Y desde luego que no me puse a buscar un taladro.

Cuando me pedía algo, lo hacía señalando. Le llevé el diccionario y también un lápiz. Señaló el aparato de música y le puse música. Luego me hizo un gesto para que me marchase. Quería estar sola.

Salí a cazar con *Jip*. Él capturó un conejo y yo maté a dos con las flechas, aunque fallé con un tercero y pasé una irritante media hora buscando el proyectil en medio de una maraña de zarzas.

Cuando regresé, se había echado a dormir. Se despertó y comió, y luego se volvió a dormir. Leí hasta que oscureció y después me acosté.

Al amanecer, sentí una presión en las costillas.

John Dark estaba de pie a mi lado y me apretaba con la muleta. Me senté sobre el lecho y me pasó una nota. Durante todo el tiempo que estuve de caza, la mujer debía de haber estado buscando palabras en el diccionario. John Dark no sabía cómo funcionan los verbos en inglés, pero me quedó dolorosamente claro lo que quería decirme. Mientras desplegaba el papel, la mujer salió al jardín y usó ruidosamente el hoyo.

Puedo repetir con exactitud lo que escribió porque aún conservo la nota, doblada dentro del cuaderno en el que escribo ahora.

TÚ IR AHORA BUSCAR TU PERRO.

YO SUFRIR NO MEJORAR.

NO QUERER TÚ VER ASÍ.

YO ALEGRE QUEDAR SOLA CON RECUERDOS.

AGUA. MÚSICA. COMIDA. AGUJERO EN SUELO. GRACIAS, GRIS.

IR RÁPIDO. AHORA. INMEDIATO.

MEJOR MANERA DECIR ADIÓS.

TÚ TOMAR CABALLOS.

Si John Dark hubiese creído que iba a mejorar, me habría dicho que me llevara un caballo. Al ver que me decía que me quedara con los dos, tuve que enjugarme los ojos.

Pero era cierto que lo mejor sería un rápido adiós. No tenía ningún sentido que lo alargáramos, ni que discutiéramos. Me había dado permiso. Había resuelto el problema por mí.

Volvió y se quedó apoyada en el umbral de la puerta.

Bon?, dijo.

Asentí.

Vit, dijo. *Alé vit*.

Le dejé las bolsas del caballo de carga repletas de objetos varios. Las llevé adentro y las coloqué cerca del sofá. John Dark asintió. Allí no solo había material útil que había ido recogiendo, sino también recuerdos que había traído por el túnel desde Francia. Luego llené un cesto de *pesh* para ella y me quedé una bolsa para mí, y ensillé los caballos.

Le di el cesto al entrar para despedirme. Me encontré con que estaba rascando a *Jip* detrás de las orejas y que el perro disfrutaba, aunque la mujer trató de disimular tan pronto como entré en la habitación. Me di cuenta de que no sabía decir adiós. Me hizo un gesto para que me acercara y, de pronto, me abrazó con tanta fuerza que pensé que no solo me abrazaba a mí, sino a todos los seres queridos que había perdido.

O tal vez quisiera disfrutar todo lo posible de su último

contacto humano.

Entonces habló en inglés. Debía de haberlo aprendido con el diccionario. Hablaba con voz entrecortada y ronca, y era como si las palabras se retorcieran en su boca y salieran con un sabor francés, pero no me costó entenderlo.

Gris, dijo. Gris. Gracias, amigo.

Yo le devolví el abrazo y la llamé «amiga», y entonces el resto de palabras que habría querido decirle se me atascaron y no querían salir, y continuamos así hasta que nos hubimos serenado. Luego me soltó y me apartó con firmeza. Me ofreció otro papel doblado.

No leer ahora, dijo con voz suave.

Y luego me besó en las dos mejillas y volvió a sentarse en el sofá. Evitó mi mirada y me hizo un gesto para que me marchara, imperiosa como una reina.

Me marché a caballo, con aquel hueco ya familiar que sentía en el pecho después de perder a alguien y que no lograba tragarme. Entonces oí que en el aparato de música empezaba a sonar la pieza rápida y alegre con la que nos habíamos reído y habíamos bailado, y adiviné que John Dark no estaba bailando, sino que ponía buena cara ante lo que iba a ocurrir y trataba de animarme. La oí sonar tres veces, y entonces quizá se cansó demasiado y no le quedaron fuerzas para volver a poner el disco, o tal vez nos habíamos alejado demasiado y dejamos de oírlo.

Jip me miraba una y otra vez, y entonces se detenía y miraba a la casa, y se echaba a correr para darme alcance y mirarme una vez más, como para hacerme una pregunta a la que no habría sabido responderle. Una vez dejamos de oír la música, aceleré el paso y avanzamos con mayor rapidez que antes. La decisión era definitiva y de nada nos habría servido tomarnos más tiempo del necesario.

Dejamos atrás los perejiles gigantes y recorrimos unos kilómetros más antes de que se hiciera de noche, y llegamos a un terreno distinto que se extendía ante nosotros, llano y sin accidentes.

Abrevé a los caballos en un estanque y les até la pata para pasar la noche.

Esperé a haber comido y desplegado el saco de dormir para leer la nota. Había oscurecido mucho, pero reavivé el fuego y me volví para leerla. No decía mucho, pero lo que decía me partió el corazón y una vez más me hizo sentir muy mal por haberla abandonado. Aún la tengo aquí, en mi otra mano, mientras te escribo esto.

TÚ MENTIR, GRIS.

BIEN. YO ENTENDER.

PERO SABER POR QUÉ TÚ TAN FUERTE.

TU RECORDAR ME MIS HIJAS.

Y sí, me escocían los ojos, y los cerré para tratar de dormirme, y dormí mal, a ratos, durante una noche larga y fría. Y no, el escozor no fue por el humo de los rescoldos de la fogata.

Capítulo 29

Primer avistamiento

Sé que leer me ha vuelto sentimental. Casi todo lo que lee papá son libros prácticos que no cuentan historias, y aparte de sentarse a veces junto al fuego con mamá y agarrarla de la mano cuando piensa que los demás no lo vemos, no se deja llevar por ternuras innecesarias. Es enérgico, a veces brusco, y resolutivo. Consigue que las cosas se hagan, como si tuviera una lista en la cabeza que reajusta sin cesar, añadiendo nuevos elementos y suprimiendo otros.

Empecé a parecerme más a él cuando me alejé de la Última Morada y de John Dark. Dejé de preguntarme todas las noches, mientras preparaba la hoguera de acampada, si John Dark habría muerto durante el largo día, si estaría encendiendo su propio fuego mientras yo encendía el mío, si la Última Morada habría quedado de nuevo en silencio y acogía a un nuevo cadáver. No leía ninguno de los libros, ni siquiera los nuevos. Me decía que no tenía ninguna necesidad de ablandarme con distracciones como esas, pero que si triunfaba en mi absurda misión podría leer todo lo que quisiera como recompensa. En vez de leer, sacaba el mapa y la brújula y trataba de comprender dónde estaba y averiguar adónde iba.

Mi mayor fortuna fue que una noche, al buscar un sitio donde pudiera protegerme de un nuevo aguacero, encontré lo que en un primer momento me parecieron los restos de un gran cobertizo de metal cubiertos de enredaderas. Había sitio para mí y para los caballos, y cuando encendí la hoguera vi el techo y las gigantescas letras, y comprendí que era una señal de tráfico enorme que por algún milagro todavía era legible, y que se había caído y quedado

apoyada contra los árboles que crecían a su alrededor. Me costó toda una noche de cavilaciones, pero cuando por fin se me ocurrió la idea, todo fue muy fácil. Me bastó con leer en la señal la distancia a la que se hallaban varias ciudades y utilicé un cordel para trasladar esas distancias a la escala impresa en el mapa. A continuación busqué las ciudades señalizadas en el cartel y tracé a su alrededor círculos con un diámetro que se correspondía a las distancias que las separaban de mí…, y el punto en el que todos los círculos coincidieron me indicó el sitio donde me encontraba yo.

Al saber mi ubicación, seguí adelante con mayor resolución. No presté atención a las casas por donde pasaba y no perdí tiempo en vikinguear. Dormí bajo las estrellas, o en la sencilla tienda de John Dark, y me discipliné en concentrarme tan solo en lo que tenía por delante. Me imagino que los soldados debían de hacer lo mismo al prepararse para la guerra. No querían luchar, pero ponían en orden sus ideas para estar a punto, y para que no los sorprendiese el destino que les cupiera en suerte. Todas las mañanas me levantaba y practicaba con el arco. Vaciaba tres veces el carcaj antes de comer y luego iniciaba la jornada de viaje. A mediodía volvía a vaciarlo tres veces. Por la noche, antes de que anocheciera, lo hacía una vez más. A menudo, *Jip* se quedaba quieto y me miraba, como preguntándose por qué cazaba troncos de árbol, o cuántas flechas tendría que clavar en uno de ellos para matarlo.

Agucé el cerebro tratando de recordar en la medida de lo posible todos los momentos que había pasado con Brand, porque así entendería mejor sus intenciones cuando volviéramos a encontrarnos. Practiqué para las discusiones que tal vez tuviera que sostener. También afilé los cuchillos.

Traté de convertirme en una persona fría por dentro, metódica y sin emociones, como mi padre. *Jip* me lo ponía difícil, porque se lo pasaba muy bien. Corría por un terreno que era nuevo para él, exploraba los parajes y la enorme variedad de olores desconocidos que debía de hallar en el cambiante paisaje. Incluso una simple nariz humana como

la mía notaba que esos lugares olían de otro modo. Para el perro, oler la tierra principal debía de suponer algo parecido a lo que para mí había sido descubrir aquella música en el aparato. Las islas son lugares sencillos: mar, sal, brezo, flores silvestres en los campos… Eran como la música que se podía tocar con una guitarra, con un silbato de hojalata, o con el violín de Brand. La tierra principal, con toda su variedad de plantas, flores y árboles debía de parecerle una gigantesca orquesta. Un *Tannhäuser* olfativo. Cazaba conmigo y dormía cerca de mí para compartir el calor. Su alegría era contagiosa. Me trajo conejos y una rata, y una mañana temprano corrió a una loma no muy alta que quedaba más adelante para tratar de alcanzar una liebre, y cuando diez minutos más tarde también llegué arriba lo encontré quieto, sin la liebre, su silueta recortada contra el sol que aún no había terminado de salir, husmeando la brisa ligera, la cola rígida, contemplando lo que de acuerdo con mi mapa no tendría que haber estado allí.

Era una marisma, y más allá, exhalando un olor a sal que me llegaba incluso a mí, se encontraba el propio mar. Se hallaba mucho más cerca de lo que me había hecho creer el mapa. La tierra había desaparecido, engullida por las aguas que habían subido al calentarse el mundo. En Eriskay se puede nadar y contemplar el antiguo espigón adonde llegaba el ferry, sumergido más o menos a un metro bajo las aguas. En Berneray, al llegar, puedes amarrar el bote a la chimenea de una de las casas que habían estado en la orilla. Aunque el mundo todavía sea grande, me imagino que la parte seca es más pequeña que en tus tiempos. Y las tierras llanas del este, unas que se encontraban junto al mar del Norte, han desaparecido bajo las aguas.

Entonces comprendí por qué la base de Brand se hallaba en un punto del río que, según el mapa, quedaba lejos del estuario. Porque aquel punto ya no se encontraba tan lejos del mar. Las aguas habían subido hasta allí. Así se explicaban las líneas que me habían parecido un error, las

que «volaban» sobre la tierra seca. Porque esa tierra ya no estaba seca, sino cubierta de marismas, o en el fondo del mar. Bajé del caballo y saqué los prismáticos nuevos, los apoyé en una rama de árbol que quedaba baja y observé el terreno que había más adelante. Los árboles escaseaban cada vez más y terminaban al borde de una especie de zona intermedia en la que había salientes y penínsulas que se adentraban en las aguas. En algunos lugares la marisma estaba cubierta por grandes extensiones de juncos, como islas llanas en el agua cubiertas de aves zancudas, y en otros sitios se reconocía la forma de extensos campos que habían estado allí, porque aún se distinguían los esqueletos de los antiguos setos en las aguas superficiales. Aquí y allá, por la marisma, había cadáveres de edificios antiguos que se habían ladeado y medio hundido en el agua. Parecían sorprendidos de haber naufragado como naufragaría un barco. Algunos de los antiguos y gigantescos pilares eléctricos habían sobrevivido a aproximadamente un siglo de tempestades, y los cables que habían sostenido en aquellos tiempos en los que se erguían sobre la tierra cual héroes fanfarrones descendían hacia las aguas y acababan por desaparecer bajo las olas.

El graznido de las gaviotas se oía lejos, pero se reconocía al instante, y ese sonido me inspiró un traicionero ataque de nostalgia que ablandó la dureza en la que me había ejercitado hasta entonces. He leído que los olores son lo más evocador, pero que un determinado sonido también nos saca de nosotros mismos. Por un instante mis pensamientos retrocedieron a Mingulay y a una vida más sencilla. Y entonces *Jip* ladró y regresé al presente.

El perro me contemplaba con la cabeza ladeada. Como para avisarme de que había algo que me pasaba por alto. Luego volvió a ladrar y contemplé una vez más el paisaje, y me llené la nariz de aire para buscar olores en el viento.

Desplegué el mapa y traté de relacionar lo que veía con las marcas impresas sobre el papel por sus creadores, pero me resultó muy difícil, porque tenía tan solo una idea muy

genérica del lugar donde me encontraba. Me tomé mi tiempo, porque me hallaba todavía en terreno ligeramente elevado. En cuanto me acercase a la nueva costa, el terreno se volvería llano y habría árboles, y sería imposible localizar los puntos de referencia.

Fue el sol poniente lo que me descubrió la población oculta por la vegetación. Vi un destello y miré hacia allí, y descubrí las ventanas de una casa que, a lo lejos, me devolvían un reflejo apagado de la luz a través de un bosquecillo de sauces. La distancia era tanta que no había alcanzado a ver el río que estaba al otro lado. Pero una vez ubiqué las casas y las ruinas cubiertas de vegetación que se encontraban más allá, escudriñé poco a poco el terreno que las rodeaba y distinguí dos cosas. La primera de ellas era una turbina eólica que giraba con mucha lentitud. Y luego, un poco más allá, unos postes demasiado regulares para ser árboles. Primero pensé que eran postes de luz sin las farolas, y al mirar más lejos vi otro reflejo apagado sobre el agua, que debía de ser el río, y al volver los ojos en dirección al mar me di cuenta de que los postes de luz eran en realidad mástiles, y de que lo que veía era un embarcadero en la orilla.

Mientras pensaba que si iba a caballo podría llegar allí al final de la mañana, descubrí las velas un trecho de río más allá.

Las velas rojas.

Capítulo 30
Ten cuidado con lo que pides…

Todo había sido una apuesta desde el principio.

Desde el mismo instante en el que robé el mapa, un rinconcito dentro de mí supo que tal vez cometía un enorme error. Las líneas que irradiaban desde el lugar que en aquel momento contemplaba podían no referirse al hogar de Brand, y aunque se refirieran a él, nunca había contado con una verdadera garantía de que el hombre volviese allí. Tal vez hubiera emprendido otro viaje de varios años a regiones inexploradas del mundo. También podía ocurrir que las líneas no indicaran en absoluto sus idas y venidas. Quizá las hubiera trazado otra persona, un marinero que había muerto hacía mucho tiempo y que había marcado sus rutas en un viejo mapa que Brand había vikingueado después.

Mientras viajaba por el roto espinazo de la tierra principal, había pasado suficientes noches a solas como para tomar en consideración todas aquellas posibilidades. Había empezado a preguntarme si mi viaje no tendría más que ver con mis deseos que con lo que racionalmente cabía esperar. Y a medida que sufría el desgaste de las pérdidas que se iban sumando —no solo la de *Jess*, con la que empezó todo, sino también la del *Dulce Esperanza*, e incluso la de John Dark— había empezado a temer, más que desear, el momento de la llegada. Tenía razones más que suficientes para sentir con fuerza la sospecha de que mi buena suerte iba a agotarse, pero al quemarse mi embarcación no me había quedado otra opción que tratar de terminar lo que había empezado. Y entonces, cuando sucedió el accidente con el depósito de agua subterráneo,

tuve muy claro que el destino estaba contra mí. Y sin embargo, había seguido adelante, no por constancia, ni por coraje en mis convicciones, sino porque no sabía de qué otra manera podía dar sentido a aquellas pérdidas terribles, aparte de jugar la mano que había elegido y agarrarme a una esperanza absurda. Lo que es como decir que mi propia estupidez me impedía saber qué otra cosa podía hacer y que debería haber corregido mis errores, aunque no supiera cómo.

Siempre he jugado mal a las cartas. Ferg y Bar me ganaban casi siempre, porque me retiraba demasiado tarde, con la convicción de que la carta siguiente, o incluso la última, sería la oportunidad entre cincuenta y dos intentos que me permitiría completar la mano ganadora.

¡Menos esperanzas, más cálculo!, me habría dicho Bar.

Pero llevar la cuenta de las cartas, como si hubiera sido un problema de matemáticas, nunca me había parecido propio de un juego. Era más bien como una obligación. Y por ello, me lo pasaba bien jugando, porque me divertía con el resto de jugadores, pero raramente ganaba. Aunque en las raras ocasiones en las que lo hacía, la furia que suscitaba en mis más cuidadosos hermanos hacía que la victoria fuera más dulce.

El momento de ver las velas rojas fue de ese estilo. Una victoria deseada, pero totalmente inesperada. Muy, muy dulce. Tan dulce que no debería haber bajado la guardia, ni dejar de prevenirme ante la posibilidad de que aquello saliera mal.

Tenía que acercarme más. Tenía que disimular mi presencia y explorar el territorio. Tenía que demostrar inteligencia y serenidad y estar a la altura de mi decisión inicial de emprender la cacería con un plan prudente y bien pensado, para que terminase bien. No podía echar a perder aquel inesperado giro de la suerte.

Seguí adelante con precaución, siempre con cuidado de que los caballos y yo permaneciéramos dentro del bosque y no nos dejáramos ver en zonas despejadas. Quería acercarme lo bastante como para poder esconderme y

observar antes de hacer nada.

Llevaba a *Jip* sujeto con una larga cuerda para evitar que se alejara de mí. Al ponérsela, le expliqué que debíamos guardar silencio, que no podía ladrar, y que lo había atado para que no se marchase corriendo de pronto cuando se le ocurriera cazar un animal y delatara nuestra presencia. Por supuesto que en realidad todo eso era un monólogo, pero siempre había hablado con los perros y les había explicado las cosas, y pienso que, aunque no entendieran los detalles, sí comprendían el tono de mi voz. *Jip* detestaba las ataduras, pero al cabo de un rato dejó de tirar de la cuerda y trotó a mi lado. De vez en cuando me miraba como para preguntarme si faltaba mucho para que terminase el juego, pero yo negaba con la cabeza y le decía que era necesario seguir así.

Al cabo de un par de horas de lento avance, les até a los caballos la pata y trepé a un árbol. Seguro que tú habías trepado a un montón de árboles. Quizá tuvieras incluso una casa en lo alto de un árbol. Para mí fue la primera vez. Aquella en la que había me había encaramado a un árbol para escapar del jabalí no contaba. Fui probando la resistencia de cada una de las ramas mientras subía y subía, y luego paré, me sostuve con un brazo en torno al tronco y miré hacia el este a través de la delgada pantalla del follaje. Hacia el embarcadero.

Una vez más, empecé a pensar que me había perdido, porque no lograba encontrarlo. Soplaba una brisa ligera y las ramas se movían con un lento balanceo igual que el del mar, que hacía que las nubes de follaje que me envolvían murmuraran y crujieran. Reinaba la calma. Eché otra mirada con los prismáticos y en esa ocasión vi las velas y los edificios. Se encontraban más cerca de lo que había esperado.

En la lejanía, lo más lejos que alcanzaba mi oído, me pareció oír un perro.

Bajé del árbol con toda la rapidez de la que fui capaz, con el temor de que *Jip* respondiera al ladrido lejano y nos delatase.

El viento soplaba por encima de nosotros, y en el suelo del bosque el sonido quedaba más amortiguado, por lo que el perro no captó ningún olor ni oyó ningún sonido que lo hiciera responder. Con todo, tenía muy claro que no permitiría que nos delatara por equivocación, y por ello retrocedí un kilómetro por el mismo camino por el que habíamos venido, y entonces —con gran perplejidad e indignación por su parte— lo até a un árbol solitario y lo dejé con la bestia de carga. El árbol era un pino viejo y muy alto. Su corteza roja zigzagueaba hacia el cielo y sostenía cúmulos verdes y oscuros de agujas y piñas que se agitaban levemente bajo la brisa. A su alrededor habían caído hermanos y hermanas, pinos más viejos, y sus troncos y raíces grisáceos habían creado una especie de empalizada natural en torno a su base. Sería un punto de referencia fácil de encontrar en el camino de vuelta y estaba lo bastante lejos como para que no se oyeran los ladridos de protesta de *Jip*. Le dejé una cacerola llena de agua, y me arrodillé y le revolví el pelo de la nuca con ambas manos. Lo miré a los ojos.

Regresaré pronto, le dije. No pasará nada. Esto lo tengo que hacer sin compañía de nadie.

Y en ese momento me creí cada una de esas tres mentiras.

Me resultó extraño marcharme sin él. Casi como si me hubiera desnudado. Siempre salía a cazar conmigo. No verlo frente a mí corriendo de un lado para otro, adelantándose para ver qué nos esperaba y volviendo después conmigo me resultaba raro. Como si me hubiesen amputado un miembro. Como si estar sin él me obligara a caminar de una manera extraña. Cohibida. Incluso poco natural. Sentía como si me faltara sentido del equilibrio. Y protección.

Pero seguí adelante con el arco a mano y con los ojos y oídos muy atentos.

Aquello no era más que una exploración. No quería precipitarme. Eso era lo que me decía sin cesar. Aunque también pensaba que, si por algún milagro aparecía *Jess*,

nos echaríamos a correr y confiaríamos en que Brand, que no tendría caballos, no me daría alcance en el amplio laberinto de vacío y ruinas que me separaban de mi hogar. Pensaba que, en el caso extremo de que al llegar a la costa no encontrara una embarcación que pudiese reparar para deshacer el camino, sí podría llegar a las ruinas del viejo puente de Skye y nadar hasta Skye con los perros. Una vez allí, sería fácil llegar al extremo occidental de la gran isla y encender fogatas hasta que papá, Ferg o Bar —o incluso los de Lewis— viniesen navegando para ver lo que ocurría.

La esperanza puede mantenernos a flote en tiempos difíciles. Pero también ahogarnos, si nos distrae en mal momento. Me había perdido en mis pensamientos sobre la sorpresa que se iban a llevar al encontrarme esperándolos en la playa con los dos perros, cuando el árbol que estaba enfrente de mí me escupió trozos de corteza a la cara, porque una flecha acababa de clavarse en él.

No te muevas, dijo más adelante una voz sorda. O la próxima se clavará en ti.

El lado bueno de la situación era que no se trataba de Brand. El lado malo era que me había equivocado en lo de los caballos: se trataba de tres jinetes con el rostro oculto por viejas máscaras de gas y fulares. Uno de ellos llevaba un rifle con una recámara larga y curva en la parte de abajo. Los demás empuñaban arcos y me apuntaban a mí.

Está bien, dije.

Me miraron. El no poder verles la cara me enervaba, pero de algún modo me pareció que estaban tan desconcertados como yo. Como si tampoco hubiesen sabido qué hacer.

Me llamo Gris, les dije, y levanté la mano para saludar.

No te muevas, dijo el del rifle. Y no hables.

Me pareció que necesitaba silencio para pensar en lo que haría a continuación.

Asentí.

¿Estás enfermo?, preguntó uno de los arqueros. Su voz sonaba más joven.

Sí, dijo el del rifle. Buena pregunta. ¿Estás enfermo?

No, respondí. Tan solo cansado.

¿Has estado enfermo?, quiso saber el otro arquero.

Nada especial, le respondí.

¿Dónde están los demás?, volvió a preguntar el primer arquero.

No viene nadie conmigo, repliqué.

El del rifle resopló.

¿Y de dónde has venido?, preguntó.

Del norte, dije. Vengo del norte. ¿Quiénes sois?

Cállate, me espetó el del rifle cuando el segundo arquero empezaba a responder. Se volvió de nuevo hacia mí.

Deja aquí tus armas, me ordenó.

Colgué en el árbol el arco y el carcaj lleno de flechas.

Todas las armas, me dijo.

Y saqué el cuchillo, y luego el otro cuchillo, y los dejé clavados en el árbol.

¿No llevas más cuchillos?, preguntó.

Negué con la cabeza. La Leatherman no era propiamente un cuchillo. Si me registraban, siempre podía fingir que no había pensado en ella.

Pero no me registraron. No se acercaron más de lo que ya se habían acercado.

¿Quiénes sois?, pregunté. No quiero haceros ningún daño…

Ya tendremos tiempo para charlar, respondió el del rifle. Metió la mano en una de las bolsas que colgaban de su silla de montar y me arrojó algo que cayó a mis pies, sobre la hierba, y se oyó el choque de metal contra metal.

Ponte una en cada muñeca y luego ciérralas, me dijo. Tenemos que oír el clic. No trates de engañarnos.

Eran dos pares de esposas de esas que impiden que separes las muñecas. Uno de los pares era de color plateado y el otro negro mate.

¿Por qué?, le dije, al tiempo que me preguntaba si serían capaces de alcanzarme si me volvía y me echaba a correr, o si ya no merecía la pena intentarlo.

Porque si no lo haces te pegaré un tiro, replicó. Lo

siento, pero no me queda otro remedio.

Lo había dicho con cierta tristeza, pero de todos modos parecía decidido a disparar.

Me incliné y me puse las esposas. Las bisagras estaban aceitadas y se cerraron bien, y entonces me incorporé y les mostré ambos pares, cada uno de ellos colgando de una muñeca distinta. No tenía nada claro por qué habían querido que lo hiciera.

Ahora, junta las dos argollas que quedan libres, me ordenó.

Entonces lo entendí. Me habría resultado demasiado difícil esposarme con un único par de esposas, porque las muñecas no se me habrían doblado lo suficiente, pero hacerlo con dos pares sí resultaba fácil.

No era la primera vez que lo hacían.

No queréis acercaros a mí, ¿verdad que no?, pregunté. Por eso utilizáis dos pares. Si no, podríais venir y esposarme con un solo par. ¿Qué es lo que os da miedo?

No tenemos miedo, replicó el segundo arquero, como si lo hubiera insultado.

No malgastes aliento, dijo el del rifle. Ya lo he dicho antes. Tendremos mucho tiempo para hablar con él si sobrevive.

¿Si sobrevivo a qué?, pregunté.

A la cuarentena, respondió.

Capítulo 31
Cuarentena

La cuarentena era una celda que se hallaba bajo tierra hasta la mitad. Como un búnker. O tal vez fuera el sótano de un edificio que se había venido abajo. Quizá una comisaría de policía. Quizá una antigua base militar. Estaba a mucha distancia del embarcadero donde había visto las velas rojas, aunque sí alcanzaba a distinguir el mástil y el asentamiento que se hallaba a su lado desde las ventanas de las celdas de un lado del búnker. Había seis celdas, tres a cada lado del pasillo, encaradas entre sí.

La distancia hasta el asentamiento era deliberada. Se debía a la cuarentena. No querían que les contagiase la enfermedad que pudiera transmitir. Si es que tenía alguna infección. No tenía ninguna, por supuesto.

Me obligaron a caminar delante de ellos y me iban gritando instrucciones. Me guiaron entre los árboles hasta el extremo de la antigua población cubierta de vegetación, hasta el edificio del búnker. Una vez allí, desmontaron y los arqueros me hicieron bajar por una escalera, y al final uno de ellos hizo que me detuviera todo lo lejos posible y abrió una puerta enrejada, y se apartó mientras el otro me indicaba que entrara. Me obligaron a ir hasta el otro extremo del pasillo y solo entonces se acercaron a la puerta y volvieron a cerrarla.

Las seis celdas tenían puertas pesadas con ventanas estrechas. Los carceleros de otros tiempos debían de mirar por ellas para ver lo que hacían los presos.

Ni se te ocurra cerrar esas puertas, dijo uno de los arqueros con voz inexpresiva mientras subía de nuevo por la escalera. Como las cierres, no podrás volver a salir jamás,

porque no tenemos las llaves. Usa el baño de la celda que está al final a la derecha. El depósito ya no funciona, pero puedes echar cubos de agua.

Esperad, les dije. ¿Qué es lo que os asusta?

No es que estemos asustados, me respondió. Es cuestión de prudencia. El penúltimo visitante vino con una plaga que mató a tres personas. El puto Freeman… Te vas a quedar ahí dentro durante un mes. Veremos si te pones enfermo. Si después de todo ese tiempo sigues vivo, estaremos muy contentos de que te unas a nosotros.

No querrá unirse a vosotros, dijo una voz desde las oscuras sombras de una de las celdas que había creído vacías.

La voz sonaba fatigada, defraudada conmigo y estremecedoramente familiar.

Solo quiere su perra de mierda, añadió.

Me volví y miré a la penumbra. Una delgada sonrisa dividió su barba y me mostró el brillo de unos dientes blancos.

Te dije que volvieras a casa, Gris. Te avisé.

Brand. Por un instante me quedé sin palabras y fui incapaz de decirle nada. Oí la puerta del final de la escalera que se cerraba de golpe, y luego los sonidos de los jinetes que se marchaban.

Brand no se levantó del catre que tenía en la celda. Ni tampoco dijo nada más.

Entré en la celda que se hallaba enfrente de la suya, me senté sobre la repisa de hormigón y lo observé, encuadrado en los dos marcos de las puertas. Me pareció que pasamos mucho tiempo en silencio, y tal vez fuera así. Pero al final fue como si todo ese silencio sorbiera el aire de las celdas, como si hablar fuese la única forma de seguir respirando.

¿Dónde está *Jess*?, le pregunté.

Está bien.

¿Dónde está?, insistí.

Te llevaste el mapa. Así es como has llegado hasta aquí, ¿verdad?

¿Dónde está mi perra?, repetí.

¿Encontraste otra embarcación? ¿Así es como has venido? Pero vamos a ver… ¿Qué probabilidades existen de que hallaras una embarcación preparada para navegar? Hoy en día, aunque encuentres una embarcación, tienes que saquear otras veinte para conseguir todos los cabos y velas necesarios, y aparejarla para que navegue. No. Tú no encontraste otra embarcación. Has venido a pie.

Se levantó del catre y se acercó a mí, se interpuso ante la luz que entraba por la puerta y me miró más de cerca. Meneó la cabeza y sonrió.

Quise matarlo. No me gusta la violencia. Pienso que la violencia es un tipo de estupidez. Pero en aquel instante, por aquella sonrisa, pienso que habría podido matarlo.

Eres un chico duro, me dijo. Obstinado. De hecho eres como una tos molesta de la que no consigo librarme, pero tengo que reconocerte que eres duro. Cuentas con mi admiración.

Eso no me interesa. Solo quiero a *Jess*.

Jess es un negocio. Las perras capaces de tener cachorros no abundan.

Las perras suelen tener cachorros. Es lo propio de ellas.

No, me respondió. No, eso no es así.

Volví a mirarlo con odio.

¿Has venido andando por la tierra principal?, dijo.

No asentí.

No has visto ni una sola jauría de perros salvajes, ¿verdad? Es extraño, ¿no?

Me encogí de hombros.

Hablamos de eso cuando estábamos en tu isla, ¿verdad? Los baby antiboomers pusieron una especie de veneno para las jaurías de perros hambrientos, porque los animales empezaron a asustarlos al reducirse la población humana, y ese veneno quitó a las perras la capacidad de tener cachorros. Al menos es eso lo que he oído.

Solo con pensarlo, tuve que apartar el rostro. Lo que Brand acababa de contarme tenía ese horroroso carácter irrevocable de las verdades que no queremos oír. Sentí vergüenza de pertenecer a la humanidad.

Los perros nos han acompañado desde el principio. Entre todos los animales que nos han acompañado en el largo camino de los siglos, los perros siempre han sido los más cercanos.

Y pagaron un precio por ello. A tomar por culo la humanidad.

Quizá la Castración no fuera un accidente. Quizá fue lo que nos merecíamos.

Por eso *Jess* es mercadería, añadió Brand.

¿Qué significa mercadería?, le pregunté.

En realidad ya lo sabía. Más o menos. Pero no tenía la seguridad de que él lo supiera. Y quería tiempo para ordenar mis ideas y escapar del triste pensamiento de que millones de perros debían de haberse preguntado por qué ya no podían criar.

Algo con lo que puedes comerciar intercambiándolo por otras cosas.

Y tú eres comerciante. Eso cuando no eres ladrón.

A veces, respondió al mismo tiempo que asentía. Por lo general no soy más que viajero. Las personas que encuentro no son suficientes para comerciar.

Pero sí para robarles.

¿Ah, sí?

Sí.

¿Sabes ese convertidor? Para la turbina eólica. El que quise venderle a tu padre.

Sí, ¿qué pasa con él?

Subiste a mi embarcación. Tú mismo actuaste como un ladrón. No te había invitado. Te llevaste mi mapa.

Eso es distinto.

¿Viste el convertidor dentro del barco?

Mientras pensaba la respuesta, dejé que el silencio siguiera sorbiendo el aire de la habitación.

No lo busqué, le dije. Estaba oscuro.

Entonces no viste que lo dejé en la playa de tu isla.

Lo miré fijamente. Volvió a sonreír y luego se encogió de hombros con aire magnánimo.

Sí, me lo puedo imaginar… Emprendiste la persecución

como si te hubieran perseguido mil diablos y probablemente no tuviste tiempo de echar una buena mirada, siguió diciendo.

Pero…

Y te quedaste bien dormido mientras tu padre y yo continuábamos hablando junto al fuego. Y no sabes qué tratos hicimos. ¿O sí lo sabes?

Papá no habría entregado jamás a *Jess*, le repliqué. *Jess* es mi perra.

¿Tan claro lo tienes? ¿Estás seguro de que tu padre no habría aceptado un negocio en el que sacrificara uno de sus bienes para conseguir algo mejor?

Jess es mía. Nadie tiene derecho a comerciar con ella.

Está bien, me respondió. Si tú lo dices…

Los mentirosos mienten. Por eso son mentirosos. Y eso es lo que hacía Brand en ese momento. Mentía, y con ello trataba de conseguir que yo también me mintiera. Trataba de conseguir que no me fiara de mi familia. Los mentirosos, con sus mentiras, tratan de hacerte abandonar lo que dabas por cierto y persuadirte de que eso otro que ahora te muestran es la nueva verdad. Seguro que en tu mundo superpoblado te encontraste con muchos mentirosos. Cuento con que ya sabías todo esto que te explico. Me imagino que estarías preparado para ello y que sabrías cómo tratar con ellos. Yo no había conocido nunca a ningún mentiroso hasta que Brand entró navegando en nuestras vidas. Pero sí sabía cómo trabajan y de qué se aprovechan. Los mentirosos tratan de desconcertarte y dejarte solo, para que las dudas te consuman.

Brand casi lo había conseguido cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Si todo te va tan bien, le pregunté, ¿qué haces aquí dentro?

Esa es una buena pregunta. Pero antes de que responda, tú contestarás a la mía. De hombre a hombre. ¿Vas a tratar de matarme?

¿Qué?, le respondí. Su franqueza me había dejado una vez más sin palabras.

Me miras con odio, como si en cualquier momento fueras a saltarme encima, y la verdad es que parece que nos encontramos en un espacio bastante pequeño, por lo que será mejor que resolvamos la cuestión, porque si no esto va a ser agotador. Así pues, volveré a preguntártelo. De hombre a hombre. ¿Tratarás de matarme?

Eres más corpulento que yo. Y en cualquier caso la violencia es estúpida. Además, me robaste a mi perra. No es que mataras a mi familia.

Callé unos instantes y me pregunté si todos se habrían recuperado bien. Al fin y al cabo, los había dejado vomitando y con el rostro macilento.

¿De verdad?, dijo entonces. Sus ojos azules relucían.

Sí, de verdad. ¿De hombre a hombre? No te voy a matar.

Brand asintió.

Está bien, dijo. Bueno, es lo más razonable, porque pasaremos un tiempo encerrados aquí.

Sobre todo si me devuelves a mi perra, añadí.

No supo muy bien cómo reaccionar a esa frase. Se decidió por responder con una sonrisa, pero era una sonrisa algo más torcida de lo habitual, y me quedé con la satisfacción de saber que no estaba nada seguro de mí.

Pero ¿qué haces aquí dentro?, le pregunté.

Ellos mismos te lo han contado. Un viajero solitario, un Freeman, vino con una enfermedad que hace crecer pústulas en las axilas y que mató a tres de ellos antes de que el hombre se marchase hacia el norte.

Seguro que era el mismo viajero del que me había hablado John Dark. El que había causado *la pest*, el Freeman cuya llave colgaba de mi cuello.

Por eso, los cons han decidido que cualquiera que venga de otro sitio tiene que pasar por una cuarentena y aguardar un mes sin ponerse enfermo antes de que lo dejen entrar en su recinto. Por eso llevan las máscaras y los fulares. No quieren respirar nuestro aire mientras no tengan claro que estamos sanos.

¿Los cons?

Los conservadores. Así es como se llaman a sí mismos. No son las gentes más amables del mundo. No gozan de un gran sentido del humor. Están convencidos de tener una misión. Pero aunque ahora no viajen mucho, hacen negocios estupendos con los que sí recorremos el mundo.

¿Qué misión es esa?, le pregunté.

Quieren conservar la raza humana, me respondió. Quieren repoblar el mundo. Quieren reparar todo lo que ha cambiado, porque entienden que «cambiado» es lo mismo que «averiado», y que las glorias de lo que existió en otro tiempo siempre tienen que ser mejores que las emociones de lo que podría existir en el futuro. Son grandes criadores y quieren hacer retroceder el reloj, y no hay manera de hacerles entender que eso es imposible. Son obstinados… como tú. Pero no tienen un corazón tan grande.

Eso era típico de Brand. Decirte cosas que te dejaban perplejo y luego colar un cumplido para que confiaras en él.

Y eso no estaba bien. Y yo estaba a punto de descubrirlo. Una vez más.

A veces no basta con ir sobre aviso. A veces perdemos tanto tiempo en buscar una trampa ya conocida que se nos pasa por alto la otra que aún no conocemos.

Capítulo 32
Visitantes

Tendría que explicarles dónde se encontraba *Jip*. Pensé que el perro podría estar bien durante un día, quizá incluso dos, pero la cacerola con agua que le había dejado no le daría para mucho, y sería mejor que se lo quedaran ellos antes que hacerlo morir de una larga y desagradable muerte de sed. Y además habría que desatar el caballo. Podían quedárselo o dejarlo marchar.

Pero decidí esperar un día entero antes de decírselo, por si mientras tanto encontraba una manera de escapar. Pensé que *Jip* me lo perdonaría. Sí, después de todo aún tenía la Leatherman. No me habían registrado porque les daba miedo tocarme.

¿Has tratado de escapar?, le pregunté a Brand.

¿Y para qué iba a intentarlo? Acabarán por dejarme salir. No tengo la plaga. Me alimentan bien. Aquí dentro estoy muy tranquilo. Así puedo recuperar sueño, no tengo nada de qué preocuparme. Y me ven con buenos ojos.

Entonces es que no te conocen muy bien, le solté.

Una vez más la brillante blancura dividió su barba. Aquella sonrisa menuda que me hacía apretar los dientes.

Han dejado de viajar, me explicó. Antes viajaban. Pero entonces, sus tres mejores marinos zarparon un hermoso amanecer de verano y desaparecieron en el horizonte, bajo una negra tormenta que duró un día y una noche, y no regresaron jamás. Estoy convencido de que el mar se los llevó. Y ahora los que quedan piensan que es demasiado peligroso. Y me ven con buenos ojos porque soy capaz de salir al mundo que a ellos les da miedo y traerles cosas útiles.

Como mi perra.

Bueno, sí, me dijo. Les gusta la idea de criar perros guardianes. Entonces suspiró. Por aquí rondan lobos que atacan a sus ovejas, y tienen miedo de que algún día los lobos los ataquen a ellos. Es una idiotez, porque los lobos no atacan a las personas. Lo leí en un libro.

No le dije que se equivocaba. Tal vez algún día Brand confiaría en un lobo, creyéndose la mentira que había leído, y sería una buena manera de que se llevara la sorpresa desagradable que yo le deseaba.

Trataré de escapar, le respondí.

No lo hagas. Solo conseguirás que se enfaden.

Si consigo salir de aquí, eso ya no será ningún problema.

No lo lograrás. ¿Por qué no te sientas y me explicas tu viaje? Me gustan las buenas historias.

A mí también, le respondí. Pero esta todavía no ha terminado.

Así que pasamos un rato más en silencio. A mí me daba igual y a él no le gustaba.

Ocupé el tiempo en mirar desde las ventanas de las tres celdas del búnker que daban al mar. Vi la parte de arriba de las velas de su embarcación. Y también descubrí un humo que tal vez proviniese de una hoguera para cocinar, más allá de los puntos de referencia con los que identificaba el asentamiento de los conservadores. Distinguí algún movimiento al otro lado de los árboles que lo ocultaban, pero solo eran retazos. Lo que más se movía eran las velas, que no paraban de bajar y subir.

¿Qué están haciendo con tu embarcación?, le dije.

Cruzó el pasillo y entró en mi celda, y miró desde mi misma ventana. Me resultaba incómodo tenerlo tan cerca. No sé por qué. Olía a mar y a humo de hoguera. Y siempre había algo en él que evocaba peligro, como la oscura tentación de arrojarse por un barranco.

Me aparté a un lado.

Sorbió entre dientes e hizo un chasquido con la lengua. Sonaba como si se estuviera tragando su propia irritación.

Diría que están haciendo pruebas. Como si uno de ellos tratara de comprender cómo funciona.

Puede que no todos tengan miedo al mar. Puede que cuando aprendan a hacer lo mismo que tú haces ya no te vean con tan buenos ojos.

Brand miró durante un buen rato. Me di cuenta de que no le gustaba que otros tocaran lo que le pertenecía. Qué irónico, ¿verdad?

Todos ellos tienen miedo de algo, me dijo. Así es como funcionan.

¿Cuántos son?

¿Ahora te entran ganas de hablar?

Miré a su espalda.

Vamos a hacer negocios, le dije. Te cuento cómo he llegado hasta aquí, y a cambio tú me hablas sobre ellos.

Se volvió y me miró.

Quiero saber sobre ellos, añadí.

Mejor que no. La verdad es que no. No te llevarías ninguna alegría.

Ahora mismo ya no estoy nada alegre. No he conocido a muchas personas. Me interesan. Me habían explicado que en la tierra principal no vivía nadie.

Y si supieras cuántas otras cosas que te han contado tampoco son ciertas, serías aún más desgraciado.

No. Sería menos ignorante.

Quieres saber sobre ellos porque planeas algo. Y no tiene ningún sentido. Mejor que esperes. Lo que vaya a ocurrir, ocurrirá.

¿Cuántos son?

No te rendirás, ¿verdad?, resopló, y se sentó sobre la repisa de hormigón.

No. La verdad es que no.

Pienso que son nueve. Pero a algunos los tienen en otro lugar cerrado.

¿En un búnker como este?

No. No es como una celda de prisión. Es más bien como un área privada. Detrás de una valla.

Si no queda nadie más en el mundo, ¿de quién tratan

de defenderse? No habrán construido una valla tan solo por ti.

No es para impedir que entren desde fuera. Es para impedir que salgan. Creo.

¿Por qué?

Me parecía absurdo. No había tanta gente en el mundo como para que pudieran permitirse echar a perder unos cuerpos útiles encerrándolos.

Porque así protegen a las procreadoras. Ahí es donde tienen a las muchachas y las mujeres.

¿Las procreadoras?

Esa palabra la utilizan ellos. No yo.

Sentí frío en las entrañas. Me invadió un mareo. Me senté y miré al suelo hasta que se me pasó.

Me di cuenta de que me había equivocado. No echaban a perder cuerpos útiles.

Sentí los ojos de Brand en la nuca.

¿Ya estás más alegre?, preguntó.

Me has dicho que son grandes comerciantes. ¿Con qué comercian?

Con seres humanos, Gris, me dijo, y había una especie de tristeza en su voz, como si me lo estuviera contando por segunda vez, como si yo ya hubiese tenido que deducirlo de lo que me había explicado. Comercian con personas. Sobre todo con muchachas.

Y entonces me pidió que le contara la primera parte de mi viaje, la persecución desde la iglesia hasta el muelle donde había pegado fuego al *Dulce Esperanza*. Solo se lo conté a grandes rasgos, y aunque en ese momento fuese lo último que quería hacer, lo hice por dos razones. En primer lugar, porque Brand no quería explicarme nada más hasta que hubiéramos «comerciado». Y en segundo lugar, porque mientras recordaba y se lo contaba, podría distraerme de lo que acababa de decirme.

Me detuve en el momento en que Brand había pegado fuego a mi embarcación y le dije que era su turno. Y sí, me explicó la historia de los cons, y yo le conté el viaje hacia el sur por la tierra principal. No le hablé de los lobos ni de

John Dark. Tampoco creo que él me lo contara todo sobre los cons, pero en aquel toma y daca me explicó lo siguiente:

Por lo que sabía, los cons eran las únicas personas que aún vivían en la tierra principal. Eran el grupo más grande que había hallado en sus viajes. Tal como me había dicho antes, pensaban que su misión consistía en repoblar el mundo. Y creían que su misión era tan importante que bastaba para justificar acciones que no eran buenas. Brand pensaba que, si hubieran sido más, habrían salido de cacería y habrían capturado a familias enteras y las habrían llevado a lo que ellos llamaban el Conservatorio para obligarlas a vivir y trabajar como esclavas. Pero por fortuna no eran suficientes, y por ello hacían otra cosa. Los que eran capaces de navegar emprendían viajes, y cuando encontraban familias se ofrecían para comerciar. Una familia normal no entregaría a un hijo a cambio de otra cosa, pero ellos siempre lo proponían, porque se veían a sí mismos como buenas personas que hacían algo bueno, aunque los demás no lo entendieran. Luego regresaban, por lo general de noche, robaban al niño si podían, y desaparecían en el horizonte antes de que despuntara el alba. Era un robo, pero en nombre de un bien más elevado. Así lo justificaban.

Y entonces, cierto día, sus marinos zarparon y nunca volvieron. Tal vez se los hubiera llevado la tormenta de la que me habló Brand. A mí me pareció que era igual de probable que hubiesen tratado de robar un niño a una familia y que los hubieran sorprendido y matado. A mi manera de ver, era un final más feliz.

A partir de entonces, los cons se habían quedado en su hogar, temerosos de aventurarse en los mares, aparte de lo imprescindible para pescar en las aguas superficiales que bordeaban su asentamiento. A partir de entonces habían confiado en lo que Brand llamaba buhoneros del mar. Me dijo que él mismo lo era y que sabía que había otros dos, aunque solo hubiera conocido a uno. Personas como él que iban de un lado para otro por las aguas, que buscaban, comerciaban, incansables, pero siempre felices de

intercambiar los objetos que encontraban por comida o por otras cosas que pudieran hallar. Como, por ejemplo, compañía.

Compañía me sonó a palabra con más de un significado. No insistí y él tampoco se entretuvo en ello.

Los cons disponían de reservas de medicamentos producidos antes de la Castración que en su mayor parte, como por milagro, aún parecían funcionar. Eran valiosos y se podían intercambiar por casi cualquier otra cosa. También cultivaban una planta que se podía fumar o utilizar en la cocina, que aligeraba el peso del mundo y apaciguaba por un tiempo el dolor y las preocupaciones. Los cons decían a los buhoneros del mar que necesitaban muchachas para su misión y pagaban bien por ellas. No les importaba que llegaran al Conservatorio a través del comercio o del robo, y para calmar la conciencia de todo el mundo insistían en lo bien que las cuidaban. Las trataban como si fueran de la familia.

Brand me miró.

Lo sé, me dijo. Y te doy mi palabra de que jamás me he llevado a ninguna, Gris. Pero sé que al menos uno de los otros buhoneros lo ha hecho. ¿Y sabes qué es lo peor de todo?

Ahora mismo se me ocurre una larga lista de posibilidades.

Brand asintió.

Lo peor es que los cons todavía creen que son buena gente.

Y entonces oímos un sonido al otro lado de la ventana y nos levantamos para ver qué era.

Nos traen la comida, dijo Brand. Estaremos bien alimentados. Ya lo verás.

Eran tres. Reconocí a uno de ellos por la máscara de gas, pero los otros eran nuevos. Uno de ellos llevaba una máscara de gas distinta. El otro se cubría la cara con un fular y unos anteojos.

Venían con viejas bolsas de plástico que llevaban en el extremo de unos bastones largos. Se acercaron lo suficiente

para meter las bolsas a través de los barrotes de la ventana y luego se marcharon a toda prisa, como si hubiera sido peligroso incluso tocar con la punta del largo bastón el edificio donde nos hallábamos.

¿Cómo os encontráis?, gritó el hombre al que había reconocido.

Sanos como un par de rosas, gritó Brand. Hablaba con voz ligera y alegre, como si no le preocupara nada en el mundo.

Ojalá que sigáis así, gritó el hombre en tono amigable.

Bueno, pronto lo sabremos, añadió el otro. Por el tono en que hablaba, parecía que Brand no le caía tan bien como al primero. Mañana por la noche tendremos inspección.

Me has recordado una cosa, exclamó Brand. ¿Tendríais la amabilidad de traerme el violín que he dejado en la embarcación? Está al pie del catre, dentro de una funda negra. Lo encontraréis enseguida.

Luego te lo traemos, dijo el hombre más amistoso. Ya tengo ganas de oírte tocar.

Bueno, respondió Brand, la música sí podemos compartirla sin miedo a las infecciones.

Eso es verdad, afirmó el hombre.

Ah, dijo Brand, y otra cosa… ¿Quién está tocando las velas de mi embarcación?

Es Tertia, respondió el hombre. Es que quiere ver cómo funciona. Si quieres le digo que pare.

Estaría bien, replicó Brand. Mi embarcación es mi hogar. No me gustaría que rompiese nada.

Por supuesto, asintió el hombre. La verdad es que a Tertia le gusta demasiado mirar lo que es de los demás. Pero de todos modos está cuidando bien a tus perras.

Dale las gracias de mi parte, respondió Brand, y me echó una rápida mirada.

Se marcharon, y Brand, que era más alto, agarró la comida y el agua y las metió dentro.

No me gusta que se metan de esa manera en mi embarcación, me dijo.

Tertia. Jamás había oído ese nombre.

Es en un idioma antiguo. Es un número. Se ponen nombres que en realidad son números.

¿Por qué?

Ya te lo he dicho. Les gusta el pasado. Por eso harán lo que sea para revivirlo. Pero me imagino que si a la gente les pones un número en vez de un nombre de verdad se sienten como si fueran cosas. Ese que hablaba era Quintus. Significa cinco.

¿Y qué significa Tertia?

No lo sé, respondió, y se encogió de hombros. ¿Tres? ¿Treinta? Qué más da. Los nombres de las mujeres y las niñas terminan siempre en «a». Eso sí lo sé.

Entonces me miró.

¿Qué es esa inspección?, le dije.

Ah, no es nada. Se quedan ahí y nos miran para ver si tenemos pústulas, y así saben si estamos infectados.

¿Dónde será?

Ahí, dijo, y señaló a la reja que se encontraba al final del corredor. Tenemos que ponernos ahí y darnos la vuelta, y enseñarles los sobacos y la entrepierna. No es nada. Lo hacen todas las noches.

¿Y tendremos que desnudarnos?

Sí, pero no te tocan ni nada. Se quedan a cierta distancia y miran bien para estar seguros. Venga, alégrate. Vamos a comer. La comida es buena, y cuando se tiene el estómago lleno todo se ve con más optimismo. No te van a envenenar.

Capítulo 33

La verdad os hará libres (y otras mentiras)

Algunos venenos entran por la boca. Otros, por el oído.

Y Brand sabía hablar bien, endulzaba sus palabras con una sonrisa, o una broma, para que no se notara el sabor de algo que más adelante iba a devorarte por dentro.

La comida era buena: pan, patatas, alguna hoja de verdura con un agradable sabor amargo y carne de cordero… Cordero de marisma, según me contó. Se sentía el penetrante sabor del mar en la carne, así como una dulzura que quedaba escondida por debajo. Me recordó un poco a la carne de oveja que comíamos en casa, y por un instante fue como si volviera hasta allí con la imaginación. Me pregunté qué comerían y de qué hablarían mientras estaban sentados en torno a la mesa. Y aunque mamá no pudiera tomar parte en la conversación, sentí con tanta fuerza el deseo de estar con ella y tomarle la mano junto a la hoguera que dejé de comer.

Si ya tienes suficiente, me lo acabaré yo, propuso Brand.

Negué con la cabeza y tomé un nuevo bocado de carne de cordero. Así, mientras masticaba, podría ir pensando lo que iba a decir.

Entonces me mentiste, afirmé.

¿Yo?, respondió, enarcando una ceja. No lo creo.

Me dijiste que te habías criado aquí. Cuando estabas en mi casa. Al contar tus historias de viajero, dijiste que habías crecido en estas marismas, en una isla que se encontraba en un estuario, y que tu familia había muerto y te marchaste a viajar por el mundo. O mentiste entonces, o mientes ahora.

O no creciste aquí, y mientes. O sí creciste aquí, y entonces tú mismo serías uno de los cons.

Me miró.

Me gustas, Gris, me dijo. Me gustas porque no te rindes jamás. También me gusta esa manera que tienes de hacerme sentir… incómodo. Como por ejemplo con esa pregunta.

No era una pregunta. No hago más que decir lo que por fuerza tiene que ser verdad.

Ya volvemos a estar con esas. ¿Te conté lo del archipiélago de Suecia y de las muchachas pálidas?

Sí.

Ese era mi hogar. Y ellas eran mis hermanas.

¿Eran? ¿Y ahora…?

Puede que sigan con vida. Pero si les hablas de ellas a los conservadores, te mataré. ¿Lo has entendido?

Cuando no sonreía, cuando te miraba y su rostro se volvía como de piedra, y sus ojos dejaban de parpadear y parecían hielo azul, se convertía en una persona totalmente distinta.

Sí. Si lo que me has contado sobre ellos es cierto, entiendo que no quieras que sepan de la existencia de tus hermanas.

¿Y comprendes que no te lo digo en broma?

Eso no lo sé.

Las líneas que surcaban el risco que era su frente cambiaron de posición.

¿¡Qué!?, exclamó.

Mientes muy bien. Sabes contar historias para conseguir lo que te interesa. Y la amenaza de matarme si cuento a alguien que vienes de ese archipiélago es una buena manera de hacerme creer que dices la verdad.

Su rostro se volvió mucho más serio, más frío, más duro, y entonces la gran azada roja que tenía por barba se dividió de nuevo, y se llenó de dientes blancos y del color rosado del interior de su boca, y echó atrás la cabeza y soltó una atronadora carcajada.

Gris, dijo atragantándose, y me dio un buen golpe en el

hombro, no para hacerme daño, sino para demostrarme un extraño afecto. Qué bien me caes, Gris. Me caes muy bien. Todavía eres un muchacho, pero no eres tonto para nada, eso está claro.

No soy un muchacho.

No serás un hombre mientras no te haya salido la barba. No hay nada malo en ser un muchacho.

Tienes razón. Pero a mí no me va a salir barba.

Todavía no, dijo, y me dio otro puñetazo en el hombro.

No me va a salir jamás. Y como me des otro puñetazo, te lo devolveré, y no será en el hombro.

No quería molestarte.

Ya lo sé, le respondí, pero para toda la astucia que gastas eres bastante estúpido.

¿Me estás diciendo que soy estúpido?

Tan estúpido como yo. Yo creí en lo que contabas, porque lo contabas bien, y nos trajiste regalos, como esa mermelada. Y tú te crees lo que ves, porque te dijeron que eso era lo que tenías que ver.

Me miró. Y entonces me observó con mayor atención.

Luego se sentó, como si el viento hubiera dejado de soplarle en las velas.

Soy estúpido, añadió. ¡Pero qué mierda!, es como si hubiera estado ciego. No he visto lo que tenía delante de mis propias narices…

Así es.

Tú eres…

Sí. Soy una chica.

Hinchó las mejillas y miró al suelo. Como si de pronto le resultara incómodo mirarme a mí.

En fin… Eso no es bueno. Aquí y ahora no lo es.

No. No, no lo es.

Capítulo 34

Los mentirosos mienten

¿Por qué has tenido que decirme eso?, exclamó Brand, después de pasarse un buen rato mirando al suelo, como si sus botas hubieran precisado una larga y meticulosa inspección. Ya te he contado lo mucho que les interesan las chicas. Las procreadoras.

Tal vez fuera un engaño de la escasa luz, pero me pareció que se estremecía.

Si van a hacer que nos desnudemos, lo habrías visto de todos modos.

¿Por qué me lo has dicho ahora?, insistió. Parecía que algo lo hubiera hecho enfadar de verdad.

Porque quiero cerrar un trato contigo. Tú te dedicas a comerciar, ¿verdad?

Gris… Esos cons son…

Ya sé lo que significa procrear, le respondí. No creo que se diera cuenta de que la voz se me quebraba. Aún me tomas por un chico joven, porque no tengo barba. Soy mayor de lo que crees, ¿no te acuerdas?

Asintió. En mi vida he visto un rostro que se dividiera como el suyo. Como si la mitad de él estuviera fascinada y no pudiera apartarse de ahí y la otra mitad quisiera irse a cualquier otro lugar en el mundo.

Bien, quiero acordar un intercambio, le insistí.

Gris, te van a quitar igualmente todo lo que puedas ofrecerles.

Este es el acuerdo que te propongo. Van a ver que soy una muchacha. Luego querrán esperar y ver si tengo *la pest*.

¿La qué?

La plaga, respondí, y cambié de tema antes de que

empezara a hacerme preguntas que me obligaran a hablar del tiempo que había pasado con John Dark. Una vez termine la cuarentena, querrán que sea una de sus procreadoras, ¿verdad?

Así es. Lo siento.

Se lo veía tan avergonzado que quise creer en su palabra. Casi me la creí.

Entonces no podemos hacer nada al respecto. Va a ocurrir.

Creo que una vez más no se dio cuenta de que me temblaba la voz. Carraspeé para disimular y para que no lo notara.

El acuerdo es este: en cuanto haya salido y ya no esté encerrada aquí, me raptarás y me llevarás a casa.

Brand clavó los ojos en mí.

Me tomas por un hombre mejor de lo que soy.

Sí. Pienso que eres mejor de lo que tú mismo piensas.

A base de escucharlo había aprendido algunos trucos. Un poco de dulzura para facilitar las cosas. No pasaría nada por que lo hiciera sentir bien consigo mismo.

Pero no es que cuente con eso, añadí entonces. Sí cuento, en cambio, con que hagas lo que será mejor para ti. Voy a ofrecerte algo mejor que todo lo que pueden ofrecerte ellos.

¿Como qué?

Pues la otra cosa que no sabes sobre mí, le dije, y metí la mano bajo la camiseta. ¿Qué es lo que no sabes sobre mi familia?

No sé.

No, no sabes, repliqué, y entonces saqué la llave y se la enseñé.

Somos Freeman.

Le enseñé el símbolo de la llave.

¿Sabes lo que significa este símbolo?

Inclinó el cuerpo hacia delante y clavó los ojos en él.

El infinito, dijo. Y en ese momento me di cuenta de que el ocho no era un ocho, sino que había que verlo de lado, no de arriba abajo. Era el símbolo del infinito.

¿Cómo lo sabes?, le pregunté.

Porque ya lo he visto antes. Significa infinito en todas las direcciones.

Exacto. ¿Y sabes lo que hay detrás de las puertas que esto puede abrir?

Cerebros eléctricos muertos. Ordenadores averiados.

No. No todos. Si me salvas, te llevaré a un lugar donde hay un almacén de medicamentos que todavía son eficaces. Y también hay tecnología antigua que aún funciona.

Me miró fijamente.

O si no, déjame aquí y cerraré el trato con ellos. Yo preferiría que me ayudaras tú, porque tienes una embarcación, pero a ellos puedo guiarlos por un largo camino por tierra y estoy segura de que todo irá bien.

Tecnología antigua que aún funciona… ¿Como qué?

Pantallas que se mueven, enseñan imágenes e historias. Computadoras pequeñas que aún computan. Brújulas eléctricas, prismáticos que te traen el horizonte al regazo y le sacan fotos para que puedas verlas después. Aparatos de música.

Se me acababan las ideas para tentarlo.

Y piensas que si no me ofreces algo a cambio no te voy a ayudar, me respondió. Por su voz, parecía que se sintiera algo herido.

Sí. Tú mismo me lo dijiste. Eres comerciante. Y te ofrezco un buen negocio.

¿Y no piensas que podría tratar de ayudarte porque esa gente es mala?

Eso me gustaría. Me gustaría de verdad. De hecho, no tienes ni idea de cuánto me gustaría. Pero las experiencias que he vivido contigo hasta ahora no van en esa dirección. Y tú mismo lo has dicho, no soy tonta.

Clavó los ojos en mí.

Al menos en eso tenías razón, añadí.

Respiró hondo.

Esto no va a ser fácil, replicó. Y tendremos que planear cómo hacerlo antes de que vengan a por nosotros.

Tienes razón.

¿Aparatos de música?
Asentí.
Ya lo tenía en mis manos.

Capítulo 35

Una decisión

Pienso que antes de conocer a Brand no había conocido a nadie que mintiera. Por ello, no sabía muy bien cómo tratar con un mentiroso. Pero eso era antes. Ahora es ahora, y esto es lo que sé: cuando un mentiroso dice que va a contarte la verdad es que ha llegado el momento de escuchar con mucha atención sus historias, no porque la verdad se vaya a esconder en ellas, sino porque faltarán a la verdad por completo. La verdad de verdad se hallará en lo que no digan. Así, si visualizamos la forma que adopta su mentira, acabaremos por ver el lugar que ocupa y podremos buscar la verdad en los espacios que quedan vacíos.

Utilizaste el mapa para venir hasta aquí, dijo Brand.

Sí.

¿Y ahora dónde lo tienes?

Eso no importa. No quería revelarle a él ni a nadie el lugar donde se encontraban *Jip* y los caballos. Aún no. No lo haría mientras no fuera necesario.

No puedes permitir que lo encuentren, insistió. Te lo digo muy en serio.

Está bien. No van a encontrarlo. Mientras no les diga dónde está.

Si les explicaba a donde tenían que ir para desatar a *Jip* y atender a los caballos, lo encontrarían. Tenía muy claro que registrarían mis bolsas. Pero no veía de qué me iba a servir decirle eso. Me miró y negó con la cabeza. Me imagino que los mentirosos saben reconocer las mentiras y medias verdades de los demás.

Gris, si encuentran ese mapa, puedes darte por muerta.

No es una buena manera de empezar con nuestro

acuerdo. No deberías amenazarme.

No te amenazo. Tan solo te advierto. Trato de ayudarte. Si descubren que tienes ese mapa, pensarán que has hecho algo muy malo. Y te castigarán por ello.

Pensé por unos instantes. Traté de visualizar la forma de lo que me decía.

Entonces quieres decir que tú has hecho algo malo. Te quité el mapa a ti. Es la prueba de que hiciste algo malo. Eso es lo que les contaré.

Y yo les diré que estás mintiendo. No quiero hacerlo, pero si les dices eso, tendré que contarles que mientes. Es una cuestión de supervivencia.

Es tu palabra contra la mía.

A mí me conocen. Confían en mí. Les traigo cosas que les gustan. Cosas que necesitan. A ti te encontraron merodeando a escondidas. Como si hubieras querido ocultarles algo.

Por ejemplo, que soy una chica.

Sí, pero pensaba sobre todo en que eres Freeman.

Entonces me pregunté si habría caído en mi propia trampa.

El último Freeman que pasó por aquí mató a personas a las que querían. Por ello, no tendrán muy buena disposición contigo ni se fiarán de lo que les digas. Pero, Gris…

Calló unos instantes y me miró. Hizo una mueca como de dolor.

Gris…, esta conversación es ridícula. Estamos en el mismo bando. Yo no te traicionaría jamás. A menos que seas tú la primera en traicionarme. Eso es todo lo que te voy a decir. Y lo que quería decirte es que… impedir que el mapa caiga en sus manos es una cuestión de supervivencia.

En ocasiones, *Jip* o *Jess* me miraban y abrían mucho los ojos, y por lo general eso significaba que querían comida pero no la tenían a su alcance, como por ejemplo cuando navegábamos y no podían cazar sus propios alimentos. En ese momento Brand me miraba con los mismos ojos. Suaves y cálidos, a pesar de su color azul. Me obligué a recordar con qué rapidez podían teñirse de invierno.

¿Quién murió?, le pregunté.

Yo también sabía cómo hacer que mis ojos se tiñeran de invierno.

No dije nada más. Tan solo esperé a que hablara. Y Brand siempre había detestado el silencio. Así que, por fin, se acercó a mí con las manos abiertas y las palmas hacia arriba para darme a entender que no pretendía amenazarme, y luego empezó a contarme otra historia, en voz baja, como si hubiera temido que lo oyeran desde fuera.

Ya te he dicho que los viajes largos les dan miedo. Los viajes que emprendían para raptar muchachas.

Sí. Me dijiste que los tres hombres que se dedicaban a eso zarparon un día y no regresaron a causa de una tormenta.

En ningún momento te he dicho que fueran tres hombres. Es interesante que lo hayas entendido así. No, eran dos hombres y una mujer. La mujer era la que más dominaba la navegación, y también era la que utilizaban para inspirar confianza en las personas con las que se encontraban. Hablaba con las muchachas y con los hombres, y les caía bien tanto a ellas como a ellos, por motivos distintos. Fue esa mujer quien trazó las líneas en el mapa.

Lo miré y por un momento me traicioné.

Pensaste que esas marcas las había hecho yo, me dijo entonces. ¿Verdad que sí?

Todavía lo pienso. Había visto la marca de lápiz que indicaba que había pasado por nuestra isla. No sabía por qué me mentía, pero pensé que acabaría por entenderlo si seguía hablando.

Ese mapa es de ellos. De los tres marinos. Indica a donde fueron. Si estuviéramos en el *Falki* te lo enseñaría.

¿Qué es el *Falki*?

Mi embarcación. Tengo el resto de los mapas escondidos allí.

¿Escondidos?

Ya te lo he dicho, sería un mal asunto si los

descubrieran. Pero son mapas de sus viajes.

Entonces, no se ahogaron.

Se acercó a mí.

No. No se ahogaron. Llegaron a su destino sin sufrir ningún percance. Pero no volvieron a zarpar.

Y entonces me contó otra historia.

Me dijo que era la verdad. No sé si lo es. Los conservadores habían llegado a la casa del archipiélago sueco donde se encontraba el verdadero hogar de Brand, en teoría para comerciar, pero en realidad para llevarse a las muchachas pálidas que eran sus hermanas. Y Brand y su familia les habían parado los pies, porque no eran idiotas.

Llegaron, se quedaron, comieron con nosotros, nos preguntaron si querríamos ir a vivir a su asentamiento, y cuando les dijimos que no, que ya nos gustaba el lugar donde estábamos, se marcharon en términos amistosos. Y entonces volvieron durante la noche. En sus corazones no había nada que se asemejara a la amistad. Venían con armas. Y con grilletes. Dijeron que querían tan solo a una de las muchachas. Que era un diezmo. ¿Tú sabes lo que es un diezmo?

No.

Es como un soborno. En otro tiempo la gente tenía que pagar impuestos y los que no lo hacían iban a la cárcel. Solo que un diezmo es para los dioses. Esa gente es peligrosa porque piensan que todo esto lo hacen porque un dios se lo ha ordenado. Y por lo tanto no tienen por qué pensar como seres humanos.

Y entonces los mataste.

No me quedaba otra opción. Aunque nos hubiéramos escondido, o hubiésemos luchado contra ellos, habrían regresado. Ya sabían dónde vivíamos. A nosotros nos gustaba ese lugar. Aún nos gusta. No queríamos pasarnos el resto de nuestra vida escondiéndonos de ellos, viajando de un lugar para otro, siempre con miedo del próximo intento, y de lo que podría pasar si venían con más gente. Entonces no sabíamos que eran tan pocos. Por eso vine hasta aquí. Para ver si eran una verdadera amenaza. Fue entonces

cuando descubrí que se habían asustado al ver que los otros no regresaban. Ya no querían volver a navegar.

Y tú los mataste. A los otros.

Los matamos. Mis hermanas son mujeres fuertes. No se tomaron bien la idea de servir como procreadoras de otros. Yo no me tomé bien que alguien quisiera robarme a mis hermanas. Ni mis padres. Ni nuestros amigos.

Amigos. Padres. La primera vez que nos había contado la historia no nos había dicho que hubiera más personas aparte de las muchachas pálidas. Por lo que dijo entonces, parecía que Brand hubiera vivido en un pueblo. No le dije nada, pero archivé el dato. Tal vez fuese una nueva mentira.

Sabíamos que volverían, porque los ojos de los hombres habían cambiado después de ver a mis hermanas. Por ello aguardamos, y cuando volvieron a escondidas hicimos lo que teníamos que hacer. No me gustó, pero había que hacerlo. Ellos tuvieron la culpa. Podrían haberse marchado, pero regresaron con armas y grilletes.

Y de todos modos pensaste que podrías robarme a mi perra y que nadie te seguiría.

Una perra no es lo mismo que una hermana.

No. Pero de todos modos pertenece a la familia.

Y entonces nos quedamos en silencio largo rato, y al fin, Brand salió y se echó en su propia celda, que estaba enfrente de la mía, y se quedó sin hacer nada salvo, aparentemente, mirar al techo.

Piensas que soy malo, me dijo al cabo de un rato.

No le respondí. No veía motivo para responderle. Ya tenía bastante con pensar en lo que haría. Si decía a los otros que fueran a buscar a *Jip* y los caballos, encontrarían el mapa, y eso no era una buena idea, porque no tenía ni idea de cómo reaccionarían. Era una especie de prueba de que la persona que llevaba el mapa podía haber estado implicada en la muerte y la desaparición de sus seres queridos. Pero si no se lo decía y tampoco lograba escapar a tiempo, los caballos y *Jip* se quedarían atados allí y morirían. Y no me parecía que pudiera escapar enseguida

de aquel búnker medio enterrado con paredes de hormigón, ventanas enrejadas y una puerta cerrada, aunque a largo plazo tal vez lo consiguiera.

Por supuesto que no me costó llegar a una decisión. Sabía lo que tenía que hacer, pero lo que me costaba era pensar cómo lo haría. No paraba de darle vueltas. Me esforzaba por creer que si mantenía la calma y era lo bastante inteligente encontraría la manera de hacerlo. Sin que el resultado fuera más desastroso de lo que tenía que ser de por sí. Porque Brand tenía razón. Le creerían a él mucho antes de creerme a mí. Y como parecía que tendría que contar con su ayuda para escapar de aquel sitio en cuanto terminase la cuarentena, no tenía mucho sentido que lo traicionara, ni siquiera que los hiciera desconfiar de él un poco más de lo que quizá ya desconfiaban. Había visto que uno de los hombres que nos habían traído la comida le tenía simpatía, pero que el otro no era tan amistoso. No habría tenido ningún sentido que alimentara la desconfianza del otro.

En ese momento, mis sentimientos por Brand habrían podido resumirse a la perfección en el deseo de cruzar el pasillo y cerrar la puerta de su celda, como nos habían dicho que no hiciéramos, y dejarlo encerrado detrás de una puerta sin llave. Me parecía que se lo habría merecido, y también pensé que así me ahorraría la distracción de su compañía. No creo que muchas otras personas se hubieran echado del mismo modo en la cama y contemplado el techo en silencio de una manera tan irritante por las ganas que tenía de hacerse notar. Era casi infantil. Como si él —el ladrón— se enfadara porque yo —la víctima— me había enfadado por el robo y lo llamaba por su nombre.

La perra me sacó de mis pensamientos. Reconocí de inmediato sus alegres ladridos.

Era *Jess*. Se estaba aproximando y cada uno de sus ladridos sonaba más cercano. De pronto me sentí como si el corazón se me hubiera agrandado al doble de su tamaño normal y tratara de escapar de mis costillas.

Trepé a la repisa que estaba bajo la ventana y miré

entre los barrotes. Como ya te he explicado, el búnker estaba medio enterrado, por lo que la ventana podía hallarse a unos veinte centímetros por encima de la hierba. Vi a *Jess* y a *Saga*, y a una persona que corría detrás de ellas y se ajustaba con torpeza una máscara de gas al acercarse al búnker. Llevaba a *Saga* sujeta con una correa, pero *Jess* saltaba libremente sobre la hierba y venía hacia mí, arrastrando por el suelo su propia correa. Debía de haber captado mi olor y había escapado de la mano que la sujetaba.

¡Jess!, grité, y saqué la mano por la ventana, hacia ella, y metí el hombro en el estrecho espacio que quedaba entre los barrotes. *¡Jess!* ¡Buena chica!

El con que venía detrás logró poner el pie sobre la correa y el brutal tirón obligó a *Jess* a detenerse. La perra perdió el equilibrio y profirió un gemido al ver que no podía avanzar. El con logró agarrar la correa por la mano, pero entonces se cayó y se quedó sentado en el suelo. Tiró de *Jess* para obligarla a retroceder.

¡Eh!, grité, y entonces sentí una mano sobre el hombro que tiraba de mí.

Estamos en cuarentena, dijo Brand, que también miraba por la ventana. No pueden permitir que la perra te toque. Si la tocas, harán lo que sea para impedir que contagie la infección que hayas podido transmitirle.

El con tomó a *Jess* en sus brazos y se quedó sentado. Él, o ella, se cubría una mano con una especie de guante anudado, como si el cuero ocultara una mutilación, aunque no parecía que le diera importancia. Los inexpresivos ojos de cristal de la máscara apuntaban hacia mí, no hacia la perra.

No te preocupes, gritó Brand. La perra debe de haberme olido.

Mejor que no sepan que conoces a la perra, me dijo entonces en voz muy baja, para que nadie más lo oyese. Empezarían a hacernos más preguntas y quizá no encontraríamos suficientes respuestas.

La máscara de gas nos observaba. *Jess* parecía haberse

calmado un poco, pero insistía en tratar de escapar de los brazos del con y correr hacia mí.

Aunque me enfureciese que hubiera frenado de ese modo a *Jess* con la correa, lo que Brand me había dicho era lógico. Y me di cuenta de que el con había agarrado a la perra con delicadeza, y de que trataba de calmarla y no quería hacerle daño.

Si pensaran que la perra nos había tocado, le pegarían un tiro, me dijo Brand, como si hubiera leído mis pensamientos.

Por ello, tuve que contentarme con mirar a *Jess*, y alegrarme y asombrarme de que después de tantos kilómetros la hubiera encontrado al final de mi viaje, tal y como había esperado contra toda esperanza.

El con se puso en pie y me miró. No sabría decir si fue una mirada amistosa u hostil. La máscara ocultaba su rostro. El cristal tan solo reflejaba el cielo de color de bronce que estaba en lo alto y no expresaba nada.

Jess gimoteó y ladró de nuevo, y volvió a tirar de la correa. El con la agarró y la tranquilizó con unas manos que sabían de qué manera les gusta a los perros que los toquen. Y luego, de pronto, se volvió.

Fue entonces cuando tomé una decisión. Ahora que lo veo todo en perspectiva, sé que la tomé por algunos buenos motivos y por todos los malos. En primer lugar, por el modo como el con había tratado a *Jess* después de la violencia inicial con que la había detenido. Su manera de actuar no había sido la de una persona cruel con los animales, sino todo lo contrario, y *Jess* había respondido bien, como si de algún modo también confiara en el con.

El segundo motivo fue que, al darse la vuelta el con, una gruesa trenza danzó desde su cabeza de una manera que me recordó de inmediato a Bar.

Me imaginé, equivocadamente, que una mujer sería más gentil y comprensiva.

El tercer motivo fue que si había lobos en la cercanía, como creían los cons, *Jip* y los caballos no tendrían ninguna oportunidad de sobrevivir, ni siquiera durante una noche,

porque estaban atados.

A partir de esa decisión ocurrieron todo tipo de desastres, pero de todos modos aún pienso que fue la decisión correcta, si la juzgamos a partir de lo que sabía en aquel momento.

¡Eh!, grité. ¡Eh, tú!

La con se detuvo, pero no se volvió.

Yo también tengo un perro, grité. Y caballos. Están por ahí, atados. Están esperando que regrese por ellos.

Gris, dijo Brand. Su voz se había transformado en un gruñido de advertencia.

Si te digo dónde están, ¿irás a buscarlos?, le pregunté, al tiempo que me sacudía la mano que me había agarrado por el brazo. No están lejos. Pero si se quedan solos correrán peligro.

Gris, masculló Brand. No…

Están atados. Si algún otro animal los ataca, no podrán huir, ni luchar. Y el perro morirá de hambre, o de sed, si nadie va a buscarlo.

Si encuentran el mapa…, empezó a decir Brand.

Lo encontrarán, repliqué, y me volví para esconder los labios, como si la mujer con la máscara de gas hubiera podido leerlos aunque hablara en voz baja. Pero no he podido evitarlo. Ya te lo he dicho. Lo que vale para *Jess* también vale para *Jip*. Son de la familia. Y aunque no lo fuesen, ¿qué clase de persona abandonaría a un animal indefenso y sin comida?

Una persona que quiere seguir con vida, respondió Brand con el rostro ceñudo. Esos cons no tienen ningún sentido del humor. Y el dios que les gusta es uno de los que no saben perdonar.

La con se volvió y me miró con la cabeza ladeada.

Por favor, le dije.

Esa es Tertia, me informó Brand.

Tertia…, me llamo Gris. Veo que te gustan los perros. Veo que sabes tratarlos. Por favor, salva a mi perro, y podrás quedarte los caballos.

Tertia se quedó mirándome unos momentos más.

Tú te crees que se portará bien porque no es un hombre, dijo Brand en voz baja. Una vez más, me irritaba, porque parecía que me leyera el pensamiento. Lamentable error.

Jess gimoteó y tiró de la correa. Trataba de venir conmigo.

La mujer llamada Tertia se había quedado inmóvil como una estatua. Yo no entendía qué podía estar pensando. Se había quedado tan quieta que ni siquiera habría podido garantizar que pensara en lo que acababa de decirle.

Una vez le pregunté por qué no la tenían con las procreadoras, me contó Brand. Me dijeron que era demasiado dura. Me dijeron literalmente que era como un barranco rocoso y gélido al que la vida no podía agarrarse. Es muy dura, eso está claro, pero se lleva bien con *Saga*. Y creo que ahora también se lleva bien con la otra perra.

Y entonces se apartó de la ventana y se sentó sobre la repisa, mirando al interior de la celda.

La perra que me robaste. Se llama *Jess*.

Vas a conseguir que nos maten a los dos.

Es mi perra. Es mi responsabilidad.

Pero estamos hablando de mi pescuezo. Ya te he avisado. Me gusta tal como está, sin que me lo corten, ni me lo rompan. Haré todo lo que sea necesario para que eso no cambie.

Todo vale en el amor y en la guerra, le repliqué.

¿Qué?

Es algo que leí una vez. Significa que cada uno tiene que hacer lo que deba. Eso es lo que he hecho ahora.

Y entonces me volví hacia Tertia y le expliqué dónde había dejado a *Jip* y los caballos. Le describí el pino solitario, y sus hermanos y hermanas caídos.

Yo aún no sabía si ella haría algo al respecto, pero me escuchó y de pronto se volvió, llevándose a las dos perras, y desapareció detrás de la ladera baja por la que se llegaba al asentamiento.

Nada de lo que le has dicho va a cambiar nada, dijo

Brand. Esperarán igualmente a que termine la cuarentena, y para entonces ya habrán visto que eres una muchacha y te tomarán como procreadora. No ha cambiado nada y lo único que has logrado es ponernos en peligro.

He salvado a mi perro. Y a…

Corté la frase antes de decir nada sobre los caballos de John Dark. John Dark había sido algo bueno y no quería compartir nada bueno con aquel ladrón. Habría sido como si su buen recuerdo se manchara cada vez que Brand lo mencionase.

Y a mis caballos, dije. He salvado a mis caballos.

¿De verdad piensas que la vida de un perro vale lo mismo que la de un humano?

Una vida es una vida. Y esas vidas se hallaban a mi cuidado.

Estás loca.

Yo ya sé cómo estoy. Y también sé lo que eres.

¿Y qué soy?

Alguien que no sabe lo que es. Alguien que se miente incluso a sí mismo. Un ladrón que se cree que no es malo.

Entonces me miró, y la luz de sus ojos era inexpresiva y fría como un destello sobre el hielo.

¿Te crees que eres un héroe porque hiciste una sola cosa buena? ¿Porque salvaste a tus hermanas? Tal vez entonces lo fueras. Pero ¿ahora? Robas, mientes, te llevas los perros de otras personas.

Me entraron ganas de golpearlo. Pero en vez de eso escupí en el suelo.

Los héroes no lo son para toda la vida, le dije. Te cagas en tu pasado, has perdido tu brillo.

Creo que me gustabas más cuando eras un muchacho, dijo.

No, eso no es cierto.

Me volví hacia él y lo miré a los ojos.

¿Lo ves?, añadí. No sabes ni lo más elemental sobre ti mismo.

Capítulo 36
Reencuentro en la traición

Todas las mentiras habían salido a la luz a la hora del alba. Y no salieron cual gentiles palomas, sino como aves de presa carroñeras. Desgarraron y arrancaron la carne hasta dejar tan solo los huesos.

Llegó la noche, y Brand y yo seguíamos sin hablar. Sabía que me había observado mientras yo miraba por la ventana y trataba de ver si alguien había ido a por *Jip* y los caballos. En cuanto la negrura lo ocultó todo, salvo las estrellas y un fulgor en el asentamiento que tal vez fuera la luz de una lámpara, o el fuego de una cocina, me quedé allí a escuchar, y mis oídos trataron de hallar en la penumbra lo que ya no estaba al alcance de mi vista.

Pero desde una hora temprana empezó una lluvia tremenda y duró toda la noche, y no oí ni vi nada más que el aguacero. Utilicé el viejo inodoro de acero que se encontraba en la celda del final y traté de reprimir la vergüenza por los sonidos que Brand debía de haber oído, y eché un cubo de agua para que todo fuera para abajo. Me metí en una celda que Brand no podía observar desde la suya y me dormí. Dormí sorprendentemente bien y no tuve sueños.

Fue la última vez que dormí bien. Hoy en día mis noches son agitadas y desagradables, y aunque a veces consigo dormirme por la mañana, me despierto más cansada que el día anterior, como si hubiera empleado las horas de sueño en correr y correr, y al final siempre despierto entre estas cuatro paredes y una ventana enrejada.

Tal vez el destino supiera lo que me aguardaba y, por

misericordia, me concedió una última noche en la que dormí bien.

Me desperté al oír un repiqueteo rápido e insistente de metal contra metal. Salí tambaleándome de la celda y parpadeé al ver unas figuras que se encontraban al final del pasillo, detrás de la reja. Brand salió de la puerta de en medio, y entonces la figura más alta, que había estado golpeando los barrotes con el cañón de la pistola, dejó de hacerlo. Ese era el origen del sonido que nos había despertado.

Pensé que parecían jueces, uno al lado del otro, hombro con hombro tras los barrotes, con el rostro escondido por máscaras que —al hallarse tan cerca— vi que eran distintas y que se aguantaban con cinta adhesiva o con parches de cuero cosidos encima. Sus voces quedaban amortiguadas, pero se entendían bien. Eran cuatro, tres de ellos altos, y la más baja era Tertia.

El siguiente más bajo se hallaba entre los otros dos hombres, pero sin lugar a dudas estaba al mando. A pesar de la máscara emanaba una especie de energía, igual que el zumbido en las colmenas del estadio en ruinas donde me había hallado en una vida anterior.

Sostenía el mapa con las manos.

Aunque lo vi, y traté de prepararme para lo que pudiera ocurrir, sentí un inmenso alivio, porque si tenían el mapa debía entender que habían rescatado a *Jip*.

Tú, dijo el hombre del mapa, señalándome.

Me llamo Gris, le respondí. Traté de no mirar la pistola de metal negro que llevaba en la mano, apuntando hacia el suelo.

No te pelees con él, dijo Brand a mi espalda en voz baja, para que solo lo oyera yo. Ese es Ellis. Es el padre.

Ellis me enseñó el mapa.

¿De dónde has sacado esto?, me preguntó.

Lo encontré.

¿Dónde? ¿Dónde lo encontraste?

Hablaba como habría podido hablarle a un niño estúpido, o maleducado a propósito. Era una voz baja y

tensa, como él, una voz que parecía capaz de volverse más fuerte y desagradable en cualquier instante.

En un barco, respondí. Se estremeció visiblemente de impaciencia.

¿Dónde?

Una de las figuras que se hallaban a su lado habló. Me sorprendió, porque su voz era de mujer, aunque su cuerpo fuera más alto que el jefe.

¿Quién iba en ese barco?, preguntó. ¿Quién iba en el barco y qué les hiciste?

En ese barco no había nadie.

Y mientras lo decía, hice un esfuerzo tremendo para no mirar a Brand. Tenía la sensación de que el fuego de sus ojos estaba perforando mi cara por un lado. Su silencio me parecía tan estruendoso como el más potente de los gritos. Pensé que ojalá no pudieran oírlo, ni empezaran a preguntarse por qué el pirata que tanto solía hablar no decía nada.

Estaba desierto, expliqué. Eso era cierto. Al fin y al cabo, había encontrado el mapa en una embarcación donde no había nadie. Así me resultó más fácil mentir. No tendría que inventarme una historia a partir de cero. Podía basarme en una verdad.

No había nadie a bordo, añadí.

Mentiroso, me espetó la mujer, y dio un paso hacia mí, como si la súbita rabia que llenaba su cuerpo hubiera podido hacerle atravesar los barrotes de metal que nos separaban, para poder agarrarme y sacudirme.

Déjalo que hable, intervino Ellis. Déjalo que diga todo lo que nos quiera decir.

La serenidad de su voz era mezquina y odiosa.

Me di cuenta de que no tenía nada que decir.

Clavaron los ojos en mí.

No es un chico. Es una chica.

Una voz familiar había roto el silencio.

Pero no era la de Brand.

Había sido la muchacha. Había sido Tertia.

Se quitó la máscara del rostro con la mano del guante

anudado y me miró con odio.

Mi mundo se partió en dos.

Nunca había visto a aquella mujer. Y la había conocido toda mi vida.

Nunca había visto a la mujer que era, pero la niña que había sido era tan mía como mi propio corazón. De hecho, era la grieta más profunda que se había abierto en ese corazón. Ese trocito de corazón que todos nosotros amábamos y con el que vivíamos.

Había contado con que Brand me traicionaría.

Jamás habría contado con que me traicionara mi propia hermana difunta.

Y el odio en sus ojos ensanchó la grieta en mi corazón y me rompió en dos. Caí de rodillas, de una manera tan inesperada y brutal que si no me desplomé del todo fue porque Brand me agarró.

¡Tertia!, gritó Ellis. ¡Ponte la máscara ahora mismo!

Joy estaba delante de mí y me miraba con rabia. De algún modo, la enemistad y la furia que se reflejaban en sus ojos nos unieron en un momento interminable, irrompible. Yo no podía respirar. No creo que ella pudiese.

Pero ¿cómo…?, fue todo lo que logré decir.

Ellos me vendieron, respondió.

No sabía de qué me hablaba. De quiénes me hablaba. Me puse en pie y avancé hacia ella. Me quedé al otro lado de la reja.

Me vendieron para tener una vida tranquila. Por el resto de vosotros.

¿Quiénes?

Entonces Joy me pegó. Como si la pregunta que le había hecho hubiera sido demasiado tremenda como para responderla. El puño en el que llevaba el guante era un nudo compacto de hueso y piel que pasó entre los barrotes, me partió el labio y me dejó el sabor a sangre en la boca. La sorpresa que me dio ese sabor fue más fuerte que el impacto que me echó para atrás. Un golpe es un golpe, pero la sangre hace que sea personal.

¿Por qué no has venido antes?, dijo, y sus ojos

brillaban con lágrimas que eran como humedad sobre el acero. Eras mi hermana. Eras parte de mí. Pero todos vosotros dejasteis que me marchara y me trajeran a esta tierra llana…

¡Tertia!, gritó Ellis. ¡La máscara! O por Dios que te voy a…

El hombre que se encontraba entre Ellis y Joy agarró la máscara y volvió a cubrirle la cara. No oímos lo que Ellis iba a hacer por su dios o por lo que fuera. Lo único que hacía era chasquear los dedos y farfullar, como si se hubiera estado ahogando en su propia furia.

¡Quítate ese guante y quémalo!, gruñó. ¡Si no lo hubieras llevado puesto, te encerraría en cuarentena también a ti, puta imbécil! Ahora sal de aquí antes de que te mutile tu otra mano de mierda.

No me cabe ninguna duda de que fue la posibilidad de que la obligaran a estar más cerca de mí, tanto o más que la cruel amenaza, lo que la empujó a quitarse el guante y subir tambaleándose por la escalera.

Entonces las cosas se pusieron feas.

No recuerdo el orden exacto en que todo ocurrió, porque la estupefacción me había dejado como sonámbula. Pero lo recuerdo a retazos. Me hicieron desnudar. Quisieron asegurarse de que no fuera un muchacho. Lo que me hirió no fue tener que desnudarme, ni la manera como demostraban su poder sobre mí, obligándome a que me quitara la ropa para verme el cuerpo. He nadado desnuda con toda mi familia, y también con los de Lewis, sin pensar en ello. Al fin y al cabo, un cuerpo no es más que un cuerpo. Lo que me hirió de verdad fue que los hombres se volvieran mientras la mujer me miraba. Como si mi cuerpo fuera una cosa sucia que ellos no tuvieran que ver. No sé si Brand aprovechó para echarme una mirada, porque se quedó detrás de mí, pero no me habría extrañado, porque un ladrón siempre arrambla con lo que puede.

Entonces me hicieron sentar en una silla de cara a ellos, siempre al otro lado de la reja, y tuve que hablarles del mapa y de cómo lo había encontrado. Les conté la

historia una y otra vez. Las palabras salían con dificultad por mi labio partido e hinchado, y cuanto más me preguntaban más real se volvía todo dentro de mi cabeza, quizá porque mi mentira se basaba en la verdad de haberlo robado de la embarcación de Brand, el *Falki*. Tan solo añadí dos elementos a la historia. Les conté que el mar había arrastrado la embarcación hasta un embarcadero igual que ese en el que había amarrado el *Dulce Esperanza* en Blackpool. Les dije que pensaba que debía de haberles sucedido algo en el mar, porque las velas aún estaban izadas, pero con desgarrones, y nadie había echado el ancla. Y cuando me preguntaron qué había sido de las tres personas que, según ellos, viajaban en aquella embarcación, les dije que no lo sabía, pero que si habían logrado llegar a la orilla era posible que los lobos hubieran acabado con ellos, porque había muchos en aquel trecho de costa. Les contaba todo esto porque en aquel momento aún me hacía ilusiones con que podría escapar de algún modo y que estaría bien que la tierra principal que quedaba a sus espaldas les diera miedo, igual que se lo daba el mar que tenían enfrente. Entonces no sabía dónde estaría ahora que te escribo esto. Atrapada sin esperanza. Y sin posibilidad de volver a casa jamás.

Y después de eso me metieron en el lugar donde estoy ahora. En la última celda. Y cerraron la puerta y se quedó cerrada.

No se me ocurrió que pudieran cerrar la puerta hasta que lo hicieron. Pegué un grito cuando vi lo que iba a suceder, y oí que la voz de Brand tapaba la mía, porque también trató de detenerlos.

Pero el pequeño clic de la cerradura cubrió la de ambos. Quizá nos pareciera estruendoso tan solo porque sabíamos que no había ninguna llave capaz de abrirlo.

Entonces recuerdo un barullo de voces amortiguado por la pesada puerta de acero. Lo esencial era que tenían que mantenernos en cuarentena, pero que no podían encerrarnos juntos a Brand y a mí por el peligro de que folláramos.

No usaron esa palabra. Dijeron «procrear». No sé por qué, la manera como lo dijeron ensució el día con una mancha más negra de lo que lo habría hecho una honrada palabrota.

Brand protestó porque la puerta no tenía llave y le respondieron que una vez la cuarentena terminase encontrarían la manera de volver a sacarme, aunque tuvieran que abrir un boquete en la pared.

No te preocupes, decía Ellis. No tenemos a tantas, y por eso no dejaremos que se pudra ahí dentro. Le daremos de comer y de beber igual que a ti. No somos malas personas. La muchacha acabará por entenderlo. La trataremos bien.

Lo de «no tenemos a tantas» se refería a las procreadoras.

No recuerdo mucho más de aquel día, porque pasé la mayor parte del tiempo aturdida por haber visto con vida a Joy y por haber descubierto que estaba llena de odio contra mí. Me sentía destrozada. Como el árbol incendiado por el rayo que había divisado en la cumbre, la fuente de luz que había visto desde la torre. Estaba partida en dos. Mi duramen estaba destruido y quemado. Había muerto en vida. No podía quitarme el sabor a sangre de la boca. Ese sabor y los pensamientos que lo acompañaban hicieron que sintiera ganas de vomitar. Literalmente. Me quedé echada en la repisa que hacía las veces de cama y mi cabeza le daba vueltas a ese horror, trataba de aclararme las ideas, sorda a todo lo que Brand me decía a través de la ranura en la puerta, y luego sentí que mi cuerpo sufría convulsiones, como si se rebelara contra lo que había sucedido aquel día. A duras penas conseguí llegar a la taza antes de expulsar todo lo que tenía en el estómago en lo que parecía una inacabable serie de convulsiones. Me sentía como si quisiera vomitarme entera fuera de mí misma, y cuando aquello terminó por fin, me quedé temblorosa y débil, pero demasiado fatigada como para hallar ningún tipo de consuelo en el sueño. El horror de Joy había expulsado todo lo demás que pudiera tener en la cabeza. No creo que pensara ya en *Jip*, ni en *Jess*, ni en nada más que en la

pesadilla a la que había despertado.

En algún momento de ese día tan confuso, me trajeron comida y agua… Agua para beber y agua para echar por la taza de acero. Pasaron un viejo tubo de acero por la ventana y echaron agua para que llenase una jarra y los cubos. Y luego me preguntaron si quería algo más, y me quedó suficiente cordura como para pedirles la mochila, y me la trajeron, y antes de dármela sacaron todo lo que se pareciese a una herramienta o un cuchillo, y también los medicamentos, pero al menos me hice con el cuaderno de notas en el que estoy escribiendo.

Bienvenido al ahora.

Capítulo 37
El ahora

Me imagino que todo puede convertirse en rutina y que acabamos por acostumbrarnos a todo… Incluso a la tristeza, el horror y la soledad. Echo de menos a *Jip* y a *Jess*, aunque a veces veo de lejos cómo los pasean con la correa entre los árboles. Me encuentro con que los añoro a ellos todavía más que a mi hogar, y eso es extraño. Quizá se deba a que los tengo tan cerca que puedo verlos, y casi tan cerca como para tocarlos.

He estado atrapada en esta caja de hormigón, sin compañía de nadie, escribiendo todo esto durante veintitrés días. Presiento que no me dejarán salir jamás.

Me queda la cuarta parte de un lápiz. Tendré que pedir más.

Nos alimentan bien y traen agua sin cesar, y a menudo me preguntan si quiero algo. Les digo que quiero salir, y lo digo tan a menudo que piensan que es una broma, y se ríen como si compartieran conmigo un momento agradable y divertido. Me han explicado que si estoy encerrada en esta caja de cemento es por mi propio bien. Es para que esté protegida (de Brand) y para que lo estén ellos (de los gérmenes imaginarios con los que podría contaminarlos). Probablemente se lo creen. Me dicen que una vez me permitan salir de aquí me compensarán, y que entonces me caerán bien y me gustará su hogar, y querré compartirlo con ellos. Trato de sonreír y les digo que quizá sí, pero no soy capaz de sonreír de forma creíble cuando lo que querría es gritar. Sonrío para que no estén tensos conmigo.

No saben lo que hago de noche.

A cualquier hora del día, vienen y se sientan en un

viejo taburete frente a mi ventana y me hacen todo tipo de preguntas. Sobre mi familia, sobre cómo logré llegar hasta aquí sin que me devoraran los lobos, si quiero que me hablen de su dios, porque se ve que es muy bueno en ayudar a entender por qué el mundo tiene tantas pruebas y tribulaciones y que a través de todo eso nos demuestra su amor, y muchas otras cosas de ese estilo. No se quitan las máscaras, porque también creen en los gérmenes.

Les cuento que mi familia murió, porque no quiero que sepan dónde están, y también les cuento que no corrí peligro en el interior de la tierra principal porque *Jip* es estupendo luchando contra los lobos. Y quiero que le den comida, y que los traten a él y a *Jess* como criaturas valiosas. También les digo que me gustaría saber por qué su dios es padre, y no madre, visto que le dan tanta importancia a la procreación. De todos modos, les dije que me gustaba el sonido de las campanas de su iglesia.

Y es verdad. Me gusta oírlas al final de cada día, cuando todos se reúnen allí a rezar, porque anuncia que falta un día menos para que vengan y derriben la puerta y me saquen de aquí, y entonces no me queda otro remedio que apretar los dientes y confiar en que Brand cumplirá su palabra y me ayudará a escapar antes de que todo esto se vuelva demasiado desagradable, o demasiado repetitivo. Pero como en el momento de escribir estas palabras Brand y yo hemos dejado de hablarnos, puede que las campanas de la iglesia también me inspiren odio, porque podrían anunciar que falta un día menos para que ese hombre vuelva a traicionarme.

Ellis me ha dicho que si me gustan las campanas ya es un comienzo, y que probablemente terminaré por amar a su dios, porque su dios ama a todo el mundo. No se lo he discutido. Toda mi familia siente un gran aprecio por las langostas que sacamos de las aguas claras y profundas. No creo que las langostas sientan un gran aprecio por nosotros. Ni pienso que estén obligadas a sentirlo.

Ellis me ha preguntado si alguna vez he estado con un hombre. La manera en que me lo ha dicho mezclaba a

partes iguales fanfarronería y timidez.

No le he contestado.

Se ha atrevido a acercarse más, como por miedo a que lo oyeran.

Me ha dicho que me gustaría estar con un hombre. Me lo ha dicho con una voz tan suave que me ha puesto la carne de gallina. Me ha dicho que me hará muy feliz. Que me va a introducir en un mundo de sensaciones que no es doloroso, sino maravilloso. Me ha dicho que no tenga miedo de defraudarlo, que me enseñará a darle placer también a él.

Ha tropezado al marcharse. Creo que el cristal de su máscara de gas se había empañado. He visto que al salir se la quitaba y frotaba el cristal.

Cuando Brand y yo aún nos hablábamos, le pregunté por la mano de Joy. Por qué estaba deformada. Por qué llevaba un guante.

Lo que me dijo entonces me golpeó con tanta fuerza como aquel muñón que pasó entre los barrotes.

Solo sé lo que me han contado, me respondió. No sé en qué medida es cierto.

Cuéntamelo.

Brand me miraba por la mirilla de la puerta.

Ellis le dio un niño, explicó.

¿Quieres decir que le dio el niño de otros, o que la dejó embarazada?

La dejó embarazada.

Eso tiene un nombre.

Ya lo sé.

Pero no me salieron más palabras. Solo me quedaba la tristeza. Y una súbita necesidad de encontrar a Joy y abrazarla, y decirle que entendía por qué se había vuelto tan dura y violenta. Yo todavía era estúpida. Aún no sabía nada.

Tuvo al niño, pero nació muerto, me explicó Brand. Quizá en otro tiempo los médicos habrían podido salvarlo.

Joy. Me partía el corazón una y otra vez. Me eché en la cama y miré al suelo.

Era demasiado joven, aclaró Brand. Eso es lo que me explicó la mujer.

¿Qué mujer?, le pregunté.

La más alta que estaba al lado de Ellis, respondió Brand. María. La llaman María, igual que a la madre de su dios. Dijo que Tertia era demasiado joven y que por eso murió el bebé, y que ahora Tertia es inútil, porque es imposible que nazca otra vida en su seno.

¿Y su mano?

Ellis quiso intentarlo de nuevo, eso es lo que me dijo María. Años más tarde. Quizá le explicó que era para procrear, pero yo creo que solo quería acostarse con ella. Ese Ellis tiene unos ojillos pequeños y ardientes. Trató de forzarla, y quiso obligarla con un atizador al rojo que sacó del fuego. Así es como su mano acabó por tener esa forma de garra.

Le quemó la mano, dije, ahogándome.

No, respondió Brand. Ella no quiso. Y le dijo a Ellis que no le tenía miedo. Ellis le replicó que eso estaba por ver, y le acercó el atizador al rojo a la cara, y le preguntó si tenía valor para…

Se calló a media frase.

¿Y?, le pregunté. ¿Y qué?

Y… sí, tuvo valor para hacerlo, respondió Brand. Agarró el atizador por el extremo al rojo y lo empujó contra la cara de Ellis. Su mano se quemó y se desfiguró, y Ellis estuvo a punto de perder un ojo. Aún conserva una cicatriz en la mejilla, oculta bajo la máscara.

Bien por ella.

Sí. Bien por ella. Qué pequeña y qué dura. No cabe duda de que es tu hermana. También se parece a ti.

Fue por eso por lo que empecé a llevar el cabello corto como un chico. Porque cuando mamá estaba mal, me veía y se trastornaba, porque me confundía con Joy y pensaba que había regresado. Al principio pensé que papá se enfadaría conmigo si me cortaba las coletas, pero no se enfadó. Me dijo que me quedaba bien e incluso me lo arregló. Ahora pienso que quizá él también quería que tuviese aspecto de

muchacho por si volvían para robar más chicas. No lo sé. Me gusta llevar el cabello así. Además, no viene nada mal cuando sopla el viento y estás trabajando.

Sí sé que fue por eso por lo que me presentó a Brand como si hubiera sido un muchacho. Por mi propia protección. Ya entonces me estaba advirtiendo. No confíes en este extraño. En realidad, lo mejor es no confiar en ningún extraño. Por eso continué con el engaño cuando estaba con John Dark. Papá siempre me ha protegido demasiado, pero no sé por qué, siempre ha pensado que Bar ya era lo bastante mayor como para cuidar de sí misma. No acaba de entender que he crecido y ahora soy tan dura como ella.

¿Las muchachas siempre han corrido más peligro que los chicos? ¿Incluso cuando tú aún vivías?

Pensé en lo otro que me había dicho Joy.

¿Tú crees que la vendieron?, le pregunté. ¿Mis padres?

Sus ojos se apartaron de la mirilla. Oí que su cuerpo se deslizaba puerta abajo hasta quedarse sentado, con la espalda apoyada contra el metal.

¿Tú lo piensas?, me preguntó a su vez.

De ninguna manera, le respondí. De ninguna manera.

Como diezmo. ¿No es posible que la entregaran como diezmo?

¿Por eso que me dijo? ¿Para que nos dejasen en paz a los demás?

Sí. ¿Tu padre podría haberlo hecho?

Tuve que pararme a pensar.

No.

¿Porque estás convencida de que es un hombre bueno?

No. Porque no es blando.

No, respondió Brand al cabo de un rato. No. No lo parecía.

No lo es. No más que yo.

O que yo, añadió Brand.

Tú y yo no somos iguales. No eres como nosotros.

Puede ser. Pero todos venimos del norte. Allí la vida es más dura. Y los blandos no salen adelante.

Brand era así. Siempre hablaba demasiado. Creo que le gustaba el sonido de su propia voz. Y entonces hablaba demasiado y se ponía fanfarrón, e inspiraba todavía menos confianza que si no hubiera dicho nada.

«Venimos todos del norte» es ese tipo de frase que suena bien hasta que la analizas y te das cuenta de que es hueca como un cubo vacío.

Siento que tu hermana te odie.

Y Brand también era así… Sabía encontrar la frase justa. Palabras que te pillaban con la guardia baja y te llegaban hasta lo más hondo.

Yo también lo siento, dije. No sé qué puedo hacer al respecto.

He estado pensando en ello.

No es tu hermana. No es necesario que pienses en ello.

No. Pero sí pienso que podría haberlo sido. Y pienso en lo que debes de sentir tú.

Sabía acercarse a mí con sus palabras, hasta el punto de que tenía que odiarlo para protegerme.

La han engañado, aventuró. Debieron de hacerlo para que aceptase lo que había ocurrido. Para que no tratara de escapar, porque si piensa que todos vosotros la traicionasteis, ¿adónde podría huir?

Era muy joven.

¿En este mundo? Este mundo es más que viejo, ya no quedan jóvenes. Todos nosotros vivimos un tiempo prestado.

Eso que has dicho no significa nada, repliqué después de pensar en ello y analizar de nuevo sus palabras.

Solo quiero decir que todos nosotros estamos al borde del precipicio. ¿Sabes lo que significa extinguirse?

Más o menos. Sí.

Pues se puede aplicar a nosotros, afirmó. A los humanos. Más o menos nos hemos extinguido.

***

Todo eso es lo que hablábamos cuando aún hablábamos. Ahora ya no hablamos. Es a causa de la Leatherman y de lo

que hago por las noches. A saber, me meto debajo de la cama y rasco en la pared. Empecé a hacerlo para contar los días. Utilizaba el destornillador de punta plana para dejar marcas en la pintura. Pero la pintura empezó a agrietarse y a desconcharse, y quedó al descubierto el yeso polvoriento que había debajo. Entonces seguí rascando y vi que el yeso no era más que una piel delgada que recubría esos bloques granulosos con los que a veces construíais. Son más grandes que ladrillos y están separados por espacios vacíos. Me metí bajo la cama y seguí rascando, y en poco rato conseguí sacar todo el yeso que cubría uno de los bloques, y pensé que si conseguía moverlo de su sitio podría salir a la celda siguiente, y que quizá podría hacer lo mismo en la pared donde se encontraba la reja a través de la que me había golpeado Joy.

Brand me dijo que estaba loca.

Luego me dijo que iban a oírme.

Después me dijo que íbamos a tener problemas los dos. Y a continuación añadió que si seguía con aquello se vería obligado a delatarme, porque aunque al principio no me oyeran acabarían por descubrir que trataba de fugarme y se darían cuenta de que Brand no les había dicho nada.

Le respondí que hiciese lo que tuviera que hacer. Y que yo también haría lo que debiera.

No me delató.

Pero dejó de hablarme.

Ya te he dicho antes que un libro me salvó. Todo el tiempo que estaba echada de costado, rascando el cemento que quedaba en el hueco entre los bloques, pensaba en *El conde de Montecristo*, una aventura de cambio de identidades y de un hombre que no se rinde hasta que logra escapar de una prisión llamada Château d'If, aunque pareciera imposible.

Mi caso parecía igualmente imposible. Aunque pasara por una pared, ¿qué me garantizaba que lo lograra en la siguiente? Pero no podemos permitir que los aunques y los peros nos detengan. Por ello no dejé de comer, ni de dormir, ni de escribir en este cuaderno, ni de rascar cuando

no hacía nada de lo mencionado y tenía claro que los cons no estaban por ahí y no me iban a oír. Me transformé en una especie de personaje aturdido dentro de mi propia aventura. Estaba insegura del desenlace. Solo sabía que, fuese a donde fuese, no podía parar.

Y por mucho que forzara los ojos para encontrarla, no volví a ver a Joy. Aunque a veces, por la noche, despertaba y miraba por la ventana, convencida de que me había espiado mientras dormía.

Se trataba de una sensación más fuerte que un sueño, casi tangible, como si su olor me hubiera llegado al cerebro, pero cada vez que saltaba a la ventana para verla, hallaba la noche siempre desierta, poblada tan solo por esperanzas frustradas que se desvanecían en la penumbra.

La esperanza acabó por convertirse en algo semejante a una de cada dos criaturas que me habían acechado durante mi viaje por la tierra principal: en realidad no estaba, tan solo rondaba por mi mente y me distraía de la triste realidad de mi situación.

Hay otro motivo por el que Brand y yo hemos dejado de hablar, y quizá no voy a ponerlo por escrito, porque mi historia ya llega hasta el momento actual, y todos los días se parecen tanto que he empezado a dosificar la narración.

Porque cuando haya escrito hasta el final del cuaderno ya no podré hablarte y estaré sola de verdad.

Palabras escritas al dorso de una fotografía que se halla dentro del cuaderno, después de las palabras escritas en la página anterior

Anoche robaron el cuaderno donde escribía mi historia. Voy a escribir estas últimas palabras detrás de la foto. No hay mucho sitio. Escribí hasta que la noche oscureció la repisa de la ventana donde bajo la última luz escribía lo más triste para que no ensuciara el hoy. Dejé el cuaderno en la repisa. Quise dormir. Se lo llevaron. Mi corazón se rompe de nuevo. Ni siquiera quedará mi historia. No es genial, pero es mía.

Vine en busca de mi perra. Encontré a mi hermana muerta. Me odia. Qué perdida estoy.

Si hallas el cuaderno, por favor guarda estas palabras en él. Seas quien seas. Mi amigo imaginario. Todos mis amigos son imaginarios. Incluso el de esta foto, el chico y su perro en el fin del mundo. Ojalá hubiera podido hablar con él, conocerlo, y no solo entre las líneas de la historia que escribí para él y ahora he perdido.

Pero no hay finales felices. Mi nombre era Gris. Adiós.

Capítulo 38

El entonces

Yo soy la persona que colocó esa fotografía con anotaciones en el dorso entre las páginas que estás leyendo. Empecé por releer todo lo anterior, la historia escrita en el cuaderno. Algunas palabras no se leen bien, las líneas se agolpan para aprovechar al máximo el papel, a veces son garabatos tan finos que me cuesta descifrar qué dicen. Y al llegar al final me ha parecido que tenía que meter la fotografía entre las páginas y explicar cómo mi historia y la fotografía llegaron a juntarse y terminaron tan lejos del lugar donde me robaron el cuaderno. Quedan pocas páginas, pero creo que bastarán para contarla.

Me llamo Isabel. Mi madre tenía por costumbre decirme que era un nombre bonito. Me había contado que era el nombre de su madre. Y, sí, mi padre empezó a llamarme Grisabel en vez de Isabel cuando aún era demasiado pequeña como para andar, y luego me lo acortaron a Gris. Ahora ya conoces mi nombre más bonito, que no me pega nada.

Lo que no sabía, aunque lo sospechaba, era que el cuaderno me lo había robado Joy.

Antes te dije que las historias me habían salvado. Esta me salvó. Porque Joy la leyó. Y como un conjuro, o una plegaria —las palabras adecuadas en el orden adecuado— lo cambió todo. O tal vez fuera una maldición. Puede que a veces una maldición no sea más que una plegaria desesperada vista desde el otro extremo.

Después de todo, al final llega la muerte.

Pero primero oí un sonido en mi ventana. Dos días después de que desapareciera el cuaderno, empleé todas

mis energías y mi desesperación en arrancar el mortero que protegía el bloque de pared que se hallaba debajo de mi cama.

Había rascado y rascado, y cavado y destrozado, y dicho palabrotas, hasta que las manos me dolieron y sentí que mi espalda no podría enderezarse jamás ni volver a estar recta. Y entonces, mientras estaba echada de costado en el estrecho espacio que quedaba bajo la cama, mis oídos captaron algo y me detuve.

No oí nada más, pero ese nada más me hacía temer que alguien se hubiera quedado muy quieto y escuchara. Que me escuchara a mí. Por eso salí de debajo de la cama en silencio y me quedé echada de espaldas en el suelo, en medio de la celda, y miré en plena oscuridad a la luz de luna que se colaba por los barrotes de la ventana.

¿Te encuentras mal?, dijo una voz.

Era la voz de Joy… Pero muy distinta de la última vez que se había dirigido a mí.

Dejé de respirar, no de manera consciente, sino como si mi cuerpo hubiera olvidado que tenía que hacerlo. Me estaba esforzando por entender qué era lo que había cambiado en su tono.

Sí, le respondí. Me encuentro mal de tanto estar aquí. Pero no, no tengo ninguna enfermedad.

Bien. Porque no me he puesto esa mierda de máscara.

Apareció un brazo, y entonces una mano —la que estaba deformada— se agarró a uno de los barrotes y su rostro apareció en la ventana, cerrando el paso a la mitad de la luz de luna. Y allí estaba. Contemplándome.

Para mí, ese momento fue un milagro. Me di cuenta de que tenía la misma cara que yo. Y la misma cara que mamá. Y llevaba los cabellos como Bar. No sé si fue porque sentía hambre de todos ellos o porque sentía hambre de mirar a cualquier ser humano, pero la contemplé durante largo rato y me sacié, tanto por lo alejada que estaba de mí como por lo familiar que me resultaba.

Joy, musité, y me senté en el suelo.

Mamá no ha muerto, dijo.

No, le dije con voz suave. No… no ha muerto. Pero no habla. Aunque aún sonríe, y su mano todavía es su mano, y le gusta que nos sentemos con ella y la tomemos de la mano.

Me puse en pie poco a poco… Me moví con deliberada delicadeza para no asustarla y que no se marchara.

Mi mano no le va a gustar, me dijo con voz ahogada. Ahora solo es una garra muy fea.

Alargué mi propia mano y la puse encima de la suya. Se encogió y trató de apartar el brazo. No se lo permití. La agarré. Tenía cicatrices, pero al tacto se sentía cálida y normal. Como tiene que ser una mano.

Brand me ha contado lo que ocurrió, le expliqué. Lo siento mucho. Y me alegro tanto de que…

Lo sé, me respondió. He leído tu historia.

Y entonces no nos pudimos decir nada, porque de pronto teníamos tantas cosas que decirnos que no hicimos más que mirarnos. Al cabo de un rato, Joy se relajó y dejó de tirar de la mano. Apartó los ojos de mí. Miró a la luna. Hablaba con voz ronca pero firme. Solo la pálida luz de la luna delató la lágrima que le bajaba por la mejilla.

Respiró hondo.

Me dijeron que había muerto. Eso me dijeron, y la vi echada en el suelo. Y luego me desmayé, o me hicieron algo, porque lo siguiente que recuerdo es que era de noche, o quizá habían pasado dos o tres noches, y cuando amaneció ya no reconocía la tierra por la que pasábamos. Me dijeron que me habían comprado y que papá había cerrado el acuerdo, que mamá se había arrepentido en el último momento y echó a correr detrás de mí y se cayó, y que no le habían hecho daño, aunque yo lo hubiera pensado.

Y tú les creíste.

Al principio no. Pero entonces vi que papá, Ferg y Bar no venían por mí, y la única explicación que encontré fue que los cons habían dicho la verdad.

Siento que perdieras a tu bebé.

Sí. Sí, yo también lo siento, aunque al principio no lo

quería. Y luego nació lo que nació, una bolita pequeña y azul, y pensé que parecía una muñeca que nadie más habría podido amar, solo yo, y me invadió una tristeza que no puedes imaginarte.

Era un niño, le dije.

Ellis me explicó que habría sido mucho peor perder a una niña, respondió Joy. Quieren más procreadoras. No más niños. Por eso Ellis está tan entusiasmado contigo.

Ellis… es…

Sí. ¿Sabes todas las cosas malas que estás pensando? Todas esas y muchas más. Y por la manera como me mira, pienso que ya lo sabe.

¿Qué es lo que sabe?

Que voy a matarlo. Siempre he querido matarlo. Ahora tendré que hacerlo.

A lo largo de toda mi vida —desde aquel, el peor de los días— había pensado en Joy como en una niña pequeña. Esa diferencia en su voz… Hablaba igual que Bar. O más bien hablaba como habría hablado Bar si hubiera sentido la necesidad de mostrarse peligrosa y protectora. La que me hablaba en ese instante era mi hermana mayor.

No será necesario. ¿Puedes sacarme de aquí?

No. Vamos a ver, sí podría abrir la reja que está al final del pasillo, pero tu puerta no tiene llaves. Cuando haya que sacarte, Ellis tomará una maza y abrirá un boquete en la pared.

Pero es que casi lo he abierto yo sola, le repliqué. Estaba tan emocionada que no me salía la voz. Casi lo he abierto, Joy. He arrancado el revestimiento de un bloque grande de debajo del catre. Me bastará con un par de martillazos para sacarlo de su sitio y pasar por el agujero.

Si usas un mazo lo oirán. El sonido llega hasta allí. Pero sí sé lo que puedes hacer.

Mis emociones se habían contagiado a su voz.

Haga lo que haga, lo «haremos», le repliqué. Si no, no pienso hacerlo.

¿Qué quieres decir?

Quiero decir que no voy a hacer nada. No voy a hacer

nada yo sola. Quizá no vuelva a hacer nada sola en toda mi vida. Pero por lo menos esto no lo haré sola. Lo haremos. Las dos.

¿El qué?

Tú ya sabes el qué, le respondí.

Nos vamos a casa.

Se le ocurrió algo mejor que abrir el boquete con un mazo. Trajo un gato. Uno de esos que se ponían debajo de objetos pesados, como por ejemplo un coche, y se accionaba una manivela para levantarlos. Se marchó y volvió con uno al cabo de un rato, y me lo pasó entre los barrotes. Luego me pasó una tubería como la que utilizaban para darme agua.

Ahora te contaré lo que vas a hacer, me dijo.

Ya lo he pillado. Es un buen plan. La verdad es que es brillante.

Joy sonrió.

Me cuesta creerlo, observó. Pero eres casi tan mayor como yo, ¿verdad?

Sí.

Bien. Ellis me ha prohibido que me acerque a este sitio. Pero si el gato funciona, llama a los perros cuando pase por aquí por la mañana. Yo haré como que les silbo, para que sepas que estamos cerca. Y si no funciona, entonces no los llames, y pensaremos alguna otra cosa.

Y si consigo salir de aquí, ¿qué haremos?

Bueno… Hace tiempo que pienso en encerrarlos un día a todos ellos en su iglesia y pegarle fuego. Pero me parece un poco excesivo. En realidad no son mala gente. Aparte de Ellis. Son gente que se deja manipular con facilidad. Les gusta todo eso de Dios. Los hace sentir especiales, y así se sienten más acompañados, aunque se hayan quedado solos después del fin el mundo, igual que nosotras. Pienso que Ellis sabe que su dios no existe. O por lo menos que no cree en él. Pero le vino bien para contar una historia en la que todo el mundo pudiera estar de acuerdo, para ponerse él mismo en el escalón más alto. Así consiguió que todo eso de las procreadoras les pareciese buena idea a los demás.

Como si fuese obra de Dios, para que pareciese que no era una ocurrencia humana, ese fue el motivo.

No vamos a quemarlos dentro de su iglesia, exclamé.

No. Y sus ojos se apartaron un instante, como si no hubiese querido que viera lo que pensaba de verdad. No. No lo haremos. Pero de todos modos tenemos que impedir que nos sigan.

Podríamos llevarnos la embarcación de Brand, dije en voz baja. Negó con la cabeza y se acercó a explicarme por qué no era posible.

No creo que Brand nos estuviera escuchando. Pero de todos modos era lo más sensato.

Brand me oyó después, cuando coloqué el tubo de metal contra el bloque y utilicé el gato apoyado en la otra pared para hacer palanca. El chirrido que hizo al moverse lo despertó, y vino a ver lo que ocurría.

Salió bien. El gato empujó el bloque, y aunque se trabara varias veces, me bastaba con rebajar la presión y recolocar el tubo, y al cabo de poco hube abierto la trampilla por la que escaparía a la libertad.

Cuando salí arrastrándome, Brand estaba sentado sobre la cama en la celda de al lado.

Vas a conseguir que nos maten a los dos. Eso fue lo único que me dijo.

Le pregunté si tenía algún plan mejor.

Sí. El que acordamos. Salvarte cuando acabe la cuarentena.

¿Ves los dos motivos por los que mi plan es mejor? ¿Aparte de no correr el peligro de acabar debajo de Ellis antes de que me saques de aquí?

Bueno, sí. Por lo menos uno. No dependes de mí para escapar.

Esa es una gran ventaja, le dije. Y la otra es todavía mayor. Me salvaré yo sola.

Bueno, yo sé que puedes confiar en mí. Pero no consigo convencerte de ello. Y la verdad es que no puedo discutirte lo de Ellis.

Pero es que no veo de qué te va a servir esto, añadió, y señaló al agujero por el que había salido, y luego a la reja del final del pasillo.

Lo tengo todo previsto, le respondí. Buenas noches.

Y volví a arrastrarme al interior de mi celda y puse el bloque en su lugar, y escondí el gato y la tubería bajo la repisa que me servía de cama, para que los cons no los viesen si miraban por la mañana. Y entonces traté de convencerme de que no estaba demasiado nerviosa como para dormirme.

A media mañana oí que Joy silbaba a los perros, y al mirar por la ventana vi que pasaba caminando por delante, a una distancia razonable, con toda su inocencia. *Jip* cojeaba.

¡Jip!, grité, *¡Jess!* ¡Perritos buenos!

Joy soltó a *Jip*, como si se le hubiera escapado la cuerda por accidente y tratara de agarrar al animal. El perro corrió desgarbadamente hacia mí. Su felicidad le hizo ignorar el motivo, para mí desconocido, de su cojera. A lo lejos se veía a uno de los otros cons.

Jip corrió hasta mi ventana y me ladró con alegría.

¡Bien, muchacho!, le dije. Bien, bien, muy bien.

No saqué la mano para acariciarlo, y eso nos hizo daño a ambos, pero no quería que los cons pensaran que el perro se había infectado, y menos cuando estábamos tan cerca de la libertad.

¡Ven aquí!, gritó Joy con fingido enfado. Agarró a *Jip* y tiró de él aparatosamente para separarlo de la ventana.

Esta noche, me susurró, y guiñó un ojo.

¿Por qué cojea?, le pregunté.

Ellis le ha dado un pisotón. Y luego le ha pegado una patada de las fuertes.

¿Por qué?

Porque le tengo cariño.

Luego se incorporó y le hizo un gesto al otro con, que se había vuelto y se acercaba.

No pasa nada. Lo he agarrado antes de que ella lo tocara.

El con asintió e hizo también un gesto con la mano, y se dio la vuelta para marcharse.

Fue un día largo. Y luego, después de que nos trajeran comida y me proporcionaran agua con la tubería, cayó la noche. Y oscureció mientras las horas pasaban en un desesperante vacío. Y debí de dormirme.

Desperté porque Joy dio golpecitos en los barrotes.

Ahora, me dijo. Nos vamos ahora.

El corazón empezó a latirme con fuerza, lleno de adrenalina. Salté de la cama y me metí por debajo. Aparté a un lado el bloque y salí con la cabeza por delante a la celda de al lado.

Joy actuó con rapidez, porque cuando salí al pasillo ya estaba en la reja de la puerta y trataba de abrirla. Sostenía con una mano un aro grande del que colgaban varias llaves y las iba probando todas.

No temas, me dijo. Es una de estas. La encontraré en un segundo.

Jip y *Jess* correteaban entre sus piernas y trataban de hacerme salir entre los barrotes. Hundí el rostro en el pelo de ambos y deseé que no hubiera nadie cerca que pudiese oír sus alegres gimoteos.

Los caballos están fuera, dijo Joy. Nos iremos dentro de muy poco.

¿Y qué pasará conmigo?

Las palabras de Brand habían surgido de la penumbra que quedaba a mi espalda.

Tú también puedes venir, respondió Joy al cabo de un instante.

Gracias, respondió Brand, aunque sonó como si no lo hubiera dicho en serio. Se dejó ver a la luz de la luna. Su presencia no resultaba amenazadora, pero transformó la atmósfera de la sala. Pero si voy con vosotras, quizá no pueda regresar aquí nunca más, y no quedan muchos lugares con personas dispuestas a comerciar. No quiero perder este.

Entonces podemos dejarte aquí, le dije. Mejor así.

Y si te envían a buscarnos y los obedeces, te mataré, intervino Joy.

Joy, le dije. Esto no tiene por qué terminar con sangre.

Quizá sí, quizá no, me respondió. Pero lo decido yo. Me lo han quitado todo, pero eso no me lo pueden arrebatar. Ellis merece…

Pero podemos escapar sin matar a Ellis, le insistí.

No, me respondió en voz baja y súbitamente estridente. No, Gris. Ya he matado a Ellis. Por eso tenemos que irnos ahora mismo.

Sentí que un frío abismo se abría en el fondo de mi estómago. Clavé los ojos en Joy. Se encogió de hombros. No parecía distinta. Pero después de lo que había hecho, lo era. Por fuerza. No es que me preocupara mucho Ellis. Lo que me preocupaba era que el acto de matar hiciese daño a Joy y la transformara. Pero parecía más tranquila que nunca. Incluso liberada.

Ya está, dijo. Tenía que hacerlo.

¿Qué?, exclamó Brand. Su voz ronca llenó el silencio que de algún modo parecía haber provocado una implosión en la celda y haberla transformado en un lugar diminuto y claustrofóbico.

Ha comido algo que no tenía que comer, respondió Joy, y siguió probando las llaves. Me parece que ha sido un buen final para él. Siempre quería tomar lo que no era suyo.

Bar había estado enseñando a Joy todo lo que sabía sobre hierbas antes de que la raptaran. Era una de las cosas que Joy tenía prisa por aprender. Le daba la lata sin parar.

Se inclinó para apoyarse contra los barrotes mientras probaba otra llave y la luna iluminó un lado de su rostro. Me di cuenta de que me estaba mirando a mí. Quería ver si lo ocurrido había cambiado mucho las cosas entre nosotras.

También estaba pensando en tomar otra cosa que tampoco le pertenecía, afirmó.

Joy…, susurré.

No podía permitirlo. Tú lo sabes, Gris. Los demás también se encuentran mal. Pero no lo suficiente como para

que no se recuperen después. A Ellis le correspondía una ración especial. Los demás piensan que fue la carne salada de cordero.

Pero ¿no se darán cuenta de que has sido tú?

No. No saben que sé muy bien lo que hago. Si lo supieran, dejarían de preguntarse por qué no he tenido ningún otro bebé. Pero no importa. Pensarán que he ido a buscar un arbusto para esconderme mientras me desahogo.

Y entonces la llave correcta giró en el cerrojo y Joy abrió la puerta. Salí disparada y le di un abrazo a *Jess*. En realidad nunca había creído que volvería a verla. Saltaba y se retorcía en torno a mí, me golpeaba con la cola y trataba de lamerme la cara y al mismo tiempo apartaba a *Jip*, que intentaba hacer lo mismo. Aunque todavía no fuéramos libres, ni nos hubiéramos alejado de allí, las sensaciones, los sonidos y los olores eran los de mi hogar.

¿Vas a venir?, preguntó Joy.

Me volví y me di cuenta de que estaba mirando a Brand.

No creo que me quede otro remedio, respondió. Si no, robarás el *Falki*.

¿Ese es el único motivo?, preguntó Joy.

Sí, dijo. Bueno…

Cerré la puerta. Brand clavó los ojos en mí mientras lo hacía.

Ya es demasiado tarde para robar tu embarcación, dijo Joy. Me encargué de ella antes de saber que Gris y yo nos marcharíamos.

¿Qué habéis hecho?, exclamó. Dio un salto adelante y agarró los barrotes.

No lo he quemado. No como tú quemaste el *Dulce Esperanza*, respondió Joy. Aunque al leer lo que hiciste me ha venido la tentación. Pero luego he tenido una idea mejor.

Abre la puerta. Déjame…

Y te he dejado a tu perra, dijo Joy. No tienes ningún motivo para ir con nosotras.

Gris… dijo Brand. ¿Qué ha hecho?

He cortado todo el cordaje de tu embarcación. Y las cuerdas del timón. No es lo mismo que quemarla. Así que puedes darme las gracias. Las he arrojado al agua. Junto con las anclas. Tendrás que trabajar mucho para que pueda volver a navegar.

Pero no la ha quemado, añadí. Y si trabajas duro, el *Falki* te llevará de nuevo a casa.

Los ojos de Brand me devoraron con sus llamas.

Sé dónde vives, me dijo.

Y yo también sé dónde vives tú, le repliqué.

Te creíste esa historia, ¿verdad?

Sí. Ahora que tratas de hacerme dudar de ella, sí, me la creo.

Me arrojó una mirada larga y dura. Entonces su barba se dividió y dejó a la luz ese molesto destello blanco que acompañaba a sus sonrisas.

Si voy tras vosotras, ¿qué pasará?

Si vienes con esa gente, muy mal, le respondí. Cuenta con que entonces esta sería una historia con final sangriento.

¿Y si voy solo? ¿Eh, Gris?

No lo hagas, le repliqué. La historia tampoco tendría el final que estás pensando.

Joy nos miraba.

Ya lo has oído, dijo mi hermana. No vengas con ellos. Y tampoco vengas solo.

Brand clavó su mirada en mí. No sé lo que pensaba. Y tampoco había visto nunca nada parecido en sus ojos.

Tal vez fue una vacilación.

No vengas solo, añadió Joy. Ven con tus hermanas.

¡Joy!, exclamé, y me volví de pronto hacia ella. Mi hermana se encogió de hombros.

Quizá a Ferg le gustaría conocerlas. Y nadie sabe el final de su propia historia, nadie la conoce hasta el final, hasta el momento de morir. Ni siquiera tú, Gris. Ahora deberíamos marcharnos.

Capítulo 39
El verdadero norte

Nos marchamos con una carrera rápida y furtiva, ocultas en la penumbra, en dirección al establo y a lo que debían de ser los prados que lo rodeaban. Los perros corrían con nosotras. A cada nuevo paso, *Jip* corría mejor. Los animales guardaban silencio, como si por instinto hubieran sabido que no debíamos llamar la atención. Joy había atado mi arco y mis flechas a la silla de montar, y nuestros caballos estaban a punto para ponerse en marcha. Soltamos los caballos de los cons para que no pudieran perseguirnos, pero nos llevamos los dos mejores para poder cargar con todo lo que vikingueáramos durante el viaje que nos esperaba, y galopamos en la noche, con mis caballos y los otros dos, por el mismo camino por el que había venido, precedidos por dos perros que estaban felices en su reencuentro.

Hasta que hubimos pasado una primera y modesta loma, y perdimos de vista el asentamiento, cabalgué con los hombros encorvados y sin apenas respirar, como si a cada paso esperara que alguien me disparara una bala desde la oscuridad. En cuanto los hubimos perdido de vista y nos adentramos en la negrura de la noche, me relajé. Nadie vino por nosotros, ni al día siguiente ni ningún otro.

El viaje de regreso es otra historia y en las páginas que me quedan no tengo espacio para explicarlo en detalle. Pero hicimos dos paradas que te tengo que contar:

Primero nos detuvimos en la Última Morada para enterrar a John Dark.

Quizá porque íbamos a un sitio que ya conocía como lugar de muerte, me fui entristeciendo a medida que nos

acercábamos. Creo que a Joy le ocurrió lo mismo, así que tal vez fuera el bajón después del alivio de haber logrado escapar.

¿No tendríamos que haber liberado a las otras mujeres?, le dije, mientras atravesábamos con gran precaución el terreno cubierto de perejiles gigantes que había cerca de la casa.

Eran libres, me respondió. La mayoría lo eran. Dos de ellas me sujetaron mientras Ellis trataba de asustarme con el atizador.

Seguimos adelante un rato más.

Las más blandas lo pasarán mejor ahora que Ellis ya no está, añadió.

Y cuando empezamos a subir por la ladera que llevaba hasta la casa, Joy suspiró.

No sé, Gris…, tal vez habría sido mejor tratar de convencerlas, pero entonces quizá no habríamos podido escapar. Quizá es que yo estaba demasiado asustada como para hacerlo todo bien.

Quizá ya baste con hacer bien la mayoría de las cosas, le dije.

Quizá, me respondió.

Y luego, después de unos momentos de silencio:

Quizá algún día deberíamos navegar de nuevo hasta allí y ver si estoy en lo cierto.

No pudimos enterrar a John Dark como yo habría querido. Sobre todo porque John Dark no había muerto y no tuvo ganas de que la enterráramos. Le había quedado una cojera, y esa cojera no le gustaba, pero me pareció que caminaba tan rápido como antes. Así, vino al norte con nosotras, y mientras escribo estas últimas palabras está sentada con mi madre, Joy y Bar en torno a la chimenea. Se ha puesto a rascar a *Jess* detrás de las orejas.

Parece que ahora *Jess* sea la perra de Joy. Y no habría podido hacerme más feliz. Me gusta que sea así. Quedan muy bien juntas, y si supiera dibujar haría un boceto y te lo dejaría como imagen final de esta historia. La hija que

murió pero no murió sino que se había marchado y regresó con su madre, y la madre afligida que perdió a sus hijas pero tiene ahora una nueva familia. Aquí hay una simetría que no es del todo perfecta, una felicidad hecha de retazos cosidos entre sí. Quizá deberíamos contentarnos con eso, aquí, en el fin del mundo. Tal vez toda la gente se haya visto igual desde que el tiempo empezó.

La segunda parada fue en Glasgow, donde acampamos en la biblioteca donde mamá y papá habían dormido hace tiempo en medio de una fortaleza de libros. El techo aún estaba en su lugar y encontré el libro de Freeman. Es el otro motivo por el que nos detuvimos allí. Aparte de buscar una barca que pudiéramos vikinguear y reparar para navegar a casa. Ahora mismo tengo el libro en mi regazo, bajo las últimas y delgadas páginas sobre las que escribo. Es un libro maravilloso, sobre ciencia —algo que hemos perdido — y esperanza —que aún conservamos—. Algunas cosas no las entiendo, pero lo que sí entiendo me alegra y me entristece en la misma medida. No habla tan solo sobre ciencia, sino también sobre el espíritu, y sobre la vida, no solo la vida humana, sobre lo extraña que es la vida, y tenaz, y capaz de adaptarse a casi cualquier circunstancia. De hecho, es como nosotros en nuestros mejores momentos. Se llama *El Infinito en todas direcciones*, y el otro nombre de aquel primer Freeman era Dyson. Entiendo que inspirara a los Freeman a tratar de revivir los ordenadores antes de que todo el mundo hubiera muerto. Sé que fracasaron, pero pienso que el mero intento los hizo humanos. Y que Freeman me habría caído bien.

La vida en las islas es la misma de siempre y a la vez es distinta. Nos reímos más que antes, pero también nos andamos con más cuidado. Al haber visitado las ruinas de tu mundo, siento la fragilidad de la vida como jamás la había sentido, pero también su gloria. Quiero ver más. Creo que *Jip* y yo zarparemos a nuevos viajes. Pero quizá no iremos solos. Puede que nos acompañen Joy y *Jess*.

No creo que los cons vayan a venir. Pero de todos

modos escruto el horizonte en busca de velas como jamás lo había hecho. Casi todos los días *Jip* y yo encontramos tiempo para subir al punto más alto de la isla, y cuando estamos allí, si el día es claro, aún tenemos la sensación de que vemos el mundo entero.

Joy me dice que si espero ver velas rojas, lo más probable es que vengan por el norte, y yo la mando a paseo.

También me dijo que nadie conoce el final de su propia historia, salvo que en el último instante todos nosotros vamos a morir. Pero me queda tan solo media página para terminar este cuaderno.

Nunca te he contado por qué Brand y yo dejamos de hablarnos antes de que Joy robara el cuaderno, y ahora no me queda espacio para explicártelo. No pasa nada. Quizá el motivo no fuera tan importante como me pareció entonces. Como nos pareció a los dos. No lo sé.

Pero en esta última página te voy a contar lo que sí sé.

Sé que soy dura. Y que soy estúpida. Y que también soy inteligente. Que tengo miedo. Y que trato de ser valiente. Por lo general lo consigo. A veces paso tanto rato pensando que acabo por no hacer nada. A veces trabajo con tanto empeño que me olvido de comer. A veces no trazo planes. No hago más que pasar a la acción y dejarme guiar por mis impulsos, sin pensar en lo que ocurrirá luego. Hablo demasiado. No siempre digo lo que quiero decir. Otras no quiero decir lo que digo. Soy capaz de matar. Soy capaz de crear. Soy capaz de romper. Soy capaz de cultivar. Me pierdo en historias. Me encuentro en ellas. Las leo porque me gusta perderme. Y escribí esta porque pensé que me había perdido de verdad, para siempre. Y quizá porque no tenía esperanzas ni poder alguno y estaba sola del todo, y me busqué un amigo y le hablé en un mundo que creé tan solo con palabras.

Y entonces un libro me salvó. El libro que he escrito en este cuaderno, porque Joy lo leyó y descubrió la verdad. Y aquí estoy, escribiendo mucho más de lo que me consideraba capaz de escribir, hasta el final de la última página.

Parece que así todo quede bien, pero la verdad es que no me ha quedado como yo quería. Nada es perfecto. Y yo lo soy aún menos. Soy igual que fuiste tú. Humana. Resistente. Decidida a aguantar hasta que llegue el final feliz. Aunque sé que el final será desgraciado.

Y en medio de todo esto me sorprende la alegría.

Agradecimientos

Las Hébridas Exteriores ocupan un lugar especial en mi corazón. Estoy en deuda con Lucy Rickards, que me las dio a conocer e hizo que me enamorara en el acto. Gracias también a Mary Miers, cuya generosidad inquebrantable hizo posible en años posteriores que compartiera la belleza de las islas con mis hijos, que gracias a ello pudieron vivir en un mundo más grande y más emocionante.

Doy las gracias a toda la gente de Orbit, sobre todo a Jenni Hill y Joanna Kramer, en el Reino Unido, y Priyanka Krishnan en Estados Unidos (le debo agradecimiento sobre todo a Jenni por su paciencia, comprensión y contención…). También a Lauren Panepinto por la cubierta (y a Jack Fletcher [@kid_ woof] por haber ayudado a dibujar el tipo de perro apropiado para ella…). Gracias a mi familia por la gentileza con que conviven con este escritor malhumorado y a D por ser la primera persona que escuchó esta historia. Como siempre, va por ti.

Notas

1. El error es deliberado. [N. del T.]

2. Su hermana se llamaba Joy, «alegría» en inglés. (N. del T.)

Un chico y su perro en el fin del mundo
C. A. Fletcher

Título original: *A Boy and His Dos at the End of the World*

Diseño de cubierta: Lauren Panepinto
Fotos de cubierta: Getty Images y Shutterstock

Publicado por primera vez en inglés en Reino Unido, en 2019, por Orbit, sello de Little, Brown Book Group, London

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2020

ISBN: 978-84-450-0695-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.